MÁS QUE HUMANO

Theodore Sturgeon

Título original: More Than Human
Traducción: Jolé Valdivieso
© 1953 by Theodore Sturgeon
© 1968 Ediciones Minotauro S.R.L.
Humberto 1º 545, Buenos Aires.

PRIMERA PARTE - EL IDIOTA FABULOSO

El idiota vivía en un mundo negro y gris, matizado por los relámpagos blancos del hambre y las llamas vacilantes del miedo. Llevaba ropas raídas y rotas. Aquí una tibia, afilada como un frío cincel, y allí, en la camisa agujereada, se veían unas costillas como dedos de un puño. Era alto y chato, de mirada serena y rostro inexpresivo.

Los hombres se apartaban de él; las mujeres evitaban mirarlo; los niños se detenían y lo observaban. El idiota no se preocupaba; nada esperaba de ellos. Cuando el relámpago lo hería, lo alimentaban. Cuando no podía alimentarse por sus propios medios, o cuando no podía quedarse sin comer, lo alimentaba la primera persona que se le cruzase en el camino El idiota no sabía por qué, pero no se sorprendía. No mendigaba. Se detenía y esperaba, simplemente Alguien lo miraba a los ojos y en la mano del idiota aparecía una moneda. Comía, y su benefactor se apresuraba a irse, aturdido y sin comprender. A veces, nerviosamente, le hablaban; hablaban de él entre ellos. El idiota oía los sonidos, pero no los entendía. Vivía apartado en algún lugar secreto de sí mismo. (El pequeño eslabón que une las palabras y su significado estaba roto.) Su vista era excelente. Distinguía con rapidez una sonrisa de un gesto colérico; pero nada impresiona a una criatura que carece de simpatía afectiva. Nunca había reído y nunca se había enojado, y no podía comprender la alegría o la ira de los demás.

El miedo le obligaba a mantener el cuerpo ágil y dispuesto. Nada presentía sin embargo. El bastón que se levantaba, la piedra que venia por el aire lo encontraban desprevenido. Pero reaccionaba ante los golpes. Huía hasta que los golpes cesaban. Huía así de las tormentas, los derrumbes, los hombres, los perros, el tránsito y el hambre.

No tenía preferencias. En los lugares donde se encontraba había siempre más malezas que casas. Vivía así más en el bosque que en cualquier otro sitio.

Lo habían encerrado cuatro veces. No le había importado, ni había cambiado por eso. Una vez un preso lo había golpeado rudamente, y en otra, de un modo aún peor, un guardián. En los otros dos lugares había pasado hambre. Donde había comida y no lo molestaban, se quedaba. Cuando llegaba el momento de escapar, escapaba. Los medios para poder escapar estaban afuera; su ser interior no se preocupaba o era incapaz de decidir. Pero cuando llegaba el momento, el policía o el guardián se encontraban cara a cara con el idiota y con los iris de los ojos del idiota, a punto de girar como dos ruedas. Las puertas se abrían y el idiota se iba, y, como siempre, el benefactor corría a hacer algo, cualquier cosa, profundamente turbado.

El idiota era sólo un animal, un ser inferior, que no podía vivir entre los hombres. Pero casi siempre era un animal que huía de los hombres. Se movía como un animal en el bosque, con la gracia de un animal. Mataba, como un animal, sin alegría y sin odio. Comía, como un animal, cualquier cosa comestible, y comía (cuando podía) sólo lo suficiente y nunca más. Dormía como un animal, bien y ligeramente, de un modo opuesto al hombre, pues un hombre que va a dormirse busca refugio en el sueño, mientras que un animal duerme preparado para escapar. Tenía la madurez de un animal para quien el juego de los cachorros carece ya de sentido. No conocía el humor ni la alegría. Su espectro sólo abarcaba dos franjas: el terror y la satisfacción.

Tenía veinticinco años.

Como un carozo en un durazno o una yema en un huevo, un ser interior, receptivo y sensible, vivía en el idiota. Si algo unía a ese ser con el organismo del idiota, el ser mismo lo ignoraba. Se alimentaba del idiota, pero inconscientemente. Cuando el idiota tenía hambre (nunca demasiado) el ser interior se estremecía ligeramente, pero apenas advertía su propio estremecimiento. Moriría cuando el idiota muriera, pero no intentaba retrasar ese instante.

El ser interior carecía de funciones específicas. El bazo, los riñones, las cápsulas suprarrenales tienen funciones definidas y un nivel óptimo para esas funciones. Pero este ser sólo recibía y registraba, sin palabras, sin sistema, sin transformaciones, sin cambios, sin manifestarse exteriormente. Tomaba simplemente, sin dar.

Alrededor de ese ser, ante sus especiales sentidos, existía un murmullo, un mensaje. El ser interior se hundía en ese murmullo, lo absorbía por entero. Quizá comparaba y clasificaba o quizá sólo se alimentaba tomando lo necesario y desechando lo demás, imperceptiblemente. El idiota ignoraba todo esto. El ser interior...

Sin palabras: Calor con un poco de humedad, pero nunca bastante. Tristemente: Nunca más la oscuridad. Sentimiento de placer, sensación de una presión muy débil: Cuidado, picadura, arañazo.

Espera, puedes volver. Diferente, pero casi tan bueno. Sensaciones de sueño: Si, eso es, eso es... Alarma Te has alejado demasiado, vuelve, vuelve... Retorcimiento, interrupción súbita: Todo se precipita, más rápido, más rápido. Me arrastra. Respuesta: No, no. Nada se precipita, nada se mueve, algo te empuja. Furia: No nos oyen, estúpido, estúpido... No nos oyen. Sólo llanto, sólo ruidos.

Sin palabras. Presión, impresión, diálogo. Miedo, ansiedad, descontento. Murmullos, mensajes, sonidos de centenas de miles de voces. Ninguna de ellas sin embargo se dirigía al idiota. Nada había en esas voces que se refiera a él, nada que pudiese serle útil. El idiota no se preocupaba, por lo tanto, de lo que oía. Era un hombre inferior, pero era un hombre, y aquéllas eran las voces de los niños más pequeños, los que aún pretendían que se les escuchase. Sólo llanto, sólo ruidos.

El señor Kew era un buen padre. Él mejor de los padres. Se lo dijo él mismo a su hija Alicia cuando la muchacha cumplió diecinueve años. Se lo dijo por primera vez cuando la pequeña Evelyn, el mismo día en que la madre de ambas, con una indignación mayor que la agonía y el día que murió maldiciendo a su marido. Alicia tenía entonces cuatro años.

Sólo un buen padre, el más maravilloso de los padres, pudo haber ayudado a nacer, y con sus propias manos, a una de sus hijas. Un padre cualquiera no podría haber criado al bebé y a la niña con tanta ternura y tanta solicitud. Nunca un niño recibió tanta protección contra el mal como Alicia. Y cuando ella unió sus fuerzas a las de su padre, juntos crearon para Evelyn un inexpugnable castillo de pureza.

—Pureza destilada—le dijo el señor Kew a Alicia cuando la muchacha cumplió diecinueve años—. Estudiando el mal he llegado a saber lo que es el bien. Te he enseñado el bien y tu buena conducta, fruto de mis buenas enseñanzas, será la estrella que guiará a tu hermana Evelyn. No hay mal en el mundo que yo no conozca y tú no ignoras el mal que debes evitar. Pero Evelyn no sabe qué es el mal.

A los diecinueve años Alicia ya podía comprender esas abstracciones y todo lo que las palabras «bien» y «mal» implicaban. Cuando tenía dieciséis años, su padre le había explicado cómo enloquece un hombre cuando está solo con una mujer, cómo el cuerpo del hombre, bañado en un sudor venenoso, moja entonces la piel de la mujer y la cubre de horror y fealdad. En los libros ilustrados del señor Kew había ejemplos de esa piel. A los trece años Alicia tuvo una molestia; se lo dijo a su padre y éste, con los ojos llenos de lágrimas, declaró que eso ocurría porque ella había estado pensando en su cuerpo. Y era verdad. Alicia confesó su culpa y recibió tal castigo que lamentó de veras tener un cuerpo. Desde entonces trató de no pensar en sí misma, y con la ayuda de su padre, regularmente, penosamente, disciplinó su carne rebelde y obstinada. Tenía ocho años cuando el señor Kew le dijo que si no quería quedarse ciega, si no quería tener esos ojos blancos de los ciegos, debía aprender a bañarse en la oscuridad. Y le mostró unas magníficas ilustraciones de esos ojos. Y cuando cumplió seis años, él mismo le colgó en el dormitorio el retrato. de una mujer llamada Angel y el de un hombre llamado Demonio.. La mujer alzaba los ojos al cielo y sonreía. El hombre extendía hacia ella unas manos ganchudas como garfios. Y en el pecho del hombre asomaba la punta humedecida y rota de un cuchillo.

Vivían solos en un caserón enorme, en lo alto de una colina arbolada. Ninguna carretera llegaba hasta la casi. Sólo un estrecho sendero se retorcía una y otra vez entre los árboles, y desde las ventanas no se podía saber a dónde iba. La senda terminaba en una pared y en un portón de hierro, clausurado desde hacia dieciocho anos. Junto al portón, empotrado en la pared, había un panel de acero. Una vez al día el padre de Alicia bajaba por el camino y abría con dos llaves los dos candados del panel. Levantaba una plancha de metal, recogía los comestibles y la correspondencia, dejaba un poco de dinero y unas cuantas cartas y cerraba otra vez los candados.

Más allá de los muros corría un camino no muy ancho que Alicia y Evelyn no habían visto nunca. Los árboles ocultaban el muro y el muro ocultaba el camino. El muro y el camino corrían juntos doscientos metros, de este a oeste, remontando la colina. Luego el muro se encontraba con unos barrotes de hierro, de más de cuatro metros de altura, tan apretados que el puño de un hombre apenas podía pasar entre ellos. Las puntas de los barrotes se curvaban hacia afuera y hacia abajo, unidas por un borde de cemento salpicado de trozos de vidrio Algunos de los barrotes corrían de este a Oeste, entre la casa y el muro, y otros penetraban entre los árboles cercando la casa. El muro y la casa formaban, pues, un rectángulo de vedado territorio. Detrás de la casa se extendía un terreno con árboles de más de tres kilómetros cuadrados. Allí pasaba Evelyn los días ante las miradas atentas de su hermana. Era un bosque con un arroyo, flores silvestres, un pequeño estanque, robles silenciosos y claros ocultos. Sobre las copas de los árboles el cielo brillaba intensamente, y unos acebos de tupido follaje impedían ver los barrotes, ocultaban el paisaje, detenían los vientos. Este era el mundo de Evelyn, el único mundo que ella conocía y el mundo que ella prefería.

El día que Alicia cumplía diecinueve años, Evelyn estaba sola a orillas del estanque. No alcanzaba a ver la casa, ni el cerco de acebos, ni los hierros de la verja, pero el cielo estaba allí, sobre los árboles, y el agua estaba allí, a su lado; Alicia y su padre se habían encerrado en la biblioteca. Cuando Alicia cumplía años algo especial la esperaba en esa habitación. Evelyn no había estado nunca allí. La biblioteca era un lugar donde vivía su padre y en el que Alicia entraba en ciertas ocasiones. Evelyn no había pensado nunca en entrar en la biblioteca, del mismo modo que nunca había pensado en respirar, como las truchas, debajo del agua. No le habían enseñado a leer, sólo a escuchar y obedecer. No había aprendido a preguntar, sólo a aceptar. Se le enseñaba algo en el momento adecuado, y únicamente su padre y su hermana sabían cuándo llegaba ese momento.

Sentada no muy lejos de la orilla, Evelyn ordenaba los largos pliegues de su vestido. Observó sobresaltada que un tobillo le asomaba bajo la falda y lo cubrió con rapidez, como lo hubiera hecho Alicia si hubiese estado allí. Luego apoyó la cabeza en el tronco de un sauce y contempló largamente la superficie del agua.

Era primavera, ese momento de la primavera en que se han abierto los brotes, cuando ha cesado la presión de la savia en los vasos resecos y en las yemas cubiertas de resina, y todo en el mundo se apresura a ser hermoso. El aire era pesado y suave; se apoyaba en los labios hasta que los labios se abrían, los apretaba hasta que sonreían, entraba audazmente en el pecho y allí golpeaba como otro corazón. Era un aire con un problema: tranquilo, coloreado, por los sueños, completamente inmóvil, y apresurado sin embargo. La quietud y la prisa animadas y juntas, ¿cómo podía ser? Ese era el problema.

El deslumbrante canto de un pájaro traspasó las hojas. Evelyn sintió una picazón en los ojos, y un misterio nubló el bosque. Algo se estiró en su regazo. Bajó la vista y en ese momento las manos comenzaron a moverse, una sobre otra, sacándose los guantes; y luego, ya desnudas, se elevaron hasta el cuello, pero no para esconder algo, sino para participar de algo. Evelyn inclinó la cabeza, y las manos, uniéndose con alegría bajo el severo orden del cabello, dejaron caer las cuatro horquillas y abrieron el alto cuello de la blusa. El aire encantado se precipitó sobre la piel con un grito silencioso. Evelyn respiró hondamente, como después de una carrera. Alargó la mano, desmañada y vacilante, y acarició lentamente las hierbas, como si ese acto pudiera aliviarla de aquel indecible y confuso deleite. No sucedió así, y Evelyn se volvió, y tendiéndose boca abajo sobre el lecho de hierbabuena temprana, se echó a llorar. La primavera era demasiado hermosa.

El idiota estaba en el bosque, examinando torpemente la corteza de un roble muerto, cuando de pronto algo ocurrió. Dejó de mover las manos y alzó la cabeza alerta y vigilante. Sentía las urgencias de la primavera, como un animal, y quizá algo más que como un animal. Pero de pronto la primavera no fue sólo un aire denso y esperanzado y una animada resurrección de la tierra. La presión de una mano sobre su hombro no hubiera sido más real que aquel llamado.

Se incorporó con lentitud, como si temiera romper alguna cosa. Los extraños ojos le brillaban suavemente. Caminó (él que nunca había llamado a nadie, ni había sido llamado, ni había respondido) y fue hacia su meta presentida, voluntariamente, sin que nada exterior lo impulsara. Sentía, sin pensarlo, que en su interior despertaba una necesidad enquistada hasta entonces. Esa necesidad lo había acompañado toda su existencia, pero nunca había podido expresarla. Y ahora, al manifestarse de ese modo, la necesidad lanzaba un hilo a través de un abismo, uniendo el núcleo aislado y vivo al animal semimuerto donde ese mismo núcleo vivía encerrado. Era un mensaje lanzado directamente a la parte humana del idiota por intermedio de un instrumento que hasta ahora sólo había transmitido los confusos mensajes de un recién nacido, y que por esa misma razón nunca había sido escuchado atentamente. Pero ahora el instrumento hablaba, por decirlo así, en su propia lengua.

El idiota caminaba con cuidado y rapidez, con cuidado y en silencio, balanceando los hombros, deslizándose entre los alisos, rozando los pinos, como si no pudiera abandonar la línea recta que lo llevaba hacia aquel llamado. El sol brillaba en lo más alto del cielo; los árboles se repetían indefinidamente iguales, enfrente, a la izquierda, a la derecha. Sin embargo, él seguía su camino, sin vacilar, sin saber por dónde iba, sólo guiado por su propia respuesta.

De pronto llegó. El bosque se interrumpía inesperadamente; una franja de tierra arrasada, de unos quince metros de ancho, rodeaba la verja. Los árboles habían sido arrancados de raíz para que las ramas no pasasen por encima de los hierros. El idiota salió del bosque y, abriendo los brazos, corrió por el terreno desnudo, hacia los apretados barrotes. Metió los brazos entre ellos, y cuando los hierros chocaron con los hombros huesudos, las piernas siguieron agitándose y los pies restregaron el suelo, una y otra vez, como si algo lo impulsara a pasar más allá de la verja, más allá del follaje impenetrable.

Lentamente comprendió que la verja no cedería. Los pies dejaron de moverse y las manos se retiraron de los barrotes. Pero los ojos continuaron activos, prontos a responder, mirando ansiosamente entre los barrotes y entre las hojas de los acebos. Un áspero sonido le brotó de la boca. Antes no había intentado hablar y ahora no podía hacerlo. Y el sonido no encerraba ningún propósito; era algo final, como unas lágrimas en un crescendo de música.

Caminó a lo largo de la verja, sin poder alejarse del llamado.

Llovió todo ese día y esa noche y la mitad del día siguiente, y cuando, salió el sol volvió a llover, hacia arriba; llovió luz de las pesadas gemas caídas sobre la hierba fresca y brillante. Algunas de esas gemas se evaporaron, otras cayeron, y entonces la tierra con una voz muy blanda, y las hojas con la voz de la forma, y las flores con la voz del color mostraron su agradecimiento.

Evelyn se acurrucó en el asiento de la ventana, con los codos en el alféizar. La presión de las manos, ahuecadas para recibir las mejillas, la hacía sonreír. Evelyn cantó, suavemente. Era muy raro oírla, pues no sabía música. No sabía leer y nunca le habían hablado de música. Pero ahí estaban los pájaros, y algunas veces el fagot del viento sonaba en los aleros; ahí estaban, en ese lugar del bosque que era exclusivamente suyo, y también más lejos, en lugares que no le pertenecían, los reclamos y los arrullos de los animales. El canto de Evelyn se parecía a esas voces, con cambios de tono extraños y fáciles, como un instrumento que fraseara libremente fuera de la escala diatónica.

No toco jamás la alegría,

no puedo tocar la alegría.

Oh belleza de la mano

cuándo se abre como una hoja.

Sólo la luz me separa del cielo.

La lluvia me toca,

el viento me toca,

las hojas, otras hojas, me tocan...

Cantó sin palabras, mucho tiempo, y luego, silenciosa, cantó sin sonidos, mirando caer las gotas de lluvia bajo la luz del mediodía.

—¿Qué haces?—preguntó ásperamente una voz.

Evelyn se volvió sobresaltada. Alicia estaba ante ella, con un rostro extraño y duro.

—¿Qué haces?—volvió a decir Alicia.

Evelyn señaló vagamente la ventana, tratando de responder. ¿Y bien?

Evelyn repitió el ademán.

—Allá—dijo—, yo... yo...

Se deslizó fuera del asiento y se incorporó estirándose. Tenía la cara encendida.

—Ciérrate el cuello—dijo Alicia—. ¿Qué te pasa, Evelyn? Cuéntame.

—Trato de hacerlo—dijo Evelyn con una voz suave e implorante a la vez.

Se abotonó el cuello de la blusa y dejando caer las manos se apretó la cintura. Alicia dio unos pasos hacia ella y le apartó las manos del cuerpo.

—No hagas eso. ¿Qué hacías? ¿Hablabas?

—Hablaba, sí. Pero no contigo; tampoco con papá.

—No hay nadie más.

—Sí hay—replicó Evelyn. Y enseguida, sin aliento, añadió:—Tócame, Alicia.

—¿Que te toque?

—Si, yo... te necesito.

Evelyn abrió los brazos.

—No debernos tocarnos—dijo Alicia retrocediendo y con toda la dulzura de que era capaz en su confusión—. ¿Qué te pasa, Evelyn? ¿No te sientes bien?

—Sí—dijo Evelyn—. No, no sé.—Se volvió hacia la ventana—. Ya no llueve. No hay luz aquí. Y allá hay tanto sol, tanto... Quiero que el sol me envuelva, como en un baño.

—Tonta. Entonces habrá mucha luz en tu baño... No debemos hablar de los baños, querida.

Evelyn tomó un almohadón, lo abrazó, y lo apretó contra el pecho.

—¡Evelyn! ¡No hagas eso!

Evelyn giró sobre sí misma y miró extrañamente a su hermana Alicia. Torció la boca, cerró con fuerza los ojos y los abrió llenos de lágrimas.

—¡Tengo que hacerlo!—lloró—. ¡Tengo que hacerlo!

—Evelyn—susurró Alicia. Y con los ojos muy abiertos retrocedió hasta la puerta—. Se lo contaré a papá.

Evelyn movió afirmativamente la cabeza y apretó con más fuerza el almohadón.

Cuando llegó al arroyo, el idiota se agachó y miró. Una hoja vino bailando sobre el agua, se detuvo, saludó, se abrió paso entre los hierros, y desapareció por la pequeña abertura que había entre los árboles.

El idiota nunca había reflexionado y quizá no pensó en seguir a la hoja. Sin embargo así lo hizo, aunque sólo para descubrir que los barrotes se hundían en el canal de cemento, peinaban el agua y no dejaban pasar nada mayor que una hoja o una ramita. Revolviéndose en el canal, el idiota apoyó el cuerpo contra los barrotes y golpeó el cemento. El agua le entró por la boca, sofocándolo, y él continuó su tarea, ciegamente, insistentemente. Tomó un hierro con ambas manos y trató de sacudirlo. Se lastimó la palma de una mano. Probó sucesivamente dos o tres barrotes y de pronto uno se movió golpeando el travesaño inferior.

De esta última tentativa había resultado algo distinto. El idiota ignoraba si esa diferencia quería decir que el barrote estaba oxidado y era, por lo tanto, un poco más débil. Se trataba, simplemente, de algo distinto, y eso le daba esperanzas.

Sentándose en el fondo del arroyo y con el agua hasta los hombros, puso los pies a los lados del barrote, y asiéndolo otra vez con ambas manos, tomó aliento y tiró con violencia. Una mancha roja subió a la superficie del agua girando en la corriente. El idiota se inclinó hacia adelante y luego hacia atrás con un tremendo esfuerzo. El hierro oxidado se quebró en el agua y el idiota cayó de espaldas, se golpeó la cabeza en el borde del canal y casi inconsciente volvió, entre rodando y flotando, hacia los barrotes. Tragó un poco de agua, tosió penosamente y se puso de pie. Cuando el mundo dejó de dar vueltas se zambulló otra vez en el canal. La abertura tenía unos cuarenta centímetros de altura, pero no más de veinte de ancho. Con la cabeza hundida en el agua, el idiota metió un brazo entre los hierros. Luego volvió a sentarse y metió una pierna.

Otra vez comprendía, oscuramente, el hecho inexorable de que la sola voluntad no bastaba, de que la sola presión no haría ceder la barrera. Se volvió hacia el próximo barrote y trató de romperlo. El hierro no se movió. Y tampoco el del otro lado.

Abandonó sus esfuerzos. Alzó la vista y contempló desesperanzado, allá arriba, a cuatro metros de altura, el borde de la verja, de salidos y apretados colmillos, de hambrientas hileras de vidrio roto. Algo le molestaba. Cambió de posición, y manoteando en el canal se encontró con el trozo de hierro, de unos treinta centímetros de largo, que había arrancado momentos antes. Se sentó otra vez, con el pedazo de hierro entre las manos, mirando estúpidamente hacia la verja.

Tócame, tócame. Eso decía el llamado, envuelto en una gran ola de emoción. Era como un deseo, un ruego, un río de dulzura y necesidad. El llamado no había dejado de oírse, pero esto era algo distinto. Como si el llamado fuese una onda de transmisión y esto nuevo la modulación de la onda.

En ese momento el hilo interior que unía sus dos yoes tembló, creció y comenzó a transmitir balbuceando. Ondas y chispas de poder interior fueron lanzadas a través del hilo y volvieron cargadas de conocimiento y de información. La extraña mirada se posó en el trozo de hierro; las manos lo hicieron girar sobré sí mismo. La razón empezó a actuar, dolorida por la falta de uso, y luego, por primera vez, se dedicó a resolver un problema.

El idiota se sentó en el agua, cerca de la verja, y se puso a frotar la barra con el trozo de hierro, bajo el travesaño.

Comenzó a llover. Llovió todo el día y toda la noche, y la mitad del día siguiente.

—Estaba aquí—dijo Alicia con el rostro encendido. El señor Kew, de ojos hundidos y brillantes, recorrió la habitación pasando los dedos entre las cuatro colas del látigo.

—Y quería que yo la tocara—recordó Alicia—. Así me lo pidió.

—Ya la tocaremos dijo el señor Kew—. El mal, el mal—murmuró—. No es posible depurar el mal. Creí que era posible. Si, lo creí. Tú eres mala, Alicia, no lo ignoras, va que una mujer te tocó durante varios años antes que yo te tomara en mis manos; pero Evelyn, no... El mal está en la sangre y la sangre no se puede lavar. ¿Dónde crees que estará Evelyn?

—Quizás afuera... en el estanque. Le gusta el estanque. Iré contigo.

El señor Kew observó el rostro enrojecido y los ojos ardientes de Alicia.

—Esto es asunto mío. Quédate aquí.

—Por favor...

El señor Kew hizo restallar las pesadas correas.

—¿Tú también, Alicia?

La muchacha dio media vuelta, mordiéndose nerviosamente los labios.

—Más tarde—gruñó el señor Kew. Y salió apresuradamente.

Alicia se quedó temblando, un momento, en medio de la habitación. Luego se precipitó hacia la ventana y vio que su padre se alejaba entre los árboles, con aire, decidido. Sus manos se abrieron y se curvaron sobre el marco de la ventana. Un balido inarticulado y extraño le brotó de la boca.

Evelyn llegó al estanque sin aliento. Algo mágico, un humo invisible, flotaba en el agua. Lo miró ansiosamente y se sintió inundada por una sensación de cercanía. No podía saber si se trataba de un objeto o de un acontecimiento, pero era algo que estaba muy cerca, y lo saludó gozosamente. Corrió hacia el borde del agua y extendió las manos.

Las aguas se agitaron en la superficie del estanque y un hombre apareció entre los tallos de los acebos y se arrastró jadeante hacia la orilla, mirando a Evelyn. Era ancho y chato, con la carne cubierta de rasguños y las manos entumecidas y arrugadas por el agua. Parecía débil y agotado. Unos jirones de ropa colgaban sobre él, aquí y allá, sin cubrirlo.

Evelyn, hechizada, se inclinó hacia él y otra vez el llamado surgió en olas de soledad, esperanza y deseó, alegría y compasión. No estaba asustada ni sorprendida, sólo asombrada. Ambos se habían comunicado durante días enteros y sus silenciosas radiaciones se alcanzaban ahora mutuamente, mezclándose, uniéndose y confundiéndose. Silenciosamente vivieron el uno en el otro, y luego Evelyn se dobló sobre él y lo tocó, le tocó el cuerpo y el pelo áspero.

El idiota tembló violentamente, y sacudiéndose salió del agua. Evelyn se dejó caer a su lado. Se sentaron, juntos, y los ojos de la muchacha se encontraron al fin con aquellos ojos. La mirada del idiota parecía dilatarse y llenar el aire. Evelyn, llorando de alegría, se hundió en esa mirada, deseando vivir en ella, quizá morir en ella, o ser por lo menos parte de ella.

Evelyn no había hablado nunca con un hombre y el idiota no había hablado con nadie. Ella no sabia lo que era un beso, y para él lo que podía haber visto carecía de sentido. Pero conocían algo mejor. Se quedaron quietos y juntos. Evelyn apoyó una mano en el hombro del idiota y sus corrientes interiores fluyeron, entrecruzándose. No alcanzaron a oír los pasos resueltos del señor Kew, ni su respiración jadeante, ni su terrible grito de hombre ultrajado. Absortos en sí mismos nada advirtieron hasta que el señor Kew saltó sobre ellos, alzó a Evelyn en sus brazos y la arrojó hacia atrás, sin mirar cómo ni dónde había caído. El señor Kew, inmóvil, de pie junto al idiota, lo observó fijamente. Abrió los pálidos labios y emitió otra vez aquel terrible sonido. Y enseguida, levantó el látigo.

El idiota estaba tan deslumbrado que no sintió el primer golpe ni el segundo, aunque su carne empapada, arañada y golpeada, se abrió y sangró. Echado en el suelo seguía mirando el sitio vado donde habían estado los ojos de Evelyn.

El látigo silbó y restalló en el aire y las trenzadas puntas se hundieron otra vez en la espalda del idiota. Los antiguos reflejos volvieron a él. Se arrastró de espaldas tratando de introducir los pies en el agua. El hombre arrojó entonces el látigo y, tomando con ambas manos una de las huesudas muñecas del idiota, corrió, literalmente, una docena de pasos, alejándose de. la orilla y arrastrando consigo la andrajosa figura. Le dio luego un puntapié en la cabeza y fue en busca del látigo. Cuando regresó, el idiota había logrado apoyarse sobre los codos. El señor Kew le dio otro puntapié, haciéndolo caer. Le puso un pie en el hombro, impidiéndole todo movimiento, y comenzó a azotarle el vientre desnudo.

Se oyó un chillido penetrante y un buey con garras de tigre cayó sobre el señor Kew. El hombre rodó por el suelo y alzando los ojos vio el rostro enardecido de su hija menor. La muchacha se había mordido los labios y una saliva sanguinolenta le brotaba de la boca. Clavó las garras en el rostro de su padre, hundiéndole un dedo en el ojo izquierdo. El hombre lanzó un grito de dolor; metió las manos en los encajes que envolvían la garganta de Evelyn y la golpeó dos veces con el pesado mango del látigo.

Gimoteando, quejándose, se volvió otra vez hacia el idiota, pero en éste había nacido ahora una implacable necesidad de huir, que borraba todo lo demás. Y quizá el golpe que había privado de conocimiento a la muchacha había quebrado también otra cosa. De cualquier modo sólo quedaba escapar, y nada sería posible hasta conseguirlo. El cuerpo largo del idiota se dobló como el de un saltamontes y se lanzó al aire en un salto mortal. Cayó junto a la orilla, sobre pies y manos, y saltó nuevamente. El latigazo lo alcanzó en el aire y las correas le envolvieron el cuerpo unos instantes, desde las últimas costillas hasta las caderas. El señor Kew sintió que el mango del látigo se le escapaba de la mano. Dio un grito y entró en el agua, detrás del idiota, y se zambulló entre los troncos sumergidos de los árboles.

Las hojas de los acebos arañaron el rostro del señor Kew, que hundió de nuevo la cabeza en el agua. Una de sus manos alcanzó un pie desnudo. Tiró de él con todas sus fuerzas. El pie lo golpeó en una mejilla y su cabeza fue a dar contra los barrotes de hierro.

El idiota había pasado del otro lado de la verja, y ya casi fuera del agua trataba débilmente de enderezar el cuerpo dolorido. Se volvió y. vio al hombre tomado de los hierros, furioso y asombrado.

El idiota se arrastró hacia la orilla, salpicando de agua rosada el rostro del señor Kew. Los movimientos reflejos de la huida fueron apagándose, lentamente. Después de unos instantes de completo vacío nació en él un sentimiento raro y nuevo. La experiencia era tan singular como la del llamado que lo había llevado hasta allí. Y casi tan intensa. Era un sentimiento parecido al temor, pero el temor había sido una niebla viscosa y oscura, y esto era algo afilado, duro y preciso.

Abrió las manos, soltándose de los juncos venenosos que crecían junto a las cenicientas orillas del arroyo, y dejó que las aguas lo arrastraran otra vez hacia la verja. Allí el enloquecido señor Kew lanzaba gritos y lamentos. El idiota se acercó a los barrotes y abrió los ojos. Los gritos cesaron.

Por primera vez usaba los ojos conscientemente, intencionalmente, para algo más que un mendrugo de pan.

Cuando el hombre se fue, el idiota salió arrastrándose del arroyo y con pasos lentos y vacilantes se internó en el bosque.

Cuando Alicia vio volver a su padre, se llevó el dorso de la mano a la boca y hundió los dientes en la piel. No eran las ropas, desgarradas y húmedas, ni siquiera ese ojo destrozado, era algo más, algo que...

—¡Papá!

El señor Kew avanzó hacia ella, sin responder. En el último instante, cuando ya iba a ser aplastada como una planta de trigo, Alicia dio, ciegamente, un paso atrás. El señor Kew pasó rápidamente y se metió en la biblioteca.

—¡Papá!

No hubo respuesta. Alicia corrió hacia la biblioteca. Su padre estaba en el otro extremo de la habitación, junto a unos armarios que ella nunca había visto abiertos. Y las puertas de uno de ellos estaban entornadas. El señor Kew sacó del armario un revólver de caño largo y una caja de balas. Abrió la caja y las balas se desparramaron sobre el escritorio. Empezó a cargar metódicamente el revólver.

Alicia corrió hacia él.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Estás herido, déjame que te ayude. ¿Qué estás...?

El señor Kew miraba fijamente, fríamente, con su único ojo sano. Respiró con lentitud, durante demasiado tiempo; retuvo el aire, también demasiado, y emitió un prolongado silbido. Ajustó el cilindro, quitó el seguro, miró a su hija, y levantó el revólver.

Alicia no olvidaría nunca esa mirada. Sobrevendrían sucesos terribles, pero el tiempo nublaría las escenas, borraría los detalles. Esa mirada, en cambio, la acompañaría siempre.

El señor Kew fijó su único ojo en Alicia, apresándola e inmovilizándola. Alicia se retorció como un insecto atravesado por un alfiler. Tenía la horrible seguridad de que su padre no la veía, de que miraba algún horror desconocido y privado. Mirando siempre más allá de Alicia, el señor Kew se metió el caño del revólver en la boca y apretó el gatillo.

El ruido no fue muy grande. El cabello voló desde lo alto de la cabeza en una fina pelusa. El ojo siguió mirando fijamente, traspasando a Alicia. El señor Kew no parecía más muerto que un momento antes. Inclinó la cabeza, como si quisiera mostrar el destrozo que había reemplazado al pelo, y el lazo que ataba a Alicia se rompió bruscamente. La muchacha huyó de la habitación.

Dos horas, dos horas enteras pasaron antes que encontrara a Evelyn. Una de ellas fue simplemente una hora perdida: vacío y dolor. La otra se deslizó uniformemente. Durante esta última hora, Alicia erró por la casa seguida por sus propios y suaves lamentos.

—¿Qué? ¿Qué dices? sollozaba, tratando de comprender, hablándole a la casa silenciosa.

Encontró a Evelyn junto al estanque, tendida de espaldas, con los ojos muy abiertos. En uno de los lados de la cabeza tenía una protuberancia, y en medio de la protuberancia un agujero donde cabían tres dedos.

—No—dijo Evelyn dulcemente cuando Alicia trató de levantarle la cabeza.

Alicia apoyó suavemente sobre la hierba la cabeza de Evelyn, y arrodillándose a su lado le tomó las manos.

—¿Evelyn, qué ha pasado?

—Papá me golpeó—dijo Evelyn serenamente—. Voy a dormir.

Alicia sollozó.

—¿Cómo se llama—dijo Evelyn—cuando una persona necesita a otra persona... cuando deseas que te toquen y... las dos forman como un solo ser y no hay nada más en el mundo?

Alicia, que había leído algunos libros, meditó unos instantes.

—Amor—dijo al fin—. Es una enfermedad, es una cosa mala.

El rostro tranquilo de Evelyn se iluminó con una especie de sabiduría.

—No es una cosa mala—dijo—. Yo la sentí.

—Tienes que volver a casa.

—Dormiré aquí—dijo Evelyn, y sonrió mirando a su hermana—. ¿Te parece bien... Alicia?

—Sí.

—No despertaré nunca—continuó Evelyn con aquella misma rara expresión de sabiduría.—Quisiera hacer algo, pero ahora no puedo. ¿Quieres hacerlo por mí?

—Sí, lo haré—susurró Alicia.

—Por mí—insistió Evelyn—. Aunque tú no querrás hacerlo.

—Lo haré.

—Cuando el sol brille mucho—dijo Evelyn—báñate en él. Algo más, espera.—Cerró los ojos. Una arruga pequeña le apareció y desapareció en la frente—. Quédate en el sol. Camina, corre. Corre y... salta, muy alto. Mueve el aire al correr. También eso. No supe hasta ahora que quería hacerlo y ahora... ¡oh, Alicia!

—¿Qué, Evelyn, qué?

—Allí está, allí está, ¿no lo ves? ¡El amor, con el sol en el cuerpo!

Los ojos dulces y luminosos contemplaron absortos el cielo del atardecer. Alicia miró también y no vio nada. Cuando bajó la vista comprendió que Evelyn tampoco veía nada. Ya no más.

A lo lejos, en el bosque que se extendía más allá de la verja, estallaron unos tristes sollozos.

Alicia escuchó un momento. Luego, extendiendo la mano, cerró los ojos de Evelyn. Se incorporó y fue lentamente hacia la casa y los sollozos la siguieron, casi hasta que puso los pies en el umbral. Y aun entonces el llanto siguió dentro de ella.

Cuando los cascos resonaron en el patio, la señora Prodd rezongó entre dientes y corrió las cortinas de algodón. Gracias por una parte a la luz de las estrellas y por otra a su conocimiento del patio, logró discernir las formas del caballo, el carro y su marido, que se afanaba junto a ellos. En ese momento entraban por el portón. «Tendrá que oírme», pensó, «entreteniéndose en el bosque mientras se le pasa la cena.»

No la oyó, sin embargo. Bastó que la mujer mirase el ancho rostro de su marido para que olvidase todas sus amenazas.

—¿Qué pasa, Prodd?—preguntó alarmada.

—Tráeme una manta.

—Pero, qué...

—Date prisa. Un hombre malherido. Lo encontré en el bosque. Parece que lo hubiera atacado un oso. Tiene las ropas deshechas.

La señora Prodd trajo apresuradamente la manta. Su marido se la arrebató y salió al patio. Un momento después volvía con un hombre a cuestas.

—Aquí—dijo ella, y abrió de par en par las puertas de la habitación de Jack.

Prodd parecía dudar. El cuerpo del hombre le colgaba flojamente de los brazos.

—Vamos, vamos—dijo la mujer—. No te preocupes por la colcha, ya la lavaré.

—Trae unos trapos y agua caliente—gruñó el señor Prodd. La mujer salió del cuarto y Prodd levantó con cuidado la manta.

—Oh, Dios mío.

Poco después la mujer aparecía con una palangana.

—No pasará la noche—dijo Prodd deteniendo a su mujer en el umbral—. Creo que no deberíamos molestarlo.

—Tenemos que probar.

La señora Prodd cruzó la puerta y se detuvo, pálida, cerrando los ojos. Prodd tomó la palangana.

—Vamos—dijo ella con suavidad.

Se acercó a la cama y se puso a limpiar el cuerpo andrajoso. Pasó la noche. Pasó también la semana y entonces los Prodd empezaron a pensar que seguiría viviendo. Yacía inmóvil e indiferente en la habitación que ellos llamaban la habitación de Jack, sin darse cuenta de nada, excepto quizá de la luz que aparecía y desaparecía detrás de los vidrios. Miraba siempre hacia afuera, quizás viendo, quizás observando, o quizá no. Había muy poco que ver: un poco de terreno árido de la chacra de Prodd, una figurita que en la distancia escarbaba con un rastrillo la tierra endurecida y que de cuando en cuando se agachaba para arrancar la cizaña. Su ser interior se había rodeado de una cáscara de silencio y pena. Su ser exterior parecía también encogido, inalcanzable. Cuando la señora Prodd le traía la comida (huevos, leche dulce y tibia, jamón casero, y pan de maíz) ignoraba a la mujer. y la comida. Comía sólo obligado por ella.

—¿Todavía no ha hablado?—preguntaba el señor Prodd por las tardes, y la mujer sacudía la cabeza.

Pasaron diez días y a Prodd se le ocurrió algo. Cinco días después se lo dijo a su mujer.

—¿Y si fuera un simple, Ma?

—¿Qué quieres decir?—preguntó la mujer increíblemente enojada.

El señor Prodd hizo un raro ademán.

—Ya sabes. Débil mental. Quiero decir que quizá no habla porque no puede.

—¡No!—afirmó ella. Alzó la vista y vio en su marido un gesto de duda—. ¿No le has visto los ojos? No es un idiota.

Le había visto los ojos. Lo perturbaban; era todo lo que podía decir.

—Bueno, me gustaría oírlo hablar alguna vez.

La mujer apoyó la punta de los dedos en el tazón de café.

—¿Te acuerdas de Grace?

—Sí, claro. Tu prima, la que perdió a los chicos.

—Sí. Bueno, después del incendio Grace estaba así, echada todo el día. Le hablábamos, y como si no oyera; le mostrábamos algo, y como si no tuviera ojos. Había que darle la comida en la boca. No sabía ni lavarse la cara.

—Puede ser—admitió Prodd—. Quizás a este muchacho le pasó algo parecido, y no quiere acordarse.—Grace se curó, ¿no es así?

—Bueno, nunca fue la misma—dijo la mujer—, pero salió adelante. Es como si la vida se hiciera de pronto insoportable y uno quisiera huir y olvidarse de todo.

Pasaron las semanas y los tejidos desgarrados cicatrizaron y el cuerpo ancho y chato absorbió el alimento como un cactus absorbe la humedad. El idiota no había descansado nunca, ni se había alimentado regularmente, ni..

La señora Prodd se sentaba a su lado, le hablaba y le cantaba algunas canciones: Fluye suavemente, dulce río Afton y Mi hogar en las montañas. Era una mujer menuda, de rostro moreno, cabellos descoloridos y ojos claros y había en ella una sed similar a la que él había sentido. Durante muchos días habló ante ese rostro inmóvil y silencioso, de las gentes que había dejado en el Este, y de la escuela primaria, y del tiempo en que Prodd venía a cortejarla en el Ford T de su patrón cuando aún no sabía manejar. Le habló de todas esas menudencias de las que nunca podría olvidarse: del vestido que llevaba el día de su confirmación, con un lazo aquí y unos pliegues en este lado, y le habló del día en que el marido de Grace volvió a casa borracho como una cuba, con sus pantalones nuevos completamente rotos y trayendo bajo el brazo un cerdo que chillaba como para despertar a los muertos. Le leyó algunas páginas del libro de oraciones y le contó algunos episodios de la Biblia. Le habló de todo lo que pensaba, pero no de Jack.

El idiota no contestaba ni siquiera con una sonrisa. Lo único que hacía era mirarla fijamente, cuando ella se encontraba en la habitación, o clavar los ojos en la puerta, cuando ella no estaba allí. La mujer no podía saber si esa diferencia era muy importante, pero la mejoría no abarcaba sólo el cuerpo flaco y extenuado del idiota.

Por fin un día, mientras los Prodd estaban tomando un poco de sopa, lo que ellos llamaban «la cena», se oyó de pronto un ajetreo en la habitación de Jack. Prodd miró a su mujer, se levantó y abrió la puerta.

—Eh, vamos, no puedes salir así.—Llamó a su mujer.

—Ma, trae mi otro traje de mecánico.

El idiota caminaba débilmente y con torpeza, pero estaba de pie. Lo ayudaron a sentarse y allí se quedó, con una mirada extraviada y vacía, hasta que la señora Prodd le puso una cuchara de sopa bajo las narices. Entonces el idiota empuñó la cuchara, acercó la boca y miró por encima de la mano a la señora Prodd. La mujer le palmeó un hombro y le dijo que era magnífico, que lo hacía muy bien.

—Bueno Ma, no debes tratarlo como si fuera un niño de dos años—dijo Prodd.

Se sentía turbado otra vez, quizá a causa de esos ojos.

Su mujer le apretó la mano. Prodd comprendió y no se habló más del asunto. Pero más tarde, de noche, cuando creía que su mujer ya estaba dormida, le oyó decir en voz baja:

—Tengo que tratarlo como si tuviera dos años, Prodd. Aún como si fuera más chico.

—¿Por qué?

—Con Grace—dijo ella—pasaba lo mismo. Aunque no tanto. Cuando comenzó a sentirse mejor parecía no tener más de seis años. Jugaba con las muñecas. Y cuando una vez no le dimos un poco

de torta de manzanas, se echó a llorar a gritos. Era como si estuviera creciendo de nuevo. Más rápido que antes, naturalmente, pero recorriendo otra vez el mismo camino.

—¿Crees que a él le pasará lo mismo?

—¿No parece que tuviera dos años?

—Sí, pero mide casi uno ochenta.

La mujer suspiró.

—Lo cuidaremos como si fuera un niño.

Durante unos instantes Prodd no dijo nada.

—¿Cómo lo llamaremos? —preguntó al fin.

—No Jack—respondió la mujer casi sin darse cuenta. Prodd asintió con un gruñido. Y ya no supo qué decir.

—Tendremos que esperar—dijo ella—. Seguro que ya tiene un nombre, y no estaría bien ponerle otro. Esperemos. Llegará a recordarlo.

Prodd trató de analizar lo que le había dicho su mujer.

—Ma—dijo luego—, ojalá no nos equivoquemos.

Pero la señora Prodd se había quedado dormida.

Sucedieron milagros.

Los Prodd creyeron que eran éxitos y triunfos, pero eran milagros. Una vez Prodd se encontró con las dos robustas manos del idiota en el otro extremo de una lona de 3 x 3 que estaba sacando del granero. Una vez la señora Prodd descubrió que su paciente miraba un ovillo de lana y lo hacía girar entre las manos, y sólo porque era de color rojo. Una vez el idiota encontró un balde lleno de agua junto a la bomba y lo llevó al interior de la casa. Tardó mucho tiempo, sin embargo, en aprender a manejar la bomba.

Cuando cumplió un año en la casa, la señora Prodd le preparó una torta e impulsivamente la adornó con cuatro velas. El idiota contempló fascinado las llamitas; los Prodd lo miraban arrobados.

—Sopla, hijo.

El idiota clavó los ojos en los de la mujer y luego en los de Prodd. Quizá logró representárselo mentalmente; quizá fue resultado de la cálida y anhelante demostración de la pareja, de su cariño y solicitud. Se inclinó y sopló. Los Prodd se echaron a reír. Prodd se acercó y le palmeó amablemente la espalda. La señora Prodd lo besó en la mejilla.

Algo se retorció en el interior del idiota. Durante Un instante puso los ojos en blanco. La pena helada que llevaba dentro se fundió y lo inundó. No era esto el llamado, el contacto, la comunicación que había sentido con Evelyn. No era nada parecido, salvo en intensidad. Pero esa intensidad bastó para que recordara su pérdida, e hizo entonces naturalmente lo que había hecho aquella otra vez. Se echó a llorar.

Era aquel mismo llanto, torturado y punzante, que había guiado a Prodd, hacía un año, a través del bosque oscuro. Era un llanto que no cabía en la casa. La señora Prodd ignoraba que el idiota fuera capaz de emitir algún sonido. Prodd no; lo había oído aquella primera noche. Y no podía saberse si descubrir ese sonido era o no peor que oírlo otra vez.

La señora Prodd tomó entre sus manos la cabeza del idiota y lo arrulló. Prodd se balanceó torpemente junto al idiota, extendió una mano, se arrepintió y terminó por alejarse repitiendo fútilmente:

—No, no, no...

El llanto cesó de pronto. Secándose las lágrimas, el idiota miró primero a la mujer y luego al hombre. Había algo nuevo en su rostro, como si la máscara de bronce sobre la que le habían estirado la piel se hubiera fundido.

—Lo siento—dijo Prodd—. Me parece que hemos cometido un error.

—No fue un error—dijo su mujer—. Ya lo verás.

Tuvo un nombre. Aquella noche del llanto descubrió conscientemente que si lo deseaba podía recibir un mensaje, algo definido de los demás. Ya le había ocurrido otras veces, pero sólo como cuando el viento soplaba sobre él, irreflexivamente, como un temblor o un estornudo. Comenzó a entretenerse con esta nueva habilidad como antes se había entretenido con el ovillo de lana. Los sonidos llamados lenguaje poco significaban para él, pero empezó a reconocer cierta diferencia entre las palabras que le dirigían a él y aquellas que no le concernían. Nunca aprendió realmente a percibir palabras, pero percibía en cambio directamente las ideas. Las ideas en si mismas no tienen forma y es apenas sorprendente que aprendiera con tanta lentitud a darles forma de palabras.

—¿Cómo es tu nombre?—le preguntó un día Prodd sorpresivamente.

Nombre. Buscó; lanzó la amarra de una pregunta y la pregunta volvió arrastrando lo que podía llamarse una definición. Vino, sin embargo, como puro concepto. «Nombre» es lo que soy, he sido, he hecho y he aprendido.

Ahí estaba todo, esperando ese sencillo símbolo, un nombre.

El vagabundeo, el hambre, la pérdida y, peor que la pérdida, la falta. Tenía el oscuro y sutil presentimiento de que aun aquí, con los Prodd, él no era algo, sino el sustituto de algo.

Solo.

Trató de decirlo. Tomó directamente de Prodd, el concepto, su expresión verbal y el correspondiente sonido. Pero comprender y expresar eran una cosa, y otra el acto físico de la enunciación. La lengua del idiota podía compararse a la suela de un zapato y su garganta a un silbato oxidado. Torció la boca.

—S-s-o.

Solo. Surgía claramente, nítidamente, pero el idiota comprendía que su pensamiento no podía llegar hasta Prodd; aunque el chacarero se esforzaba en recibir el mensaje.

—S-s-solo—jadeó el idiota.

—¿Lone? —dijo Prodd.

Era evidente que esa palabra tenía para Prodd un significado, un significado similar al que le daba el idiota, aunque no precisamente el mismo.

Pero llegaría a ser el mismo.

Trató de repetir el sonido, mas se le trababa la lengua. La saliva le llenaba la boca y le mojaba los labios. Buscó ayuda desesperadamente, buscó otro modo de expresión. Lo encontró. Movió afirmativamente la cabeza.

—Lone—repitió Prodd.

Y el idiota movió otra vez la cabeza, y así nació su primera palabra y su primera conversación; otro milagro.

Tardó cinco años en aprender a hablar, y siempre prefirió no hacerlo. Nunca aprendió a leer. Le faltaban las condiciones necesarias, nada más.

Había dos niños para quienes el olor del desinfectante en los azulejos era el olor del odio.

Para Gerry Thompson era también el olor del hambre y la soledad. El desinfectante sazonaba la comida, entraba en el sueño, en el hambre, el frío, el miedo... en todos los componentes del odio. Sólo el odio iluminaba el mundo, sólo él era la verdad. Un hombre se abraza fuertemente a la verdad, especialmente cuando no conoce más que una, especialmente cuando tiene seis años. Y, a los seis años, Gerry era verdaderamente un hombre. Por lo menos apreciaba, como un hombre maduro, ese placer gris que nace de la simple ausencia del dolor. Tenía una paciencia implacable, como sólo se la encuentra entre los hombres de acción, derrotados en apariencia, hasta que llega el momento de decidir. No se entiende comúnmente que para un niño de seis años, como para cualquier otra persona, la senda de la memoria recorre toda una vida de pormenores e incidentes. Las dificultades, las desilusiones, las enfermedades que había tenido Gerry, hubieran bastado para convertir en hombre a cualquiera. A los seis años ya lo parecía. En ese entonces comenzó a resignarse, a ser obediente y a esperar. El rostro menudo y cubierto de cicatrices se trasformó simplemente en otro rostro, y ya no volvió a quejarse. Vivió así dos años hasta que al fin se decidió.

Huyó entonces del asilo de huérfanos para vivir a su gusto, para adquirir el color de los terrenos baldíos y la basura (Y así no lo descubrirían), para matar si lo acosaban, para odiar.

Hip no tenía hambre, ni frío, ni una precoz madurez, pero conocía también el olor del odio. Era el olor que envolvía a su padre el médico, de manos diestras y despiadadas, de ropas sombrías. La misma voz del doctor Barrows tenía para Hip un olor de cloro y ácido fénico.

El pequeño Hip Barrows era un niño inteligente y hermoso, para quien el mundo no podía ser un pasillo largo y hostil, de azulejos desinfectados. Todo le era fácil, excepto dominar su curiosidad, y «todo» incluía las frías inyecciones de rectitud que le administraba su padre el médico, un hombre honesto, un triunfador, un hombre que había hecho una carrera del tener razón y del estar seguro.

Hip atravesó la infancia como un cohete, brillante, veloz y luminoso. Sus dones le proporcionaron todo lo que un joven puede desear, y las circunstancias le señalaron constantemente que era algo así como un ladrón, sin derecho a poseer lo que había ganado sin esfuerzo. Esa era la filosofía de su padre el médico, a quien todo le había costado trabajo. El talento le proporcionó, pues, a Hip, amigos y honores, y las amistades y los honores lo llenaron de inquietud y de una humildad enfermiza de la que no era totalmente consciente.

Tenía ocho años cuando construyó su primera radio, un aparato de galena, y él mismo enrolló el alambre en las bobinas. Colgó el aparato de los muelles, de tal modo que nadie podía verlo si no daba vuelta la cama, y metió un par de teléfonos en la almohada. Durante la noche se quedaba despierto y escuchaba las transmisiones. Su padre el médico encontró la radio, y le prohibió volver a tocar un alambre. Tenía nueve años cuando su padre el médico descubrió su escondite de libros y revistas de radio y electrónica y los amontonó frente a la chimenea y se los hizo quemar, uno por uno; estuvieron levantados toda la noche. Tenía doce años cuando ganó una beca gracias a un osciloscopio sin tubos que había diseñado en secreto, y su padre el médico le dictó la carta de rechazo. Era un inteligente muchacho de quince años cuando fue expulsado del colegio, donde se preparaba para seguir los cursos superiores de medicina, por haber entrecruzado los cables del tablero del ascensor y haberle añadido algunos conmutadores, de modo que al tocar cualquiera de los botones sobrevenía una inesperada aventura. A los dieciséis, repudiado felizmente por su padre, se ganaba la vida en un laboratorio y comenzaba a estudiar ingeniería.

Era una persona importante y popular. Sentía la necesidad de ser muy popular y ésta, como sus otras necesidades, la satisfacía fácilmente. Tocaba el piano con un estilo sorprendentemente delicado y jugaba al ajedrez con rapidez y sutileza. Aprendió a perder con habilidad, nunca demasiado a menudo, en el ajedrez y en el tenis, y una vez en el juego de competencia de ser «el primero de la clase y del colegio». Siempre le sobraba tiempo, tiempo para hablar y leer, para pensar en silencio, para escuchar a quienes valía la pena escuchar, tiempo para corregir y rehacer las pedantería que algunos no entendían en su forma original. Encontró aún tiempo para la R.O.T.C, y ahí consiguió su beca.

Descubrió que la Fuerza Aérea era una institución muy diferente de todos los colegios en los que había cursado y le llevó cierto tiempo comprender que no era posible ablandar al coronel con humildad o ganárselo con ingenio, como a los celadores de los colegios. Le llevó más tiempo aún aprender que en el servicio militar no es la minoría, sino la mayoría, quien juzga la perfección física, la conversación brillante y los fáciles triunfos más como defectos que como virtudes. Se encontraba demasiado solo, y lo evitaban demasiado.

Allí mismo, en la compañía antiaérea, encontró una respuesta, un sueño, un desastre.

Alicia estaba hundida en las sombras, a orillas del prado.

—¡Papá, papá, perdóname!—decía entre lágrimas.

Se dejó caer sobre la hierba, aturdida por el dolor y el miedo, desgarrada, atormentada por una lucha interior.

—Perdóname—murmuraba apasionadamente.—Perdóname—repetía con desprecio.

Demonios, pensaba, ¿por qué no estarás muerto? Te mataste hace cinco años, mataste a mi hermana, y aún te pido perdón, sádico, pervertido, asesino, demonio... hombre, ¡hombre sucio y venenoso!

He recorrido un largo camino, pensaba, y no he avanzado un paso. Cómo me escapé de Jacobs, del amable abogado Jacobs, cuando vino a ayudarme a causa de los cadáveres. Oh, cómo corrí para no quedarme sola con él, para que no se volviera loco y me envenenara. Y cuando trajo a su mujer,

cómo huí de ella también, creyendo que las mujeres son algo malo y no hay que tocarlas. Tardé tanto en comprender que la persona loca era yo y no ellos... Pasó tanto tiempo antes que yo entendiera qué paciente y qué buena era la madre Jacobs; cuánto tenía que hacer conmigo, por mí...

¡Pero, niña, nadie lleva esos vestidos desde hace por lo menos cuarenta años!

Y en el coche, cuando grité asustada por la gente, la velocidad, los cuerpos, tantos cuerpos, esos cuerpos que se tocaban unos a otros, y tan espantosamente visibles; cuerpos en las calles, en las escaleras, grandes imágenes de cuerpos en las revistas, hombres que abrazaban a mujeres y mujeres que se reían desvergonzadamente y sin miedo... El doctor Rothstein me explicaba una y otra vez y me volvía a explicar:

—No hay sudor venenoso; los hombres y las mujeres tienen que existir, si no, no habría gente...— Tuve que aprender esto, papá, querido y endemoniado papá; por tu culpa yo nunca había visto un automóvil, ni un pecho, ni un ferrocarril, ni una toalla higiénica, ni un beso, ni un restaurante, ni un traje de baño, ni el vello de... oh, ¡perdón, papá!

No le tengo miedo al látigo, les tengo miedo a las manos y a los ojos, y por tu culpa, papá. Un día, un día, ya lo verás, papá, viviré en medio de la gente, viajaré en sus trenes y conduciré mi propia motocicleta; caminaré entre otros miles, a orillas de un mar sin muros, que se aleja y aleja infinitamente, y me mezclaré con la multitud; andaré entre ellos cubierta sólo con una delgada tira de género aquí y aquí, y me verán el ombligo y encontraré un hombre de hermosa dentadura, papá, y brazos enormes y robustos, papá, y yo... oh qué será de mí, qué ha sido de mí, papá, perdóname.

Vivo en una casa que no conoces, con ventanas que dan a una carretera por donde pasan los autos silenciosos y brillantes, y a orillas de la carretera juegan los niños. El seto no es un muro y el portón se abre para cualquiera, dos hojas para los autos y una para los hombres. Miro entre las cortinas cuando se me antoja y veo gente desconocida. No hay modo de oscurecer el baño y en ese baño hay un espejo tan alto como yo, y un día, papá, dejaré caer la toalla.

Pero el caminar entre extraños, sin temer el contacto de los cuerpos, vendrá más tarde. Ahora debo vivir sola y pensar; debo leer incansablemente acerca del mundo y sus obras, sí, y de los locos como tú, papá, y de eso que los atormenta horriblemente. El doctor Rothstein insiste en decirme que tú no eres el único, que vosotros parecéis tan pocos sólo, realmente, porque sois tan ricos.

Evelyn...

Evelyn nunca supo que papá estaba loco. Evelyn nunca vio las imágenes de la carne envenenada. Yo viví en un mundo muy distinto de éste, pero el mundo de Evelyn era también distinto; era un mundo que hicimos papá y yo para que ella conservase su pureza.

Pienso incesantemente, ¿qué habrá ocurrido para que tuvieras la decencia de meterte una bala en el maldito cerebro?

El recuerdo de su padre muerto la calmó de un modo raro. Se levantó y miró hacia atrás, hacia el bosque; miró cuidadosamente los alrededores del prado, sombra por sombra, tronco por tronco.

—Muy bien, Evelyn, lo haré...

Retuvo el aliento. Cerró los ojos con tanta fuerza que unas luces rojas aparecieron sobre el fondo oscuro. Los dedos le corrieron sobre los botones y el vestido cayó a sus pies. Se deslizó fuera de las enaguas y las medias, con un solo movimiento. El aire se animó y le tocó el cuerpo indescriptiblemente; parecía soplar a través de su carne. Se adelantó hacia el sol y con lágrimas de terror, que le asomaban entre los párpados apretados, bailó, para Evelyn, mientras le pedía y le pedía perdón a su padre muerto.

Cuando Janie tenía cuatro años le arrojó un pisapapeles a un teniente, pues comprendía con claridad, aunque de un modo irracional, que ese hombre no debía acercarse a la casa, por lo menos mientras el padre de ella estuviese navegando. El teniente se fracturó la base del cráneo y, como ocurre a menudo con esta clase de golpes, nunca fue capaz de recordar que Janie se encontraba a tres metros de distancia del pisapapeles cuando éste voló hacia él. La madre le dio a Janie una paliza que la niña soportó con su usual compostura. Sin embargo, comprendió que esta paliza demostraba, como otras semejantes, que el poder debe estar acompañado de un dominio total de la situación.

—Me produce escalofríos—le decía más tarde su madre a otro teniente—No puedo soportarla. Usted pensará que no está bien que hable así, ¿no es cierto?

—No, no, de ningún modo—dijo el otro teniente, que en efecto pensaba así.

La madre de Janie le dijo entonces que la visitara a la tarde siguiente; pensaba que cuando él viese a la niña lo comprendería todo.

El teniente la vio y comprendió. No a la niña, a ella nadie la comprendía, sino los sentimientos de la madre. Janie estaba de pie, muy erguida, con las piernas separadas y firmes, como calzada con botas. Una muñeca le colgaba de la mano, y la balanceaba como si fuese un bastón de paseo. Tenía una seriedad impropia de sus años, y parecía más pequeña qué el término medio de los niños de su edad. Era de facciones delgadas, ojos pequeños y cejas espesas. Las proporciones de su cuerpo no eran exactamente las de esas niñas de cuatro años capaces de doblar la cintura y tocar con la frente el suelo. El torso era un poco corto y las piernas un poco largas. Hablaba con una dulce claridad y una devastadora falta de tacto. El teniente se puso torpemente en cuclillas y le dijo:

—Hola, Janie, ¿vamos a ser amigos?

—No—dijo ella—. No me gusta tu olor. Se parece al del comandante Grenfell.

El comandante Grenfell había sido el inmediato predecesor del otro lastimado teniente.

—¡Janie!—gritó la madre, un poco tarde. Luego más tranquila añadió:—Sabes muy bien que el comandante viene a casa sólo cuando hay alguna fiesta.

Janie aceptó esta frase sin añadir un solo comentario. Siguió un silencio embarazoso. El teniente comprendió aparentemente que era tonto seguir agachado en el piso y se levantó, pero con tanta torpeza que fue a chocar contra la mesita del café. Janie insinuó una sonrisa salvaje. El teniente, rojo hasta las orejas, recogió los restos de la vajilla. Se fue temprano y no volvió nunca.

La madre de Janie no se encontraba segura ni siquiera en las reuniones numerosas. Una tarde, desobedeciendo todas las órdenes, Janie apareció en lo más animado de una cuarta vuelta de licores, y desde un rincón de la sala lanzó una orgullosa e insultante mirada verdegrís a los rostros enrojecidos. El hombre rubio y grueso, que tenía una mano en el cuello de la madre de Janie, extendió un vaso y saludó con una reverencia.

—¡Tú eres la hijita de Wima!

Todas las cabezas se inclinaron simultáneamente como los interruptores eléctricos de un tablero. Los ruidos cesaron.

—Y tú eres el hombre con...—dijo Janie en medio del silencio.

—¡Janie!—gritó su madre.

Alguien rió. Janie esperó a que volviera la calma.

—...el grande, gordo...—enunció.

El hombre sacó la mano del cuello de Wima. Alguien carraspeó.

—¿Grande, gordo qué, Janie?

Recurriendo a un tópico común en las conversaciones de ese entonces, pues era tiempo de guerra, Janie concluyó:

—...mercado de carne.

Wima mostró los dientes.

—Vuelve a tu cuarto, querida; enseguida estaré contigo.

Alguien miró al hombre rubio en la cara y se rió. Otro dijo lentamente:

—Ahí va el solomillo de los domingos.

Un lazo corredizo no hubiera estirado y redondeado con tanta fuerza la boca del hombre gordo. El labio inferior le sobresalió como dulce de frutilla en un sándwich.

Janie se alejó despaciosamente y se detuvo en un rincón de la habitación fuera de la vista de su madre. Un joven pálido, de brillantes ojos negros, se inclinó repentinamente hacia ella. Janie se encontró con su mirada. Una expresión de asombro cruzó el rostro del joven. Alargó la mano, la alzó, la dejó caer sobre la frente y se cubrió los ojos.

—No vuelvas a hacer eso—dijo Janie en voz baja, como para que sólo el joven la oyera.

—Wima—dijo el hombre roncamente—, ¡esta niña es telepática!

—Tonterías—dijo Wima, muy ocupada en calmar al hombre gordo—. Toma sus vitaminas diariamente.

El joven se incorporó a medias, tratando de ver a Janie, y luego volvió a sentarse.

—Dios—dijo, y se quedó rumiando sus pensamientos.

Cuando Janie tenía cinco años comenzó a jugar con otras niñitas, mucho antes que ellas pudieran darse cuenta. Caminaban aún torpemente (tendrían unos dos años y medio) y parecían mellizas. Conversaban, si eso podía llamarse conversación, con agudos chillidos, y se revolcaban en el cemento como si el patio fuese un campo de heno. Janie se asomaba a la ventana del cuarto piso, y se llenaba cuidadosamente la boca de saliva. Estiraba el cuello, hinchaba las mejillas, y escupía con fuerza. Cuando la saliva caía en el cemento, las mellizas ignoraban el bombardeo, pero cuando daba en el blanco, alborotaban el patio con gorjeos y gritos. Nunca miraban hacia arriba; chillaban y corrían alocadamente de un lado a otro.

Después nació otro juego. En los días calurosos las niñas se despojaban de sus camisetas, con tanta rapidez que los ojos no podían seguirlas. En un momento estaban aún vestidas, tan decentemente como un diácono, y un instante después una o las dos se encontraban a varios metros del montoncito de ropa. Chillaban, saltaban y volvían a meterse en los vestidos lanzando unas miradas divertidas y temerosas hacia la puerta del subsuelo. Janie descubrió que Concentrándose un poco podía mover las ropas, claro que sólo cuando estaban vacías. se ejercitó pacientemente, acostada boca abajo en el alféizar, con un almohadón bajo el pecho y la barbilla, y los ojos entrecerrados por el esfuerzo. Al principio las camisas no se movían de su sitio; sólo se agitaban débilmente como si pasara sobre ellas un suave viento de arena. Pero pronto logró que las ropas se arrastraran por el patio como cangrejos. Era maravilloso ver cómo se agitaban entonces las niñas; y el ruido era también muy agradable. Las mellizas comenzaron a ser más precavidas. Nunca se alejaban de las ropas, y algunas veces Janie debía esperar, sin moverse, hasta cuarenta minutos antes de encontrar una oportunidad. Y a veces no lograba mantener el contacto, y las mellizas, una vestida, la otra desnuda, giraban alrededor de la camisa, como dos gatitos persiguiendo un escarabajo. Al fin, Janie lograba mover la ropa y las mellizas lanzaban sus zarpazos. Algunas veces la alcanzaban en seguida y otras corrían detrás hasta que resoplaban como una menuda máquina de vapor.

Una tarde en que Janie cumplió la proeza de elevar las camisas por el aire, y no sólo arrastras por el patio, comprendió por qué a las niñas les preocupaba tanto la puerta del subsuelo. No entró en el juego hasta que las mellizas, completamente descuidadas, comenzaron a sacarse lentamente la ropa, a alejarse con aire distraído, y a volverse sin prisa, como si la estuvieran desafiando. En ese momento ambos vestidos formaban un montoncito blanco y rosa. Las ropas se alzaron en una espiral ascendente y revolotearon hasta posarse en el alféizar de una ventana del primer piso. El nivel de ese patio interior era algo más bajo que el de la calle y las ropas se encontraban, pues, a casi dos metros de altura, fuera del alcance de las mellizas. Janie las dejó allí.

Una de las mellizas corrió hacia el centro del patio, saltando en puntas de pie, estirándose y tratando de ver las ropas. La otra corrió hacia el edificio, al pie de la ventana, y alzó las manitas todo lo posible, golpeando la pared de ladrillos a más de un metro de las ropas. Las niñas corrieron luego una hacia otra gorjeando ansiosamente. Luego intentaron de nuevo escalar la pared. Las aterrorizadas miradas hacia la puerta se repetían con mayor frecuencia, y el placer disminuía rápidamente, y crecía el temor.

Al fin se sentaron en cuclillas, con la mirada clavada en la puerta, alejadas de ella todo lo posible, abrazadas. Lentamente fueron pasando de los gritos a los gorjeos, de los gorjeos a los arrullos, y por fin se callaron: dos piedritas calcáreas de terror.

Pareció como si pasaran horas—o semanas—de fascinada espera. Al fin Janie oyó un ruido y vio que la puerta de entrada del subsuelo comenzaba a abrirse. El portero se asomó, un poco borracho como siempre. Janie alcanzaba a ver las rojas medias lunas de sus ojeras, y sus ojos hundidos, de un color blanco amarillento.

—¡Bonnie!—rugió el hombre—. ¡Beanie! ¿Dónde estáis? —Salió al patio y miró a su alrededor—. ¡Venid enseguida! ¡Pero qué es esto! ¡Os moleré a palos! ¿Dónde pusisteis la ropa?

Saltó hacia las niñas, y tomándolas de un brazo las levantó en el aire, de modo que dos de los pies rozaban el piso y dos de los coditos apuntaban al cielo. Giró sobre sí mismo, una o dos veces, buscando las ropas, hasta que al fin las descubrió sobre el alféizar.

—¿Pero qué habéis hecho? –gritó—. ¿Así que andáis tirando por ahí las ropas? ¿No sabéis lo que cuestan? ¡Ahora vais a ver!

Se dejó caer sobre una rodilla y puso los dos cuerpecitos sobre el muslo de la otra pierna. Quizá ahuecó la mano al golpear y el sonido resultó mayor que la furia; pero, de cualquier modo, fue impresionante. Janie contuvo la risa.

El portero administró cuatro equitativos azotes a cada una de las niñas y las puso otra vez en el suelo. Juntas, silenciosas, con las manos apretadas contra el trasero, las mellizas observaron cómo el portero iba hacia la ventana.

—¡Que os vuelva a encontrar haciendo otra vez lo mismo—bramó el hombre sacudiendo el índice de la mano derecha—y se lo contaré al señor Milton y veréis entonces lo que son unos buenos tirones de orejas!

Las mellizas se encogieron abrazándose, con los ojos muy abiertos. El portero entró balanceándose en la casa y dio un portazo.

Lentamente las mellizas comenzaron a vestirse Se retiraron luego al rincón más oscuro del patio y sentándose en cuclillas, de espaldas a la pared, hablaron en voz baja. Y ya no hubo, aquel día, más diversión para Janie.

Al otro lado de la calle, frente a la casa de Janie, se extendía un parque. En él había un quiosco, un arroyo, un pavo real en un corral y un grupo espeso y pequeño de robles enanos. Entre los árboles corría un sendero escondido, conocido sólo por Janie y algunos cientos de parejas nocturnas. Como Janie no iba allí de noche se creía su única descubridora y propietaria.

Unos cuatro días después del gracioso episodio, volvió a acordarse del lugar. Las mellizas la aburrían. Ya nunca hacían nada de interés. Su madre, luego de haberla dejado encerrada, se había ido a almorzar a algún sitio. (Uno de sus admiradores, al enterarse una vez de esta costumbre de Wima, le preguntó:—¿Y la niña? Supónte que ocurra un incendio o algo parecido. —Mala suerte—respondió Wima con un gesto de tristeza.)

La puerta del cuarto de Janie estaba asegurada, por afuera, con un gancho y una argolla. Janie se acercó a la puerta y clavó la vista en el punto que correspondía al cierre exterior y oyó que el gancho se levantaba y caía. Abrió la puerta y atravesando la sala salió al pasillo. Entró en el ascensor y apretó los botones de los pisos tercero, segundo y primero. Un piso por vez, el ascensor descendió, se detuvo, abrió sus puertas, las cerró, descendió, se detuvo, abrió sus puertas. Janie se divertía muchísimo, era algo tan estúpido.

Al fin apretó todos los botones y salió. El estúpido ascensor volvió a subir. Janie se rió con lástima y dejó la casa.

Cruzó cuidadosamente la calle mirando en ambas direcciones. Pero cuando llegó al pequeño grupo de robles perdió un poco de su compostura. Se subió a un árbol y pasando de rama en rama llegó a un lugar desde donde dominaba su oculto santuario. Le pareció que los matorrales se movían, pero no estaba segura. Se colgó de la rama, y avanzó despaciosamente, adelantando primero una mano y luego la otra. La rama comenzó a doblarse; Janie esperó a que dejara de moverse y se dejó caer.

La distancia al suelo era comúnmente de unos veinte centímetros. Esta vez...

En el mismo momento en que se soltaba del árbol, algo la tomó de los pies y tiró de ellos hacia atrás, violentamente. Cayó boca abajo. En ese momento tenía las manos juntas, a la altura del diafragma. El golpe las dobló hacia adentro y le apretó los puños contra el plexo solar. Durante un rato insoportablemente largo, Janie fue un retorcido nudo de dolor. Con un tremendo esfuerzo logró que una escasa bocanada de aire le entrara al fin en los pulmones. El aire se le escapó por la nariz, y ya no tenía fuerzas para volver a respirar. Probó otra vez, con una serie de succionantes sollozos y resoplidos siseantes. El dolor desapareció poco a poco.

Se incorporó sobre los codos y escupió, en parte polvo, en parte barro. Sus ojos apenas abiertos alcanzaron a distinguir a una de las mellizas, agachada frente a ella, a unos pocos centímetros de distancia.

—Jo, jo—dijo la niña tomando a Janie por las muñecas y tirando hacia atrás. Janie cayó boca abajo. Dobló las rodillas. Un golpe la alcanzó en las nalgas. Miró, dándose vuelta con rapidez, por encima del hombro, y vio a la otra melliza que alzaba en el aire la duela de un barrilito.

—Ji, ji—dijo la melliza.

Janie repitió lo que le había hecho al joven pálido y de ojos negros, en aquella fiesta.

—Hip—dijo la melliza y desapareció como una resbaladiza semilla de manzana que se escabulle de entre los dedos. La madera golpeó secamente en el suelo. Janie la recogió, se dio vuelta y la dejó caer sobre la cabeza de la niña que poco antes le había tironeado de los brazos. Pero la madera silbo en el aire. La niña había desaparecido.

Janie lloriqueó y se incorporó con lentitud. Estaba sola en el sombreado santuario. Miró a un lado y a otro. Nada, nadie.

Algo le cayó en la cabeza. Se pasó la mano por el pelo. Mojado. Miró hacia arriba y recibió otro escupitajo, esta vez en la frente.

—Jo, jo—dijo una de las mellizas.

—Ji, ji—dijo la otra.

Janie mostró los dientes, frunciendo, como su madre, el labio superior. Tenía aún la duela en la mano. La arrojó hacia arriba con todas sus fuerzas. Una de las mellizas ni se inmutó, la otra se desvaneció en el aire.

—Jo, jo.

Allí estaba, sobre otra rama. Las dos la miraban con amplias sonrisas.

Les lanzó un rayo de odio, de una especie que hasta entonces ni siquiera había podido imaginar.

—Hup—dijo una.

—Hip—dijo la otra.

Y desaparecieron.

Apretando los dientes, Janie se subió de un salto a la rama y trepó por el árbol.

—Jo, jo—se oía a lo lejos.

Miró arriba, alrededor, abajo y atrás. Algo la hizo mirar hacia el otro lado de la calle.

Dos figuritas estaban sentadas como gárgolas en el muro del patio. La saludaron con la mano y se desvanecieron.

Durante largo rato, Janie se quedó agarrada al árbol, contemplando la pared. Se sentó luego a horcajadas en una de las ramas, y apoyando la espalda contra el tronco, se desabotonó un bolsillo y sacó su pañuelo. Escupió en una punta y comenzó a sacarse la suciedad de la cara con los suaves golpecitos de un felino.

Solo tienen tres años, pensó, desde la asombrada altura de su mayor edad. Sabían muy bien que pasaba, que movía sus ropas.

—Jo, jo—dijo con admiración y en voz alta.

Se le había pasado el enojo. Hacia cuatro días, las mellizas no podían alcanzar una ventana, no podían escapar a una paliza, y miren ahora.

Bajó por el lado del árbol que daba a la calle y fue hacia la casa con pasos menudos y graciosos. Cruzó la puerta del zaguán, se estiró, apretó el lustroso botón de bronce sobre el que se leía: PORTERO, y dio vueltas por el zaguán siguiendo los dibujos de las losas, apoyando en el suelo una vez el talón y la otra la punta del pie.

—¿Quién tocó el timbre?

La voz del portero tapó todos los ruidos.

Janie se acercó a la puerta y frunció los labios, como hacía a veces su madre cuando ponía una voz aflautada, cuando hablaba por teléfono.

—Señor Widdecombe, dice mi mamá si puedo jugar con sus hijitas.

—¿Dice eso? Bueno—El portero se sacó el sombrero hongo, lo golpeó contra la palma de la mano y se lo puso otra vez—. Bueno, me parece muy bien... chica—dijo seriamente—. ¿Está su mamá en casa?

—Oh, sí—dijo Janie irradiando inocencia. —Aguarde un instante.

El portero descendió pesadamente los escalones que llevaban al subsuelo.

Janie tuvo que esperar más de diez minutos. El hombre volvió casi sin aliento, trayendo a las mellizas. Las niñas estaban muy serias.

—Bueno, no les permita hacer ninguna diablura. Y no las deje desnudarse. Les gusta tan poco la ropa como a un mono de la selva. Y vosotras tened cuidado, no os separéis de la señorita hasta llegar a la casa.

Las mellizas se acercaron lentamente. Janie las tomó de las manos y las niñas le observaron la cara. Se alejaron, las tres, hacia los ascensores. El portero las miró irse con una luminosa sonrisa.

La vida entera de Janie se transformó a partir de aquella tarde. Fue un tiempo de comunión, de identidad de pensamientos, de unión trascendental. El vocabulario de Janie era raro para su edad, sin embargo apenas pronunció una palabra. Las mellizas casi no sabían hablar. Su vocabulario privado de gorjeos y murmullos era sólo incidental. Janie percibió un indicio, una sombra, una repentina y creciente marea de otro lenguaje. Su madre la odiaba y la temía; su padre era una remota y airada entidad, siempre alejado, gritándole a mamá o encerrado en su propio mal humor. A veces le hablaban, pero nunca conversaban con ella.

Esta fue, en cambio, una conversación minuciosa, fluida, fascinante, sin otro sonido que el de la risa. Las mellizas estaban calladas. Se ponían de pronto en cuclillas y comenzaban a manosear los hermosos libros de Janie. Luego, también de pronto, tomaban las muñecas. Janie les enseñó cómo traer los chocolates desde el otro cuarto sin entrar en él y como arrojar una almohada directamente al techo sin tocarla. Todo les gustaba; pero sobre todo el caballete y la caja de pinturas.

Se sentían unidas por algo inmortal, algo siempre nuevo, algo que nunca parecía repetirse.

La tarde se deslizó suavemente, con la delicadeza y el encanto de un vuelo de gaviota. Y con una rapidez similar. Cuando se abrió la puerta y la voz de Wima resonó en el vestíbulo, las mellizas aún estaban allí.

—Bueno, bueno. Entra entonces a tomar una copa. No nos vamos a pasar afuera toda la noche— Wima se sacó el sombrero y el pelo le cayó en desorden sobre la cara. El hombre la abrazó rudamente, la atrajo hacia sí y le mordió la mejilla. Wima dio un grito.—Estás loco, estás completamente loco.—En ese momento vio a las niñas, a las tres niñas.—Jesús, Dios mío—dijo—, me ha llenado la casa de negras.

—Ya se van—dijo Janie.—En este momento las llevaba a su casa.

—Te lo juro, Pete—dijo Wima—, es la primera vez que ocurre esto. Créemelo, Pete. Qué clase de lugar es éste, pensarás. No quiero ni imaginarme lo que estarás pensando. Bueno, ¡llévatelas ya, por todos los demonios!—gritó volviéndose hacia Janie—. Te lo juro, Pete, nunca...

Las niñas atravesaron el vestíbulo y caminaron hacia los ascensores. Beanie y Bonnie abrían los ojos. Janie tenía la lengua seca como un pedazo de alfombra, y el aturdimiento le entumecía las piernas. Puso a las mellizas en el ascensor y apretó el botón inferior. No les dijo adiós, aunque no pensaba en otra cosa.

Volvió lentamente a la casa, entró, y cerró la puerta. La madre se levantó deprisa de las rodillas del hombre y cruzó la habitación con un crispado taconeo. Le brillaban los dientes y tenía la barbilla húmeda. Levantó unas garras, no una mano o un puño, sino unas rojas y puntiagudas garras. Janie sintió algo así como una especie de dentera, pero más adentro. No se detuvo. Se echó las manos a la espalda y levantó la barbilla, como para que sus ojos se encontraran con los de su madre.

Los gritos de Wima cesaron, como si le hubiesen arrebatado la voz. Se alzó ante la niña y se dobló sobre ella, mostrándole las garras, como una. ola de sangre a punto de romperse.

Janie pasó junto a su madre, entró en su cuarto y cerró la puerta.

Los brazos de Wima se estiraron hacia atrás, de un modo raro, como si quisieran seguir a la niña. Dejó caer los brazos, se irguió y sintió que recuperaba la voz. Los dientes del hombre, sentado detrás de ella, golpeaban los bordes de la copa.

Wima se dio vuelta y atravesó la habitación, usando los muebles como bastones y puntos de apoyo.

—Oh, Dios mío—murmuró—. Me crispa los nervios.

—No me extraña—dijo el hombre—. Qué casa.

Janie estaba acostada, tiesa, estirada e inmóvil, como un pulido palillo de dientes. Nada entraba en ella, nada salía de ella. Había logrado encerrarse en este caparazón, y mientras pudiera mantenerse dentro, nada podía pasar.

Pero si algo ocurre, decía un murmullo, te romperás.

Pero si no me rompo, no ocurrirá nada, respondía Janie.

Pero si algo...

Llegaron las horas oscuras y se transformaron en horas negras, y las horas negras hicieron su trabajo.

La puerta se abrió bruscamente y se encendió la luz.

—Bien, ya se ha ido. Ahora, me ocuparé de ti. Vamos. ¡Afuera!

—Wima dio media vuelta y salió de la habitación. Los bordes de su bata golpearon el marco de la puerta.

Janie apartó las mantas y salió de la cama. Sin comprender exactamente por qué, comenzó a vestirse Se puso la falda de tela escocesa, los zapatos de dos hebillas, los pantalones tejidos y la blusa de conejitos de encaje. En las medias había también unos conejitos y los botones del chaleco eran unas peludas colas de conejo.

Wima estaba sentada, dando puñetazos en el sofá.

—Me has estropeado el fes...—dijo, y bebió de una copa tallada con figuras geométricas—... tejo. En seguida te diré lo que estaba festejando. El asunto pintaba muy mal y no sabía cómo salvármelas, pero por suerte todo se ha arreglado. Escúchame, señorita curiosa y lengua larga, señorita lista. Tu padre nunca me importó mucho, pero ¿quién te taparía la boca? ¿Quién te iba a hacer callar cuando él volviera? Bueno, ya no tengo por qué preocuparme, pues no volverá; los alemanes me han arreglado el asunto.

—Wima sacudió una hoja amarilla.—Las chicas listas saben que esto es un telegrama y que el telegrama dice aquí «Lamentamos comunicarle que su esposo...» Mataron a tu padre, eso es lo que lamentan comunicar Bien, de ahora en adelante las cosas van a cambiar en esta casa. Yo haré lo que se me antoja y si tú tienes ganas de espiar, te vas a espiar a otra parte. ¿Entiendes?

Se volvió para oír la respuesta, pero no hubo respuesta. Janie se había ido.

Wima comprendió en seguida que era inútil buscarla, pero sin saber porqué corrió hacia el armario del vestíbulo y miró el estante alto. Sólo había unos adornos de un árbol de Navidad que en los últimos tres años no había tocado nadie.

Se detuvo indecisa en medio de la sala.

—¿Janie?—murmuró.

Llevándose las manos a la cabeza se echó el pelo hacia atrás y miró a un lado y a otro.

—¿Qué me pasa?—se preguntó.

—Cuando el mercado es bueno—solía decir Prodd—una chacra da ganancias, y cuando el mercado es malo, da comida.

Sin embargo, el principio apenas podía aplicarse en este caso, pues las relaciones de Prodd con el mercado eran pobres. La ciudad estaba muy lejos y ¿qué importaba si al rastrillo le faltaba un diente? Aún trabajaba la mayoría.

¿Faltan dos, ocho, doce? Bueno, pasa el rastrillo otra vez Al fin y al cabo este sitio no puede progresar. Aquí no llegará nunca una carretera. Estaremos siempre a trasmano.

Ni siquiera la guerra llegó allí. Prodd era demasiado viejo, y en cuanto a Lone... Bueno, el sheriff fue una vez a echar una mirada a ese idiota que trabajaba en lo de Prodd. Y una mirada fue suficiente.

Cuando Prodd era joven ya existía la cabaña, y cuando se casó construyó junto a ella un cuarto no muy grande. Si alguien lo hubiera ocupado, la chacra hubiera resultado pequeña. Lone dormía en el cuarto, naturalmente, pero no era lo mismo No había sido construido para él,

Lone sintió enseguida el cambio, aun antes que la mujer. En uno de los silencios de la señora Prodd había habido siempre algo distinto, el silencio orgulloso de alguien que posee un tesoro. Lone sintió de pronto un cambio, como si el orgullo de poseer una joya se hubiera transformado en el orgullo de poseer una yema verde. No dijo nada y nada concluyó; supo, nada más.

Siguió trabajando, igual que antes. Trabajaba bien; Prodd solía decir que pensárase lo que se pensase este muchacho había sido un chacarero antes de su accidente. No comprendía que ese trabajo estaba tan al alcance de Lone como el agua de la bomba. Lo mismo cualquier otra cosa que Lone quisiera tomar,

De modo que el día en que Prodd vino al prado del Sur, donde Lone daba unos pasos y luego media vuelta, fatigosamente, formando un solo ser con la sibilante guadaña, éste supo enseguida lo que Prodd quería decirle. Clavó un momento su inquietante mirada en los ojos de Prodd y comprendió que el chacarero sufriría bastante al decírselo,

Entender las palabras no era ya difícil para Lone, pero sí expresarse claramente. Dejó de segar, fue hacia las cercanas orillas del bosque y dejó caer la guadaña en el interior de un tronco podrido. Ensayó, mientras tanto, la lengua, pesada y torpe aún después de ocho años.

Prodd lo siguió lentamente. El también se preparaba.

De pronto Lone encontró las palabras.

Estuve pensando—dijo.

Prodd esperaba, contento de tener que esperar.

—Debo irme—dijo Lone. No era eso precisamente. Me marcho—añadió, observando a Prodd. Así era mejor.

—Ah, Lone. ¿Por qué?

Lone lo miró. Porque usted quiere que me vaya.

—¿No te gusta estar aquí?—dijo Prodd, aunque hubiera querido decir otra cosa.

—Seguro—Lone sintió que Prodd pensaba: ¿lo sabrá?, y su propia respuesta: ¡claro que lo sé! Pero Prodd no podía oír eso—. Es tiempo de que me vaya—añadió, lentamente.

—Bueno.

Prodd pateó una piedra. Se volvió hacia la casa, dándole la espalda a Lone, y todo se hizo más fácil.

—Cuando llegamos aquí, construimos una habitación para Jack, la habitación que tú estás ocupando. La llamamos la habitación de Jack. ¿Sabes por qué? ¿Sabes quién es Jack?

Si, pensó Lone. No dijo nada.

—Si te... si quieres irte esto ya no te importará mucho. Jack es nuestro hijo.—Prodd se apretujó las manos.—Parece gracioso. La llegada del pequeño Jack era algo tan seguro que construimos su habitación con el dinero reservado para las semillas. Jack, él...—Prodd miró la casa, el ala añadida al edificio y luego la cadena de rocas alrededor del bosque... —nunca nació—concluyó.

—Ah—dijo Lone. Había aprendido esa sílaba de Prodd. Era muy útil.

—Y ahora viene—dijo Prodd rápidamente con el rostro encendido—. Somos un poco viejos para eso, pero hay papás aún más viejos, y madres también.—Miró otra vez el granero, la casa.—No deja de tener cierto sentido, ¿sabes, Lone? Si hubiera venido cuando lo estábamos esperando, hoy el lugar hubiera resultado pequeño para los dos, él y yo. Pero ahora, cuando Jack sea un hombre, nosotros ya no estaremos aquí; se casará con una linda muchacha y comenzará como comenzamos nosotros. ¿No te parece que tiene un poco de sentido?—Prodd parecía estar suplicando. Lone no trató de entender por qué—. Lone, escúchame, no quiero que creas que te echamos.

—Dije que me iba—replicó Lone. Buscó y encontró otras palabras:—Antes que usted me lo dijera.—Eso, pensó, está muy bien.

—Oye, quiero decirte algo—dijo Prodd—. He oído hablar de gente que quiere tener hijos y no puede tenerlos, y a veces se cansa de esperar y adopta el hijo de algún otro.

Y entonces, con ese otro chico en la casa, viene el hijo que estaban esperando.

—Ah—dijo Lone.

—Lo que quiero decir es esto: nosotros te adoptamos, ¿no es así?, y ahora mira lo que pasa.

Lone no supo qué decir. «Ah» no parecía correcto.

—Te estamos muy agradecidos, eso es lo que quiero decir, y no queremos que creas que te echamos.

—Ya le dije.

—Muy bien—Prodd sonrió. Tenía la cara arrugada de tanto sonreír.

—Bien—dijo Lone—. Acerca de Jack. Movió la cabeza afirmativamente y con fuerza.—Bien.

Recogió la guadaña. Cuando llegó a las parvas de heno, miró a Prodd. Camina más lentamente que antes, pensó.

El primer pensamiento consciente de Lone fue: Bueno, esto se ha terminado.

¿Qué se ha terminado? se preguntó a sí mismo. Miró a su alrededor. La siega, se dijo. Solamente entonces comprendió que Prodd se habla marchado hacía más de tres horas, y que durante todo ese tiempo había estado trabajando sin darse cuenta. Como si el trabajo lo hubiese hecho otra persona, y él, Lone, se hubiera ido.

Tomó distraídamente la piedra de afilar y la pasó por la guadaña. Cuando movía la piedra con lentitud se oía hervir el agua en una olla, y cuando la movía con rapidez, el sonido apagado de una sierra.

¿Dónde había sentido antes este paso del tiempo, como si el tiempo se moviera a sus espaldas?

Movió la piedra con lentitud. La comida, el calor, el trabajo. Una torta de cumpleaños. Una casa limpia. Un sentimiento de... Lone no conocía la palabra «camaradería», pero eso era lo que pensaba.

No, el tiempo destruido no existía en esos recuerdos. Movió la piedra con mayor rapidez.

Gritos de muerte en el bosque. El cazador furtivo y su presa solitaria. Cae la savia y el oso duerme y los pájaros vuelan hacia el sur; todo a la vez, no como partes de una misma cosa, sino como cosas solitarias, heridas de modo semejante.

Así pasaba antes el tiempo, sin que él se dieta cuenta. Así era antes, casi siempre. Así había vivido.

¿Por qué lo recordaba ahora?

Paseó su mirada alrededor, como lo había hecho Prodd, observando la casa y su contorno irregular, y la tierra, y la chacra dentro del bosque como agua en una palangana. Cuando estoy solo, pensó, así pasa el tiempo. Así pasa ahora, y por lo tanto debo de estar solo otra vez.

Y entonces comprendió que había estado siempre solo. La señora Prodd no había estado cuidando a Lone; había estado cuidando a Jack.

Una vez, en el bosque, en el agua, en agonía, había sido parte de algo, que le habían arrancado entonces dolorosamente. Y si durante ocho años había creído estar unido a otra cosa, durante ocho años había estado equivocado. Apenas conocía la ira. sólo la había sentido una vez. Cayó ahora sobre él, como una ola, y se fue, dejándolo flojo y débil. Y el objeto de esa ira era él mismo. ¿Cómo no lo había sabido? ¿No se había dado un nombre, sabiendo que ese nombre era una cristalización de todo lo que había sido y había hecho? Había estado siempre solo, y todo lo había hecho solo. ¿Por qué se había permitido sentir otra cosa?

Un error. Un error como el de una ardilla con plumas o el de un lobo con dientes de madera; no una injusticia, no una mentira, sino una falsedad inverosímil... la idea de que un ser como él podía estar unido a algo.

¿Oyes eso, hijo? ¿Oyes, eso, hombre?

¿Oyes eso, Lone?

Arrancó tres largos tallos de alfalfa y los trenzó. Clavó verticalmente la guadaña en la tierra, ató al mango la cuerda de alfalfa y metió la piedra de afilar entre los tallos. Luego se alejó hacia los bosques.

Era ya muy tarde, aun para los visitantes nocturnos del jardín. Junto a los robles había tanto frío y tanta oscuridad como en las cámaras del corazón de un cadáver.

Se sentó en la tierra desnuda. El tiempo fue pasando. Estaba ahora casi acostada y con la falda recogida. Sentía frío en las piernas, especialmente cuando el aire de la noche soplaba sobre ellas. Pero no intentó bajarse la falda, no le importaba. Tenía la mano apoyada en uno de los peludos botones del chaleco. Dos horas antes había estado tocándolo mientras pensaba cómo sería ser un conejito. Ahora ya no le importaba si el botón era o no la cola de un conejito, ni tampoco dónde descansaba su mano.

Había aprendido ya todo lo que era posible aprender en aquel sitio. Había aprendido que si una se queda con los ojos abiertos hasta que tiene que parpadear y entonces no parpadea, los ojos empiezan a doler. Y si una los deja abiertos más tiempo, duelen todavía más. Y si una sigue dejándolos abiertos, dejan de doler.

La oscuridad era demasiado grande para saber si entonces los ojos eran capaces aún de ver algo.

Y había aprendido que si una se queda muy quieta, durante bastante tiempo, duele también, y luego pasa. Pero entonces no hay que moverse, porque si una se mueve, duele más que antes.

Cuando un trompo gira a gran velocidad, se tiene derecho y va de un lado a otro. Cuando gira un poco más despacio, se para en un sitio y empieza a oscilar. Cuando gira mucho más despacio, se bambolea como el comandante Grenfeld después de una fiesta. Luego deja casi de girar y cae a un costado y tropieza golpeándose en todas partes. Y después ya no se mueve.

Mientras se divertía con las mellizas, ella también giraba a gran velocidad. Cuando mamá llegó a casa, el trompo se paró dentro de ella, sacudiéndose un poco. Cuando mamá le dijo que saliera de la cama, se bamboleaba haciendo eses. Cuando se escondió en el jardín, el trompo saltó y tropezó. Bueno, pronto no tropezaría más.

Comenzó a probar hasta qué punto podía retener el aliento. No llenándose previamente los pulmones de aire, sino respirando, muy tranquilamente, y saltándose un adentro y quedándose quieta, muy quieta, y saltándose un afuera. Logró así que las veces que no respiraba fueran más largas que las otras.

El viento le movía la falda. Ella sólo sentía el movimiento, pero lejos, como si tuviera un delgado almohadón entre la tela y sus piernas.

Su trompo, perdido ya el equilibrio, rodaba por el suelo, cada vez más lentamente hasta que al fin se paró, ...y comenzó a rodar en dirección opuesta, pero no mucho tiempo, no rápidamente, y se paró... y volvió a rodar, un poco, hacia atrás.

La oscuridad era demasiado grande, y si algo llegaba a moverse una no podía verlo, una ni siquiera podía oírlo, tan grande era la oscuridad.

Pero, de cualquier modo, ella rodó. Rodó, rodó sobre el estómago y la espalda, y el dolor le apretó la nariz, y luego le llenó el estómago, como agua gaseosa. Jadeó entonces de dolor y el jadeo se convirtió en respiración y sólo cuando respiró se acordó de quién era. Rodó otra vez, sin quererlo, y algo así como animalitos le corrieron por la cara. Luchó contra ellos débilmente. No eran cosas imaginarias, descubrió, sino verdaderamente reales. Suspiraban y se arrullaban. Trató de sentarse y los animalitos corrieron a ayudarla. Dejó caer la cabeza y sintió el calor de su propio aliento contra el vestido. Uno de los animalitos le golpeó la mejilla y ella estiró la mano y lo atrapó.

—Jo, jo—dijo el animalito.

Algo blando y pequeño y fuerte se retorció y se acercó por el otro lado, apretándose estrechamente contra ella. Era suave y vivo.

—Ji, ji decía.

Janie puso un brazo alrededor de Bonnie y otro alrededor de Beanie y se echó a llorar.

Lone regresó a pedir un hacha. No es mucho lo que se puede hacer con las manos desnudas.

Cuando salió del bosque vio que en la chacra todo era distinto. Como si los días de antes hubieran sido un solo día gris y ahora hubiese sol. Todos los colores eran inconmensurablemente más brillantes; los olores del granero, los olores de las plantas, los olores del humo eran también más puros e intensos. El maíz se estiraba hacia el cielo con líneas tan intensas que parecía estar arrancando sus propias raíces.

La venerable camioneta de Prodd se quejaba y rugía en alguna parte, al pie de la loma. Prodd echó a andar por la falda y vio que la camioneta estaba en el campo de barbechos. Aparentemente, Prodd había decidido remover el terreno. La camioneta arrastraba un arado de reja que había perdido todos los dientes menos uno. La rueda trasera de la derecha había pasado muy cerca de una zanja y había caído en ella, de modo que el eje tocaba el suelo y la rueda giraba casi en el aire. Prodd estaba poniendo unas piedras debajo de la rueda, ayudándose con el mango de un pico. Cuando vio a Lone, dejó caer la herramienta y corrió hacia él con el rostro encendido como la luz de una hoguera. Tomó a Lone por los brazos y leyó en su rostro como en la página de un libro, lentamente, línea por línea, moviendo los labios.

—Creí que no volvería a verte. ¿Por qué te fuiste sin saludarnos?

—Necesita ayuda—dijo Lone refiriéndose al camión.

Prodd no entendió.

—Pero, fíjate—continuó alegremente—, venir sólo para ver si puedes darme una mano. Oh, me las arreglo muy bien, Lone, créeme. No es que no lo aprecie. Pero así lo siento. Me refiero al trabajo, es claro.

Lone se adelantó, recogió el pico y golpeó las piedras bajo la rueda.

—Arranque—dijo.

—Espera a que Ma te vea—dijo Prodd—. Como en los viejos tiempos.

Entró en la camioneta y puso en marcha el motor. Lone metió el hombro bajo el borde trasero de la caja, apoyó en él las manos y, mientras Prodd ponía en marcha el embrague, se echó hacia adelante. El cuerpo se alzó todo lo que le permitieron los muelles de la caja y todavía un poco más. Lone volvió a inclinarse. La camioneta traqueteó y dio varios saltos hasta encontrar suelo firme.

Prodd descendió y vino a mirar la zanja; ese acto inevitable e inútil del hombre que recoge unos trozos de porcelana y junta los bordes.

—Antes juraba que eras un chacarero dijo sonriendo—. Pero ahora sé la verdad. Eres una palanca hidráulica.

Lone no sonrió. Nunca sonreía. Prodd fue hacia el arado y Lone lo ayudó a recoger las cadenas.

—El caballo reventó—explicó Prodd.—La camioneta está bien, pero me gustaría encontrar el modo de evitar estos accidentes. Me paso la mitad del tiempo sacándola de algún pozo. Podría comprar otro caballo, pero ya sabes... no quiero gastar un centavo hasta que llegue Jack. Pensarás que me fastidia haber perdido el caballo—Prodd miró hacia la casa y sonrió—. Ya nada me fastidia. ¿Has desayunado?

—Si.

—Bueno ven y come algo más. Ya conoces a Ma. No nos perdonaría que te fueses sin comer.

Volvieron a la casa y cuando Ma vio a Lone lo abrazó con fuerza. Lone se agitó un poco molesto. Quería un hacha. Todo lo demás ya se había terminado.

—Siéntate, Lone, te voy a servir el desayuno.

—Ya te lo dije—señaló Prodd, observando a su mujer y sonriendo.

Lone también la miró. Estaba más pesada. Y contenta como un gatito en un pajar.

—¿Qué haces ahora, Lone?

Lone miró a Prodd, buscando una respuesta.

—Trabajo—respondió—. Allá arriba.

—¿En el bosque? ¿Y qué haces?—Lone esperó. Prodd dijo entonces:—¿No estás empleado? ¿No? ¿Pones trampas?

—Sí, trampas—dijo Lone, suponiendo que esa explicación bastaría.

Comió. Desde su asiento se podía ver la habitación de Jack. La cama había desaparecido. Había otra nueva allí, no más larga que su antebrazo, envuelta en tules celestes, adornados con docenas de pequeñas alforzas.

Cuando Lone terminó el desayuno, los otros dos se sentaron a la mesa y nadie habló por un rato. Lone miró a Prodd a los ojos y leyó Es un buen muchacho, pero no una visita muy entretenida No

entendía la imagen visita, vaga y feliz confusión de risas y ruido de conversaciones. La reconocía como una de sus tantas faltas—faltas, pero no defectos—, algo que nunca había hecho y que nunca haría. Le pidió el hacha a Prodd y salió de la casa.

—¿No estará enojado con nosotros?—preguntó la señora Prodd, siguiéndolo ansiosamente con la mirada.

—¿Lone?—dijo Prodd—. Yo mismo llegué a pensar que pudiera estar enojado; pero no, no hubiera vuelto.—Fue hacia la puerta—. No alces nada pesado, ¿eh?

Janie leía con toda la lentitud y todo el cuidado de que era capaz. No necesitaba leer en voz alta, bastaba que se fijara atentamente en el texto para que la entendieran las mellizas. Había llegado a la parte en que la mujer ata al hombre a una columna y luego hace, salir de su escondite al otro hombre, «a mi rival, su sonriente amante», y le entrega entonces el látigo. Alzó los ojos y descubrió que Beanie se había ido y que Bonnie estaba dentro de la chimenea buscando una laucha entre las cenizas.

—Oh, no estabais escuchando—dijo.

Queremos el libro ilustrado, dijo el mudo mensaje.

—Me cansa tan pronto—dijo Janie con petulancia. Sin embargo cerró la Venus con pieles, de von Sacher Masoch, y lo puso sobre la mesa.

—Este tenía por lo menos un argumento—se quejó, acercándose a los estantes.

Encontró el volumen entre Mi revólver es rápido y El Ivan Bloch Ilustrado y volvió con él al sofá. Bonnie desapareció de la chimenea y apareció junto a la silla. Beanie brotó en el lado opuesto. No había dejado de atender; desde su escondite, a lo que pasaba aquí, en la habitación. Este libro le gustaba más que a Bonnie.

Janie abrió el libro en cualquier página. Las mellizas se inclinaron anhelantes, con los ojos muy abiertos.

Léelo.

—Oh, bueno—dijo Janie—D34556. Cordón. Doble; dos metros de largo; trenzado. Colores maíz, borgoña, galgo gris y blanco. $24,68. D34557. Estilo rústico. Cuadriculado estuardo o argyll. Véase ilustración. $ 4,92 el par. D34...

Y las mellizas estaban otra vez contentas.

Estaban casi siempre contentas en esta casa, aunque también la habían estado muchas veces en aquella turbulenta época anterior. Habían aprendido a abrir la puerta trasera de un camión y a esconderse debajo del heno, y Janie sacaba de las cuerdas las pinzas para la ropa desde lejos y ellas se metían de noche en los almacenes y abrían la puerta desde dentro, cuando la cerradura no era un gancho o pestillo que Janie podía levantar siempre con facilidad. Sin embargo, lo mejor que habían aprendido era a atraer la atención cuando alguien perseguía a Janie. La gente comprobaba que era imposible alcanzar a Janie (quien por otra parte no hacía más que correr), mientras dos niñitas les arrojaban piedras desde un segundo piso, se les cruzaban en el camino haciéndoles zancadillas y se les sentaban en los hombros mojándoles los cuellos. Jo, jo.

Y esta casa era maravillosa. No había otra en varios kilómetros a la redonda y nadie pasaba por allí. Era un caserón enorme en lo alto de una loma y en medio de un bosque muy espeso. Una pared, alta y ancha, corría alrededor, junto a un camino, y una gran verja, atravesada por un arroyó, lo separaba del bosque. Bonnie descubrió la casa un día en que muertas de cansancio se habían echado a dormir al lado del camino. Bonnie se despertó y fue a explorar el terreno y descubrió la verja y caminó junto a ella hasta que vio la casa. Pasaron mucho tiempo buscando un modo de hacer entrar a Janie, hasta que Beanie se cayó al arroyo, junto a la verja, y apareció al otro lado.

En la mayor de las habitaciones había millones de libros y muchas sábanas viejas para envolverse cuando hacía frío. Abajo, en los helados y oscuros depósitos de la despensa, encontraron una media docena de cajones de legumbres en lata y algunas botellas de vino que rompieron más tarde en las habitaciones, porque aunque el vino sabía mal, olía en cambio magníficamente. Afuera había un estanque y era más divertido bañarse en él que en los cuartos de baño sin ventanas. Había muchos lugares para jugar al escondite. Hasta había un cuartito con cadenas en las paredes y una puerta de barrotes.

Con el hacha lo hacía mucho más rápido.

Nunca hubiera encontrado el lugar sin lastimarse. Durante sus largos años de vagabundeo por el bosque, aunque a menudo caminaba a ciegas y descuidadamente, no había sufrido nunca un accidente parecido. Un momento antes estaba pisando el borde de una loma y un momento después se encontraba a seis metros de profundidad, en un pozo de tierra húmeda y blanda, y lleno de zarzas. Se había lastimado un ojo, y el codo izquierdo le dolía terriblemente.

Cuando logró salir del pozo lo examinó con cuidado. Quizá había sido alguna vez un depósito de agua y la erosión, probablemente, había destruido una pared. En fin, de todos modos parte de la tierra había desaparecido y sólo quedaba una depresión cubierta de zarzas en la falda de una loma, y rodeada de espesos matorrales. La roca de donde él había caído sobresalía de la loma dominando la depresión.

En otro tiempo a Lone no le había importado estar cerca o no de los hombres. Ahora quería estar como había estado siempre, solo. Pero ocho años en la granja habían transformado sus hábitos de vida. Necesitaba un refugio, y mientras observaba este escondido lugar, con su dominante techo de rocas y las dos altas alas de tierra, lo encontraba cada vez más adecuado.

Al principio trabajó en el pozo de un modo primitivo. Sacó bastante maleza como para poder acostarse cómodamente y arrancó uno o dos arbustos para que las ramas espinosas no lo arañaran al entrar y al salir. Luego llovió, y abrió un canal para que el agua no se acumulase en el pozo y cubrió la parte superior con un techo de ramas.

Pero con el tiempo comenzó a interesarse en el lugar.

Arrancó otras malezas y apisonó la tierra hasta que el suelo quedó completamente liso. Quitó las piedras sueltas de la pared del fondo, y descubrió que algunas partes de esa pared podían servir de estantes y escondrijos para las pocas cosas que quisiese guardar. Comenzó a recorrer, de noche, las granjas que bordeaban la loma, tomando sólo una cosa de cada una y tratando de no volver al mismo sitio. Trajo zanahorias, papas, clavos y alambre, un martillo roto y una olla de hierro fundido. Una vez encontró una paleta de carne que se había caído de un camión. La guardó y cuando volvió al refugio descubrió las huellas de un lince. Se decidió entonces a construir unas paredes, y por eso fue a buscar el hacha.

Echó abajo algunos árboles, los más grandes que podía manejar una vez desbrozados, y los arrastró hasta el pie de la loma. Hundió tres troncos para fijar la tierra, y apoyó horizontalmente los otros en la piedra. Hizo luego una mezcla de arcilla roja y musgo que no era atacada por las lombrices y no se deshacía con el agua. Levantó así unas paredes con una puerta. No se molestó en hacer una ventana; simplemente no puso mezcla en algunos sitios, entre seis de los troncos, a cada lado, y entretejió unas ramas delgadas para cuando quisiese tapar los huecos.

Su primer horno, de estilo indio, se alzó en medio de la habitación. El humo salía por un agujero en el centro del techo. Arriba, donde podía llegar el humo, clavó unos ganchos para colgar la carne, si tenía la suerte de conseguir carne.

Buscaba unas losas para el horno, cuando sintió algo parecido a unos tirones invisibles. Retrocedió como si lo hubiese alcanzado un fuego, encogiéndose y apretándose contra un tronco, mirando alrededor como un ciervo acosado.

Un día, hacía ya mucho tiempo, había advertido que era interiormente sensible al inútil (según él) lenguaje de los niños. Estaba perdiendo esa sensibilidad; había empezado a perderla cuando había empezado a pronunciar las primeras palabras.

Alguien lo llamaba ahora, alguien que «emitía» como un chico, pero que no era un chico, y aunque Lone sentía el llamado muy débilmente su esencia le era insoportablemente familiar. Era algo suave y anhelante, sí; pero era también la resurrección de unos terribles latigazos y de una confusión de gritos obscenos; y dolorosos puntapiés y de la mayor pérdida que había sentido en su vida.

No era nada visible. Se separó lentamente del árbol y se volvió hacia las lajas que había tratado de arrancar. Durante cerca de una hora escarbó ciegamente, como un perro, tratando de ignorar el llamado. Y fracasó.

Se incorporó, estremeciéndose, y echó a caminar hacia el llamado. El mundo era ahora una escena de sueño. Cuanto más caminaba, más irresistible era la voz y más profundo era su encanto. Caminó una hora, siempre en línea recta (mientras podía pasar por encima o a través de las cosas) y llegó así al claro del bosque convertido casi en un sonámbulo. Un poco más de conciencia lo habría hundido en un infierno, impidiéndole seguir adelante. Arrastrando los pies, como un ciego, caminó en línea recta y se golpeó lastimosamente contra la verja el ojo herido. Se quedó agarrado a los hierros

hasta que se le aclaró la vista; paseó la mirada alrededor, como para averiguar dónde estaba, y se estremeció. Clara, consciente y razonablemente decidió irse para siempre de ese sitio terrible. Y en ese mismo instante oyó el ruido de las agitas y volvió el rostro hacia el arroyo.

Se agachó en el lugar en que los hierros se encontraban con el agua y buscó el pie de los barrotes Sí, allí estaba todavía la abertura.

Espió a través de la verja, pero el viejo follaje de acebos era más espeso que antes. No se oía nada; por lo menos nada llegaba a sus oídos, pero el llamado estaba.

Como el otro llamado, éste era también deseo, desamparo y necesidad. Pero pedía otra cosa. Decía, sin palabras, que tenía un poco de miedo, que sentía el peso de una carga y que quería ser aliviado de esa carga. Decía ¿quién me cuidará ahora?

Quizá lo ayudó el agua fría. La mente se le aclaró de pronto, hasta donde era posible. Respiró profundamente y se hundió en el arroyo. Y enseguida, ya del otro lado, se incorporó y alzó la cabeza. Escuchó con atención y luego se echó boca abajo, sacando sólo la nariz fuera del agua. Cuidadosamente, lentamente, avanzó apoyándose en los codos, hasta meter la cara entre los acebos.

No muy lejos de la orilla estaba sentada una niñita con un desgarrado vestido de cuadros. No tenía más de seis años de edad. Su cara era de rasgos afilados, poco infantil, con una expresión preocupada y triste. Lone se equivocaba si creía haber pasado inadvertido. La niña lo estaba mirando.

—¡Bonnie!—gritó la niña con una voz muy aguda.

Nada se movió.

Lone se quedó donde estaba. La niña seguía observándolo, pero sin abandonar su preocupación. Lone comprendió dos cosas: que la preocupación de la niña era lo esencial del llamado, y que aunque ella lo vigilase no lo consideraba tan importante como para dejar de lado sus propios pensamientos.

Por primera vez en su vida sintió esa mezcla inquietante y ácida de ira y diversión que se llama «picarse» y, en seguida, una gran sensación de alivio, muy similar a la que uno debe sentir cuando se desprende de un peso de cuarenta kilos que ha llevado durante cuarenta años. Lone no había conocido... no había conocido el peso de su carga.

Y así se hundieron en el pasado el látigo y los gritos, la magia y la pérdida. Los recordaba aún, pero en su sitio, y con sus desnudos y retorcidos zarcillos cortados de raíz, de tal modo que nunca volverían a alcanzar el presente. El llamado no era ya una marea de sangre y emoción, sino sólo el llanto de una niña hambrienta.

Se sumergió en el agua, como un enorme y afilado crustáceo, y pasó arrastrándose por debajo de los hierros. Salió a la orilla, dio la espalda al llamado y volvió a su tarea.

Llegó sudoroso al refugio, llevando al hombro una losa de treinta centímetros de espesor, y tan cansado que hasta olvidó sus precauciones habituales. Atravesó la crujiente masa de zarzas, entrando en el pequeño claro que había ante el refugio, y se detuvo de pronto.

Una niñita desnuda, de unos cuatro años de edad, estaba sentada en cuclillas frente al la puerta.

La niña alzó la vista hacia él y sus ojos (todas sus negras facciones) parecieron parpadear.

—¡Ji, ji!—dijo alegremente.

Lone dejó caer la losa, Se inclinó sobre la niña y la cubrió con su sombra: un cielo alto que amenazaba tormenta.

La niña no se inmutó. Dejó de mirarlo y se puso a mordisquear con lentitud una zanahoria, como una ardilla, haciéndola girar y girar mientras comía.

Algo en el techo atrajo la atención de Lone. De uno de los respiraderos, entre los troncos de la pared, salió una zanahoria. Cayó al suelo y otra vino a ocupar la abertura.

—Jo, jo.

Lone miró hacia abajo y vio a dos negritas.

En circunstancias como ésta, Lone contaba con una ventaja singularmente valiosa; nada lo impulsaba a dudar de su propia cordura o a iniciar consigo mismo un confuso debate acerca del asunto. Se inclinó hacia una de las niñas y la alzó en el aire. Pero cuando se enderezó, la chica había desaparecido.

La otra estaba aún allí. Le sonrió dulcemente y empezó a devorar una nueva zanahoria.

—¿Qué estás haciendo?—dijo Lone.

Su voz era dura y áspera, como la de un sordomudo. La niña se sobresaltó, dejó de comer, lo miró y abrió la boca llena de pedacitos de zanahoria. Parecía una estufa panzuda con la puertita abierta.

Lone se arrodilló. La niña clavó la vista en los ojos de Lone, en esos ojos que una vez habían llevado a un hombre al suicidio y que, otras veces, habían hecho cambiar de parecer a los que no querían alimentarlo. Los movimientos de Lone se hicieron lentos y precavidos. No estaba enojado, ni asustado, sólo quería que la niña no se moviese.

Al fin, extendió los brazos. La niña sopló ruidosamente, bañándole los ojos y Ja nariz con húmedos pedacitos de zanahoria, y desapareció.

Lone se sintió verdaderamente asombrado. Cosa rara, pues pocas veces se había interesado bastante como para llegar a sentir asombro. Menos aún un asombro respetuoso.

Se incorporó y apoyó la espalda en los troncos del refugio, buscando con la mirada a las negritas. Allí estaban, juntas, tomadas de la mano, Alzando hacia el unas caras preocupadas e inmóviles, como esperando que iniciara un nuevo movimiento

Una vez, hacía ya muchos años, Lone había corrido detrás de un ciervo. Una vez había dado un salto hacia un pájaro posado en la rama de un árbol. Una vez se había zambullido en un arroyo, tratando de pescar una trucha.

Una vez.

Lone era incapaz de seguir persiguiendo lo que según le indicaba la experiencia era imposible alcanzar. Se inclinó, se puso la losa al hombro, volvió a incorporarse, sacó la tranca que aseguraba la puerta y entró en el refugio.

Depositó la piedra junto al fuego y apartó las cenizas. Echó a las brasas otro poco de leña, sopló con fuerza, e instaló el soporte de varas verdes con la olla de hierro. Mientras, en el umbral, dos figuritas de ojos blancos lo observaban atentamente. Lone las ignoró.

Un conejo desollado colgaba de un gancho junto a la salida del humo. Lone lo descolgó, le arrancó los cuartos traseros y le quebró el espinazo. Metió los trozos en la olla, y sacó luego de un nicho unas papas y unos pocos granos de sal gruesa. Partió las papas con el filo del hacha y las echó en la olla, junto con la sal. Buscó luego las zanahorias. Alguien se había llevado las zanahorias.

Se volvió lanzando hacia la puerta una mirada de enojo. Las cabezas de las niñas desaparecieron y desde afuera llegó el eco de unas risitas de soprano.

Lone dejó que la olla hirviese una hora mientras afilaba el hacha y hacía una escoba con hojas, como la de la señora Prodd. Y lentamente, muy lentamente, sus visitantes fueron acercándose, con los ojos fijos en el fuego y los labios húmedos.

Lone no les hizo caso y siguió trabajando. Cuando se acercaba a ellas, se retiraban, y cuando volvía al fondo de la habitación, entraban de nuevo. Y de este modo fueron retirándose cada vez menos y avanzando cada vez más, hasta que Lone creyó que había llegado el momento.

Cerró de un golpe la puerta.

El sonido del hervor de la olla y el crepitar de las llamas crecieron de pronto en la oscuridad. Nada más se oía. Lone se apoyó de espaldas en la puerta y cerró los ojos con fuerza para que se acostumbraran rápidamente a las sombras. Cuando los abrió, las franjas de sol que entraban por los respiraderos y el resplandor del fuego bastaban para iluminar el interior de la casa.

Las niñitas se habían ido.

Echó la tranca interior y recorrió lentamente el recinto.

Nada.

Entornó lentamente la puerta y luego la abrió de par en par. Las negritas no estaban afuera.

Se encogió de hombros. Lamentaba de veras no tener más zanahorias. Apartó la olla del fuego y, mientras esperaba a que se enfriara, terminó de afilar el borde del hacha.

Comió por fin. Estaba a punto de chuparse los dedos como postre cuando alguien golpeó fuertemente la puerta. El golpe fue tan inesperado que Lone saltó medio metro en la silla.

La niñita del vestido de cuadros lo miraba desde el umbral. Se había peinado y se había lavado la cara. Llevaba, orgullosamente, algo que al principio parecía una cartera y que luego revelaba ser una caja de cigarros. Un trozo de género, asegurado con unas tachuelas, envolvía la caja.

—Buenas noches—dijo la niña—. Pasaba por aquí y pensé que podía hacerle una visita. ¿Recibe usted hoy?

El cotorreo de una vieja bruja que trata de que la inviten a comer era totalmente incomprensible para Lone. Volvió a su ocupación de chuparse los dedos, pero sin quitar los ojos del rostro de la niña. Detrás de ella, junto al marco de la puerta, surgieron las cabezas de las dos visitas anteriores.

La niña descubrió, primero con el olfato y luego con la vista, el guiso de la olla. Lanzó una ansiosa mirada y bostezó.

—Perdón—dijo gravemente.

Abrió el cierre de la caja de cigarros, sacó un objeto blanco, lo dobló con rapidez (aunque no pudo ocultar que se trataba de un calcetín de hombre) y se lo pasó por la boca.

Lone se levantó, tomó un trozo de leña; y después de ponerlo con cuidado en el fuego, volvió a sentarse. La niña dio un paso adelante; las otras dos corrieron y se quedaron a los lados de la puerta, como dos soldaditos de plomo. Sus caras eran nuditos de ansiedad. Y esta vez estaban vestidas. Una de ellas llevaba un par de calzones de lienzo, de los tiempos en que los coches tenían palancas. Dos trozos de cuerda, que pasaban por unos agujeros abiertos de cualquier modo en la tela, tiraban de los calzones hasta la altura del pecho. La otra llevaba una pesada camisa de algodón, o por lo menos la parte superior. El borde roto y deshilachado le llegaba a los pies.

Con los mismos aires con que una dama atraviesa un salón, acercándose a los bombones, la niña blanca fue hacia la olla humeante, le lanzó a Lone una breve sonrisa, bajó los párpados y murmuró adelantando un pulgar y un índice:

—¿Puedo?

Lone estiró una pierna, enganchó con el pie el asa de la olla y la acercó a él. Puso la olla en el suelo, y miró a la niña inexpresivamente.

—Qué puerco hijo de perra—citó la criatura.

Lone no se molestó. En el tiempo en que aún no había aprendido a entender las palabras de los hombres, estas frases no habían tenido sentido. Y no había vuelto a oírlas. Miró a la niña y acercó un poco más la olla.

Los ojos de la niña se achicaron, los colores se le subieron a la cara. Se echó a llorar.

—Por favor—le dijo a Lone—, tengo hambre. Tenemos hambre. La comida de las latas se terminó.—Se le apagó la voz y continuó en un murmullo—: Por favor, por favor.

El rostro de Lone parecía de piedra. La niña avanzó tímidamente. Lone se puso la olla en las rodillas y la abrazó desafiante.

—Bueno, no me importa nada tu...—dijo la niña, y se le quebró la voz.

Se volvió y caminó hacia la puerta. Las negritas la miraron a la cara mientras iba acercándose. Irradiaban una silenciosa desilusión. La censura implacable que mostraban sus rostros iba dirigida a la niña más que a Lone. Le habían dado el cargo de proveedor y les había fallado.

Lone, aún con la olla en las rodillas, observó por la puerta abierta la oscuridad creciente de la noche. Espontáneamente se le apareció una imagen: la señora Prodd, con un humeante plato de panceta ahumada flanqueada por el resplandor anaranjado de unos huevos perfectos, diciendo: «Siéntate, que te voy a servir el desayuno». Una emoción, que era incapaz de definir le subió del plexo solar y le apretó la garganta.

Resopló, hundió la mano en el guiso, sacó la mitad de una papa y abrió la boca. La mano no le obedeció. Inclinó la cabeza lentamente y miró el trozo de papa como si no pudiera reconocerlo ni comprender para qué servía.

Resopló nuevamente, echó la papa en la olla, dejó bruscamente la olla en el suelo, se incorporo de un salto. Con una mano a cada lado de la puerta lanzó un grito desgarrador y duro:

—¡Esperen!

Tenía que haber recogido el maíz hacía va mucho tiempo. La mayor parte todavía se mantenía erguido, pero aquí y allá se veían algunos tallos rotos y amarillentos, Ejércitos de hormigas descubrían el maíz y se desparramaban difundiendo la noticia. El camión estaba en el campo de barbechos, metido en una zanja, y la máquina sembradora, atada aún a la parte trasera del vehículo, yacía volcada entre las espigas del trigo de invierno

En la casa, no salía humo de la chimenea, y la puerta del granero, torcida y rota, aplaudía huecamente en medio del derrumbe.

Lone se acercó a la casa y subió por los escalones del porche. Prodd estaba sentado en la hamaca inmóvil (le faltaba una cadena), con los ojos no cerrados del todo, pero si más cerrados que abiertos.

—Hola—dijo Lone.

Prodd se movió, mirando a Lone a la cara. No dio señales de reconocerlo. Bajó los ojos, se echó atrás, incorporándose en la hamaca, se pasó distraídamente la mano por el pecho, encontró uno de los tirantes, lo estiró y lo soltó. Una breve expresión de aturdimiento le pasó por la cara. Volvió a alzar los ojos y Lone vio que la conciencia subía al rostro del chacarero como café que sube humedeciendo lentamente un terrón de azúcar.

—¡Hola, Lone, muchacho!—dijo Prodd.

Las palabras eran las de antes, pero la voz parecía haberse quebrado, como los dientes del rastrillo. Prodd se levantó, sonriendo, se acercó a Lone y alzó el puño, como para golpearlo en el brazo; pero olvidó, aparentemente, lo que iba a hacer. El puño osciló un momento en el aire y luego cayó pesadamente.

—Hay que recoger el maíz—dijo Lone.

—Sí, sí, ya sé—respondió Prodd entre suspirando y hablando—. Lo haré. Me las arreglaré muy bien. No te preocupes. Nunca llega la primera helada sin que yo haya terminado el trabajo. No he dejado de ordeñar un solo día—añadió con un débil orgullo.

Lone lanzó una mirada a través de los vidrios de la puerta y descubrió los platos sucios y las pesadas moscas en la cocina.

—Llegó el bebé—recordó.

—Oh, sí. Lindo chiquito—dijo Prodd lentamente—, tal como nosotros...

Quizá volvió a olvidarse. Las palabras se quedaron flotando en el aire, lo mismo que el puño.

—¡Ma!—aulló de pronto el chacarero—. ¡Prepara un bocado para este muchacho!—Se volvió hacia Lone con aire aturdido—. Anda por allá lejos—dijo señalando el campo.—Pero con el grito que le he dado no dejará de oírme. Quizá.

Lone miró el lugar que Prodd le había señalado, pero no vio nada. Miró los ojos del chacarero y durante un brevísimo instante trató de sondear el interior. Retrocedió violentamente aun antes de haber entendido qué era aquello.

—Le traigo el hacha—dijo, dándole la espalda.

—Oh, está bien. Podías haberte quedado con ella.

—Tengo la mía. ¿Quiere que recoja ese maíz?

Prodd contempló borrosamente el campo sembrado.

—No he dejado de ordeñar una sola vez—dijo.

Lone lo dejó y fue en busca de un rastrillo. Lo encontró. Descubrió además que la vaca había muerto. Se metió en el sembrado y empezó a trabajar. Poco después vio a Prodd en el otro extremo del campo, que trabajaba también, duramente.

Pasado ya el mediodía, y poco antes de terminar la recolección del maíz, Prodd desapareció en el interior de la casa. Veinte minutos más tarde apareció con un jarro y una, fuente de sándwichs. El pan

estaba seco y la carne en conserva era (recordó Lone) de la prácticamente intocada alacena de los «tiempos malos». En el jarro había limonada caliente y moscas muertas. Lone no hizo ningún comentario. Se quedó con Prodd junto a la artesa del caballo y se pusieron a comer.

Poco después, Lone bajó hasta el campo de barbechos y sacó el camión de la zanja. Prodd llegó detrás de él, justo a tiempo para sentarse al volante. El resto del día fue dedicado a la siembra. Lone manejaba la sembradora y en cuatro ocasiones sacó al camión de los atolladeros en que insistía en meterse. Cuando la siembra terminó, Lone le indicó a Prodd con la mano que fueran al granero, ató una cuerda al pescuezo de la vaca muerta y la arrastraron hasta donde pudo llegar el camión, lo más cerca posible del bosque. Cuando al fin guardaron el camión en el granero, Prodd dijo:

—Verdaderamente echo de menos ese caballo.

—Usted dijo la otra vez que no lo echaba nada de menos—recordó Lone con poco tacto.

—¿Dije eso?—Prodd recapacitó y sonrió, recordando—. Sí, nada me preocupaba entonces, ya sabes por qué.—Sonriendo todavía, se volvió hacia Lone y dijo:—Volvamos a casa.

Prodd no dejó de sonreír durante todo el trayecto.

Entraron en la cocina. Era aún peor que visto desde afuera; hasta estaba parado el reloj. Prodd, sonriendo, abrió de par en par la puerta de la habitación de Jack. Y dijo, sin dejar de sonreír:

—Mira un poco, muchacho, mira un poco.

Lone entró y echó una mirada a la cuna. El tul de algodón estaba mojado y sucio y las alforzas descosidas y rotas. Los ojos del bebé eran como cabezas de tachuelas, y la piel, azafranada. Una crin corta, de un negro azulado, le coronaba la cabeza. Respiraba ruidosamente.

Lone no se alteró. Se dio vuelta, volvió a la cocina y se quedó mirando la cortina de algodón que estaba en el suelo.

Sonriendo, Prodd salió de la habitación de Jack y cerró la puerta.

—¿Ves? No es Jack. Por lo menos tenemos esa suerte

—Sonrió. — Ma debe de haber ido a buscar a Jack, supongo. Sí, así debe de ser. De otro modo no seria feliz. Bueno, tú ya lo sabes.—Sonrió dos veces.—Eso que está ahí es lo que los médicos llaman un mongoloide. Si no lo cuidas, crece hasta ser como un chico de tres años y así se queda durante treinta. Lo llevas a la ciudad para que lo trate un gran especialista Y quizá llegue a tener la estatura de un chico de diez.—Prodd sonreía mientras hablaba.—Eso es lo que dice el doctor, por lo menos. Y no es como si estuviera muerto, ¿no te parece? Aunque a Ma no le disgustaría una tumba con flores y todo lo demás.

Demasiadas palabras, y algunas se oían dificultosamente a través de la ancha y estirada sonrisa. Lone hundió sus ojos en los de Prodd y descubrió qué cosas necesitaba exactamente el chacarero, cosas que el mismo Prodd ignoraba. Él, Lone, haría esas cosas.

Cuando terminó de mirar a Prodd, limpiaron juntos la cocina, quemaron la cuna y los pañales hechos de trozos de viejas sábanas, cuidadosamente cosidos y apilados en el armario, y quemaron también la ovalada bañera de loza, y el sonajero de celuloide, y los zapatitos de fieltro azul y borlas blancas en su caja de celofán trasparente.

Prodd lo despidió desde el porche moviendo alegremente la mano.

—Espera a que vuelva Ma. Te llenará de pasteles hasta que no puedas tenerte en pie.

—Arregle esa puerta del granero—respondió Lone con una voz desafinada—. Volveré pronto.

Subió por la loma con su carga, trabajosamente, y se metió en el bosque. Marchaba aturdido con unos pensamientos que no eran palabras ni figuras. Pensamientos acerca de esas chicas, acerca de los Prodd. Los Prodd eran una cosa y cuando lo recibieron en su casa se transformaron en otra, sólo ahora lo entendía. Mientras estuvo solo él también fue una cosa; pero al admitir a las niñas fue otra. No tenía ganas de volver a lo de Prodd. Pero, tal como él era ahora, tenía que hacerlo. Volvería pronto.

Solitario. Lone, solo, solitario. Prodd estaba solo y Janie estaba sola, y las mellizas, bueno, estaban siempre juntas, pero eran como una persona solitaria dividida en dos. El mismo, Lone, seguía estando solo; la presencia de las niñas no habla cambiado eso.

Quizá los Prodd habían llegado a entenderse. Quién podía saberlo. Pero no existía, en el mundo entero, un ser parecido a Lone, salvo ahí dentro de sí mismo. La gente siempre lo echaba, ¿no lo sabía acaso? Y los Prodd como los demás. A Janie la hablan echado también, y lo mismo a las mellizas: así decía Janie.

Bueno, no deja de ser útil saber que se está solo, pensó Lone.

Cuando llegó a su casa, la luz del sol ya manchaba la noche. Empujó la puerta con la rodilla y entró. Janie estaba haciendo unas figuras en un viejo plato de loza con saliva y barro. Las mellizas, acurrucadas como siempre en un nicho de rocas, cuchicheaban entre ellas.

Janie se sobresaltó.

—¿Qué es eso? ¿Qué traes ahí?

Lone depositó cuidadosamente su carga en el piso. Aparecieron las mellizas; una se puso a la derecha del bulto, la otra a la izquierda.

—Es un bebé—dijo Janie y alzó los ojos hacia Lone. ¿Es un bebé?

Lone movió afirmativamente la cabeza. Janie volvió a mirar.

—Nunca vi un bebé más feo.

—No te preocupes por eso—dijo Lone—. Dale de comer.

—¿Qué?

—No sé. Tú eres casi un bebé. Tienes que saberlo.

—¿De dónde lo sacaste?

—De allá, de una granja.

—Eres un secuestrador—dijo Janie—. ¿No lo sabias?

—¿Qué es un secuestrador?

—Un hombre que roba bebés. Cuando descubran que lo robaste vendrá la policía y te matarán a tiros y te llevarán a la silla eléctrica.

—Bueno—dijo Lone aliviado—. Nadie lo descubrirá. Sólo un hombre lo sabe. Pero ya no se acuerda. Es el papá. La mamá se murió; aunque él cree que ella está en el Este. Se pasará la vida esperando. Vamos, dale de comer.

Se sacó la chaqueta. Allí dentro hacía mucho calor. El bebé seguía echado en el piso, abriendo los opacos botones de los ojos y respirando ruidosamente. Janie se paró junto al fuego y miró durante un rato la olla de hierro. Luego metió un cucharón en la olla y echó el jugo en una lata.

—Leche—dijo mientras se movía de un lado a otro—. Tendrás que ir a buscar leche, Lone. Los bebés toman más leche que los gatos.

—Muy bien—dijo Lone.

Las mellizas abrieron los ojos. Janie estaba metiendo un poco de sopa en la indiferente boca del bebé.

—Está tomando algo—dijo la niña con optimismo.

Sin humor, y guiándose sólo por lo que vela, Lone opinó:

—Quizá por las orejas.

Janie tiró de la camisa del bebé, sentándolo a medias. La nueva postura descubría el pescuezo, más que las orejas, y aún quedaba por resolver el problema de la boca.

—Oh, quizá lo consiga—suspiró Janie como si alguien le hubiese dicho algo.

Las mellizas se reían y saltaban. Janie retiró la lata de la boca del bebé y lo observó entornando los ojos. El bebé empezó a toser y vomitó lo que era sin duda un poco de caldo.

—Todavía no, pero lo voy a conseguir—dijo Janie.

Se pasó una hora luchando con la sopa. Al fin el bebé se durmió.

Una tarde, después de haber mirado un rato, Lone llamó a Janie, tocándola con la punta del pie.

—¿Qué pasa ahí?—Janie miró.

—Está hablando con las chicas.

Lone meditó unos instantes.

—Yo también podía hacer eso. Oír a los bebés.

—Bonnie dice que todos los bebés pueden hacerlo, y tú fuiste un bebé, ¿no es así? No recuerdo si yo también lo hice—añadió.—. Aunque sí con las mellizas.

—Quiero decir—explicó Lone trabajosamente—que yo era grande y oía hablar a los bebés.

—Entonces eras un idiota—dijo Janie categóricamente—. Los idiotas no pueden entender a los mayores, pero pueden entender a los bebés. El señor Widdecombe, el hombre con quien vivían las mellizas, tenía una amiga que era una idiota. Bonnie me lo explicó todo.

—El bebé es también algo así como un idiota—dijo Lone.

—Sí, Beanie. Beanie me dice que es de otra clase. Es como una máquina de calcular.

—¿Qué es una máquina de calcular?

Janie exageró los gestos de infinita paciencia de su maestra.

—Es un aparato en el que se aprietan unos botones y sale la solución.

Lone no entendía.

—Bien—probó Janie—si tienes tres monedas y cuatro monedas y siete monedas y ocho monedas, ¿cuántas monedas tienes?

Lone se encogió de hombros.

—Bueno—insistió Janie, —si tienes una máquina de calcular, aprietas un botón para el dos y otro botón para el tres y otro botón para los demás números, y luego mueves una palanca y la máquina te dice cuánto tienes en total. Y nunca se equivoca.

Lone pensó un poco y al fin dijo que sí, que ya entendía. Luego señaló la cesta amarilla, que ahora hacía las veces de cuna, y a las dos mellizas de rostros hechizados.

—No tiene botones.

—Es sólo una finura de lenguaje,—dijo Janie con aire de superioridad—. Mira, le dices algo al bebé y luego le dices otra cosa. El junta todo y te da el resultado. Lo mismo hace una máquina de calcular con el uno, el dos y...

—Bueno, pero ¿qué junta?

—Cualquier cosa—Janie miró a Lone a los ojos. Eres un poco estúpido, ¿sabes, Lone? ¿Cuántas veces tengo que repetirte las cosas? Escúchame; si quieres saber algo, me lo dices, y yo se lo digo al bebé, y él encontrará la respuesta y se lo dirá a las mellizas, y ellas me lo dirán a mí y yo te lo diré a ti. Bien, ¿qué quieres saber?

Lone clavó los ojos en el fuego.

—No sé nada que quiera saber.

—Bueno, si piensas un poco quizá se te ocurra alguna pregunta imbécil.

Lone no se sintió ofendido. Se sentó y se puso a pensar. Janie se ocupó en una cicatriz que tenía en la rodilla, des pegando cuidadosamente los bordes de la costra con unas uñas del color y la forma de unos paréntesis.

—Supongamos que yo tenga una camioneta—dijo Lone una media hora más tarde—y que siempre se atasca en un campo lleno de zanjas. Supongamos que yo quiera que no se vuelva a atascar. ¿Me dirá el bebé qué tengo que hacer?

—Cualquier cosa, ya te lo dije—aseguró Janie.

Se volvió y miró al bebé. Estaba acostado como siempre, con los ojos fijos en el techo. Casi enseguida, Janie miró a las mellizas.

—No sabe lo que es un camión. Antes de hacerle una pregunta hay que explicárselo todo por separado. El junta después las partes.

—Bueno, tú sabes lo que es un camión—dijo Lone—y lo que es un terreno blando y lo que es atascarse. Díselo.

—Oh, está bien—dijo Janie.

Y volvió a repetirse la escena anterior. Janie se comunicó con el bebé y las mellizas le transmitieron la respuesta. Se rió.

—Dice que no andes con ese camión por el campo y no volverás a atascarte. Tú mismo podías haberte dado cuenta, cabeza de tonto.

—Bueno—dijo Lone—, pero supongamos que tienes que usarlo en el campo, ¿qué pasa entonces?

—¿Pero crees que me voy a pasar la noche preguntándole tonterías?

—Está bien, pero no puede responder como dices.

—¡Sí que puede!

Janie volvió decidida a su tarea. No iba a permitir que alguien pusiera en duda sus palabras. La respuesta fue:

—Ponle ruedas muy anchas y grandes.

—¿Y si no tienes dinero ni tiempo ni herramientas?

La respuesta fue:

—Hazlo muy pesado cuando el suelo es duro y muy liviano cuando es blando, y cualquier cosa en otros terrenos.

Janie casi tuvo un ataque cuando Lone quiso saber cómo podía hacerse eso, y llegó al colmo de la impaciencia cuando Lone no aceptó la idea de cargar y descargar piedras.

Janie se quejaba no sólo de que todo esto era muy tonto, sino también de que el bebé estaba clasificando cada uno de los hechos que le proporcionaba Lone con otros anteriores, de modo que estaba dando respuestas correctas a problemas que no habían sido planteados, sumando llantas de automóviles más cargas, más nidos de pájaros, y bebés, más barro, más diámetros de ruedas, más paja. Lone volvió tercamente a su primera pregunta y siguieron así hasta que llegaron a un punto muerto. Se aclaró que había una solución, pero que Janie y Lone no podrían entenderla. Janie dijo que en apariencia se trataba de algo parecido a lámparas de radio, y Lone entró entonces, a la noche siguiente, en una casa donde se vendía ese material y se metió debajo del brazo un gran paquete de libros. Siguió insistiendo, ciegamente, sin apartarse del camino que se había trazado, sin detenerse una sola vez, hasta que la niña abandonó toda oposición, pues ya no tenía fuerzas para oponerse e investigar al mismo tiempo. Durante días y días examinó aquellos incomprensibles textos de radio, y electricidad que el bebé entendía aparentemente mucho antes que ella les diera una ojeada.

Y al fin, todos los datos se unieron, y resultó algo que el mismo Lone podía construir.

El peso del camión disminuía o aumentaba según se empujase una palanca o se tirase de ella, y otro dispositivo, también muy simple, daba más potencia a las ruedas delanteras. Esta última condición era Sine qua non, según el bebé.

En aquella guarida, mitad cabaña y mitad caverna, junto a aquel fuego que humeaba en medio de la habitación y aquella carne que giraba lentamente sobre las llamas, con la ayuda de dos negras que apenas sabían hablar, un mongoloide y una niña de lengua afilada que parecía despreciarlo, pero que nunca lo abandonaba en los momentos de apuro, Lone construyó el aparato. Y no porque estuviera particularmente interesado en el aparato mismo, no porque quisiera entender su principio (que estaba y estaría siempre fuera de su alcance), sino sólo porque un hombre que le había enseñado algo que Lone no sabía cómo se llamaba, estaba loco de dolor, necesitaba trabajar y no podía conseguir un caballo.

Caminó casi toda la noche con el aparato a cuestas y lo instaló a la luz pálida del alba. La idea de una «sorpresa agradable» hubiera sido, en Lone, verdaderamente singular, pero lo que él pretendía era casi lo mismo: terminar el trabajo antes de la salida del sol y evitar que el viejo Prodd lo molestase con preguntas que él no podría responder.

El camión estaba empantanado. Lone se sacó de los hombros y el cuello las cuerdas que sostenían el aparato y comenzó a instalarlo siguiendo las instrucciones que le había dado el bebé. La

idea era muy simple. Un alambre delgado daba dos vueltas al embrague y llegaba a los pernos del elástico delantero; un par de escobillas rozaba el interior de las ruedas, también delanteras, y en esto consistía el mecanismo que impulsaba las ruedas. Luego la cajita de los cuatro alambres plateados se aseguraba al árbol de dirección, y los cables se conectaban con los vértices del chasis.

Entró en el camión y tiró de la palanca. El chasis crujió, y fue como si el camión se alzara en puntas de pie. Empujó la palanca. El camión se echó hacia adelante. El eje delantero y la caja del diferencial chocaron contra el suelo, y el golpe retumbó en la cabeza de Lone. Lone observó admirado el aparato y colocó la palanca en una posición intermedia. Examinó los otros dispositivos, los que venían con el camión: pedales: perillas, botones y llaves. Suspiró.

Le hubiera gustado ser bastante inteligente como para saber manejar.

Salió del vehículo y subió por la loma, hacia la casa, con la intención de despertar a Prodd. Prodd no estaba. La puerta de la cocina se movía con el viento, los vidrios rotos estaban desparramados sobre los escalones del porche y un enjambre de avispas hacía su nido en el vertedero. Había un olor a maderas sucias, a moho y vieja humedad. Sin embargo, todo estaba bastante limpio; casi como en aquel día, después de la limpieza hecha por él y por Prodd. Lo único nuevo, aparte del nido de avispas, era un papel clavado a la pared por sus cuatro puntas. Estaba todo escrito. Lone lo desclavó cuidadosamente, lo alisó sobre la mesa de la cocina y lo miró por los dos lados. Luego lo dobló y se lo metió en un bolsillo. Suspiró otra vez.

Deseó tener bastante juicio como para aprender a leer. Dejó la casa sin volver la cabeza y se internó en el bosque. No volvió nunca. El camión se quedó allí, al sol, estropeándose lentamente, perdiendo lentamente su ya débil resistencia a la humedad, cayéndose lentamente en pedazos alrededor de los cables plateados, raros y brillantes. Alimentado inagotablemente por la lenta radiación atómica, aquel aparato era la solución práctica del vuelo sin alas, la clave de una nueva era en el transporte y el manejo de pesados materiales, y la posibilidad de iniciar los viajes interplanetarios. Construido por un idiota, tontamente instalado para reemplazar a un caballo muerto, estúpidamente abandonado, torpemente olvidado... El primer generador terrestre de antigravedad.

¡El idiota!

Querido Ion clabé esta donde puedas ver la me voy de aqi no se como pude esperar tanto Ma a vuelto a Wmsport pensilvania y a pasado tanto tiempo y estoi cansado de esperar. Iba a vender el camión para aiudarme pero está tan atascado que no pude ir a la ciudad después de todo, no soy yo quien se a ido. No te molestes por el Iugar creo qe tengo bastante. De cualqier modo y saca lo que quieras si quieres algo. Eres un buen muchacho has sido un buen amigo bueno adios hasta que te vea si te veo. Te bendice tu biejo amigo E. Prodd.

En las tres semanas siguientes Lone le pidió cuatro veces a Janie que le leyera la carta y cada lectura introdujo un elemento nuevo en su hirviente agitación interior. Gran parte de esta agitación se desarrollaba en silencio. Otras veces Lone pedía ayuda.

Había pensado que sólo a través de Prodd tenía cierto contacto con el mundo, y que los chicos no eran más que unos compañeros de techo, con los que vivía, como un depósito de basura, en los arrabales de la humanidad. La pérdida de Prodd—y sabía con inconmovible certeza que nunca volvería a ver al viejo—le parecía la pérdida de la vida misma. Por lo menos la pérdida de la conciencia, el dominio de sí mismo y la cooperación: de todo lo que está por encima y más allá de la simple vida de una planta.

—Pregúntale al bebé qué es un amigo.

—Dice que es alguien que te quiere, te guste o no.

Pero los Prodd se desprendieron de él aun después de tantos años, tan pronto como les resultó molesto. Y eso quería decir que hubieran hecho lo mismo el primer año, el segundo o el quinto... cualquiera de esos años, y en cualquier momento. No se puede decir que uno sea parte de algo, o de alguien que se sienta capaz de hacer algo parecido; pero amigo... sí. Quizá no les gustó durante un rato, pero quizá tampoco dejaron de quererlo.

—Pregúntale al bebé si uno puede ser verdaderamente parte de alguien a quien uno quiere.

—Dice que sólo si te quieres a ti mismo.

Durante años, su mojón, su meta, había sido aquel suceso ocurrido a orillas del estanque. Tenía que entender por qué. Si era capaz de entenderlo, lo entendería todo, estaba seguro. Pues durante un segundo había sido ese otro y él mismo y una corriente había fluido entre ambos, sin guardianes, ni muros, ni barreras, sin el obstáculo del lenguaje y sin ideas difíciles de comprender. Sin nada; sólo una unión.

¿Qué había sido entonces? ¿Qué había dicho Janie?

Idiota. Un idiota.

Un idiota, decía la niña, es un adulto que puede entender el silencioso lenguaje de los bebés. Entonces, ¿con qué criatura se había unido en aquel día terrible?

—Pregúntale al bebé qué cosa es un adulto capaz de hablar como los bebés.

—Dice que un inocente.

Lone, un idiota, había podido escuchar el silencioso lenguaje de los bebés, y ella, una inocente, había podido hablar ese lenguaje.

—Pregúntale qué pasa cuando un idiota y un inocente están juntos.

—Dice que basta que se toquen para que el inocente deje de ser inocente y el idiota deje de ser idiota.

Lone pensó: un inocente es el ser más hermoso del mundo. E inmediatamente se preguntó a sí mismo: ¿qué hay de hermoso en un inocente? Y la respuesta fue esta vez tan rápida como si viniera del bebé: esperar es lo hermoso.

Esperar el fin de la inocencia. Y un idiota espera el fin de la idiotez también, aunque la espera del idiota no es hermosa. Y cada uno de ellos muere en el instante del encuentro, transformándose para unirse.

Lone sintió, de pronto, una profunda alegría. Pues era verdad, había creado algo, nada había destruido... y la pena que había sentido al perder a ese ser, se justificaba enteramente. La pena que había sentido al perder a los Prodd no tenía, en cambio, importancia.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? pensó aturdidamente. Sólo trato, una y otra vez, de descubrir lo que soy, y si no estoy solo.

¿Me ocurrirá esto también por ser un paria, un monstruo, un ser diferente?

—Pregúntale quiénes desean saber lo que son, y si son parte de alguien.

—Dice que todos.

—¿Quién soy yo entonces?—susurró Lone. Un minuto después gritaba:

—¿Quién soy?

—Cállate un poco. No sabe cómo decirlo... este... ya. Dice que él es un cerebro computador, y yo un cuerpo, y las mellizas los brazos y las piernas, y tú la cabeza. Dice que «yo» somos todos nosotros.

—Soy parte de alguien, sí. Soy parte tuya, y tuya y tuya también.

—La cabeza, tonto.

Lone sintió como si le fuera a estallar el corazón. Miró a todos; a cada uno. Unos brazos que se recogen y se extienden, un cuerpo que cuida y protege, un computador infalible y... la cabeza que gobierna.

—¡Y creceremos, bebé! ¡Acabamos de nacer!

—Dice que no por ahora. No con una cabeza como ésta. Podemos hacer prácticamente cualquier cosa, pero será mejor no intentarlo. Dice que somos un solo ser, es cierto, pero que ese ser es un idiota.

Así llegó Lone a conocerse a sí mismo, y como el puñado de personas que lo logró alguna vez, descubrió, en esa cima, el escarpado pie de una montaña.

Finalmente fui a ver a ese Stern. No era realmente un hombre viejo. Alzó la vista del escritorio, me miró un instante, y tomó un lápiz.

—Siéntate ahí, hijito.

Me quedé donde estaba hasta que volvió a mirarme. Entonces le dije:

—Oiga, si entrara aquí un enano, ¿qué le diría? ¿Siéntate, chiquito?

Stern volvió a dejar el lápiz sobre la mesa y se puso de pie. Sonrió. Su sonrisa fue tan breve y cortante como su mirada.

—Me equivoqué—me dijo—, pero ¿cómo podía saber que no quieres que te llamen hijito?

Esto era un poco mejor, pero yo estaba todavía enojado.

—Tengo quince años, y no tiene por qué gustarme. No me lo refriegue por la nariz.

Sonrió otra vez y dijo que muy bien, y yo fui y me senté.

—¿Cómo te llamas?

—Gerard.

—¿Nombre o apellido?

—Los dos—dije.

—¿Es cierto eso?

—No—le contesté—. Y no me pregunte tampoco dónde vivo.

—De ese modo no vamos a ir muy lejos.

—Eso es asunto suyo. ¿Qué está pensando? ¿Ve en mí sentimientos hostiles? Bueno, los tengo. Hay muchas otras cosas que andan mal en mí, o no hubiera venido. ¿Se va a detener por eso?

—Bueno, no, pero...

—Entonces, ¿qué le preocupa? ¿Cómo le van a pagar.?

Saqué un billete de mil dólares y lo puse sobre el escritorio.—Así no tendrá que presentarme la factura. Lleve bien la cuenta. Cuando se termine me lo dice y le daré otro. Y ya ve que no necesita mi dirección. Espere—le dije cuando él fue a tomar el dinero—. Déjelo ahí. Quiero estar seguro de que usted y yo vamos a ir adelante.

Stern juntó las manos.

—No, así no podremos entendernos hijo... quiero decir. Gerard.

— Así será, si quiere entenderse conmigo.

—Te gusta complicar las cosas, ¿no? ¿De dónde sacaste esos mil dólares?

—Gané un concurso. Veinticinco palabras o menos para explicar qué divertido me resulta lavar mi ropa interior con el Jabón Escamoso.—Me incliné hacia él.—Y esta vez digo la verdad.

—Perfectamente—dijo Stern.

Me sorprendió. Pensé que estaba enterado. Pero no añadió una palabra. Esperó a que yo siguiera hablando.

—Antes de comenzar, si comenzamos—dije—hay algo que quiero saber. Las cosas que yo le diga, las que vayan saliendo... ¿quedarán entre los dos, como con un cura o un abogado?

—Totalmente—dijo.

—¿No importa que?

—No importa que.

Lo observé con atención. Le creí.

—Recoja su dinero—le dije—. Puede seguir.

No lo hizo.

—Como me dijiste hace unos instantes—empezó Stern—eso es asunto mío. Estos tratamientos no se compran como si fuesen caramelos. Tenemos que trabajar juntos. Si alguno de los dos no puede hacerlo, todo es inútil No puedes ir a ver al primer psiquiatra que encuentres en la guía telefónica y pedirle lo que se te ocurra sólo porque tienes dinero.

Le contesté con cansancio:

—No lo saqué de la guía telefónica, y el que usted pueda ayudarme no es solo una sospecha. Elegí entre una docena o más de sanacabezas antes de decidirme por usted.

—Gracias—dijo. Y pareció que iba a reírse de mí, lo que nunca me gustó—¿Elegiste. has dicho? ¿Como?

—Cosas que uno oye y lee. Ya sabe. No voy a decírselo. Así que ponga eso junto con mi dirección.

Me miró un rato. Por primera vez me dedicó algo más que una breve mirada. Luego recogió el billete.

—¿Qué tengo que hacer ahora?—le pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo vamos a empezar?

—Ya empezamos cuando cruzaste esa puerta.

Claro, tuve que reírme.

—Está bien, me ha ganado. Solo conocía el principio. No sabía cómo iba usted a seguir y no pude adelantarme.

Eso es muy interesante—dijo Stern—¿Siempre te imaginas las cosas por adelantado?

—Siempre.

—¿Y cuántas veces aciertas?

—Todas. Excepto... pero no tengo por qué hablarle de excepciones.

Esta vez se sonrió de veras.

—Ya veo, uno de mis pacientes ha estado hablando.

—Uno de sus ex pacientes. Sus pacientes no hablan.

—Les pido que no hablen. Y eso va para ti también. ¿Qué oíste?

—Que de lo que hace y dice la gente deduce lo que van a hacer y a decir. Y que a veces permite que lo hagan y a veces no. ¿Cómo aprendió a hacer eso?

Stern pensó unos instantes.

—Creo que nací con cierto talento para los detalles. Y luego me equivoqué bastantes veces, y con bastante gente, hasta que aprendí a no equivocarme demasiado. ¿Y tú, como lo aprendiste?

—Contésteme a eso y no tendré que volver por aquí.

—¿De veras no lo sabes?

—Ojalá lo hubiera sabido. Oiga, esto no nos lleva a ninguna parte.

Se encogió de hombros.

Depende de adónde quieras ir.

Hizo una pausa y volví a sentir toda la fuerza de su mirada.

—¿En qué resumida descripción de la psiquiatría crees actualmente?—me preguntó.

—No le entiendo.

Stern abrió un poco un cajón del escritorio y sacó de él una pipa ennegrecida. La olió y la dio vuelta, sin dejar de mirarme.

—La psiquiatría se ocupa de la cebolla del ser, desprendiendo una capa tras otra hasta llegar al purísimo centro del yo. O la psiquiatría penetra como el barreno de un pozo de petróleo, hacia abajo, hacia los lados, y otra vez más abajo, hasta alcanzar una capa rendidora. O la psiquiatría toma un

puñado de impulsos sexuales y los arroja al campo de bolos de tu vida para que choquen con algunos episodios. ¿Alguna más?

Tuve que reírme.

—La última era muy buena.

—La última era muy mala. Todas son malas. Todas tratan de simplificar algo complejo. El único resumen que puedo ofrecerte es éste: nadie sabe lo que anda mal en ti sino tú mismo; nadie sino tú puede encontrar una cura; nadie sino tú puede reconocer si ésta es en verdad una cura, y una vez que lo has descubierto, nadie sino tú puede utilizarla.

—¿Para que está usted ahí, entonces?

—Para escuchar.

—No tengo por qué pagarle a nadie todo un jornal sólo para que me escuche una hora.

—Es cierto. Pero estás convencido de que sé escuchar.

—¿Lo estoy?—Lo pensé un momento.—Creo que sí. Bueno, ¿usted no?

—No, pero nunca lo creerás.

Me reí. Me preguntó de qué se trataba.

—Ya no me está llamando hijito—le dije.

—No.

Meneó levemente la cabeza. Como mientras tanto seguía mirándome, los ojos parecían resbalarle dentro de las órbitas—¿Qué deseas saber acerca de ti mismo y que no quieres que se lo cuente a ningún otro?—Quiero descubrir por qué maté a alguien—dije rápidamente

No se inmutó.

—Acuéstate ahí. Me puse de pie.

—¿En ese sofá?

Hizo un gesto afirmativo.

Mientras me estiraba en el sofá, con el cuerpo casi rígido, le dije:

—Me siento como en un chiste.

—¿Qué chiste?

—Un hombre vestido con racimos de uvas—dije mirando el techo.

Era de un gris muy claro.

—¿Qué decía?

—«Tengo troncos llenos de estos trajes.»

—Muy bueno—dijo suavemente.

Lo miré con atención. Comprendí entonces que era de esa clase de hombres que se ríen para adentro, cuando se ríen.

—Lo incluiré en un libro de historias clínicas algún día—me dijo—, pero no te incluiré a ti. ¿Para qué has recordado ese chiste?—Como no le contesté se levantó y se sentó en una silla detrás de mi cabeza, en donde yo no podía verlo.—Puedes dejar de hacer pruebas, hijito. Soy bastante bueno para ti.

Apreté las mandíbulas con tanta fuerza que me dolieron los dientes, y después relajé todos los músculos. Fue magnífico.

—Está bien dije—. Lo siento.

No dijo nada, pero me pareció que se reía otra vez. Aunque no de mí.

—¿Cuántos años tienes?

—Este... quince

—Este... quince—repitió. ¿Qué quiere decir quince?

—Nada. Tengo quince años.

—Cuando te pregunté cuántos años tienes, dudaste porque te vino otro número a la boca. Lo rechazaste y lo cambiaste por «quince».

—¡No cambié nada! ¡Tengo quince!

—No niego que los tengas.—Hablaba serenamente—Vamos, ¿cuál era ese otro número?

Me enfurecí otra vez.

—No hay otro número ¿Qué pretende? ¿Estudiar mis gritos, asegurar esto y aquello hasta que todo signifique lo que según usted quiere significar?

Guardó silencio.

—Tengo quince—dije desafiante. Añadí—No me gusta tener sólo quince. Usted lo sabe. No es que quiera insistir en que tengo quince.

Siguió esperando sin decir una palabra.

—El número era ocho.

—Así que tienes ocho años. ¿Y cómo te llamas

—Gerry.—Me incorporé en un codo, y di vuelta la cabeza hasta que pude verlo. Había abierto la pipa y estaba mirando a través de la boquilla hacia la lámpara del escritorio.—Gerry, sin «este».

—Muy bien—dijo suavemente haciéndome sentir verdaderamente tonto.

Volví a acostarme y cerré los ojos.

Ocho, pensé. ocho.

Ocho, ocho, plato. Estado, odio. Comí del plato del estado y odié. Todo esto no me gustaba y entorné los párpados. El techo era gris aún. Todo estaba bien. Stern, sentado en alguna parte, detrás de mi, con su pipa, estaba bien. Respire hondamente, una, dos, tres veces, y luego cerré los ojos. Ocho. Ocho años de edad. Ocho, odio. Años, miedo. Edad, frío ¡Maldita sea! Me torcí y retorcí en el sofá buscando un modo de vencer el frío. Comí del plato del...

Gruñendo, tomé mentalmente todos los ochos y todas las rimas y todo lo que esto significaba y los ennegrecí cuidadosamente. Pero enseguida volvieron a aclararse. Tenía que ponerles algo encima. Imaginé la gran figura luminosa de un ocho y la coloqué allí. Pero el ocho comenzó a rodar, acostado y una luz apareció en el interior de sus asas. Era como una de esas películas en relieve, que se miran con unos anteojos. Iba a tener que mirar, me gustase o no.

De pronto abandoné toda resistencia, y dejé que la visión me inundase. Los anteojos se acercaron, cada vez más, y allí estaba yo.

Ocho. Ocho años de edad. Frío como un animal en una zanja. La zanja corría junto al ferrocarril. El año último, el cañaveral era unas mantas espinosas. El suelo era rojo; y cuando no, era un cieno resbaladizo y pegajoso. Estaba helado y duro como barro cocido. Esa dureza tenía ahora cubierto por una escarcha blanquecina, fría como la luz del invierno que sube por las lomas. Durante la noche, las luces eran tibias, y estaban dentro de las casas de los otros. Durante el día el sol estaba también en la casa de algún otro, pues a mí no me hacía ningún bien.

Yo estaba agonizando en aquella zanja. La noche anterior había sido un lugar tan bueno como cualquiera para dormir, y esta mañana era un lugar tan bueno como cualquiera para morir. Así mismo. Ocho años de edad, el dulce y enfermizo sabor de la grasa de cerdo y el pan húmedo que sacas de algún tacho de basura, el estremecimiento de terror cuando estás, robando una arpillera y oyes el ruido de unos pasos.

Y oí unos pasos.

Yo estaba acostado sobre un lado del cuerpo. Me cubrí el estómago, porque a veces le patean a uno el estómago, y me tapé la cabeza con los brazos. Nada más.

Después de un rato, alcé los ojos y vi un zapato enorme, un tobillo en el zapato, y al lado otro zapato. Esperé inmóvil los puntapiés. No es que me importara mucho, pero era verdaderamente una vergüenza. En todos estos meses nunca me habían sorprendido, ni siquiera se me habían acercado, y ahora esto. Me daba tanta vergüenza que me eché a llorar.

El zapato me tomó por debajo del brazo, pero no se trataba de un puntapié. Me hizo girar. Estaba tan endurecido por el frío, que me di vuelta como un trozo de madera. Conservé los brazos sobre la

cara y la cabeza, y me quedé inmóvil, con los ojos cerrados. Por alguna razón dejé de llorar. Creo que la gente llora sólo cuando cree que va a recibir alguna ayuda.

Como no ocurrió nada, abrí los ojos y aparté los brazos hasta que pude ver algo. Había un hombre a mi lado, alto como una montaña. Tenía unos descoloridos pantalones de lienzo y una chaquetilla tipo Eisenhower con grandes manchas de sudor bajo los brazos. La cara era peluda, como la de esos tipos a quienes les crece algo que no puede llamarse una barba y nunca se afeitan.

—Levántate—me dijo el hombre.

Le miré el zapato, pero no iba a patearme. Me incorporé a medias y casi me caí de nuevo, pero el hombre me sostuvo poniéndome una mano en la espalda. Así estuve un rato, sin poder moverme, y luego me apoyé en una rodilla.

—Vamos—dijo el hombre—. En marcha.

Juro que sentí que los huesos se me rompían, pero me puse de pie. Mientras me levantaba, tomé del suelo una piedra redonda y blanca. Tuve que mirar para saber si la estaba agarrando de veras. Tenía los dedos agarrotados.

—Váyase de aquí o le romperé los dientes de una pedrada—le dije.

El hombre extendió y bajó la mano tan rápidamente que no pude ver cómo metió un dedo entre mi palma y la piedra, arrancándomela.

Empecé a echarle maldiciones, pero me volvió la espalda y subió por el terraplén hacia las vías. Apoyó la barbilla en el hombro y dijo:

—Vamos, ¿quieres?

No trataba de atraparme, y por eso no corrí. No me hablaba, y por eso no discutí con él. No me pegó, y por eso no me enfurecí. Lo seguí. Me esperó. Me extendió una mano y se la escupí. Entonces se fue, subiendo hacia las vías, hasta desaparecer de mi vista. Subí a gatas el terraplén. La sangre me empezaba a circular por las manos y los pies y yo los sentía como cuatro puerco espines patas arriba. Cuando llegué a los durmientes, el hombre estaba esperándome.

La pendiente terminaba allí, pero a mí me pareció, que las vías subían por una montaña y que la montaña se me venía encima. Cuando me di cuenta, yo estaba en el suelo, de espaldas, mirando el cielo frío.

El hombre se me acercó y se sentó en una de las vías. No trató de tocarme. Jadeé un par de veces, y de pronto sentí que sólo necesitaba dormir un minuto, sólo un minutito. Cerré los ojos. El hombre me hundió su dedo índice en las costillas. Me dolió.

—No te duermas—dijo.

Lo miré.

—Estás completamente helado y muerto de hambre. Quiero llevarte a casa para que te calientes y comas. Pero hay un buen tirón y no podrás llegar solo. ¿No te importa que te lleva a cuestas? ¿O prefieres caminar?

—¿Qué va a hacer conmigo cuando lleguemos a su casa?

—Ya te lo dije.

—Bueno, adelante.

Me alzó en sus brazos y echó a caminar vías abajo. Si el hombre hubiera añadido una sola palabra yo me hubiese vuelto a acostar en la zanja hasta morirme de frío. Pero ¿por qué me preguntó si yo quería ir de este modo o de otro? Yo no podía moverme.

Dejé de preocuparme y me quedé dormido.

Me desperté una vez en el momento en que doblábamos a la derecha. Nos metimos en el bosque. No se veía ningún sendero, pero el hombre caminaba con seguridad. La vez siguiente, me despertó un crujido. El hombre estaba cruzando un lago helado, y el hielo cedía bajo sus pies. No trató de apresurarse. Miré hacia abajo y vi las grietas blancas, pero el hombre ni siquiera se inmutó. Me dormí otra vez.

Al fin me dejó en el suelo. Habíamos llegado. Estábamos en una habitación muy caliente. Enseguida me puse en guardia. Lo primero que hice fue buscar la puerta. La vi, y de un salto me

instalé junto a ella, con la espalda apoyada en la pared por si acaso se me ocurría escapar. Luego miré a mi alrededor.

Era una habitación bastante grande. Una de las paredes era de roca y las otras de troncos y barro. Un fuego muy vivo ardía en la pared de piedra, pero no exactamente en una chimenea, sino en una especie de hueco. En un estante de la pared opuesta había una vieja batería de automóvil y de sus alambres colgaban dos amarillentas lámparas eléctricas. Había una mesa, algunas cajas y un par de banquetas de tres patas. El humo nublaba el aire, se sentía un olor a comida tan maravilloso, conmovedor, dulzón y crepitante que sentí en la boca el chorro de una pequeña manguera.

—¿Qué he traído, bebé?—preguntó el hombre.

La habitación estaba llena de chicos Bueno, eran tres, pero parecían más. Había una niña aproximadamente de mi edad, de unos ocho años, quiero decir, con la cara manchada de azul. Tenía un caballete, una paleta con muchos colores y un puñado de pinceles que no estaba usando. Extendía la pintura pasando los dedos por el lienzo. A su lado vi a una negrita, de unos cinco años que me miraba con ojos grandes y asombrados. Y en una canasta, que era una especie de Luna, apoyada en dos caballetes de madera, había un bebé. Me pareció que tendría unos tres o cuatro meses. Babeaba, le salían unas burbujas de la boca, movía desordenadamente las manos y agitaba las piernas, como todos los bebés.

Cuando el hombre habló la niña que estaba junto al caballete me echó una mirada y se volvió hacia la cuna. El bebé babeó y movió las piernas en el aire.

—Se llama Gerry. Está enojado.

—¿Por qué está enojado? —preguntó el hombre mirando al bebé.

—Por todo—respondió la niña—y por todos.

—¿De dónde viene?

—Eh. ¿Qué es esto?—exclamé, pero nadie me hizo caso. El hombre continuó con las preguntas y la chica siguió respondiendo. Yo nunca había visto nada parecido.

—Se escapó del asilo de huérfanos —dijo la chica—Lo cuidaban bastante, pero nadie coengranaba con él.

Así dijo, «coengranaba»

Abrí la puerta y entró una ráfaga de aire frío.

—¡Canalla!—le grité al hombre. —Lo mandan del asilo.

—Cierra la puerta, Janie—dijo el hombre.

La niña no se movió, pero la puerta se cerró de golpe. Traté inútilmente de abrirla. Grité y me puse a forcejear.

—Será mejor que se quede en un rincón—dijo el hombre. —Janie, ponlo en un rincón.

Janie me miró. Una de las banquetas se elevó en el aire y vino volando hacia mí y me golpeó con la tabla del asiento. Salté hacia atrás, y la banqueta me siguió. Me moví a un costado, y me encontré en el rincón. La banqueta se acercó otra vez. Traté de derribarla, y sólo conseguí lastimarme la mano. Me agaché y descendió conmigo. Intenté pasar por encima, y rodó por el suelo, y yo junto Con ella. Me incorporé y me quedé temblando en el rincón. La banqueta se puso derecha y clavó las patas en el suelo.

—Gracias, Janie—dijo el hombre. Miró hacia el rincón. —Quédate ahí, sin moverte. Más tarde me ocuparé de ti. No era necesario que hicieras tanto alboroto.—Y añadió dirigiéndose al bebé:—¿Nos sirve realmente?

Y otra vez respondió la niña:

—Seguro. Es el indicado.

—Bueno—dijo el hombre, ¡qué me dices!—Se acercó a mí y añadió—: Gerry, puedes vivir con nosotros. No soy del asilo. Y no dejaré que te encierren.

—¿No, eh?.

—Te odia—dijo Janie.

—¿Qué tengo que hacer?

Janie volvió la cabeza y miró la canasta.

—Dale un poco de comida.

El hombre asintió y comenzó a atarearse en el fuego.

En todo ese tiempo, la negrita no se había movido, ni había dejado de mirarme con sus ojos saltones. Janie volvió a su pintura y el bebé siguió ocupado en sus cosas, de modo que no me quedó más que mirar a la negra.

—¿Qué demonios estás mirando?—le grité.

Me hizo una mueca.

—Gerry, jo, jo—dijo, y desapareció.

Quiero decir que realmente desapareció, como una luz que se apaga, dejando un pequeño montón de ropas. Su vestidito flotó en el aire unos instantes y luego cayó al suelo. Eso fue todo. La negrita se había ido.

—Gerry, ji, ji—se oyó.

Alcé la vista, y allí estaba, completamente desnuda, encaramada en una saliente de la roca, no muy lejos del techo. Apenas la vi, desapareció.

—Gerry, jo, jo—dijo la negrita.

Ahora estaba en el otro extremo de la habitación, en lo alto de unos cajones amontonados que servían de estantes.

—Gerry, ji. ji, Estaba debajo de la mesa.

—Gerry, jo, jo.

Y la negrita apareció en el rincón, apretándose contra mí.

Grité, traté de separarme de ella y derribé la banqueta. Temí que la banqueta comenzara otra vez a moverse y me hundí en el rincón. La negrita ya no estaba a mi lado.

El hombre, atareado junto al fuego, miró por encima del hombro y dijo—Bueno, basta, chicas.

Hubo un momento de silencio. La negrita salió lentamente de los estantes bajos, fue hasta su vestido y se lo puso.

—¿Cómo hacías eso?—le pregunté.

—Jo, jo—dijo la negrita.

—Es fácil. Son dos mellizas—dijo Janie.

—Ah.

Otra negrita, exactamente igual, salió de algún lugar entre las sombras se puso junto a la primera. Eran idénticas. Allí se quedaron, mirándome. Esta vez dejé que me miraran.

—Estas son Bonnie y Beanie—dijo la pintora—. Este es el bebé y éste —y señaló al hombre—es Lone. Y yo soy Janie.

—Si—dije. No sabía qué decir.

—Agua, Janie—pidió Lone y alzó una olla. Oí el ruido del agua que entraba en la olla, pero no vi nada.

—Ya es bastante—dijo Lone, y colgó la olla de un gancho.

—Vamos, Gerry, siéntate. Miré la banqueta.

—¿Ahí?

—Claro.

—No.

Tomé el plato y me senté en el suelo, contra la pared.

—Eh—dijo el hombre al cabo de un minuto.—No te apures, que los demás ya hemos comido. Nadie te va a quitar ese plato. Come con calma.

Comí más rápido que antes. Aún no había terminado, cuando empecé a vomitar. Me golpeé la cabeza con el borde de la banqueta. Dejé el plato y la cuchara, y me quedé tendido en el piso. Me sentía muy enfermo.

Lone se acercó y me miró.

—Lo siento, Gerry—me dijo.—Limpia esto, ¿quieres, Janie?

La suciedad se desvaneció ante mis ojos. Ya nada me llamaba la atención. Sentí que el hombre me ponía la mano en el cuello y que luego me acariciaba la cabeza.

Beanie, tráele una manta. Vamos, todos a dormir. Este chico necesita descanso.

Sentí cómo me envolvían en la manta, y creo que me quedé dormido allí antes que Lone me pusiera en el suelo.

No sé qué hora sería cuando me desperté. En un principio no supe dónde estaba. Asustado, levanté la cabeza, y vi entonces el pálido resplandor de la leña. Lone dormía vestido frente al fuego. El caballete de Janie se alzaba en la rojiza oscuridad como un insecto imposible y feroz. La cabeza del bebé asomaba en el borde de la canasta, pero era imposible saber si miraba hacia mí o hacía alguna otra parte. Janie estaba tendida en el suelo, cerca de la puerta, y las mellizas sobre la mesa. Nada se movía, excepto el bebé que cabeceaba de cuando en cuando.

Incorporándome, miré a mí alrededor. La casa era sólo esta habitación, y había una única puerta. Fui hacia ella en puntas de pie. Cuando pasé junto a Janie, la niña abrió los ojos.

—¿Qué pasa?—murmuró.

—Nada que te interese—le dije.

Me acerqué a la puerta haciéndome el distraído, pero sin dejar de mirar a Janie. Ella no se movió. Y la puerta estaba tan cerrada como antes.

Volví hacia Janie. Alzó la vista hacia mí. No estaba asustada.

—Tengo que ir al retrete—expliqué.

—Ah, ¿por qué no me lo dijiste antes?—preguntó la niña.

De pronto lancé un quejido y me tomé el vientre con las manos. No sé lo que sentí, entonces. Fue como si me doliera, pero no me dolió. Nunca me había ocurrido una cosa igual. Afuera, sobre la nieve, algo hizo plop.

—Muy bien—dijo Janie—. Vuelve a la cama.

—Pero tengo que ir a...

—¿Adónde?

—A ninguna parte.

Era cierto. No tenía que ir a ninguna parte.

—La próxima vez dímelo enseguida. No te preocupes por mí.

No hice ningún comentario. Volví a mis mantas.

—¿Eso es todo? dijo Stern.

Yo seguía acostado en el sofá, con los ojos puestos en el cielo raso gris.

—¿Cuántos años tienes?—me preguntó.

—Quince—le respondí como entre sueños.

Se quedó callado, y empecé a ver, además del techo, unas paredes, una alfombra, unas lámparas, un escritorio y una silla donde estaba Stern. Me senté, me quedé un rato con la cabeza entre las manos, y luego alcé los ojos. Stern me observaba, jugueteando con su pipa.

—¿Qué me ha hecho?—le pregunté.

—Ya te lo he dicho. Yo no hago nada. Todo lo haces tú.

—Me hipnotizó.

—No.

Habló serenamente, pero con firmeza.

—¿Qué pasó entonces? Fue... fue como si aquello volviera a repetirse.

—¿Sentiste algo?

—Todo.—Me estremecí.—Todo aquel infierno. ¿Qué era?

—Pasado el momento, uno se siente mejor. Puedes vivirlo de nuevo, y cuantas veces quieras, y cada vez te dolerá un poco menos. Ya lo verás.

Por primera vez, en mucho tiempo, me sentí asombrado. Pensé un rato, y luego dije:

—Si lo hice yo solo, ¿cómo nunca me pasó antes?

—Se necesita alguien que escuche.

—¿Que escuche? ¿Entonces estuve hablando?

—Y bien rápido.

—¿Lo conté todo?

—¿Cómo puedo saberlo? Yo no estaba allí.

—Usted no cree que todo eso haya ocurrido, ¿no es cierto? Las chicas que desaparecen, la banqueta y todo lo demás.

Stern se encogió de hombros.

—No soy yo quien tiene que creer o no creer. ¿A ti te pareció real?

—¡Demonios, ya lo creo!

—Bueno, eso es lo único que interesa. ¿Es ahí donde vives, con esa gente?

De un mordisco me arranqué una uña que me estaba molestando.

—Ya no; no desde que el bebé cumplió tres años—miré a Stern—. Usted se parece a Lone.

—¿Por qué?

—No sé. No, no se parece.—Y añadí enseguida:—No sé por qué dije eso.

Me acosté otra vez. El techo era gris y las lámparas brillaban débilmente. Oí el ruido de la pipa entre los dientes de Stern. Me quedé quieto un buen rato.

—No pasa nada—dije.

—¿Que quieres que pase?

—Como antes.

—Algo quiere salir. Déjalo, ya aparecerá.—Sentí en mi cabeza como un tambor giratorio donde estaban fotografiados los lugares, los objetos y las personas que yo trataba de recordar. Y el tambor giraba con tanta rapidez que yo no podía distinguir las figuras. Detuve el tambor y las figuras desaparecieron. Volví a hacerlo girar y volví a pararlo.

—No pasa nada—dije.

—El bebé tiene tres años—dijo Stern.

—Oh—dije.—Eso.

Cerré los ojos. Así debe ser. Ser, ver, noche, luz. Debo haber visto una luz en la noche. Quizá vi al bebé. Quizá al bebé de noche gracias a esa luz.

Noche tras noche dormí en esa manta y muchas otras noches no dormí. En esa casa de Lone había siempre algo que hacer. A veces yo dormía de día. Nadie dormía a la misma hora, salvo que alguien estuviera enfermo, como en aquella primera noche.

La débil luz del fuego y las lámparas amarillentas y viejas que colgaban de la batería apenas alumbraban la casa. Había siempre una especie de oscuridad, tanto de día como de noche. Cuando la luz era demasiado débil, Janie arreglaba la batería, y las lámparas volvían a brillar.

Janie hacía aquello que los demás no eran capaces de hacer. Todos trabajaban, por otra parte. Lone estaba afuera mucho tiempo. A veces se llevaba a las mellizas para que le sirvieran de ayuda,

pero uno nunca advertía que éstas faltaran. Pues estaban aquí y allá, y otra vez aquí, todo en un abrir y cerrar de ojos. Y el bebé seguía en su cuna.

Yo también trabajaba. Cortaba leña para el fuego y añadía algunos estantes, y luego me iba a nadar con y las mellizas. Y hablaba con Lone. Yo no sabía hacer nada que los demás no pudieran hacer, y en cambio los otros hacían muchas cosas para mi imposibles. Naturalmente, yo andaba casi siempre enojado. Pero de otro modo yo no hubiera podido arreglármelas. Eso no nos impedía coengranar. Coengranar era una palabra que Janie usaba muy a menudo. Según ella se la había enseñado el bebé. Según ella quería decir que todos nosotros formábamos un solo ser, aunque hiciéramos cosas diferentes. Dos brazos, dos piernas, un cuerpo, una cabeza dedicados a una tarea común, aunque la cabeza no pudiera caminar y los brazos no pudieran pensar. Lone decía que quizá el vocablo era una unión de «combinar» y «engranar». Pero me parece que mucho no lo creía. Era en realidad más que eso.

El bebé hablaba continuamente, como una estación de radio que funciona todo el día. Uno puede escuchar la transmisión cuando se le antoje, pero aunque uno no la sintonice, la estación continúa transmitiendo. He dicho que el bebé hablaba, pero no era eso exactamente. En realidad funcionaba como un semáforo. Uno pensaba que esos vagos y confusos movimientos tic las manos, los brazos, las piernas y la cabeza no tenían sentido, pero en realidad lo tenían. Era como un semáforo, pero los movimientos no expresaban letras o sílabas, sino pensamientos completos.

Así, por ejemplo, extender la mano izquierda, alzar y agitar la mano derecha, golpear con el pie izquierdo; significaba: «cualquiera que piense que el estornino es una peste no sabe exactamente qué piensa el estornino», o algo semejante. Janie decía que ella misma le había pedido al bebé que inventara el asunto del semáforo. Decía que ella era capaz de escuchar el pensamiento de las mellizas—así decía, escuchar el pensamiento—y que las mellizas podían escuchar al bebé. De modo que si ella les preguntaba a las mellizas lo que quería saber, éstas le preguntaban al bebé y luego le transmitían la respuesta. Pero cuando las mellizas empezaron a crecer, perdieron esa habilidad. A todos los niños les pasa lo mismo. De modo que el bebé aprendió a entender el lenguaje hablado, y a responder con señales de semáforo.

Lone no entendía las señales, ni yo tampoco. Las mellizas no le prestaban ninguna atención. Janie, en cambio, observaba al bebé continuamente. El bebé entendía en seguida lo que uno quería preguntarle y se lo comunicaba a Janie, y ésta nos decía de qué se trataba. En parte, al menos. Nadie entendía realmente todo lo que quería decir el bebé, ni siquiera Janie.

Pero recuerdo que Janie se sentaba a pintar y observaba al bebé, y que de pronto se echaba a reír.

El bebé no crecía. Janie sí, y también las mellizas y yo, pero no el bebé. Estaba ahí, nada más. Janie lo alimentaba y lo limpiaba cada dos o tres días. No lloraba ni molestaba a nadie. Casi siempre estaba solo.

Janie le mostraba los cuadros antes de borrarlos y de empezar a pintar otra vez. Tenía que borrarlos, pues sólo tenía tres lienzos. Por suerte, pues me horroriza pensar lo que hubiera sido aquella habitación si Janie hubiese conservado todas sus obras; pintaba cuatro o cinco por día.

Lone y las mellizas andaban siempre ocupados buscando un poco de trementina. Janie podía llevar de nuevo las pinturas a la paleta sin ninguna dificultad, pues le bastaba mirar el cuadro, y un color cada vez; pero la trementina era siempre útil. Un día, Janie me dijo que como el bebé recordaba todos sus cuadros no había ningún motivo para que ella los conservara. Eran cuadros de máquinas, engranajes y palancas, y otros que parecían circuitos eléctricos y cosas semejantes. Nunca me preocuparon mucho.

Una vez salí con Lone a buscar un poco de trementina y un par de jamones. Caminamos a través de los bosques, cruzamos las vías del ferrocarril, y descendimos un par de kilómetros hasta un lugar desde donde podían verse las luces de un pueblo. Luego otra vez un bosque, algunas avenidas, y una calle transversal.

Lone caminaba como siempre, pensando y pensando.

Llegamos a una ferretería. Lone se adelantó, miró la cerradura y volvió a buscarme, sacudiendo la cabeza. Encontramos luego un almacén de ramos generales. Lone gruñó y nos paramos en la sombra, junto a la puerta. Miré hacia adentro.

Y allí estaba Beanie, en el interior del almacén, totalmente desnuda, como en otras ocasiones similares. Se acercó a la puerta y la abrió. Entramos, y Lone cerró otra vez.

—Vete a casa, Beanie—dijo—, antes que te enfríes.

—Jo, jo—dijo la negrita haciéndome una mueca, y desapareció.

Encontramos un par de buenos jamones, y una lata de diez litros de trementina. Me quise quedar con una lapicera de bolilla, y Lone me dio un coscorrón y tuve que ponerla otra vez en su sitio.

—Sólo nos llevamos lo necesario—me dijo.

Cuando salimos del almacén, Beanie volvió, cerró la puerta y se fue otra vez para casa. Salí con Lone en muy contadas ocasiones, sólo cuando tenía que ayudarle a traer ¡OS paquetes.

Estuve allí tres años. Es todo lo que puedo recordar. Lone o había salido o estaba en la casa, pero uno apenas notaba la diferencia. Las mellizas estaban casi siempre juntas. Janie me gustaba, pero nunca hablábamos mucho. El bebé hablaba, en cambio, continuamente, pero uno no sabia qué decía.

Estábamos todos ocupados y coengranábamos.

Me senté de pronto en el sofá.

—¿Qué pasa?—preguntó Stern.

—No pasa nada. Esto no nos lleva a ninguna parte.

—Dijiste eso antes de comenzar. ¿No crees que has conseguido algo desde entonces?

—Ah, sí, pero...

—Y bueno, ¿cómo puedes estar seguro esta vez?—No le contesté y volvió a preguntarme:—¿No te gustó la última parte?

—No me gustó ni me disgustó. No significaba nada. Sólo charla.

—Entonces ¿qué diferencia encuentras entre esta vez y la anterior?

—¡Demonios, una diferencia enorme! La primera vez lo sentí todo. Lo vivía realmente. Pero esta vez nada.

—¿Qué crees que habrá pasado?

—No sé. Usted lo sabrá.

—Supongamos dijo con aire pensativo que se trate de algo muy desagradable y que no quieras recordarlo.

—¿Desagradable? ¿Cree usted que morirse de frío no es desagradable?

—Lo desagradable puede tener muchas formas. A veces lo que uno precisamente busca, la solución de todos los problemas, nos parece tan horrible que ni queremos acercarnos. O tratamos de ocultarlo, por lo menos. Espera... Stern se interrumpió.—Quizá «horrible» y «desagradable» no son las palabras exactas. Puede ser algo que deseas enormemente; pero no se quiere seguir.

—Yo quiero seguir.

Stern calló, como si tuviera que poner en orden sus pensamientos, y luego dijo:

—Hay algo en esa frase, «el bebé tiene tres años», que te molesta mucho. ¿Por qué?

—Demonios si lo sé.

—¿Quién la dijo?

—No sé... este.—Stern sonrió.

—¿Este?

Le respondí con otra sonrisa.

—Yo la dije.

—Bien. ¿Cuándo?

Seguí sonriendo. Stern se inclinó hacia adelante y luego se puso de pie.

—Nunca vi persona más insensata—dijo. No le respondí, y Stern se volvió a su escritorio—. No deseas seguir, ¿no es cierto?

—No.

—¿Y si te digo que te resistes porque estás a punto de descubrir lo que buscas?

—¿Por qué no me lo dice a ver qué pasa?

Sacudió la cabeza.

—No te lo diré. Vamos, vete si quieres. Te daré el cambio.

—¿Cuántos se paran cuando están a punto de descubrir la solución.?

—Casi todos.

—Bueno, no seré uno de ésos.

Me tendí otra vez en el sofá.

Stern no se rió, ni dijo «bien» ni mostró ningún entusiasmo. Tomo el teléfono dijo:

—Cancele todo por esta tarde.

Luego fue a sentarse otra vez en la silla, fuera de mi vista.

El silencio era total. Una habitación a prueba de ruidos.

—¿Qué opina usted—comencé a decir—. ¿Por qué Lone me habrá dejado vivir en la casa si yo no era capaz de hacer lo que hacían los otros?

—Quizá podías.

—Oh, no—afirmé—Traté de hacerlo. Yo era bastante fuerte para mi edad y sabía callarme a tiempo, pero en todo lo demás era como cualquier chico. Lo soy aún ahora. Lo único que me distingue es el hecho de haber vivido con Lone en aquel tugurio.

—¿Tiene eso algo que ver con «el bebé tiene tres años»?

Miré el cielo raso.

—El bebé tiene tres años. El bebé tiene tres años. Fui a. vivir a un caserón donde había un sendero que daba vueltas entre los árboles y terminaba bajo lo que parecía ser la marquesina de un teatro. El bebé tenía tres años. El bebé...

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres—respondí, y como si aquel sofá me estuviera quemando, me levanté de un salto y corrí hacia la puerta.

Stern me alcanzó.

—No seas tonto. ¿Me quieres hacer perder toda la tarde?

—¿Y qué me importa? ¿Acaso no le he pagado?

—Muy bien. Es cosa tuya.

Volví al sofá.

—Este asunto no me gusta nada—dije.

—Mejor. Quiere decir que andamos cerca.

—¿Qué me hizo decir treinta y tres? No tengo treinta y tres años. Tengo quince. Y otra cosa—¿Si?

—A propósito de esa frase. «el bebé tiene tres años» La dije yo, de acuerdo. Pero cuando pienso en eso... no es mi voz.

—¿Así como treinta y tres no es tu edad?

—Eso es.

—Gerry—dijo Stern afectuosamente—no hay nada que temer.

Me di cuenta que mi respiración era algo agitada. No me desanimé.

—No recuerdo—dije—haber dicho algo con la voz de otro.

—Oye, este asunto de sanar cabezas, como lo llamaste antes, no es lo que cree la mayoría. Cuando entro contigo en tu mente—o cuando entras tú solo, lo que es lo mismo, no descubro un mundo muy distinto del mundo llamado real. No parece así al principio, porque el paciente se presenta con toda clase de fantasías, caprichos y extrañas experiencias. Pero todos vivimos en un

mundo semejante. Cuando alguien dijo que la verdad es más extraña que la ficción, se refería a algo parecido. Vayamos a donde vayamos o hagamos lo que hagamos, estamos siempre rodeados de símbolos, de cosas poco familiares que no miramos nunca, o que no vemos cuando se nos ocurre mirarlas. Si alguien pudiera contarte exactamente lo que ve, y lo que piensa, mientras da dos o tres pasos por la calle, tendrías una imagen del mundo increíblemente retorcida, oscura y parcial, como nunca hubieras podido imaginártela. Nadie se fija realmente en lo que le rodea, hasta que entra en un consultorio como éste. No importa el hecho de que está viendo sucesos del pasado: lo que cuenta es que por primera vez ve con claridad, y sólo porque, por primera vez, trata de hacerlo. Bien, ahora a propósito de ese «treinta y tres». No creo que un hombre pueda tener una experiencia más desagradable que la de descubrir que tiene los recuerdos de otro El yo es algo demasiado importante, y no tolera que lo anulen. Pero piensa un rato: los pensamientos son algo así como un lenguaje secreto, y uno no tiene la clave de más de una décima parte. Ahora bien, en ese pensamiento hay algo que aborreces. ¿No entiendes que el único modo de encontrar la clave es no tratar de rechazarlo?

—¿Cree usted que he comenzado a recordar con... con la mente de algún otro?

—Así te pareció y eso significa algo. Veamos qué.

—Bueno.

Me sentí enfermo. Me sentí cansado. Y de pronto comprendí que sentirme enfermo y cansado era un modo de escapar.

—El bebé tiene tres años—dijo Stern.

El bebé tiene quizá tres años. Yo tres, treinta y tres. Tú, Kew, tú.

—¡Kew!—grité. Stern no dijo nada—. Oiga, no sé por qué, pero creo conocer el camino verdadero, y no es el que estamos siguiendo. ¿Le importa si tomo otro?

—Tú eres el médico—dijo Stern.

Tuve que reírme. Luego cerré los ojos.

Los bordes y los marcos de las ventanas asomaban entre las puntas del follaje. El verde de la hierba cubría los prados, claro y limpio, y parecía como si las flores estuviesen temiendo que se les quebraran y ensuciaran los pétalos.

Subí por el sendero con mi nuevo par de zapatos. Me habían obligado a ponerme esos zapatos y mis pies no podían respirar. No quería ir a la casa, pero tenía que ir.

Subí por los peldaños, entre las grandes y blancas columnas, y me quedé mirando la puerta. Deseé poder mirar a través de la puerta, pero era demasiado blanca y demasiado sólida. Sobre la puerta, muy arriba, había una ventana en forma de abanico, con otras ventanas a los lados; pero todos los vidrios eran de colores. Di un puñetazo en la puerta y la ensucié.

No vino nadie y golpeé de nuevo. La puerta se abrió de pronto, y una mujer negra, alta y delgada, me preguntó:

—¿Qué buscas?

Dije que tenía que ver a la señorita Kew.

—Bueno, la señorita Kew no querrá verte con esa cara—dijo la negra. Tenía una voz estridente—. Estás muy sucio. Me enfurecí. Ya estaba bastante molesto por haber tenido que venir, cruzándome con la gente en pleno día y todo lo demás.

—Mi cara no tiene nada que ver—dije—. ¿Dónde está la señorita Kew? Vamos, vaya a buscarla.

—¡No me hables de ese modo!—gritó la mujer.

—No tengo ningún interés en hablarle, de ningún modo. Déjeme entrar.

Comencé a desear que Janie estuviera conmigo. Janie hubiera podido mover a la mujer. Pero tenía que arreglármelas solo. Y no lo hice muy bien. La mujer dio un portazo antes que yo pudiera echarle una maldición.

Así que empecé a patear la puerta. Para eso si que servían los zapatos. Al rato la puerta se abrió tan bruscamente que casi me fui de narices. La mujer apareció con una escoba.

—¡Fuera de aquí, basura—me gritó—o llamaré a la policía.

Me dio un empujón y caí sobre el piso del porche. Me levanté y fui hacia ella. La mujer retrocedió y me lanzó un escobazo al pasar, pero yo ya estaba dentro de la casa. La mujer corrió chillando detrás de mi. Le saqué la escoba de un manotón y en ese momento alguien gritó con una voz de ganso viejo:

—¡Miriam!

Me detuve y la mujer se puso histérica.

—¡Oh, señorita Alicia, cuidado! ¡Nos matará a las dos! ¡Llame a la policía. Llame a...

—Miriam—dijo la bocina, y Miriam cerró la boca. En lo alto de la escalera había una mujer de cara de ciruela, con un vestido lleno de encajes. Parecía un poco más vieja de lo que era, quizá porque tenía los labios tan apretados. Le di unos treinta y tres años, treinta y tres. Los ojos eran muy grandes y la nariz pequeña.

—¿Es usted la señorita Kew?—le pregunté.

—Sí. ¿Qué significa esta invasión?

—Tengo que hablar con usted.

—No me hables en ese tono. Y ponte derecho.

—Llamaré a la policía—dijo la sirvienta.

La señorita Kew se volvió hacia ella.

—Hay tiempo para eso. Miriam. Vamos a ver, niñito sucio, ¿qué quieres?

—Tengo que hablar con usted a solas—le dije.

—No haga eso, señorita Alicia —dijo la sirvienta.—Tranquilízate, Miriam. Niñito, ya te he dicho que no me hables en ese tono. Puedes hacerlo delante de Miriam.

—Que me lleve el diablo.—Las mujeres se sobresaltaron—. Lone me dijo que no lo hiciera—añadí.

—Señorita Alicia, no dejará usted...

—¡Cállate Miriam! Joven, muestra un poco de educación...—La mujer abrió enormemente los ojos.—¿Quién te dijo?...

—Lone me dijo.

—Lone.

La mujer, de pie en la escalera, se quedó mirándose las manos.

—Miriam, puedes retirarte.

Lo dijo de un modo que no parecía la misma mujer.

La sirvienta abrió la boca, pero la señorita Kew extendió un dedo que bien podía tener la mira de un rifle en la punta. La sirvienta escapó.

—Eh, oiga—dije—, aquí tiene su escoba.

Iba a tirársela cuando la señorita Kew llegó a mi lado y me la sacó de la mano.

—Ven por aquí.

Me hizo caminar ante ella y entramos en una habitación tan grande como la laguna donde nos bañábamos. Estaba llena de libros todo alrededor, y las mesas tenían cuero arriba, y en los rincones había flores doradas.

—Siéntate ahí—dijo señalando una silla—. No, espera.

—Fue hasta la chimenea, sacó un periódico de una caja y lo extendió sobre el asiento de la silla.—Siéntate ahora.

Me senté sobre el papel. La señorita Kew trajo otra silla para ella, pero no le puso ningún papel.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Lone?

—Lone se murió—dije.

La mujer respiró hondo y empalideció. Me miró fijamente y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Se siente mal?—le pregunté—¿Por qué no vomita? Le hará bien.

—¿Murió? ¿Lone murió?

—Sí. Hubo una inundación la semana pasada, y a la noche siguiente, cuando Lone volvía a casa, el viento arrancó un roble viejo que se había aflojado con el agua. El árbol lo aplastó.

—Lo aplastó—murmuró la señorita Kew.—¡Oh, no, no es cierto!

—Es cierto, de veras. Lo enterramos esta mañana. Ya no podíamos, tenerlo en casa. Empezaba oler.

—¡Cállate!

La señorita Kew se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué pasa?

—Enseguida estaré bien—dijo la mujer en voz baja.

Se puso de pie y fue y se quedó frente a la chimenea, dándome la espalda. Mientras esperaba a que volviese, me saqué un zapato. Pero la mujer me habló desde allí,

—¿Eres el chico de Lone?

—Sí. Me dijo que viniese a verla.

—¡Oh, queridito mío!—La mujer corrió hacia mí y durante un momento pensé que iba a abrazarme o algo parecido, pero se detuvo de pronto, y arrugó la nariz—. ¿Cómo... cómo te llamas?

—Gerry—le dije.

—Bien, Gerry, ¿te gustaría vivir conmigo en esta casa tan grande y tan hermosa y... y tener ropa nueva y todo lo demás?

—Bueno, ésa es la idea precisamente. Lone me dijo que viniese a verla. Dijo que a usted le sobraban los billetes y también que usted le debía un favor.

—¿Un favor?

La señorita Kew pareció un poco molesta.

—Bueno—traté de explicarle—, dijo que él hizo algo por usted una vez, y que usted dijo que algún día, si podía, le pagaría ese favor.

—¿Qué más te dijo de eso?—Hablaba otra vez con aquella voz de bocina.

—Ninguna otra condenada cosa.

—Por favor, no uses esa palabra—dijo ella con los ojos cerrados. Los abrió e inclinó la cabeza—. Lo prometí y lo haré. Puedes vivir aquí desde ahora mismo. Si... si quieres.

—Eso no tiene nada que ver. Lone me pidió que lo hiciera.

—Serás feliz aquí dijo ella. Movió la cabeza como si quisiera asegurármelo—. Yo me ocuparé de todo.

—Muy bien. ¿Puedo traer a los otros chicos?

—¿Otros chicos? ¿Niños?

—Sí. No se trata sólo de mí. También de los otros. De toda la pandilla.

—No uses esas palabras.—Volvió a sentarse; sacó un pañuelito ridículo y se lo pasó por los labios, sin quitarme los ojos de encima.—Cuéntame de esos... de esos otros chicos.

—Bueno. Está Janie que tiene once, como yo. Y Bonnie y Beanie, que tienen ocho y son mellizas, y el bebé. El bebé tiene tres años.

Grité. Stern estaba arrodillado al lado del sofá, apretándome la cara entre las manos, tratando de que no me temblara la cabeza.

—Eres un buen muchacho—me dijo—. Lo has descubierto. Aun no has descubierto que es pero sí donde está.

—Seguro—dije con una voz un poco ronca—. ¿Me da un poco de agua?

Sacó el agua de un termo. Estaba tan fría que me lastimó la garganta. Me eché otra vez y descansé, como si acabara de subir una montaña.

—No lo soportaría otra vez—comenté.

—¿Quieres que terminemos por hoy?

—¿Usted qué dice?

—Lo que tú quieras.

Pensé un rato.

—Me gustaría seguir, pero no quisiera empezar a dar vueltas. No, de ningún modo.

—Si quieres oír otra de esas poco apropiadas analogías, te diré que la psiquiatría es como un mapa caminero. Hay muchos caminos para ir de un lugar a otro.

—Iré por el camino más largo—le dije. La carretera principal. No por el sendero de la colina. El embrague me está fallando. ¿Por dónde doblo?

Stern se rió entre dientes. Daba gusto oírlo.

—Deja ese camino de tierra.

—Lo conozco. Había un puente que ya no está.

—Ya pasaste por ahí—me dijo—. Empieza del otro lado del puente.

—Nunca me lo hubiera imaginado. Siempre creí que tendría que recorrer otra vez todo el camino, centímetro por centímetro.

—No sé si tendrás que cruzar ese puente, pero te será más fácil cuando hayas terminado. No sé tampoco si ese puente tendrá alguna importancia, pero por ahora será mejor que no te acerques mucho.

—Vamos, entonces.

Me sentía impaciente de veras.

—¿Puedo hacerte una sugestión?

—No.

—Bueno. Habla sin preocuparte—me dijo—. Esa primera etapa, cuando tenias ocho años... la viviste realmente. Durante la segunda, con los chicos, no hiciste más que hablar.

Y esa visita, cuando tenias once años, la sentiste de veras. Ahora habla otra vez, simplemente.

—Muy bien.

Stern aguardó unos instantes; luego dijo con una voz tranquila:

—En la biblioteca. Le hablaste de los otros chicos.

Le hablé de... y entonces ella dijo... y ocurrió algo y grité. La señorita Kew trató de consolarme y empecé a insultarla.

Pero no se trata de eso ahora. No llegamos ahí todavía.

En la biblioteca. El cuero, la mesa, y yo contándole a la señorita Kew lo que Lone me había dicho.

Lone me había dicho: «En lo alto de la colina, en el distrito de Height, vive una mujer de apellido Kew, que se encargará de todos ustedes. Irán a verla y se lo pedirán. Hagan todo lo que ella les diga, pero nunca se separen. No permitan que ninguno se vaya del grupo, ¿me entienden? Aparte de eso, tengan contenta a la señorita Kew y ella los tratará bien. Bueno, no se olviden de hacer lo que les digo.»

Eso dijo Lone. Cada una de sus palabras estaba unida a la otra por un cable de acero, y juntas formaban algo irrompible. Yo por lo menos no hubiera sido capaz de romperlo.

—¿Dónde están el bebé y tus hermanas?—preguntó la señorita Kew.

—Yo se los traeré.

—¿Es cerca de aquí?

—Bastante cerca.—La señorita Kew no replicó y yo añadí:—Volveré pronto.

—Espera—dijo la mujer—. Yo... realmente, no he tenido tiempo de pensarlo. Quiero decir... Tengo que preparar las cosas, ¿sabes?

Desde la puerta oí que ella decía con una voz cada vez más fuerte mientras yo me iba alejando:

—Joven, si vas a vivir en esta casa tendrás que aprender a ser más educado...—y otras cosas semejantes.

—Bueno, bueno—le grité a la mujer, y salí de la casa.

Había un sol tibio, un cielo claro, y pronto llegué de vuelta a casa de Lone. El fuego estaba apagado y el bebé olía bastante mal. Janie había roto a puntapiés el caballete y estaba sentada en el suelo, junto a la puerta, con la cabeza entre las manos. Bonnie y Beanie se habían subido a una banqueta y se abrazaban con fuerza como si tuvieran mucho frío aunque no hacía frío.

Sacudí a Janie tomándola de un brazo. Levantó la cabeza. Los ojos de Janie son grises—aunque también algo verdosos—, pero ahora tenían un aspecto muy raro, como leche aguada en el fondo de un vaso.

—Pero ¿qué les pasa?—les dije.

—¿De quién hablas?—preguntó Janie.

—De todos. ¿Qué les pasa a todos?

—No nos interesa nada, eso pasa.

—Bueno, está bien—dije—, pero tenemos que hacer lo que dijo Lone. Vamos.

—No—dijo Janie. Miré a las mellizas. Me volvieron la espalda.

—Tienen hambre—comentó Janie.

—Bueno, ¿por qué no les das algo? Janie se encogió de hombros. Me senté. ¿Por qué Lone tenía que haberse dejado aplastar por ese árbol?

—No podemos coengranarnos más—dijo Janie. Eso parecía explicarlo todo.

—Oigan—dije—. Yo soy Lone ahora... Janie pensó un rato y el bebé movió los pies. Janie lo miró.

—No puedes—dijo.

—Sé dónde se puede conseguir comida y trementina—dije—. Sé donde crece ese musgo que hay que meter entre los troncos, y puedo cortar leña y todo.

Pero yo no podía llamar a Beanie y a Bonnie desde varios kilómetros de distancia para que viniesen a abrir las puertas. No podía decirle a Janie que trajese agua y avivase el fuego y arreglase la batería. No podía coengranarme con ellas.

Nos quedamos callados mucho tiempo. De pronto oí que la cunita crujía. Alcé los ojos. Janie miraba hacia la cuna.

—Bueno—dijo Janie—. Vamos.

—¿Quién dice eso?

—El bebé.

—¿Quién manda aquí? —dije muy enojado—. ¿Yo o el bebé?

—El bebé —dijo Janie.

Me puse de pie. Iba a darle una en la boca, pero me detuve. Si el bebé conseguía que hicieran lo que Lone quería, todo iría bien. Pero si yo comenzaba a repartir golpes a diestra y siniestra, no se haría nada. Por lo tanto me callé. Janie se levantó y fue hacia la puerta. Las mellizas la miraron. Bonnie desapareció. Beanie recogió las ropas de su hermana y salió de la casa. Saqué al bebé de la cuna y me lo puse en los hombros.

Afuera todo parecía mejor. Caía la tarde y soplaba un viento tibio. Las mellizas saltaban entre los árboles, como dos ardillas, y Janie y yo caminábamos juntos como si fuéramos a bañarnos o algo parecido. El bebé empezó a dar puntapiés y Janie lo miró y le dio de comer hasta que volvió a quedarse quieto.

Cuando nos acercábamos al pueblo, pensé que sería mejor que anduviéramos juntos, pero no dije nada. El bebé debió de haberlo dicho, sin embargo. Las mellizas se acercaron y Janie les dio sus vestidos, y luego caminaron muy formalmente delante de nosotros. No sé cómo lo consiguió el bebé. Seguro que las mellizas odiaban ese modo de viajar.

No tuvimos ningún tropiezo, excepto con un hombre que encontramos en la carretera ya cerca de la casa de la señorita Kew. El hombre se paró en seco y se quedó boqueando. Janie lo miró e hizo que el sombrero se le metiera hasta las orejas. El pobre hombre casi se arranca la cabeza tratando de sacárselo.

Qué le parece, cuando llegamos a la casa ya habían quitado la mancha negra de la puerta. Yo tenía al bebé sobre el pescuezo, agarrándole un brazo y un tobillo, así que tuve que patear la puerta. La ensucié otra vez.

—Hay una mujer que se llama Miriam—le dije a Janie.—Si dice algo mándala al diablo.

La puerta se abrió y apareció Miriam. Nos echó una mirada y dio un salto de dos metros. Entramos en fila en la casa. Miriam recobró el aliento y gritó:

—¡Señorita Kew, señorita Kew!

—Váyase al diablo—le dijo Janie, y me miró.

No supe qué hacer. Era la primera vez que Janie me hacía caso.

La señorita Kew bajó las escaleras. Traía otro vestido, pero tan ridículo y con tantos encajes como el anterior. Abrió la boca pero no dijo nada. Y así se quedó, con la boca abierta, como si esperara a que ocurriese algo.

—El Señor nos ampare—dijo al fin.

Las mellizas se pusieron en fila y le clavaron los ojos. Miriam retrocedió fue arrastrándose a lo largo de la pared, llegó hasta la puerta y la cerró.

—Señorita Kew—dijo,—si éstos son los chicos que van a vivir aquí, yo renuncio.

—Váyase al diablo—le dijo Janie.

En ese momento Bonnie se sentó en la alfombra. Miriam lanzó un chillido y se echó sobre ella. Agarró a Bonnie por un brazo y quiso levantarla. Bonnie desapareció dejándole a Miriam un vestidito, y la más condenada expresión en la cara. Beanie sonrió de oreja a oreja. y empezó a saludar con las manos como una loca. Miré hacia donde saludaba, y allá estaba Bonnie, desnuda como un pajarraco, sobre una baranda, en lo más alto de la escalera.

La señorita Kew volvió la cabeza y al ser a Bonnie cayó sentada en los escalones. Miriam se desplomó como si le hubiesen dado un golpe. Beanie recogió el vestido de Bonnie, subió por la escalera, pasó al lado de la señorita Kew y le alcanzó la ropa a su hermana. Bonnie se vistió. La señorita Kew miró inexpresivamente alrededor y luego alzó la vista. Bonnie y Beanie bajaron por las escaleras, tomadas de la mano. Volvieron a ponerse en fila, a mi lado, y miraron a la señorita Kew con la boca abierta.

—¿Qué le pasa a esa mujer?—preguntó Janie.

—Se enferma a cada rato.

—Volvamos a casa.

—No—le dije.

La señorita Kew se levantó, apoyándose en la barandilla, y se quedó así unos instantes, con los ojos cerrados. De pronto se enderezó (parecía diez centímetros más alta) y vino hacia nosotros.

—Gerard—dijo con aquella voz de ganso. Creo que iba a decirme algo distinto. Pero se contuvo y preguntó apuntándome con el dedo:—En nombre de Dios, ¿qué es eso?

No comprendí al principio de qué hablaba y miré hacia atrás.

—¿Qué?

—¡Eso! ¡Eso!

—Oh—dije—, es el bebé.

Lo bajé de los hombros y lo alcé para que pudiera verlo. La mujer lanzó una especie de gemido, dio un salto y me sacó al bebé de las manos. Lo sostuvo en el aire frente a ella y volvió a gemir y lo

llamó pobrecito, y atravesando la habitación, lo acostó en un banco con almohadones que había debajo de la ventana. Se inclinó sobre él, se metió un pulgar en la boca, se lo mordió y gimió de nuevo. Luego me miró:

—¿Cuánto tiempo hace que está así?

Cambié unas miradas con Janie.

—Siempre estuvo así—dije.

La señorita Kew tosió, o algo parecido, y echó a correr hacia Miriam, que estaba tendida en el piso. Le abofeteó los dos lados de la cara, un par de veces. Miriam se sentó y se quedó mirándonos. Cerró los ojos, se estremeció, y se levantó apoyándose en el cuerpo de la señorita Kew.

—Serénate—le dijo la señorita Kew entre dientes—. Trae una palangana con agua caliente y jabón. Algunos paños. Y unas toallas. ¡Rápido!—gritó empujándola.

La negra se tambaleó, se tomó de la pared y salió corriendo.

La señorita Kew volvió junto al bebé y se inclinó sobre el, murmurando algo con los labios apretados.

—No se meta con él—le dije.—No le pasa nada. Tenemos hambre.

La mujer me lanzó una mirada de furia, como si yo la hubiese insultado.

—¡Tú no me hables!

—Oiga—le dije—, esto nos gusta tan poco como a usted. Si Lone no nos lo hubiese pedido, no estaríamos aquí. Estábamos muy bien donde estábamos.

—¡No me hables de ese modo!—dijo la señorita Kew.

Nos miró a todos, uno por uno. Luego sacó aquel tonto pedazo de pañuelo y se lo llevó a la boca.

—¿Ves?—le dije a Janie.—Está siempre enferma.

—Jo, jo—dijo Bonnie. La señorita Kew la miró largamente.

—Gerard—dijo con una voz ahogada.—Creo haber entendido que estas niñas eran tus hermanas.

—¿Y qué?

Me miró como si yo fuera realmente estúpido.

—No tenemos hermanitas negras, Gerard.

—Nosotros sí—dijo Janie.

La señorita Kew comenzó a recorrer la habitación a grandes pasos.

—Tenemos una gran tarea por delante—dijo hablándose a sí misma.

Miriam entró con una tina ovalada, y unas toallas y unas telas en el brazo. Puso todo sobre el banco, y la señorita Kew tocó el agua con el dorso de la mano; y luego tomó al bebé y lo metió en la tina. El bebé empezó a patear.

Di un paso adelante y dije:

—Esperen. Un momento. ¿Qué están haciendo?

—Cállate, Gerry—dijo Janie. El bebé dice que está bien.

—¿Qué está bien? ¡Lo están ahogando!

—No, no es eso. Cierra la boca.

La señorita Kew cubrió de espuma el cuerpo del bebé. Le hizo dar un par de vueltas, le restregó la cabeza y lo envolvió en una toalla, como si quisiera asfixiarlo. Miriam miraba con los ojos muy abiertos mientras la señorita Kew ataba un repasador alrededor del bebé, imitando unos pantalones. Cuando terminó, uno no hubiera dicho que era el mismo bebé, y parecía que la señorita Kew había conseguido dominarse. Respiraba con fuerza y tenía los labios todavía más apretados. Le alargó el bebé a Miriam.

—Toma a este pobrecito—le dijo,—y ponlo...—Miriam retrocedió.

—Lo siento, señorita Kew, pero me voy de la casa y no quiero meterme en esto.

La señorita Kew le lanzó unos bocinazos:

—¡No puedes abandonarme en una situación semejante! Estos chicos necesitan ayuda. ¿No lo ves?

Miriam nos miró.

—Usted no sabe lo que hace, señorita Alicia. No solo están sucios. ¡Son unos demonios!

—Son víctimas del desamparo y seguramente no peores que tú o yo si nadie hubiera cuidado de nosotras. Y no digas... ¡Gerard!

—No digas... ¡Oh, Dios santo, tenemos tanto que hacer! Gerard, si tú y tus... esas niñas van a vivir aquí, habrá que hacer grandes cambios. No podréis vivir bajo este techo y comportaros como hasta ahora. ¿Me entiendes?

—Sí, claro. Lone nos dijo que teníamos que hacer todo lo que usted nos mandara y tenería contenta.

—¿Harán todo lo que yo les diga?

—Es lo que acabo de decirle, ¿no?

—Gerard, tendrás que aprender a no hablarme en ese tono. Bien, veamos. Si os digo que tenéis que obedecer a Miriam, ¿lo haréis?

—¿Qué te parece?—le pregunté a Janie.

—Se lo preguntaré al bebé.—Janie miró al bebé, y el bebé agitó las manos y babeó un poco.—Dice que bueno.

—Gerard, te he hecho una pregunta—dijo la señorita Kew.

—No se impaciente—le repliqué—. Tenía que hacer mis averiguaciones, ¿no es así? Sí, si eso es lo que quiere, obedeceremos también a Miriam.

La señorita Kew se volvió hacia Miriam

—¿Has oído, Miriam?

Miriam nos miró y sacudió la cabeza. Luego extendió lentamente las manos hacia Bonnie y Beanie.

Las mellizas se acercaron y cada una se tomó de una mano de Miriam. Alzaron los ojos hacia ella y sonrieron.

Imagino que preparaban otra de las suyas, pero estaban graciosas. Miriam frunció los labios y durante un momento creí que iba a mostrarse como un ser humano.

—Muy bien, señorita Alicia—dijo.

Empezaron a ocuparse de nosotros y durante tres años no nos dejaron tranquilos.

—Era un infierno—le dije a Stern.

—Qué trabajo para esas mujeres.

—Sí, supongo. Pero también para nosotros.. Mire, estábamos dispuestos a hacer todo lo que Lone nos había dicho.

Nada podía detenernos. Queríamos obedecer a la señorita hasta en las cosas más pequeñas. Pero ella y Miriam no lo entendían. Pensaban, supongo, que no debían descuidarnos un solo minuto. Hubiera bastado que nos dijeran qué querían para que nosotros lo hiciéramos. No había ningún problema cuando se trataba de que yo no me acostara con Janie. La señorita Kew se ponía furiosa. Hay que ver cómo se ponía. Como si hubiera querido robarme las joyas de la corona. Pero cuando nos decía: «deben portarse como señoritas y caballeros», ya no tenía sentido. Y de cada tres de sus órdenes, dos eran de esa especie «¡Ah!» decía. «¡Corrección; corrección!»—La mayor parte del tiempo yo no le hacía caso. Pero un día le pregunté qué quería decir y ella lo soltó. Pero usted ya se da cuenta.

—Sí, ciertamente—dijo Stern. ¿Mejoraron las cosas con el tiempo?

—Sólo tuvimos dificultades serias en dos oportunidades, una a propósito de las mellizas y la otra por culpa del bebé. La última fue la más grave.

—¿Qué ocurrió?

—¿Con las mellizas? Bueno, llevábamos allí una semana, aproximadamente, cuando comenzamos a notar algo raro.

Janie y yo, quiero decir. Advertimos de pronto que Bonnie y Beanie no estaban casi nunca con nosotros. Era como si la casa fuera dos casas: una parte para la señorita Kew, Janie y yo, y la otra para Miriam y las mellizas. Me imagino que lo hubiéramos notado antes si todo no hubiese sido un bochinche al principio: ropa nueva, dormir de noche, y cosas parecidas. El asunto ocurrió así. Estábamos jugando en el jardín, cuando llegó la hora de almorzar. Miriam se llevó a las mellizas a la cocina y nosotros nos fuimos a comer con la señorita Kew. Janie dijo entonces:

—¿Por qué las mellizas no comen con nosotros?

—Miriam cuidará de ellas, querida—dijo la señorita Kew.

Janie la miró con aquellos ojos tan raros.

—¿Por qué no las hace venir aquí? Yo las cuidaré.

La señorita Kew torció la boca y dijo:

—Son negras, Janie; sigue comiendo.

Pero para Janie y para mí eso no significaba nada.

—Quiero que coman con nosotros—afirmé—. Lone dijo que nunca nos separáramos.

—Pero si nadie os separa—dijo la mujer—. Todos viven en la misma casa. Todos comen la misma comida Bueno, no discutamos más el asunto.

Janie y yo nos miramos y ella dijo:

—Entonces, ¿por qué no comemos todos aquí?

La señorita Kew puso el tenedor sobre la mesa y nos miró muy seria.

—Ya os he dicho por qué, y no admitiré más discusiones.

Bueno, yo pensé que eso no tenía sentido. Eché atrás la cabeza y grité:

—¡Bonnie! ¡Beanie!

Y, ¡pum!, aparecieron las mellizas.

Se desató un alboroto de los mil demonios. La señorita Kew les ordenó que se fueran y ellas no se movieron, y Miriam apareció sudando, con los vestidos de las chicas en la mano y no pudo agarrarlas, y la señorita Kew les graznó primero a las mellizas y luego me graznó a mí. Dijo que esto ya era demasiado. Bueno, quizá había pasado una semana muy dura, pero nosotros también. En fin, nos dijo que nos fuéramos.

Fui a buscar al bebé y salí de la casa seguido de Janie y las mellizas. La señorita Kew esperó a que cruzáramos la puerta y luego corrió detrás de nosotros. Nos pasó de largo, se puso delante de mí y me paró. Todos nos paramos.

—¿Así cumplís vosotros los deseos de Lone?—nos preguntó.

Le dije que sí. La señorita Kew nos recordó que Lone deseaba que nos quedáramos con ella. Y yo le contesté:

—Sí, pero también nos pidió que no nos separáramos.

Entonces nos dijo que volviéramos, y que hablaríamos sobre el asunto. Janie le preguntó al bebé y el bebé dijo que bueno; así que entramos otra vez en la casa. Llegamos a un acuerdo. No comeríamos más en el comedor. En un costado del porche había una galería con vidrios, con una puerta que daba al comedor y otra que daba a la cocina, y allí comimos desde entonces. La señorita Kew comía sola en el sitio de antes.

Pero a causa de todo este endemoniado alboroto ocurrió algo gracioso.

—¿Qué paso?—preguntó Stern. Me reí.

—Miriam. Aparentemente era la misma, pero empezó a pasarnos bizcochos entre las horas de comer. ¿Sabe usted?, tardé mucho tiempo en enterarme de lo que significaba todo esto. Realmente. Según parece, la gente se ha dividido en dos bandos. Uno de ellos lucha por acercarse a los negros, el otro por mantenerlos aparte. Pero lo que no entiendo es por qué ambos bandos se preocupan tanto. ¿Por qué no olvidan, simplemente, el asunto?

—No pueden. Tú ves, Gerry; es necesario que la gente se crea superior, de un modo o de otro. Tú y los chicos y Lone formaban algo unido y fuerte. ¿No sentíais que erais algo mejores que el resto del mundo?

—¿Mejores? ¿Cómo podíamos ser mejores?

—Diferentes, entonces.

—Bueno, me imagino que si, pero nunca lo pensábamos. Diferentes, sí; mejores, nunca.

—Eres un caso único—dijo Stern—. Bien, cuéntame ahora de aquella otra dificultad que tuvieron. Del bebé.

—Ah, sí. El bebé. Bueno. Llevábamos unos dos meses en casa de la señorita Kew y las cosas eran ya realmente más fáciles. Habíamos aprendido todas las fórmulas: «si señora» y «no, señora», y habíamos empezado a hacer trabajos escolares, un rato por la mañana y otro por la tarde, cinco días por semana. Janie ya no se ocupaba del bebé, y las mellizas iban y venían por la casa sin que nadie las molestase. Era gracioso. Podían saltar de un lugar a otro ante los mismos ojos de la señorita Kew y ella no lo creía. La afligía demasiado verlas de pronto totalmente desnudas. Dejaron de hacerlo y la mujer se alegró de veras. Muchas cosas la alegraban. Hacía años que no veía a nadie, años. Hasta los medidores estaban fuera de la casa, de modo que nadie entraba allí. Pero al vivir con nosotros se sintió corno nueva. Dejó de usar esos vestidos anticuados y a veces parecía un ser humano. A veces hasta comía con nosotros.

»Pero una mañana me desperté sintiendo una cosa muy rara. Era como si me hubiesen robado algo mientras dormía, aunque no sabía exactamente qué. Me deslicé por la ventana y a lo largo de la cornisa hasta el cuarto de Janie, aunque eso estaba terminantemente prohibido. Me acerqué a la cama y la desperté. Aún veo aquellos ojos, cómo se abrieron un poco, todavía cargados de sueño, y cómo de repente casi se le salen de las órbitas No tuve que explicarle que algo andaba mal. Ella ya lo sabía. y sabía también que era.

—Se han llevado al bebé.—gritó.

No nos importó despertar a alguien. Salimos corriendo del cuarto, atravesamos el vestíbulo y entramos en la habitación donde dormía el bebé. Si usted no lo ve, no lo cree. La cuna llena de adornos, el armario blanco, los sonajeros y todo lo demás habían desaparecido, y en su lugar había un escritorio. Era como si el bebé nunca hubiese estado allí.

No dijimos nada. Salimos de la habitación y nos metimos en el dormitorio de la señorita Kew. Yo sólo había estado allí una vez, y Janie en dos o tres oportunidades. Pero esto era diferente; las prohibiciones no contaban. La señorita Kew estaba en cama con las trenzas recogidas. Antes que cruzáramos la habitación, ya estaba completamente despierta. Se incorporó, apoyándose en los codos, y puso la espalda contra la cabecera.

—.¿Qué significa esto?—preguntó.

—¿Dónde está el bebé?—le grité.

—Gerard—dijo—, no hay necesidad de gritar.

—Mejor será que nos lo diga, señorita Kew—dijo Janie.

Janie era una chica tranquila, pero le aseguro que si usted la hubiese visto en ese momento, se habría asustado

El rostro de la señorita Kew se ablandó de pronto y sus manos se extendieron hacia nosotros.

—Niños—nos dijo—, lo siento, lo siento mucho. Pero he hecho lo mejor. He mandado fuera al bebé. Vivirá desde hoy con otros niños como él. Aquí nunca hubiera sido feliz realmente. Lo sabéis muy bien.

—Nunca nos dijo que no fuera feliz—dijo Janie.

La señorita Kew se río con una risa forzada:

—¡Como si pudiese hablar el pobrecito!

—Será mejor que lo traiga de vuelta—le repliqué—. Ya le dije que no debíamos separarnos.

La mujer estaba enojándose, pero se contuvo.

—Trataré de explicártelo, querido. Tú y Janie, y aun las mellizas, sois niños normales y sanos, y creceréis hasta ser unos hermosos jóvenes. Pero el bebé, pobre... es distinto. Crecerá sólo un poco, y nunca podrá caminar ni jugar como los otros niños.

—Eso no nos importa—dijo Janie—. Usted no tenía derecho a sacarlo de aquí.

—Sí—dije—. Y será mejor que lo traiga de vuelta, pero rápido.

—Ya os he dicho, entre otras cosas—dijo la señorita Kew con tono agrio—, que no se dan órdenes a los mayores. Bien, salid de aquí y vestios para el desayuno. Y que de esto no se hable más.

—Señorita Kew—le dije con toda la dulzura de que, yo era capaz—, creo que pronto deseará haberlo traído. Porque si no lo trae enseguida.

La señorita Kew saltó de la cama y nos echó de la habitación.

Me quedé callado un momento.

—¿Y qué pasó?—preguntó Stern.

—Oh—dije—, lo trajo de vuelta.—Me reí.—Cuando uno se acuerda parece cómico. Durante casi tres meses vivimos sometidos a la señorita Kew, que llevaba firmemente las riendas. Y de pronto, se acabaron las leyes. Habíamos tratado de respetar, todo lo posible, las ideas de aquella mujer, pero, por Dios, esta vez se había pasado. Comenzamos el tratamiento en el mismo instante en que cerró la puerta. El cacharro de loza que tenía debajo de la cama se elevó por los aires y se rompió contra el espejo de la cómoda. Se abrió luego un cajón, y salió un guante y le dio una bofetada.

La señorita Kew se subió de un salto a la cama y el yeso del cielo raso cayó sobre ella. El agua del baño empezó a correr, y cuando llegó al dormitorio las ropas se desprendieron de sus ganchos. La mujer quiso huir, pero la puerta estaba atrancada. Tiró entonces del picaporte y la puerta se abrió. La señorita Kew quedó tendida en el piso. Sonó un portazo y cayó sobre ella otro poco de yeso.

Regresamos a la habitación. La señorita Kew estaba llorando. Nunca me hubiese imaginado que fuera capaz de llorar.

—¿Va a traer al bebé?—le dije.

La señorita Kew siguió tendida y llorando. Después de un rato nos miró. Daba lástima, verdaderamente. La ayudamos a levantarse y la llevamos hasta una silla. Volvió a mirarnos, paseó los ojos por el espejo y el cielo raso agujereado, y murmuró:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

—Se ha llevado al bebé—le dije—. Eso ha pasado.

La señorita Kew saltó entonces de la silla y dijo con voz asustada y firme a la vez:

—Algo cayó sobre la casa. Un aeroplano. O quizá fue un terremoto. Hablaremos del bebé después del desayuno.

—Dale otro poco, Janie—dije

Una ola de agua la golpeó en la cara y en el pecho, pegándole el camisón a la piel; una de las cosas que menos le gustaban. Las trenzas se alzaron en el aire, tirándole de la cabeza y obligándola a enderezarse. Fue a dar un grito y la borla de los polvos se le metió en la boca. Se la sacó de un tirón.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Qué estáis haciendo?—dijo echándose a llorar otra vez,

Janie, con las manos a la espalda, la miró inocentemente.

—No hacemos nada—le dijo.

Y yo añadí:

—todavía no. ¿Va a traer al bebé?

—Basta, basta—nos gritó—. Olvidemos a ese idiota mongoloide. No es útil para nadie, ni siquiera para si mismo. ¿Cómo podría llegar a creer que es mío?

—Trae ratas, Janie—dije.

Se oyó el ruido de algo que se escurría a lo largo del zócalo. La señorita Kew se cubrió la cara con las manos y se dejó caer en una silla.

—Ratas no—nos dijo—. No hay ratas en esta casa.

En ese momento se oyó un chillido y la señorita Kew se vino abajo. ¿Vio alguna vez a alguien que se viene realmente abajo?

—Sí—dijo Stern.

—Yo estaba furioso, pero aun así me pareció demasiado. Sin embargo, no debió pedir que se llevaran al bebé. Pasó un par de horas antes que ella pudiera hablar por teléfono, pero al mediodía el bebé ya estaba en la casa.

Me reí.

—¿Por qué te ríes?

—La señorita Kew nunca supo bien lo que había pasado. Unas tres semanas después la oí hablar con Miriam. Decía que la casa había dejado de sacudirse. Decía que era una gran cosa haber impedido que los médicos continuaran examinando al bebé... Podía haberle pasado algo al pobrecito. Me parece que lo creía de veras,

—Probablemente. Es muy común. La gente no cree sino que quiere creer.

—¿Y qué cree usted de todo esto?—le pregunté de pronto.

—Ya te lo he dicho. No tiene importancia. Ni creo ni dejo de creer.

—No me ha preguntado hasta qué punto lo creo yo.

—No tengo por qué. Eso es asunto tuyo.

—¿Es usted un buen psiquiatra?

—Creo que sí—dijo Stern—. ¿A quién mataste?

La pregunta me encontró desprevenido.

—A la señorita Kew—respondí, y empecé a echar maldiciones—. No pensaba decírselo.

—No te preocupes—me dijo—. ¿Por qué lo hiciste?

—Eso es precisamente lo que he venido a descubrir.

—Debes de haberla odiado de veras.

Me eché a llorar. ¡Quince años y llorando de ese modo!

Me dio todo el tiempo que quise. Al principio fueron ruidos y quejidos, y gritos que me partían el pecho. Pasó mucho tiempo antes que pudiera respirar normalmente. Al fin salieron las palabras.

—¿Sabe usted de dónde vengo? Mi primer recuerdo es un puñetazo en la boca. Aún lo veo venir, un puño tan grande como mi cabeza. Porque estaba llorando. Desde entonces tengo miedo de llorar. Lloraba porque tenía hambre. O frío quizás, o ambas cosas. Después los enormes dormitorios, donde quien más, robaba era quien más tenía. Lo molían a uno a golpes si se portaba mal, le daban un premio si se portaba bien. Y el premio mejor era que lo dejaran a uno solo. Trate de vivir de ese modo. Trate de vivir deseando que lo dejen solo.

Luego aquella vida encantada con Lone y los chicos. Algo maravilloso; uno era parte de algo. Nunca me había ocurrido antes. Dos lámparas amarillentas y un poco de leña bastaban para iluminar el mundo. Nada más, y era suficiente.

Y enseguida todo fue distinto: ropa limpia, comida bien preparada, cinco lecciones por día: Colón, y el rey Arturo, y un libro de higiene de 1925 que explicaba lo que era un pozo negro. Y sobre todo eso, un gran bloque de hielo. Veíamos cómo se fundía, y cómo se le redondeaban las aristas; sabíamos que gracias a nosotros, la señorita Kew... Demonios, se dominaba demasiado como para mostrarnos algún afecto, pero sentíamos eso sin embargo. Lone nos cuidaba porque éramos parte de su mundo. La señorita Kew nos cuidaba también, pero ninguno de nosotros se parecía a ella. Y ella quería que nos pareciésemos.

Tenía una idea muy rara del «bien» y una idea equivocada del «mal», pero estaba emperrada, y quería meternos esas ideas. Cuando no entendía, creía que la culpa era de ella... y eran muchas las cosas que no entendía, y que nunca podría entender. Si algo salía bien, era gracias a nosotros; si salía mal, era por su culpa. El último año, ese último año fue... oh, bastante bueno.

—¿Y entonces?

—Entonces la maté. Oiga—dije. Sentía que tenía que hablar rápidamente. No me faltaba tiempo, pero tenía que salir de todo eso—. Le contaré lo que recuerdo. El día antes de que la matara me desperté temprano. Las sábanas me crujían bajo el cuerpo, y la luz del sol atravesaba los visillos blancos y las cortinas rojas y azules. Había un armario lleno de ropa, ropa mía. Mía, ¿me oye?, y yo nunca había tenido nada. Y en la planta baja Miriam preparaba las tazas y platos del desayuno, y las mellizas se reían. Se reían con ella, quiero decir, no entre ellas como antes.

En la habitación de al lado, Janie se paseaba cantando, y yo ya sabía que la cara le brillaría por dentro y por fuera. Me levanté. Me lavé con agua caliente, verdaderamente caliente, y la pasta dentífrica me hizo cosquillas en la lengua. Me vestí (las ropas eran de medida) y bajé las escaleras y ya todos estaban abajo, y me alegré de verlos y ellos se alegraron de verme, y tan pronto como nos sentamos a la mesa, bajó la señorita Kew y la saludamos a coro.

Y así siguió la mañana: comenzaron las lecciones en el vestíbulo, separadas por un recreo. Las mellizas, con la punta de la lengua afuera, dibujaban las letras en vez de escribirlas, y Janie pintaba un cuadro, un cuadro verdadero, con una vaca y unos árboles y una cerca amarilla que se perdía en el horizonte. Yo me había metido con una ecuación de cuatro incógnitas, y la señorita Kew se inclinaba sobre mí y me ayudaba, y yo sentía el olor del perfume que ella llevaba en el pecho. Levanté la cabeza para olerlo mejor y oí el ruido apagado de las fuentes que Miriam metía en el horno.

Y así siguió la tarde: más lecciones, más estudio, y un recreo en el jardín con muchas risas. Las mellizas se perseguían, corriendo, aunque normalmente, de un lado a otro; Janie pintaba minuciosamente las hojas de uno de los árboles tratando de seguir las indicaciones de la señorita Kew. Y el bebé tenía un corralito nuevo. No era mucho lo que se movía; se pasaba el tiempo mirando y babeando; estaba lleno de comida y la cara le brillaba como una hoja de papel de estaño.

Y a la hora de la cena, la señorita Kew nos leyó unas páginas, cambiando de tono cada vez que hablaba un personaje distinto, apresurándose y bajando la voz cuando el pasaje la azoraba un poco, pero sin saltearse una sola palabra.

Y tuve que ir y matarla. Y eso es todo.

—No has explicado por qué—dijo Stern.

—¿Pero usted es estúpido?

Stern no dijo nada. Me puse boca abajo, con la barbilla apoyada en el hueco de las manos, y lo miré fijamente. Uno nunca podía adivinar lo que pensaba, pero me pareció que no sabía qué decir.

—Acabo de explicarlo—le dije.

—No a mí.

Comprendí de pronto que le estaba pidiendo demasiado.

—Nos levantábamos todos al mismo tiempo—comencé a decir lentamente—. Hacíamos siempre la voluntad de otro. Vivíamos según las costumbres de otro, pensando las ideas de otro, repitiendo las palabras de otro. Janie pintaba los cuadros de otro, el bebé no hablaba con nadie y a todos nos parecía bien. ¿Todavía no se da cuenta?

—Todavía no.

—¡Pero por Dios!—Pensé un rato. No coengranabamos.

—¿No coengranaban? Oh. Pero si ya no lo hacían desde la muerte de Lone.

—Era distinto, como cuando un automóvil se queda sin gasolina. El auto está ahí, esperando. No pasa nada malo. Pero cuando caímos en manos de la señorita Kew, el automóvil se hizo pedazos, ¿no comprende?

Le tocó a él pensar un rato. Finalmente dijo:

—La mente nos empuja a veces a hacer cosas raras. Algunas parecen completamente irracionales, sin sentido, propias de un loco. Pero la piedra fundamental de nuestra vida es ésta:

todos nuestros actos están unidos por una lógica implacable. Profundiza lo suficiente y encontrarás una relación de causa y efecto, tan evidente como en cualquier otra esfera. Digo lógica, fíjate; no digo «virtud» o «rectitud» o «justicia» ni nada parecido. La lógica y la verdad son dos cosas muy distintas, aunque a veces, y para quien actúa lógicamente, parezcan lo mismo.

Cuando esa mente trabaja en lo más hondo, aparentemente en pugna con la mente superficial todo se confunde. Comprendo, en tu caso, lo que quieres decirme. Que para preservar o reconstruir el lazo peculiar que los unía, tuviste que librarte de la señorita Kew. Pero no veo la lógica. No veo que recuperar ese mundo valiera tanto como para destruir esa nueva seguridad que, según admites, era agradable.

—Quizá no valía la pena destruirla—dije desesperadamente.

Stern se inclinó hacia adelante y me señaló con la pipa.

—Lo valía. Y por eso lo hiciste. Quizá ahora no lo pienses así. Pero en un principio lo más importante era destruir a la señorita Kew y recuperar la vida anterior. No sé por qué, y tú tampoco.

—¿Cómo podemos descubrirlo?

—Bueno, empecemos por la parte más desagradable. Si estás dispuesto.

Me acosté.

—Estoy listo.

—Perfectamente. Cuéntame lo que pasó justo antes que la mataras.

Volví a tientas a vivir ese día, tratando de saborear otra vez la comida, y oír de nuevo las voces. Algo vino y se fue y volvió: las sábanas que me crispaban los nervios. Lo rechacé, pues eso había ocurrido a la mañana, pero volvió otra vez y me di cuenta que ya era de noche.

—Pensé todo lo que le he dicho—dije—. Que los chicos hacían las cosas de otro, y no las propias, y que el bebé no hablaba, y que todos sin embargo estábamos contentos y, finalmente, que tenía que matar a la señorita Kew. Me llevó mucho tiempo llegar a eso, y más todavía decidirme. Creo que pasé unas cuatro horas acostado. Luego me levanté, salí de la habitación, atravesé el vestíbulo, entré en el dormitorio de la señorita Kew y la maté.

—¿Cómo?

—¡Eso es todo!—grité con todas mis fuerzas. Traté de calmarme—. Estaba tremendamente oscuro... todavía lo está. No sé. No quiero saber. Ella nos quería. Sé que nos quería. Pero yo tenía que matarla.

—Está bien. Está bien—dijo Stern—. Creo que no hay necesidad de insistir sobre eso. Me parece que eres.

—¿Qué?

—Eres bastante fuerte para tu edad, ¿no, Gerard?

—Creo que sí. Lo suficiente por lo menos.

—Sí—dijo Stern.

—Sigo sin ver la lógica de que me habla.—Comencé a dar puñetazos en el sofá, un puñetazo por cada palabra.

—Vamos, cálmate—dijo Stern—. Te estás lastimando.

—Quiero lastimarme—dije.

—Ah—dijo Stern.

Me levanté y me acerqué al escritorio y bebí un poco de agua.

—¿Qué quiere que haga?

—Cuéntame lo que hiciste después de matarla. Antes de venir a verme.

—No mucho—dije—. Eso ocurrió anoche. Me apoderé de su libreta de cheques y volví aturdido a mi habitación. Me vestí, pero sin ponerme los zapatos. Los llevé en una mano. Salí de la casa. Caminé un rato, tratando de pensar, y fui al banco a primera hora. Cobré un cheque de mil cien.

Tenía la idea de ir a ver a un psiquiatra y me pasé la mayor parte del día buscando uno. Hasta que vine aquí. Eso es todo.

—No te fue difícil cobrar el cheque.

—Nunca me fue difícil convencer a la gente.

Stern lanzó un gruñido de sorpresa.

—Sé lo que está pensando. No conseguí convencer a la señorita Kew.

—Eso es, en parte—admitió Stern.

—Si lo hubiera logrado—le dije—, ella hubiera dejado de ser la señorita Kew. En cuanto al banquero... todo lo que hice fue conseguir que se portara como un banquero.

Miré a Stern y de pronto comprendí por qué jugaba continuamente con la pipa. Era una excusa para tener los ojos bajos, y para que uno no pudiera vérselos.

—La mataste—dijo, y comprendí que estaba cambiando de tema—, y destruiste algo que estimabas bastante. Aunque menos que la posibilidad de reconstruir todo aquel mundo en que vivías con los otros chicos. Y sin embargo no estás seguro del valor de ese mundo.—Alzó los ojos.—¿No es esto, más o menos, lo que te preocupa?

—Casi exactamente.

—¿Sabes para qué mata la gente?—No le contesté y Stern añadió:—Para sobrevivir. Para salvar el yo o algo que se identifica con el yo. Y en este caso la fórmula no sirve, pues en tu relación con la señorita Kew las posibilidades de sobrevivir, solo o en grupo, eran mayores que antes.

—Por lo tanto no tenía una razón para matarla.

—La tenias, ya que lo hiciste. Pero todavía no la hemos encontrado. Es decir, tenemos una razón, pero no sabemos por qué es importante. La respuesta está en ti, en algún sitio.

—¿Dónde?

Se levantó y dio unos pasos por la habitación.

—La historia tiene cierta unidad. La fantasía se mezcla un poco con los hechos, y faltan algunos detalles, pero existe un principio, un desarrollo y un fin. Bien, no puedo asegurarlo, pero la respuesta está quizá en ese puente que rehusaste cruzar, ¿recuerdas?

Lo recordaba muy bien.

—¿Y por qué ahí? ¿Por qué no probamos en otra parte?

—Por lo que acabas de decir—apuntó con tranquilidad—¿Por qué retrocedes ahora?

—Por favor, no agrande las cosas le dije. A veces el hombre me aburría—. Me molesta. No sé por qué, pero me molesta.

—Hay algo ahí, y eres tu quien lo molesta, y por eso mismo trata de ocultarse. Y todo lo que quiere ocultarse puede ser lo que buscas. ¿Conoces acaso lo que te molesta?

—Bueno, no.—Y volví a sentir esas náuseas y esa debilidad, y otra vez traté de apartarlas. Y de pronto quise seguir.—Adelante.

Me acosté.

Me quedé escuchando el silencio, y mirando el cielo raso, y al fin Stern dijo:

—Estás en la biblioteca. Acabas de encontrarte con la señorita Kew. Te habla. Tú le cuentas de los chicos.

Me quedé muy quieto. No pasó nada. Sí, algo pasó. Me puse duro, hasta que me dolió el cuerpo pero nada más.

Oí que Stern se levantaba y se acercaba al escritorio. Manejó algo un rato. Algo crujió y zumbo. De pronto oí mi propia voz:

—Bien. Está Janie, que tiene doce, como yo; Bonnie y Beanie que tienen ocho, y son mellizas y el bebé. El bebé tiene tres años.

Y el sonido de mi grito.

Y la nada.

Como un chisporroteo en la oscuridad, salí agitando los puños. Unas manos fuertes me tomaron por las muñecas, pero no trataron de impedir que moviera los brazos. Abrí los ojos. El termos se había caído sobre la alfombra. Stern estaba agachado a mi lado, sosteniéndome los puños. Dejé de luchar.

—¿Qué pasó?

Stern me soltó y retrocedió observándome.

—Señor—dijo—, qué reacción.

Me llevé las manos a la cabeza y lancé un gemido. Stern me tiró una toalla y la usé.

—¿Qué me golpeó?

—Había registrado lo que dijiste antes—explicó Stern—y como no recordabas, traté de ayudarte usando tu propia voz. A veces obra maravillas.

—Obró maravillas esta vez—gruñí.—Parece que se me saltaron los tapones.

—En efecto, ya ibas a meterte en lo que no quieres recordar y preferiste desmayarte.

—¿Por qué está tan contento?

—La última defensa—dijo concisamente.—Ya nos falta poco. Sólo otra prueba.

—Oiga, cuidado. Mi última defensa será morirme.

—No tengas miedo. Ese episodio está en tu subconsciente desde hace mucho tiempo y no te hizo ningún daño.

—¿No?

—No te mató por lo menos.

—¿Cómo sabe usted que no lo hará cuando lo saquemos a luz?

—Ya lo verás.

Alcé la vista y lo miré de reojo. Me pareció que Stern sabía lo que hacía.

—Sabes ahora de ti mismo bastante más que antes—dijo con voz muy suave—. Podrás examinarte interiormente. Tendrás conciencia de lo que vayas sabiendo. No del todo, quizá, pero sí lo suficiente como para protegerte a ti mismo. No te preocupes. Cree en mí. Puedo pararlo si se hace demasiado grave. Descansa. Mira el techo. Ten conciencia de tus pies. No, no te mires los pies. Alza los ojos. Tus pies, cuidado con tus pies. No los muevas, siéntelos. Cuenta los dedos de tus pies. Uno, dos, tres. Atención a ese tercer dedo. Siéntelo, siéntelo, siéntelo. Déjalo solo, aflójalo, se afloja. Los otros dedos, los de al lado, se aflojan también. Todos se aflojan, todos están flojos, todos tus dedos están flojos...

—¿Qué está haciendo?—le grité.

—Crees en mí—dijo con la misma voz sedosa—y también tus dedos creen en mí. Se aflojan porque crees en mí.

—Está tratando de hipnotizarme. No lo permitiré.

—Te vas a hipnotizar a ti mismo. Tú lo harás todo. Yo sólo te digo cómo tienes que hacerlo. Sólo pongo tus pies en el camino. No hago más que eso. Nadie puede hacerte ir a donde no quieras, pero puedes ir a donde señalan tus pies, tus pies de dedos flojos, tus...

Y así continuamente. ¿Y dónde estaban las colgantes vestiduras de oro, la mirada resplandeciente y los pases magnéticos? Stern ni me miraba. ¿Y la voz monótona que invita al sueño? Bueno. Stern sabía que yo no tenía sueño y que no quería tenerlo. Sólo deseaba ser pies. Sólo deseaba aflojarme, ser un par de pies completamente flojos. Unos pies sin cerebro, unos pies que se dirigen a alguna parte, once veces, once, tengo once años.

Me dividí en dos, y todo estuvo bien. Una parte de mí mismo miraba a la parte de mí mismo que volvía a la biblioteca. Y la señorita Kew se inclinaba hacia mí, pero no demasiado, y las hojas del periódico crujieron bajo mi cuerpo en la silla de la biblioteca, y yo me había sacado un zapato y los dedos del pie colgaban flojos... Y sentí entonces cierta sorpresa. Pues esto era hipnosis, y sin embargo me sentía totalmente consciente, inmóvil sobre el sofá, oyendo el zumbido de la voz de Stern; totalmente capaz de volverme y sentarme y hablar con él, y hasta de irme si quisiera, pero yo

no quería irme... Oh, si esto era la hipnosis, yo estaba de acuerdo, completamente de acuerdo. Yo ya la conocía. Y estaba bien.

Podía ver, sobre la mesa, el cuero repujado, y aun podía quedarme junto a la mesa con usted, con la señorita Kew, la señorita Kew, y Bonnie y Beanie que tienen ocho, y son mellizas, y el bebé. El bebé tiene tres años.

—El bebé tiene tres años—dijo ella.

Sentí una presión, algo que se estiraba y... y que se quebraba. Y con una desgarrante agonía, y una explosión de triunfo que ahogaba el dolor, todo terminó.

Y esto era lo que estaba dentro. Todo en un relámpago, pero realmente todo.

¿El bebé tiene tres años? Mi bebé hubiera tenido tres años, si hubiera existido un bebé, pero nunca existió...

Lone, me abro a ti. Me abro, ¿me abro lo bastante?

Los iris como ruedas. Sé que dan vueltas, pero nunca pude verlos. La sonda viene invisible desde su cerebro y me entra por los ojos hasta el cerebro. ¿Sabe él lo que eso significa para mí? ¿Le importa? No le importa. No lo sabe. Me examina, me vacía y yo me lleno otra vez. Bebe y espera, y espera y bebe de nuevo, y nunca mira su copa.

Cuando lo vi por vez primera, yo estaba bailando en el viento, en el bosque, al aire libre, y él me miraba desde el follaje sombrío. Lo odié por eso. No era mi bosque, no era mi prado de lunitas de oro, entretejido de helechos. Pero era mi baile, y se apoderó de mi baile... Mi baile, petrificado para siempre porque él estaba allí. Lo odié por eso, odié cómo me miraba, cómo estaba allí, hundido hasta los tobillos en los helechos suaves y húmedos, como un árbol con raíces en vez de pies, y unas ropas del color de la tierra. Cuando me detuve, él se movió, y entonces fue sólo un hombre, un gran mono de hombros cuadrados, ese animal sucio que es un hombre. Y todo mi odio fue de pronto miedo, y me sentí helada de pronto.

Él sabía lo que estaba haciendo y no le importó. Bailar... yo nunca volvería a bailar porque nunca sabría si el bosque no estaba lleno de ojos, si no estaba lleno de hombres altos, hombres parecidos a animales, descuidados y sucios. Los días de verano las ropas me pesarían en el cuerpo, y las noches de invierno viviría envuelta recatadamente en telas, como en una mortaja, y nunca volvería a bailar, nunca recordaría este baile sin recordar esos ojos. ¡Cómo lo odié! ¡Oh, cómo lo odié!

Bailaba sola en lugares ignorados. Ese era mi secreto. Y mientras tanto seguían hablando de mí como de la señorita Kew, una señorita victoriana, avejentada y anticuada, correcta y tiesa; encajes, ropa blanca y soledad. Ahora comenzaría a ser, realmente, lo que ellos decían, y ya nunca dejaría de serlo. Mi secreto... me lo habían robado.

El hombre salió a la luz del sol y vino hacia mí, con la cabeza un poco inclinada sobre un hombro. Me quedé donde estaba, helada por dentro y por fuera, con el corazón lleno de ira y la piel erizada de miedo, con un brazo extendido y el cuerpo doblado en un momento del baile. Cuando el hombre se detuvo, volví a respirar, pero sólo porque me ahogaba.

—¿Usted lee libros?—me dijo.

No podía soportar su cercanía, pero tampoco podía moverme. El hombre extendió su mano áspera y me tocó la barbilla, y me hizo levantar la cabeza y tuve que mirarlo a los ojos. Quise apartarme, pero mi rostro no abandonaba su mano, y sin embargo su mano no me retenía, sólo sostenía mi rostro.

—Tiene que leer algunos libros para mí. No tengo tiempo para buscarlos.

—¿Quien es usted.?—le pregunté.

—Lone—me dijo—. ¿Va a leer libros para mí?

—No. ¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir!—No me tenía presa.

—¿Qué libros?—le pregunté.

Me golpeó en la cara, no muy fuerte, y alcé un poco más la cabeza. Dejó caer la mano, y los ojos, los iris, comenzaron a girar.

—Abra la cabeza me dijo—. Ábrala y déjeme ver.

Había libros en mi cabeza y él miraba los títulos.

No, no miraba los títulos; no sabía leer. Miraba... lo que yo sabía de los libros. De pronto me sentí terriblemente inútil. Yo sabía muy poco.

—¿Qué es eso?—preguntó ásperamente.

Comprendí. Lo había sacado de mi cabeza. Yo no sabía que estaba, pero él lo había encontrado.

—Telekinesis—dije.

—¿Cómo se hace?

—Nadie sabe si es posible. Mover objetos con la mente.

—Es posible—dijo—. ¿Y esto qué es?

—Teleportación. Lo mismo. Bueno, casi. Mover el propio cuerpo, pero sólo por medio de la mente.

—Sí, sí. Ya veo—dijo con cierta dureza.

—Interpenetración molecular Telepatía y clarividencia. No sé nada de todo eso. Me parece que son tonterías.

—Lea sobre eso. No importa si no entiende. ¿Qué es eso?

Estaba ahí, en mi cerebro, en mis labios.

—Gestalt

—¿Qué quiere decir?

—Grupo. Como curar varias enfermedades con un solo tratamiento. Como varias ideas expresadas en una sola frase. Él todo es mayor que la suma de las partes.

—Lea sobre eso, también. Lea mucho sobre eso. Más que sobre ninguna otra cosa. Es lo más importante.

Se volvió, y cuando apartó sus ojos de los míos fue como si algo se quebrase, y trastabillé y caí de rodillas. Se hundió en el bosque sin mirar hacia atrás. Recogí mis ropas y corrí a casa. Sentí furia, como una tormenta. Sentí miedo, como un huracán. Sabía que iba a leer los libros, sabía que iba a volver, sabía que nunca bailaría de nuevo.

Así que leí los libros y volví. A veces iba todos los días, durante tres o cuatro días, y otras veces, cuando no podía encontrar algún libro, no iba durante diez. Lone estaba siempre allí en el cañaveral, esperando, de pie entre las sombras, y tomaba lo que quería de los libros y nada de mí. Nunca mencionaba nuestro próximo encuentro, y yo no podía saber si venía diariamente o sólo los días en que yo iba a verlo.

Me hizo leer muchos libros que no me interesaban, libros sobre evolución, organizaciones sociales y culturales, mitología y, principalmente, simbiosis. No se podía decir que yo hablara con él. Nada audible se producía entre nosotros, salvo sus pequeños gruñidos de sorpresa o sus débiles. murmullos de interés.

Arrancaba los libros de ni mente como hubiera podido arrancar las fresas de una planta y de un solo tirón. Olía a sudor, a tierra, y a los jugos de las hojas y los tallos que aplastaba al caminar por el bosque.

Si algo aprendía de los libros, nada demostraba.

Hasta que un día se sentó a mi lado y me planteó un problema.

—¿Qué libro tiene algo como esto Me preguntó, y se quedó pensando un rato. Una termita no puede digerir la madera, pero sí el microbio que vive en la termita, y entonces la termita se alimenta de lo que deja el microbio. ¿Qué es eso?

—Simbiosis—recordé. Recordé la forma en que sacó el significado de las palabras y tiró las palabras. —Dos formas de vida que se necesitan para vivir.

—Sí, bueno, ¿hay algún libro que hable de cuatro o cinco seres que vivan de ese modo?

—No sé.

—¿Qué es esto?—me preguntó entonces—. Imagínese una estación de radio, y luego cuatro o cinco receptores. Cada receptor mueve una máquina diferente. Una cava, por ejemplo, la otra vuela y la otra hace ruido, pero todas reciben órdenes del mismo lugar. Y cada una de ellas tiene, sin

embargo, su propia fuente de energía y una determinada función. Bueno, ¿hay, en vez de radio y receptores, algo vivo que se parezca a eso?

—¿Varios organismos que fueran partes de un todo, y partes independientes a la vez? No lo creo... únicamente que usted se refiera a una organización social, como un equipo, o como un grupo de trabajadores que obedecen aun mismo patrón.

—No—dijo Lone inmediatamente—. No es eso. Como un solo animal.

Y su mano entreabierta se movió en el aire y yo comprendí lo que quería decir.

—¿Quiere decir una forma de vida gestalt?—pregunté. ¡Es imposible!

—Ningún libro habla de eso, ¿no?

—Ninguno que yo conozca.

—Necesito saber algo más—dijo lentamente—. Ese ser existe. Quiero saber si se ha producido antes.

—No entiendo cómo eso pueda existir.

—Existe. Una parte que investiga, una parte que calcula, una parte que descubre y una parte que habla.

—¿Que habla? Sólo los seres humanos hablan.

—Ya lo sé—me dijo, y se levantó y se fue.

Busqué en todas partes un libro que hablase de ese ser, pero no fui capaz de encontrarlo. Volví y se lo dije. Se quedó quieto mucho tiempo, con los ojos clavados en la doble línea azul de las lomas del horizonte. Luego me miró con esos ojos y esos iris en movimiento y buscó dentro de mí.

—Usted aprende, pero no piensa—dijo, y miró otra vez hacia las lomas.—Todo esto pasa entre seres humanos—añadió. Pasa, parte por parte, ante las narices de la gente, y nadie se da cuenta. Algunos leen el pensamiento. Otros mueven objetos con la mente. Otros se trasladan del mismo modo. Otros, en fin, resuelven cualquier problema. Sólo falta quien junte todo eso, como lo hace un cerebro; alguien que gobierne todas las partes: la que toca, la que tiene calor, la que camina, la que piensa, y todas las demás... Yo soy eso—terminó abruptamente.

Se quedó callado tanto tiempo que pensé que me había olvidado.

—Lone—dije—, ¿qué hace usted en el bosque?

—Espero—dijo—. Aún no estoy terminado.—Me miró a los ojos y lanzó un gruñido de irritación.—No quiero decir «terminado» en ese sentido. Quiero decir... que no estoy completo todavía. ¿Vio cómo un gusano cortado en pedazos vuelve a completarse? Bueno, olvide que lo han cortado. Suponga que crece así, a partir de un pedazo. ¿Se da cuenta? Estoy uniendo partes. No estoy terminado. Y busco un libro que hable de lo que yo seré algún día.

—No conozco ese libro. ¿No me puede decir algo más? Quizá entonces pueda pensar en un libro parecido, o en un lugar donde podría buscarlo.

—Sólo sé que tengo que hacer lo que hago, como un pájaro que tiene que hacer su nido, cuando llega el momento. Y sé que cuando yo esté hecho, no podré sentirme demasiado orgulloso. Seré como un cuerpo más ágil y más fuerte que todos los otros cuerpos, pero me faltará la cabeza. Aunque quizá eso me pase porque soy de los primeros. Esa imagen suya, ese hombre de las cavernas.

—Neanderthal.

—Eso es. Piense en él. No era gran cosa. Sólo un proyecto. Yo seré lo mismo. Pero un día, cuando ya esté organizado, aparecerá quizá la cabeza, y entonces valdré algo.

Gruñó satisfecho—y se alejó.

Busqué y busqué, días enteros, pero no pude encontrar lo que él quería. Encontré una revista que afirmaba que el próximo paso importante, en la evolución humana, sería de orden psíquico antes que físico, pero no decía nada acerca de... ¿cómo lo llamaré? ¿Un organismo gestalt? Encontré algo acerca de un moho de los pantanos, pero se parecía más a una colonia de amebas que a una simbiosis.

Para mi mente poco científica, poco curiosa, no había nada como lo que él pretendía, excepto quizá una banda de música en marcha: cada uno de los músicos toca un instrumento diferente, con una técnica diferente y notas diferentes, y todos juntos hacen una sola cosa. Pero no era eso lo que él quería decir.

Por lo tanto fui a verlo. El sol ya se ponía y corría un aire fresco, y Lone tomó lo poco que había en mis ojos y me dio la espalda, enojado, lanzando una palabrota que no quiero recordar.

—No ha podido encontrarlo—me dijo—. No vuelva.

Se levantó y se alejó, y se apoyó de espaldas en un abedul descortezado, y se quedó mirando las sombras susurrantes movidas por la brisa. Creo que se había olvidado de mí; o quizá sumergido en sus extraños pensamientos no oyó el ruido de mis pasos. Le hablé, desde muy cerca, y dio un salto, como un animal asustado.

—Lone—dije,—no me acuse. Hice todo lo que pude.—Se dominó y me miró con aquellos ojos.

—¿Que no la acuse? ¿Quién la acusa?

—No tuve éxito—le dije—, y está usted enojado.

Me miró tanto tiempo que me sentí incómoda.

—No sé de qué habla—me dijo.

Yo no quería que se fuera. Pero se iría. Se iría dejándome con un solo pensamiento: yo no le importaba. Ya no era crueldad o ligereza. Era indiferencia. La indiferencia de un gato ante un tulipán entreabierto.

Lo tomé por los brazos e intenté sacudirlo. Hubiera sido lo mismo que querer mover el frente de una casa.

—¡Usted tiene que saberlo!—le grité—. Sabe lo que leo. ¡Tiene que saber lo que pienso!—Lone sacudió la cabeza. Me enfurecí.—Soy un ser humano, una mujer. Me utilizó varias veces sin darme nada. Destrozó mis costumbres y mis hábitos, haciéndome leer a toda hora, haciéndome venir bajo la lluvia y los domingos, y no se fijó en mí, y ni siquiera me habló. No sabe nada de mí y no le importa. Me hizo venir bajo un terrible hechizo y ahora, ahora que ha terminado, me dice «no vuelva».

—¿Tengo que darle algo por lo que tomé?

—Creo que sí.

Lone lanzó aquel breve murmullo de interés.

—Qué quiere que le dé. No tengo nada.

Me alejé de él. Sentí... no sé lo que sentí. Y dije entonces:

—No sé.

Se encogió de hombros y se dio vuelta. Di casi un salto hacia él, reteniéndolo.

—Quiero que...

—Bueno, maldita sea, ¿qué quiere?

No podía mirarlo. Apenas podía hablar.

—No sé. Hay algo, pero no sé lo que es. Es algo que... No puedo decir si lo sé.—Lone sacudió la cabeza, y volví a tomarlo de los brazos.—Ha leído los libros que hay en mí, ¿no puede leer el... el yo que hay en mí?

—Nunca lo probé.—Se acercó y me tomó la cara.—A ver—dijo.

De sus ojos salió aquella extraña sonda, y entró en mí y yo grité. Me retorcí tratando de huir. Yo no había querido eso, estaba segura, no lo había querido. Luché terriblemente. No sé en qué momento Lone me tomó entre sus manos y me alzó en el aire. Cuando terminó, me dejó caer. Me doblé en el suelo, y. me eché a llorar. Lone se sentó a mi lado. No trató de tocarme. No trató de irse. Me tranquilicé y me puse en cuclillas, y esperé.

—No volveré a hacer eso muchas veces—me dijo.

Me senté, me envolví las piernas con la falda y puse la cabeza sobre las rodillas levantadas para poder verle la cara.

—¿Qué pasó?

Lanzó una maldición.

—Qué condenada confusión lleva usted ahí dentro. Treinta y tres años de edad... ¿Para qué quiere vivir así?

—Vivo muy bien—dije algo picada.

—Si—respondí.—Completamente sola durante diez años, excepto alguien para hacer el trabajo. Nadie más.

—Los hombres son animales, y las mujeres...

—¿Realmente odia a las mujeres? Todas saben algo que usted ignora.

—No quiero saber. Soy feliz así.

—Como un infierno.

No le contesté. No me gusta ese modo de hablar.

—De mí desea dos cosas. Ninguna de ellas tiene sentido.

Me miró, y por primera vez vi alguna expresión en su rostro: estaba asombrado.—Quiere saberlo todo de mí, de dónde vengo, y cómo llegué a ser lo que soy.

—Sí. Quiero saber eso. Pero ¿y esa otra cosa que deseo, y que usted conoce y yo no?

—Nací en algún lugar y crecí como un matorral en alguna parte—dijo Lone ignorándome. La gente ni siquiera intentó meterme en el asilo. Así crecí, destinado a ser el idiota del pueblo. Pude haberlo sido, pero me metí en los bosques.

—¿Por qué?

Pensó un rato y luego dijo:

—Quizá porque no entendía el modo de vivir de la gente. En el bosque podía crecer a mi gusto.

—¿Cómo?

Mi pregunta atravesó esa lejanía que nacía y moría, continuamente, entre nosotros.

—Como eso que busqué en sus libros...

—Nunca me lo explicó.

—Aprende, pero no piensa—dijo como aquella otra vez—. Se trata de algo así como... bueno, una persona. Está hecha de partes diferentes, pero es una sola persona. Tiene manos, piernas, una voz y un cerebro. Eso soy yo, el cerebro. Condenadamente débil, pero por ahora no hay otro.

—Usted está loco.

—No. No lo estoy—dijo sin inmutarse y con mucha firmeza—. Ya tengo la parte que es manos. Puedo llevarlas a cualquier sitio, y ellas hacen allí lo que yo quiero, aunque son aún demasiado jóvenes para hacer ciertas cosas. Tengo también la parte que habla. Esta es realmente buena.

—No me parece que usted hable muy bien—le dije. Yo no podía tolerar un lenguaje incorrecto.

Lone se sorprendió.

—¡No hablo de mí! Ella está allá, con los otros.

—¿Ella?

—La parte que habla. Ahora necesito a alguien que piense, uno que tome una cosa y la junte con otra y dé la respuesta exacta. Y cuando todo esté terminado, y cuando todo comience a funcionar, seré ese ser de que le hablé. ¿Comprende? Sólo que... desearía que tuviese una cabeza mejor que yo.

Todo me daba vueltas.

—¿Cómo empezó todo eso?

Lone me miró gravemente:

—¿Cómo empieza a crecer el pelo en las axilas?—me preguntó—Nunca se sabe cómo pasan esas cosas. Pasan, nada más.

—¿Qué es eso... que hace usted cuando me mira a los ojos?

—¿Quiere saber cómo se llama? No lo sé. No sé tampoco cómo lo hago. Solo sé que la gente me obedece. Usted va a olvidarme.

—No quiero olvidarlo—dije con voz ahogada.

—Lo hará. No comprendí en ese momento si él quería decir que yo olvidaría o que yo tendría que olvidar.

—Me odiará, y más tarde, después de mucho tiempo, se sentirá agradecida. Quizá algún día pueda hacer algo por mí. Se sentirá tan agradecida, que estará contenta de hacerlo. Pero lo olvidará todo, salvo una especie de... sentimiento. Y mi nombre, quizá.

No sé qué me movió a preguntarle, casi con desesperación:

—¿Y nadie sabrá nada de usted y de mi?

—No—dijo—. Excepto... bueno, excepto la cabeza del ser, como yo, o alguna mejor.

Lone comenzó a incorporarse, pesadamente.

—¡Oh, espere, espere!—grité. No debía irse todavía, no debía irse. Era una bestia sucia y enorme, pero de algún modo terrible yo era, ahora, su esclava.—No me ha dado eso otro... cualquier cosa que sea.

—Ah, sí—dijo.—Eso.

Se movió como un relámpago. Sentí una presión, algo que se estiraba y... se quebraba. Y con una desgarrante agonía y una, explosión de triunfo que ahogaba el dolor, todo terminó.

Así, salí, por dos niveles distintos:

Con once años, agotado por la agonía de esa increíble entrada en él yo de otra persona.

Con quince años, acostado en el sofá mientras Stern proseguía:

—...totalmente, totalmente flojos, los tobillos y las piernas tan flojos como los pies, el vientre flojo, la nuca floja lo mismo que el vientre, todo se ablanda y afloja, y aún mas...

Me senté en el sofá y puse los pies en el piso.

—Muy bien—dije.

Stern pareció un poco molesto.

—Esto va a dar resultado—dijo, pero sólo si cooperas conmigo. Descansa...

—Ya dio resultado.

—¿Qué?

—Todo, de la A a la Z.—Hice castañetear los dedos:

—Así.

Stern me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Qué quieres decir?

—Era allí, donde usted decía, en la biblioteca. Cuando yo tenía once años. Cuando ella dijo: «El bebé tiene tres años». Todo lo que estaba hirviendo en ella, desde hacía tres años, desbordó en ese instante inundándolo todo. Me alcanzó, con todas sus fuerzas. Y yo era sólo un chico, descuidado, indefenso. Vino con mucho... dolor. Yo nunca hubiera imaginado que existiera tanto dolor.

—Sigue—dijo Stern.

—Eso fue todo realmente. Quiero decir, lo que me hizo a mí. Era en sí un buen pedazo de la señorita Kew. Lo que le había ocurrido durante cuatro meses, sin faltar un solo detalle. Conocía a Lone.

—¿Quieres decir toda una serie de episodios?

—Eso es.

—¿Viste toda una serie a la vez? ¿En menos de un segundo?

—Eso es. Mire, durante ese instante fui ella, ¿se da cuenta? Fui ella, todo lo que ella había hecho, todo lo que ella había pensado, todo lo que había oído y sentido. Todo, todo. Todo en su orden, si yo así lo quería. Cualquiera de las partes, si sólo quería una de ellas. Si yo fuese a decirle lo que voy a almorzar, ¿tendría que contarle todo lo que hice desde que nací? No. Le digo que fui ella, y desde entonces, y para siempre, tengo, de ese asunto, los mismos recuerdos que ella. Como en un relámpago.

—Una gestalt—murmuró Stern.

—¡Ajá!—dije y pensé un rato en eso. Pensé en muchas cosas. Las aparté por el momento y añadí—: ¿Cómo no lo supe antes?

—Lo habías reprimido.

Me puse de pie, excitado.

—No comprendo por qué. No lo comprendo de veras.

—Una repulsión natural, me imagino—dijo Stern—¿Qué te parece esto? Te disgusta ser mujer aun un instante

—Me dijo al principio que yo no tenía esa clase de problemas.

—Bueno, ¿qué te parece esto? Dices que sentiste dolor en ese momento. Pues bien, no quisiste recordarlo para no sentir otra vez ese dolor.

—Déjeme pensar. Déjeme pensar. Sí, sí, eso es, en parte. El meterse en la mente de otro. La señorita Kew me abrió su mente porque yo le recordaba a Lone. Entré. No estaba preparado. No lo había hecho nunca excepto quizá un poco, con gente que se me había resistido Esta vez entré del todo, y fue demasiado. Me asusté tanto que no quise intentarlo otra vez. Y allí se quedó, oculto, escondido. Pero comencé a desarrollarme y mi poder se desarrolló conmigo, y yo aún temía usarlo. Y cuanto más crecía, más sentía, profundamente, que la señorita Kew tenía que morir, antes que ella matara... lo que soy. ¡Dios mío!—grité—¿Sabe usted lo que soy?

—No—dijo. Stern—. ¿Quieres decírmelo?

—Me gustaría—respondí—Oh, si, me gustaría.

Stern tenía una expresión atenta, profesional. No creía ni dejaba de creer. Aceptaba. Yo tenía que decírselo, y de pronto comprendí que me faltaban las palabras. Conocía las cosas.. pero me faltaban los nombres.

Lone tomó el significado y tiró las palabras.

Y antes: Lea libros. Lea libros para mí.

Aquella mirada. Aquel abrirse de la mente. Me volví hacia Stern. Alzó la vista hacia mí. Me acerqué. Se sorprendió en un principio, luego, dominándose, se aproximó un poco más.

—Dios mío—murmuró.—No había visto esos ojos. Juraría que los iris giran como ruedas.

Stern había leído libros. Yo no sabía que se hubieran escrito tantos libros. Me deslicé dentro de él, y empecé lo buscar lo que quería.

No puedo decir, exactamente, a qué se parecía esa experiencia. Era tomo entrar en un túnel, y en ese túnel, en todas partes, en el techo y las paredes asomaban unos brazos de madera como esos que se ven en las ferias, en los tiovivos, esos brazos de donde se sacan las anillas. Había una anilla en el extremo de cada brazo, y uno podía tomar lo que quisiese.

Ahora Imagine que su mente decide qué anillas quiere tomar. y que los brazos sólo tienen esas anillas. Suponga ahora que usted tiene mil manos para tomar esas anillas,

y que el túnel es de un millón de kilómetros de largo, y que usted puede ir de un extremo a otro del túnel sacando anillas. y en un solo abrir y cerrar de ojos. Bueno, era algo semejante, sólo que más fácil.

Fue más fácil para mí de lo que había sido para Lone.

Me incorporé apartándome de Stern. Parecía enfermo y asustado.

—Todo está bien—dije.

—¿Qué me has hecho?

—Necesitaba algunas palabras. Vamos, vamos, no olvide su profesionalidad

Tuve que admirarlo. Se guardó la pipa en el bolsillo y se apretó las puntas de los dedos contra la frente y las mejillas. Luego se sentó, y ya estaba bien otra vez.

—Comprendo—le dije. — Así se sintió la señorita Kew cuando Lone le hizo lo mismo.

—¿Qué eres?

—Se lo diré. Soy el ganglio central de un organismo complejo compuesto por el bebé, un computador; Bonnie y Beanie, teleportadores; Janie, telekenicista, y yo mismo telépata y centro de gobierno. Todo lo que somos ha sido ya documentado: la teleportación de los yoguis, la telekinesis de algunos jugadores, los genios aritméticos. y. principalmente, lo que algunos atribuyen a los fantasmas: muebles que se mueven, el instrumento es una niña. Sólo que en este caso cada una de mis partes es capaz de ejecutar un trabajo óptimo.

Lone organizó este ser, o el ser se formó a su alrededor, poco importa. Reemplacé a Lone, pero cuando él murió yo estaba todavía poco desarrollado, y por otra parte, ese episodio que viví con la señorita Kew me reprimió totalmente. Tiene usted razón cuando supone que el temor al dolor impidió que yo descubriera qué encerraba ese episodio. Pero había otro motivo para que yo no quisiese cruzar esa barrera, la barrera de «el bebé tiene tres años»

Ya dijimos que para mí debía haber algo de más valor que la seguridad que nos daba la señorita Kew. ¿Puede ver ahora qué era eso. Mi organismo gestalt estaba a punto de morir a causa de esa seguridad. Comprendí que la señorita Kew tenía que morir o ese ser, yo, moriría. Oh. Las partes seguirían viviendo; dos negritas casi mudas, una niña introspectiva con cierto talento para el arte, un idiota mongoloide y yo... un noventa por ciento de posibilidades sin aplicación y otro diez por ciento de delincuente juvenil. Me reí.—Claro, tenía que morir. Era necesario para salvar el organismo gestalt.

Stern murmuró algo entre dientes y comenzó a decir:

—No comprendo...

—No necesita comprender.—Me reí otra vez.—Esto es magnífico. Muy bueno, realmente bueno. Bien, escúcheme. Es un asunto que puede interesarle. Como psiquiatra, quiero decir. Hemos hablado de represiones. Yo no podía pasar «el bebé tiene tres años» porque ahí estaba el secreto de lo que yo era realmente. No quería descubrirlo porque temía recordar que yo era dos cosas: un chico al cuidado de la señorita Kew y algo endemoniadamente más complicado. No podía ser ambas cosas a la vez y no quería librarme de ninguna de ellas.

—¿Y ya lo has conseguido?—dijo Stern sin levantar los ojos de la pipa.

—Sí.

—¿Y ahora?

—¿Qué quiere decir?

Stern se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla.

—¿No se te ha ocurrido que este... organismo gestalt ya está muerto?

—No lo está.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sabe su cabeza que su brazo funciona?

Stern se tocó la cara.

—Y entonces... ¿ahora qué?

Me encogí de hombros.

—¿Si el hombre de Pekín hubiese visto la figura erecta del Homo sapiens hubiera dicho «ahora qué»? Viviremos, eso es todo. Como un hombre, como un árbol, como cualquier cosa viviente. Nos alimentaremos y creceremos, experimentaremos y nos multiplicaremos. Nos defenderemos.—Extendí las manos.—Haremos cualquier cosa.

—¿Pero qué podéis hacer?

—¿Qué puede hacer un motor eléctrico? Depende de la cosa a que apliquemos nuestra fuerza.

Stern estaba muy pálido.

—¿Y qué quisieras hacer tú?

Pensé un momento. Stern me esperó sin añadir una palabra.

—¿Sabe qué?—dije al fin—. Desde que nací la gente me trató siempre a las patadas. Luego me recogió la señorita Kew. ¿Y qué ocurrió entonces? Ella casi me mata.

—Pensé otra vez.—Todo el mundo se divierte, excepto yo. Con esa diversión que consiste en golpear a los más pequeños, a los que no pueden responder. O con esos favores con los que terminan por apoderarse de uno, o por matarlo a uno.—lo miré y sonreí.—Voy a divertirme. Eso es todo.

Stern me volvió la espalda. Creí que iba a levantarse y a caminar por la habitación, pero de pronto se dio vuelta otra vez. Supe, entonces que no me quitaría los ojos de encima.

—Has cambiado mucho desde que entraste aquí.

—Es usted un buen sanacabezas.

—Gracias—dijo Stern amargamente—. Y te imaginas que ya estás curado, listo para comenzar a rodar por ahí.

—Claro. ¿Usted no?

Stern meneó la cabeza.

—Sólo has descubierto lo que eres. Tienes mucho más que aprender.

Traté de no impacientarme.

—¿Como por ejemplo?

—Como saber qué le ocurre a la gente que arrastra una culpa como la tuya. Eres diferente, Gerry, pero no tanto.

—¿Debo sentirme culpable por haber salvado mi vida? Stern fingió no oírme.

—Otra cosa. Te he oído decir que te pasaste la vida odiando a todo el mundo. ¿Pensaste alguna vez por qué?

—No sabría decirlo.

—En parte porque estuviste tan solo. Por eso mismo vivir con otros chicos, y luego con la señorita Kew, significó tanto para ti.

—¿Y qué? Todavía tengo a los chicos. Stern sacudió la cabeza lentamente.

—Tú y esos chicos formáis una sola criatura. Única. Sin precedentes.—Me apuntó con su pipa.—Sola.

La sangre se me subió a la cabeza.

—Cállese.

—Piensa un poco—dijo Stern suavemente—. Podéis hacer prácticamente lo que se os ocurra. Podéis conseguir cualquier cosa. Y nada impedirá que estéis solos.

—Cállese, cállese... Todos están solos.

—Sí—dijo Stern—, pero algunos aprendieron a vivir en soledad.

—¿Cómo?

—Saben algo—dijo Stern al cabo de un rato—que tú ignoras totalmente. Si te lo dijera no lo entenderías.

—Dígamelo y veremos.

Me miró de un modo muy raro.

—Algunas veces lo llaman moral.

—Me parece que tiene razón. No sé de qué habla.—Me sacudí.—Tiene miedo—le dije—. Tiene miedo del Homo gestaltiensis.

—Stern hizo un tremendo esfuerzo y sonrió.

—Eso es terminología bastarda

—Somos un ser bastardo—le respondí.—Siéntese—añadí, indicándole dónde.

Stern atravesó el cuarto silencioso y se sentó ante el escritorio. Me incliné hacia él y comenzó a dormir con los ojos abiertos. Me incorporé y lancé una mirada alrededor del cuarto. Tomé el termos, lo llené de agua y lo puse encima de la mesa. Arreglé una punta de la alfombra, y coloqué una toalla limpia en la cabecera del sofá. Me acerqué al costado del escritorio, lo abrí y observé el alambre de grabación.

Como si extendiera una mano, llegó Beanie, y se detuvo junto al escritorio, con los ojos muy abiertos.

—Mira—le dije—. Fíjate bien. Quiero borrar este alambre. Pregúntale al bebé cómo se hace.

Me guiñó un ojo y se inclinó sobre el grabador. Estuvo allí un momento, y se fue y volvió, simplemente. Me apartó e hizo girar dos perillas, y luego movió una llave que sonó dos veces. El alambre corrió hacia atrás rápidamente, susurrando.

—Está bien—dije.—. Puedes irte.

Beanie desapareció.

Tomé mi chaqueta y fui hacia la puerta. Stern estaba sentado todavía ante el escritorio, con los ojos abiertos.

—Un buen sanacabezas—murmuré.

Me sentía magníficamente.

Esperé un rato afuera, y luego volví a entrar en el cuarto.

Stern levantó la cabeza.

—Siéntate ahí, hijito

—Caramba—dije.—Lo siento, señor. Me equivoqué de oficina.

—No es nada—respondió Stern.

Salí y cerré la puerta. Durante todo el trayecto al puesto de policía me fui riendo entre dientes. Les conté una historia a propósito de la señorita Kew y les gustó. Y aún a veces me río acordándome de este Stern, de cómo se habría explicado la pérdida de una tarde y la ganancia de un billete de mil. Mucho más divertido que recordarlo muerto. ¿Qué demonios es la moral, al fin y al cabo?

TERCERA PARTE - MORAL

—¿Es pariente suyo señorita Gerald? —dijo el sheriff, perentoriamente.

—Gerard—corrigió la mujer. Tenía los ojos grisáceos, y una boca rara. —Es mi primo.

—Todos los hijos de Adán somos primos, de una u otra forma. Tendrá que darme más datos.

—Hace siete años estuvo en la Fuerza Aérea—dijo ella—. Tuvo ciertas... dificultades y fue dado de baja por razones de salud.

El sheriff recorrió con el pulgar la ficha que tenía sobre el escritorio.

—¿Recuerda el nombre del médico?

—Thompson, primero; luego Bromfield. El doctor Bromfield fue quien lo dio de baja.

—Parece que realmente sabe algo de él. ¿Qué era antes de entrar en la Fuerza Aérea?

—Ingeniero. Bueno, lo hubiera sido de haber terminado sus estudios.

—¿Por qué no lo hizo?

La señorita Gerard se encogió de hombros.

—Desapareció, simplemente.

—Entonces, ¿cono sabe que está aquí?

—Lo reconocería en cualquier parte—dijo la mujer Vi... vi lo que ocurrió..

El sheriff refunfuñó, levantó la ficha, y la dejó caer. —Vea, señorita Gerald, no me gusta dar consejos. Parece usted parece una muchacha decente. ¿Por qué no lo olvida?

—Me gustaría verlo, si fuera posible—dijo la mujer voz muy suave.

—Está loco. ¿Lo sabía usted

—No lo creo.

—Rompió a golpes de puño el cristal de un escaparate. Sin motivo.

La mujer esperó. El sheriff volvió a insistir:

—Está sucio. Ni siquiera sabe su nombre.

—¿Puedo verlo?

El sheriff lanzó un gruñido y se puso de pie.

—Si los psicólogos de la Fuerza Aérea tuviesen un poco de sentido común, este muchacho estaría encerrado, y nunca hubiese caído en una cárcel. Por aquí.

Las paredes, de planchas de acero, como los mamparos de un barco, eran de un amarillo descolorido en la parte superior y de color mostaza en la inferior. Los pasos resonaron en los pasillos tachonados de remaches. El sheriff hizo girar la llave en una puerta metálica que tenía un pequeño enrejado a la altura de la cabeza. La puerta se deslizó sobre un riel. Atravesaron el umbral y el sheriff volvió a cerrar con llave y le dijo a la mujer que se adelantara. Entraron en algo parecido a un granero, con paredes y cielo raso de cemento. Todo alrededor corría un balcón; encima y. debajo de él estaban las celdas, de paredes de acero, y protegidas por unos barrotes muy apretados. Había unas veinte celdas. Sólo unas seis estaban ocupadas. Era un lugar frío y miserable.

—Y bien, ¿qué esperaba usted?—preguntó el sheriff, observando a la muchacha—. ¿El Waldorf Plaza, o algo parecido?

—¿Dónde está?

Caminaron hasta una celda de la parte baja.

—Anímese, Barrows. Una dama quiere verlo.

—¡Hip! ¡Oh, Hip!

El prisionero no se movió. Estaba acostado en una litera de acero, con un pie en el colchón y otro en el piso. El brazo izquierdo le colgaba en un cabestrillo bastante sucio.

—¿Ve? Ni una palabra. ¿Satisfecha, señorita?

—Permítame entrar—murmuró ella—. Permítame hablarle.

El sheriff se encogió de hombros y abrió la puerta de mala gana. La muchacha entró y se volvió hacia el sheriff.

—¿Puedo hablarle a solas?

—Se expone a que la lastime—advirtió el sheriff.

La muchacha lo miró fijamente. Su boca lo decía todo.

—Bien—dijo el sheriff al fin—, estaré cerca. Si necesita ayuda, grite. Le juro, Barrows, que si intenta algo le meto un balazo.

Salió y cerró con llave la puerta de barrotes.

La muchacha esperó a que el sheriff se fuera, y luego se acercó al prisionero.

—Hip—murmuró—, Hip Barrows.

Los apagados ojos del hombre se movieron apuntando aproximadamente hacia la muchacha y se le cerraron y se le abrieron en un parpadeo lento, entumecido.

La muchacha se arrodilló a su lado.

—Señor Barrows—susurró—, usted no me conoce. Les dije que era su prima. Quiero ayudarlo.

Silencio.

—Lo sacaré de aquí—dijo ella—, ¿No quiere salir? El hombre la observó. Después de un rato, se volvió lentamente hacia la puerta, y luego miró otra vez a la muchacha.

Ella le tocó la frente y la mejilla, y señaló el cabestrillo:

—¿Duele mucho?

Él dejó de mirarla y sus ojos se encontraron con el vendaje luego, trabajosamente, volvió a alzar la vista.

—¿No piensa decir nada? ¿No quiere que lo ayude?—preguntó ella,

El silencio se hizo tan largo que la muchacha se levantó. Se volvió hacia la puerta y dijo:

—Será mejor que me vaya. No me olvide. Lo ayudaré.

—¿Por qué?—dijo él.

La mujer estaba otra vez a su lado.

—Porque está usted sucio y vencido, e indiferente. porque nada puede ocultar lo que usted es.

—Está loca—murmuró él con cansancio.

La muchacha sonrió.

—Eso es lo que dicen de usted, de modo que tenemos o en común.

El hombre juró obscenamente. Imperturbable, la muchacha continuó:

—Tampoco así puede ocultarse. Ahora, escúcheme. Esta tarde vendrán a verlo dos hombres. Uno es médico. El otro abogado. Lo sacaremos de aquí al anochecer.

El levantó la cabeza y por primera vez algo le animó la cara aletargada. Algo, pero nada agradable. La voz surgió de lo más hondo del pecho.

—¿Qué clase de médico? gruñó.

—Para el brazo—dijo ella suavemente—. No un psiquiatra. No pasará otra vez por eso.

El hombre echó la cabeza hacia atrás. Lentamente sus facciones fueron perdiendo toda expresión. La muchacha esperó y como él no volviera a moverse, se dio vuelta y llamó al sheriff.

No fue difícil, La sentencia era sesenta días de prisión por daño intencionado. No le habían ofrecido la alternativa de una multa. El abogado demostró rápidamente que había habido un error y pagó la multa. Con un vendaje nuevo y limpio, y las ropas mugrientas, Barrows pasó indiferente junto al sheriff, ignorándolo e ignorando la amenaza de que más le valdría a ese sucio vagabundo no volver, a aparecerse por la ciudad.

La muchacha esperaba afuera. Barrows se paró estúpidamente en lo alto de la escalinata de la cárcel, mientras ella hablaba con el abogado. Luego el abogado se marchó y la muchacha le tocó el codo.

—Vamos, Hip.

Barrows la siguió como un juguete de cuerda, caminando hacia donde le habían apuntado los pies. Doblaron dos esquinas, caminaron cinco cuadras, y luego subieron por los escalones de piedra de una casa limpia y seca como una solterona, con un mirador y una puerta de vidrios de colores. La muchacha abrió la puerta principal con una llave y una segunda puerta, en el vestíbulo, con otra. Se encontraban ahora en el cuarto del mirador. Un cuarto aireado, limpio, y de elevadas paredes.

Barrows se movió espontáneamente por primera vez. Giró con lentitud sobre sí mismo, y estudió las paredes, una tras otra. Extendió una mano, levantó una punta de la carpeta que cubría la cómoda, y la dejó caer.

—¿Su habitación?—preguntó.

—La suya—dijo ella. Se acercó a Hip y puso dos llaves sobre la cómoda—, sus llaves.—Abrió el cajón superior.—Sus medias y pañuelos.—Golpeó sucesivamente con los nudillos cada uno de los cajones.—Camisas. Ropa interior.

—Señaló una puerta.—Ahí hay dos trajes, espero que le queden bien. Una bata. Zapatillas, zapatos.—Señaló otra puerta.—El cuarto de baño, muchas toallas, mucho jabón. Una navaja.

—¿Navaja?

—Quien puede tener llaves, puede tener también una navaja—dijo ella suavemente—. Póngase presentable, por favor. Volveré dentro de quince minutos. ¿Cuánto lleva sin comer?

Barrows sacudió la cabeza.

—Cuatro días. Hasta luego.

La muchacha se escabulló por la puerta y desapareció, y Hip se quedó pensando qué podía decirle, con los ojos clavados en la puerta. Al fin lanzó un juramento y se echó pesadamente sobre la cama.

Se rascó la nariz y luego deslizó la mano bajo la mandíbula. Tenía la barba áspera y dura. Se levantó a medias.

—Maldita sea si lo haré—murmuró, y volvió a acostarse.

Y luego, sin saber cómo, se encontró en el cuarto de baño, observando su imagen en el espejo. Se mojó las manos, se echó agua en la cara, se secó con una toalla y se volvió a mirar. Gruñó, y extendió la mano hacia el jabón.

Encontró la navaja, encontró la ropa interior, los pantalones, las medias, las zapatillas, la camisa, la chaqueta. Se miró otra vez en el espejo y lamentó no tener un peine. La muchacha regresó abriendo la puerta con el codo, depositó unos paquetes sobre la cómoda, y le sonrió mostrándole un peine. Hip lo tomó sin hacer ningún comentario, se metió en el baño, se mojó el cabello y se peinó.

—Venga. Todo está listo—llamó la muchacha.

Hip salió del baño. La lámpara ya no estaba en la mesa de luz, y en su lugar había una fuente ovalada, con un jugoso trozo de carne, y una botella de cerveza, y una papa partida en dos, y unas porciones de manteca ya casi derretida, y unos panecillos calientes envueltos en una servilleta y un pequeño cuenco de madera con ensalada.

—No quiero—dijo Hip, y comenzó a comer abruptamente. No había nada en el mundo más que la comida que le llenaba la boca y la garganta, el hormigueo de la cerveza y la magia indescriptible del sabor de la carne asada.

Cuando terminó de comer, la mesa y la fuente quisieron volar de pronto hacia su cabeza. Se echó hacia adelante, puso las manos sobre la mesa y le dio un empujón. Temblaba violentamente.

—Está bien. Está bien—dijo la muchacha detrás de él, y le puso las manos sobre los hombros, obligándolo a sentarse.

Hip trató, inútilmente, de levantar una mano. La muchacha le secó los labios y la frente con una servilleta.

Después de un rato, Hip abrió los ojos. Miró a su alrededor. La muchacha estaba sentada al borde de la cama, mirándolo en silencio. Hip sonrió tímidamente.

—¡Uf!—exclamó.

La muchacha se puso de pie.

—Pronto se sentirá bien. Es mejor que se acueste. ¡Buenas noches!

Ella había estado en la habitación, y ya no estaba. Había estado con él, y ahora él estaba solo. Era un cambio demasiado grande para entenderlo y tolerarlo. Hip miró primero la puerta y luego la cama, y dijo: —Buenas noches—, sólo porque ésas habían sido las últimas palabras de la muchacha y allí se habían quedado, temblando en el silencio.

Apoyó las manos en los brazos del sillón y trató de que las piernas lo ayudaran. Logró ponerse de pie, pero sólo un momento. Cayó enseguida hacia adelante y hacia un costado, y tuvo que doblarse para evitar que lo golpeara la mesa. Allí se quedó, tendido sobre la colcha, y la oscuridad se abatió sobre él.

—Buenos días.

No se movió. Tenía las rodillas recogidas y las manos apoyadas en los pómulos. Cerró los párpados, todavía más, para que la luz no le entrara en los ojos. Trató de que sus músculos no sintieran la ligera inclinación del colchón, que indicaba el lugar donde ella estaba sentada. Desconectó sus oídos, temiendo que ella volviera a hablar. Su olfato lo traicionó; no había esperado

que hubiese café en la habitación, y antes que pudiera ignorarlo ya lo estaba deseando, intensamente.

Inquieto, siguió acostado, pensando, pensando en ella. Si esta muchacha volviera a hablar, pensó, ya le enseñaría.

Se quedaría allí, acostado, hasta que volviera a hablar, y entonces no le haría ningún caso y seguiría acostado.

Esperó.

Bueno, si no hablaba, no podía no hacerle caso, ¿no?

Abrió los ojos. Unos ojos brillantes, redondos y coléricos. Ella estaba sentada a los pies de la cama, con el cuerpo y el rostro inmóviles, la boca y los ojos animados.

Hip tosió, violentamente. La tos le hizo cerrar los ojos, y al volver a abrirlos ya no miraba a la muchacha. Se pasó la mano por el pecho; luego se miró.

—Dormí vestido toda la noche—dijo.

—Tome su café.

La miró. La muchacha no se había movido. Vestía una chaqueta roja y llevaba en el cuello un pañuelo verde grisáceo. Tenía ojos del mismo color, grandes, serenos, como esos ojos que vistos de perfil parecen un triángulo perfecto. Hip desvió la mirada, más y más, hasta encontrarse con el café. Una gran cafetera y un grueso tazón humeante. Negro, fuerte, bueno.

—Oh—exclamó tomando el tazón entre sus manos y oliendo el café

Bebió.

Miró la luz del sol en la ventana. Era buena. El movimiento de la cortina, hacia arriba y hacia abajo, dejaba entrar de cuando en cuando un rayo de sol. Era bueno. Un óvalo luminoso, una sombra del mismo sol, se reflejaba en un espejo redondo y en la pintura clara de la pared vecina. Era bueno. Tomó más café.

Dejó el tazón, y se pasó los dedos por los botones de la camisa. Estaba arrugada y húmeda.

—Ducha—dijo.

—Vaya —dijo la muchacha levantándose y yendo hacía la cómoda donde había una caja de cartón y unas bolsas de papel. Abrió la caja y sacó un hornillo eléctrico. Hip se desprendió tres botones de la camisa. El cuarto y el quinto saltaron con un leve sonido explosivo de desgarramiento. Se desembarazó de cualquier modo del resto de las ropas. La muchacha no le prestaba ninguna atención. No lo miraba ni evitaba mirarlo: seguía serenamente atareada en el hornillo. Hip entró en el baño y manejó largo rato los grifos de la ducha, tratando de graduar la temperatura del agua. Luego dejó que el líquido le corriera por la nuca. Se mojó la cabeza y se la frotó furiosamente con jabón hasta que una espuma tibia y suave le cubrió el cuerpo.

Dios mío, pensó de pronto. Estoy delgado como un xilófono Debo recuperar mis carnes; sino me enfermaré.

El mismo pensamiento retrocedió en una espiral, interrumpiéndose a sí mismo. No debo mejorarme. Debo enfermarme y seguir enfermo. Debo enfermarme más aún. Hip preguntó colérico:

—¿Quién dice que debo enfermarme?—, pero la única respuesta fue el eco leve de los azulejos.

Cerró los grifos y salió de la bañera. Tomó una enorme toalla, y después de frotarse cuidadosamente el cuero cabelludo, la arrojó a un rincón. Se pasó por el cuerpo una nueva toalla, hasta que la piel se le puso roja, y la tiró junto a la otra, Luego salió del baño. La bata estaba sobre el brazo del sillón, al lado de la puerta. Se vistió.

La muchacha estaba echando unas cucharadas de fragante grasa de tocino en una sartén con tres huevos. Hip se sentó al borde de la cama y ella dejó caer hábilmente los huevos en un plato, dejando toda la grasa en la sartén. Los huevos eran perfectos: las claras bien firmes, las yemas enteras y líquidas, cubiertas por una tenue película. Las aromáticas lonjas de tocino, cuatro breves segundos menos que quebradizas, crujían como papeles secos. En las tostadas, doradas por fuera y suaves y blandas por dentro, la manteca se derretía rápidamente, tratando de llenar las acogedoras cavernas y hendiduras. Y en otra tostada brillaba el dulce. Y la luz del sol, el dulce y los vitrales lanzaban sus incomparables reflejos.

Hip comió y bebió calé, comió más y bebió café y café. Y mientras tanto, la muchacha, sentada en el sillón, con la camisa de Hip sobre la falda, movía las manos como bailarinas, y los botones volvían a la tela bajo los pasos delicados y rápidos.

Hip la observaba. Cuando la muchacha terminó de coser, extendió la mano para tomar la camisa.

—Una limpia—indicó ella.

La muchacha lavó los platos y la sartén, y arregló la cama. Hip se puso una camisa de sport y se echó en el sillón, y ella se arrodilló a su lado y le deshizo el vendaje de la mano izquierda y examinó las heridas, y volvió a vendarlas. El nuevo vendaje era firme y cómodo.

—Ya no necesita el cabestrillo—dijo, satisfecha. Se levantó y volvió a sentarse al borde de la cama, inmóvil otra vez, salvo los ojos y la boca.

Afuera, una oropéndola lanzó una nota prolongada y fina. De pronto la nota se quebró y los fragmentos cayeron en el aire brillante. Un carro cargado de postes pasó perezosamente, sacudiendo unos cencerros, mientras un hombre de voz ronca y otro de voz de viola lo seguían cantando. En una ventana apareció un sonido esférico con una mosca en su centro, y en la otra un gatito blanco. La mosca voló hacia el gatito, y éste retrocedió, saltó hacia ella, se retorció en el aire, y desapareció orgullosamente, como si todos sus movimientos no hubiesen tenido otro fin. Sólo un tonto hubiese podido pensar que había perdido el equilibrio.

En el cuarto tranquilo había una atención desinteresada, una atención que quizá no era más que un deseo de observarlo todo. La muchacha estaba sentada, con las manos dormidas y los ojos despiertos, mientras un destapador de cañerías, llamado Curación, ocupaba el alma y la médula del hombre, adoptando la postura de su cuerpo, descansando y creciendo y creciendo un poco, y descansando otra vez y creciendo.

Al fin, la muchacha se levantó. Sin consultarlo, sólo porque parecía que había llegado el momento, tomó una cartera de mano, se acercó a la puerta, y se detuvo. Hip se movió, se puso de pie y fue hacia ella. Salieron.

Caminaron lentamente hasta un lugar donde había un prado suave, ondulado y terso. Allá abajo, unos muchachos jugaban al softball. Se quedaron allí un rato, observando. Cuando ella vio que la cara de Hip reflejaba sólo las figuras en movimiento y ningún interés en el juego, le tocó el codo y siguieron su camino. Encontraron un estanque con patos, y unos rectos senderos de grava bordeados de canteros. La muchacha arrancó una flor y la puso en el ojal de Hip. Encontraron un banco. Un hombre empujó hacia ellos un carrito brillante y limpio. Compraron una salchicha y una botella de agua gaseosa y Hip comió y bebió en silencio.

Pasaron la tarde juntos, tranquilos.

Comenzó a oscurecer, y la muchacha lo llevó de vuelta a la habitación. Lo dejó a solas una media hora, y cuando regresó lo encontró sentado en el mismo lugar. Abrió los paquetes, cocinó unas chuletas, preparó una ensalada y, mientras Hip comía, hizo un poco de café. Terminada la cena, Hip bostezó. La muchacha se puso de pie.

—Buenas noches—dijo, y salió del cuarto.

Hip se volvió lentamente hacia la puerta que acababa de cerrarse.

—Buenas noches—dijo al fin.

Se desvistió, se acostó y apagó la luz.

Al día siguiente, viajaron en ómnibus y almorzaron en un restaurante.

Al otro día, se retrasaron un poco y escucharon un concierto de banda.

Una tarde llovió y fueron al cine, a ver una película que Hip miró sin decir una palabra, sin sonreír, sin fruncir el ceño, sin mover el cuerpo en las partes musicales.

«Su café» «Mandemos esto al lavadero» «Venga» «Buenas noches» Estas eran las cosas que ella decía. Nada más. Observaba el rostro de Hip y esperaba, serenamente.

Despertó. La oscuridad era muy grande. No sabía dónde estaba. Sólo veía el rostro de frente ancha, pálido, con anteojos de gruesos cristales y mentón puntiagudo. Hip rugió sin palabras y el rostro le sonrió. Comprendió entonces que ese rostro estaba en su mente y no en el cuarto, y la

imagen desapareció... No, supo, simplemente, que no estaba allí. Entonces la cólera le fundió casi el cerebro. Si, pero ¿quién es?, se preguntó a sí mismo. No lo sé, no lo sé... y su voz se transformó en un quejido, cada vez más suave. Silencio. Respiró profundamente y algo, en su interior, cayó y se deshizo. Gritó. Alguien le tomó una mano, y luego la otra, y luego las dos, juntas. Era la muchacha; lo había oído, había venido a verlo. No estaba solo.

No estaba solo... Gritó con más fuerza, amargamente. Tomó una mano de la muchacha, inclinada hacia él, y miró, en la oscuridad, su rostro, su cabello. Se echó a, llorar.

La muchacha esperó pacientemente a que se calmara y le soltara la mano. Luego lo cubrió con una manta y salió de puntillas.

A la mañana siguiente, Hip, sentado en la cama, observaba cómo el humo del café se extendía y desvanecía a la luz del sol. Miró luego cómo la muchacha ponía unos huevos sobre la mesa de luz. Le temblaron los labios. La muchacha se quedó de pie, esperando. Hip dijo entonces:

—¿Ya ha desayunado?

Algo se iluminó en los ojos de la muchacha. Meneó la cabeza.

Hip miró su plato, como si tratara de resolver un problema. Finalmente, lo alejó unos centímetros y se puso de pie.

—Coma esto—dijo—. Yo prepararé más.

La había visto sonreír alguna vez, pero no se había fijado. Ahora era como si todas aquellas cálidas sonrisas se hubieran concentrado en ésta. La muchacha se sentó y comió. Hip frió otro par de huevos, aunque no tan bien como ella. Los huevos estuvieron listos antes que las tostadas, y las tostadas se quemaron mientras comía los huevos. La muchacha no trató de ayudarlo, ni siquiera cuando Hip, con la frente arrugada y el mentón hacia adelante, examinó turbado la mesa de luz. Al fin, encontró lo que buscaba... otra taza. Estaba sobre la cómoda. Le sirvió a la muchacha un poco de café, y tomó para él la otra taza, la que ella no había tocado. La muchacha volvió a sonreír.

—¿Cómo se llama? —preguntó Hip, por primera vez.

—Janie Gerard.

—Ah.

Janie lo observó atentamente. Se estiró hasta los pies de la cama, donde había colgado su bolso, lo abrió y sacó una pieza de metal. Parecía, a simple vista, un corto tubo de aluminio, de unos veinte centímetros de largo y de sección ovalada. Pero era flexible, un tejido de delgados alambres más que un caño obtenido por extrusión. Janie tomó la mano derecha de Hip, la apoyó sobre la taza, con la palma hacia arriba, y puso en ella el trozo de metal.

Hip debió haberlo visto, pues miraba la taza. Sin embargo, no cerró el puño, ni cambió de expresión. Después de un rato, tomó una tostada. El trozo de metal se le cayó de la mano, rodó sobre la mesa y fue a parar al suelo. Hip cubrió la tostada con una porción de manteca.

Después de esa primera comida, hubo algunas otras diferencias. Muchas diferencias. Hip nunca volvió a desvestirse delante de Janie, ni volvió a dejarla sin comer. Comenzó a pagar algunas cosas: los viajes en ómnibus, los almuerzos. Más tarde comenzó a pararse cortésmente junto a las puertas, para que ella saliera primero, y cuando cruzaban la calle, la tomaba del brazo. La acompañaba al mercado y cargaba con todos los paquetes.

Recordó su nombre. Recordó incluso que Hip era abreviatura de Hipócrates. Sin embargo, no podía recordar por qué tenía ese nombre, ni de dónde venía, ni ninguna otra cosa de sí mismo. Janie no lo apuraba, no le hacía preguntas. Se limitaba a acompañarlo, y esperaba. Y trataba de que el trozo de malla estuviera siempre a la vista de Hip.

Hip lo veía casi todas las mañanas, al lado de su desayuno. O lo encontraba en el baño, metido en el mango del cepillo de dientes. Una vez lo encontró en el bolsillo donde aparecía regularmente el pequeño rollo de billetes; en esta ocasión, los billetes estaban dentro del cable. Retiró los billetes y dejó caer descuidadamente el trozo de metal. Janie tuvo que recogerlo. Lo puso una vez en un zapato de Hip: al tratar inútilmente de calzarse, él dio vuelta el zapato y dejó la pieza de metal en el suelo. Parecía como si el cable metálico fuese transparente para Hip, o incluso invisible. Cuando debía tenerlo en la mano, como al encontrar el dinero adentro, no le prestaba ninguna atención; se

desprendía rápidamente de él y, al parecer, no volvía a recordarlo. Janie nunca lo mencionaba; calladamente, volvía a ponérselo en el camino, una y otra vez, con la paciencia de un péndulo.

Las tardes de Hip comenzaron a tener una mañana, y los días, un ayer. Se acordó de un banco donde se habían sentado, de un teatro al que habían ido, y también del camino de vuelta. Janie dejó de guiarlo y pronto él mismo planeó los paseos

Como no tenía recuerdos, salvo del tiempo pasado con Janie, se pasaba los días descubriendo cosas. Hacían excursiones e instructivos viajes en ómnibus.

Descubrieron un nuevo teatro, y una laguna con cisnes además de patos.

Había también otro tipo de descubrimientos. Un día, Hip, de pie en medio de la habitación, se volvió y miró las paredes, una tras otra, y luego las ventanas y la cama.

—Estuve enfermo, ¿no es cierto?—preguntó.

Y un día se detuvo en la calle, y clavó los ojos en el sombrío edificio de la acera opuesta.

—Yo estuve allí.

Varios días después, disminuyó el paso, frunció el ceño, se detuvo, y miró fijamente el interior de una tienda de articules para hombre. No, no el interior. El escaparate.

Junto a él, Janie esperaba, mirándolo.

Hip levantó lentamente el brazo izquierdo, cerró el puño, se miró la sinuosa cicatriz de la mano, y las dos cicatrices rectas, una larga y la otra corta, de la muñeca.

—Tome—dijo Janie, y le puso en la mano el trozo de metal.

Hip cerró rápidamente el puño. En su rostro hubo primero sorpresa, y luego un relámpago de temor, y luego algo semejante a la cólera. Se tambaleó.

—Está bien—dijo Janie suavemente.

Hip lanzó un gruñido que era una pregunta. Miró a Janie como si fuese una extraña, y luego, poco a poco, pareció reconocerla. Abrió la mano y observó atentamente la pieza de metal. La arrojó al aire, y la volvió a tomar.

—Es mío—dijo.

Janie asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo rompí esa vidriera—dijo Hip. La miró, volvió a arrojar al aire el trozo de metal, lo guardó en el bolsillo y se puso nuevamente en marcha. Guardó silencio un largo rato, y luego dijo mientras subían por la escalinata de la casa:—Yo rompí esa vidriera y me metieron en la cárcel. Usted me sacó. Yo estaba enfermo y usted me trajo aquí, y esperó a que me repusiera.

Sacó sus llaves, abrió la puerta y se hizo a un lado para permitirle pasar.

—¿Por qué lo hizo?

—Sencillamente porque quise hacerlo—respondió Janie.

Hip estaba nervioso. Fue hasta el guardarropa y dio vuelta los bolsillos de sus dos trajes y de la chaqueta de sport. Atravesó la habitación, y sus manos inseguras palparon la carpeta de la cómoda. Luego abrió y cerró los cajones.

—¿Qué sucede?

—Esa cosa—dijo Hip vagamente.

Entró en el cuarto de baño y salió otra vez.

—Usted sabe, ese trozo de malla.

—Oh—dijo Janie.

—Lo tenía—murmuró Hip con tristeza.

Volvió a recorrer la habitación. Luego, se inclinó y rozó con el hombro a Janie, que estaba sentada en la cama, y examinó la mesita de luz.

—¡Aquí está!

Lo miró, lo dobló y se sentó en el sillón.

—Odio perderlo—dijo con alivio—. Lo he tenido mucho tiempo.

—Estaba en el sobre donde guardaron sus cosas en la cárcel—dijo Janie.

—Ajá.—Hip apretó la pieza entre las manos, luego la levantó y la sacudió apuntando a Janie, como si fuera un índice admonitorio, brillante, grueso.—Esto.

Janie esperaba. Hip sacudió la cabeza.

Lo he tenido mucho tiempo—continuó. Se levantó, caminó, volvió a sentarse.

—Buscaba a un individuo que... ¡oh!—gruñó—. No puedo recordar.

—Está bien—dijo Janie suavemente.

Hip apoyó la cabeza entre las manos.

—Estuve a punto de encontrarlo—dijo con voz ahogada—. Lo busqué mucho tiempo. Lo busqué siempre.

—¿Siempre?

—Bueno, siempre desde que... Janie, no puedo recordar.

—Está bien.

—¡Está bien, está bien! ¡No está bien!—Se enderezó, mirándola.—Lo siento, Janie, no quise gritarle.

Janie sonrió.

—¿Dónde estaba esa cueva?—preguntó Hip.

—¿Cueva?—repitió Janie, como un eco.

Hip movió las manos.

—Una especie de cueva. Mitad cueva, mitad casa de troncos. En el bosque. ¿Dónde era?

—¿Estaba yo allí?

—No—respondió Hip inmediatamente—. Supongo que eso fue antes. No recuerdo.

—No se preocupe.

—¡Me preocupa!—gritó Hip, excitado—. Puedo preocuparme por eso, ¿no es así?

Y enseguida la miró buscando su perdón. Lo encontró.

—Debe usted comprender—dijo, más tranquilo—, es algo que yo... debo... Oiga—dijo volviendo a exasperarse—, ¿es posible que uno no recuerde lo más importante del mundo?

—Es posible.

—Sí—dijo Hip, malhumorado—, y no me gusta.

—Está excitándose—dijo Janie.

—¡Ya lo sé!—estalló Hip. Miró a su alrededor, y sacudió la cabeza con violencia—. ¿Qué es esto? ¿Qué hago aquí? ¿Quién es usted? ¿Qué gana con este asunto?

—Me agrada verlo mejor.

—Sí, mejor—gruñó Hip—. ¡Mejor! Debiera enfermarme. Enfermarme cada vez más.

—¿Quién le dijo eso?—preguntó Janie vivamente.

—Thompson—rugió Hip, y retrocedió, mirándola, con asombro y sorpresa. Y con una voz aguda, quebrada, como la voz de un adolescente, sollozó:—¿Thompson? ¿Quién es Thompson?

Janie se encogió de hombros y respondió con naturalidad:

—El que le dijo que debiera estar enfermo, supongo.

—Sí—murmuró Hip, y repitió suavemente como si ya estuviera seguro—: Sí... Sacudió ante Janie el trozo de malla.—Lo vi. A Thompson.—El tubo atrajo entonces su atención y se quedó mirándolo, fijamente. Sacudió la cabeza, cerró los ojos—Yo buscaba...—Su voz se arrastró hasta que casi dejó de oírse.

—¿A Thompson?

—¡No!—gruñó Hip. ¡Nunca quise verlo! Sí—se corrigió—, quería saltarle la tapa de los sesos

—¿Realmente?

—Sí. Verá usted; él... él era... ¿qué le pasa a mi cabeza?

Janie trató de tranquilizarlo:

—Calma, Hip.

—No puedo recordar, no puedo—dijo Hip entrecortadamente—Es como... Usted ve algo que se levanta. Quiere alcanzarlo y salta, con tanta fuerza que le crujen las rodillas. Y consigue tocarlo con los dedos, pero sólo con la punta de los dedos...—Respiró profundamente.—Y así se queda, durante toda la vida, tocándolo con los dedos, sólo con la punta de los dedos, sabiendo que nunca lo alcanzará, que nunca logrará alcanzarlo. Y luego usted cae, y eso se eleva y se aleja, haciéndose cada vez más pequeño, y usted sabe que nunca...—Se echó hacia atrás y cerró los ojos. Jadeaba. Murmuró, quedamente: Y usted sabe que nunca...

Cerró los puños. Uno de ellos sostenía aún el trozo de malla y Hip sintió, otra vez, sorpresa, asombro y duda.

—Lo he conservado tanto tiempo—dijo, mirándolo—. Es una locura. Debe parecerle una locura, Janie.

—Oh, no.

—¿No cree que estoy loco?

—No.

—Estoy enfermo—sollozó.

Janie se rió. Se acercó a Hip e hizo que se pusiera de pie. Lo empujó hacia el cuarto de baño y encendió la luz. Lo empujó contra el lavabo y golpeó el espejo con los nudillos.

—¿Quién está enfermo? —preguntó.

Hip vio la cara de carnes firmes y huesos grandes que lo miraba fijamente. Se vio el cabello lustroso y los ojos claros. Se volvió sorprendido hacia Janie.

—¡Qué buena cara! No tengo esa cara desde... desde que estuve... Janie, ¿estuve en el ejército?

—Estuvo..

Hip miró otra vez el espejo..

—No parezco enfermo—dijo, como si se hablara a sí mismo. Se tocó la mejilla—. ¿Quién insiste en decirme que estoy enfermo?

Oyó los pasos de Janie. Se alejaba. Apagó la luz y salió del baño.

—Me gustaría romperle la cabeza a ese Thompson—dijo—. Arrojarlo contra...

—¿Qué sucede?

—Algo curioso—dijo—estaba a punto de decir: contra una pared de ladrillos. Lo pensaba con tanta intensidad que casi veía la escena.

—Quizá lo hizo alguna vez.

Hip sacudió la cabeza.

—No era una pared. Era el cristal de un escaparate. ¡Ya sé!—exclamó—. Lo vi, y me dispuse a golpearlo. Lo vi parado allí, en la calle, mirándome. Grité y me abalancé contra él y... y...—Se miró la cicatriz de la mano. Asombrado, dijo:—Me volví, y en cambio golpeé el escaparate. Dios mío

Se dejó caer en el sofá. Se sentía débil.

—A eso se debió la cárcel, y así terminó todo. Quédate en esa cárcel podrida, enférmate. No comas, no te muevas, enferma, empeora. Y así terminó todo.

—¿Y terminó todo, acaso?

Hip la miró.

—No, no; no terminó. Gracias a usted.—La miró en los ojos, miró su boca.—¿Quién es usted, Janie? ¿Qué persigue con todo esto?

Janie bajó la vista.

—Oh, lo siento, lo siento. Era como si...—Extendió una mano hacia Janie y la dejó caer, sin tocarla.—No sé que me pasa. Es que... no me lo explico, Janie. ¿Qué he hecho por usted?

Janie sonrió levemente.

—Curarse.

—No es bastante—dijo Hip con devoción—. ¿Dónde vive?

—Del otro lado del vestíbulo—señaló Janie.

—Oh.—Hip recordó la noche que había gritado y apartó con vergüenza esa imagen. Se volvió de espaldas, buscando otro tema, cualquier otro tema.—Salgamos.

—Bien.

¿Era alivio lo que creyó oír en la voz de Janie?

Subieron a la montaña rusa, comieron caramelos y bailaron en un pabellón al aire libre. Hip se preguntó en voz alta dónde había aprendido a bailar, pero hasta bien entrada la noche no volvió a mencionar las cosas que tanto le preocupaban. Gozaba por primera vez conscientemente de la compañía de Janie. Este paseo era en verdad un acontecimiento, y no una costumbre como todos los otros. Nunca la había visto reír de esa manera, tan fácilmente, ni con tanto entusiasmo por subir aquí, probar esto otro, o ver qué había más allá. Al anochecer se apoyaron en la baranda, a orillas del lago, y miraron a los bañistas. Había parejas de enamorados en la playa, aquí y allí. Hip sonrió ante la escena, se volvió hacia Janie para hacerle un comentario, y vio sorprendido que una extraña melancolía suavizaba el rostro de la muchacha. Sintió una rara emoción, casi indefinible; y desvió rápidamente los ojos, en parte porque no deseaba sacar a Janie de esa actitud meditativa, tan rara en ella; pero, además, porque entendía de pronto que la dedicación que Janie le mostraba no era todo lo que ella deseaba de la vida. La vida había comenzado para él, literalmente, el día que Janie llegara a su celda. Y nunca había pensado que todo ese cuarto de siglo en el que Janie había vivido sin él, no fuera, también, como un papel en blanco.

¿Por qué lo había sacado de la cárcel? ¿Por qué lo había salvado? ¿Por qué—en el caso de que ella hubiera sentido la necesidad de salvar a alguien—lo había elegido a él?

Y entonces, ¿qué buscaba ella? ¿Algo que estaba ahí en esa su vida perdida? Juró en silencio que se lo entregaría a Janie. Aunque era inconcebible pensar que algo nacido de su vida pudiera ser de más valor que el descubrimiento de esa misma vida.

Pero Janie, ¿qué podía buscar?

Despertó de sus pensamientos y se encontró mirando la playa y la pequeña galaxia de los enamorados. Cada pareja era en sí misma un mundo independiente (pero en armonía con todos los otros) que flotaba a la ventura en el luminoso atardecer. Enamorados... El también había sentido los tirones del amor... en algún lugar perdido... en medio de la niebla... no podía recordar dónde... ni con quién... aunque el amor estaba allí, en alguna parte, junto a aquella obsesión... No hasta que lo hayas encontrado..

Y sus pensamientos volvieron a extraviarse. Pero era indiscutible que la raíz de esa obsesión había sido para él más importante que el amor, el matrimonio o el deseo de ser coronel. (¿El deseo de ser coronel? ¿Pero había deseado ser alguna vez un coronel?)

Bueno, quizá Janie fuera una conquista. Ella lo quería quizá. Lo vio y se enamoró, y ahora lo quería para ella y trataba, a su modo, de conquistarlo. Bueno, si ella buscaba eso...

Cerró los ojos y vio en su interior la cara de Janie; la cabeza inclinada, en una actitud paciente y atenta; los brazos delgados y fuertes; el cuerpo flexible, la boca mágica y anhelante. Vio una rápida sucesión de imágenes, tomadas por la cámara de su sana mente masculina, pero archivadas bajo el rótulo de «inactivo» en su mente trastornada y parcial: las piernas de Janie recortadas contra la ventana, vistas a través de la nube policromática de una falda de seda;

Janie con una blusa de campesina: un rayo recto del sol de la mañana se le doblaba en el hombro desnudo y en la suave curva del nacimiento del pecho; Janie, en el baile: se echaba hacia atrás y se apretaba contra él como si ambos fuesen las hojas doradas de un electroscopio. (¿Dónde había

visto... dónde había trabajado con un electroscopio? ¡Oh, por supuesto! En el... El recuerdo se desvaneció.) Janie, apenas visible en la profunda y agitada oscuridad de la habitación; resplandecía pálidamente detrás de una niebla de nylon y el ácido vacilante de las lágrimas, y le sostenía con fuerza las manos.

Pero todo esto no podía llamarse seducción; sólo era una estrecha intimidad de comidas y caminatas y largos silencios compartidos, sin un roce, sin una palabra de cariño. El amor, aun silencioso y reprimido, exige siempre, tiene hambre y sed. Janie nada exigía. Sólo... esperaba. Si estaba interesada en la oscura historia de Hip, su actitud era completamente pasiva; se limitaba a esperar a que él desterrara algo. Si andaba detrás de lo que él había sido y había hecho, ¿por qué no preguntaba y azuzaba, por qué no escudriñaba y espiaba como Thompson y Bromfield? (¿Bromfield? ¿Quién es Bromfield?) Nunca lo hacía, nunca.

No. Otra cosa la impulsaba hacia él; y por eso miraba a los enamorados con una tristeza tan contenida, con una expresión similar a la de un manco hechizado por la música de un violín.

Imagen de la boca de Janie, brillante, inmóvil, sedienta. Imagen de las hábiles manos de Janie. Imagen del cuerpo de Janie, seguramente tan suave como su hombro, tan firme como su brazo, cálido y dócil y salvaje.

Se volvieron el uno hacia el otro; él, la rueda impulsora; ella, la impulsada. Quedaron sin aliento, y el aire fue entre ellos como un símbolo y una única y viviente promesa. Sus corazones latieron con fuerza, dos veces, y durante ese instante fueron, también ellos, como un solitario planeta en el cosmos estrellado de los amantes; enseguida el rostro de Janie se contrajo en un espasmo de concentración, pero no como dominándose, sino en una exquisita operación de ajuste.

Hip sintió que en lo más profundo de su ser se formaba de pronto una pequeña esfera de vacío. Respiró otra vez y aquella magia se recogió en sí misma y se unió al aliento, y llenó rápidamente el vacío. Y el vacío la devoró y la aniquiló, totalmente, en sólo un instante. Un breve cambio espasmódico en el rostro de Janie: ningún otro movimiento. Todavía estaban juntos y de pie, en el crepúsculo; el rostro de ella vuelto aún hacia él; un rostro alegre y coloreado, y luminoso, que brillaba con luz propia y en su propia sombra. Pero la magia y la unión se habían desvanecido; eran dos, no uno, y Janie era ahora la Janie silenciosa, la Janie paciente, la Janie sin abatimiento, pero también sin entusiasmo. Pero no... la verdadera diferencia estaba en él: sus manos en el aire ya no iban a abrazarla, y se le cerraron los labios, y ese beso que aún no había nacido se perdió para siempre. Hip dio un pasó atrás.

—¿Seguimos?

Una ola de tristeza pasó rápidamente sobre el rostro de la muchacha. Hip sintió que lo ocurrido se parecía a sus obsesiones. Era como esas cosas suaves y sólidas que tenía siempre en la punta de los dedos, y que nunca podía alcanzar. Y comprendió, casi, la tristeza de Janie; había estado allí para él, había estado allí... y había desaparecido, totalmente subiendo y alejándose de él.

Volvieron en silencio a la calle y las luces, con sus lastimosos millares de bujías, y a las diversiones, con su frustrada pretensión de movimiento. Detrás de ellos, en la creciente oscuridad, quedaban las luces reales, los movimientos verdaderos. Todo, o casi todo. Y con los fusiles de aire comprimido, que disparaban pelotas de tenis contra acorazados de madera, y con las manivelas que hicieron girar para que unos galgos de juguete subieran rápidamente por una cuesta, y con los dardos que arrojaron contra unos globos... con todo eso, se desvaneció lo poco que quedaba, algo tan insignificante que no dejó ni rastros.

En un quiosco muy adornado había un par de servomecanismos, sobrantes de guerra, preparados para que pareciesen armas gobernadas por radar. Había un cañón antiaéreo en miniatura; uno apuntaba, y el más ligero movimiento era rápidamente reproducido por el gran cañón de la parte trasera, el de los servomecanismos. Las siluetas de unos aviones cruzaban el cielo raso abovedado. En fin, una agradable confusión de luces y aparatos, una verdadera y presuntuosa baratija.

Hip entró en el quiosco, divertido al principio... luego intrigado y al fin subyugado al ver que la más leve presión de sus dedos era fielmente reproducida por los movimientos bruscos y ondulantes del cañón, a diez metros de distancia. Erró al primer «avión», y al segundo. Esto le bastó para compensar el error del cañón y derribar luego, uno a uno, todos los blancos. Janie aplaudió como una criatura y el encargado del quiosco les obsequió la estatua de arcilla, deforme y reluciente, de un perro de policía; valía una quinta parte del precio de la entrada. Hip la recibió con orgullo y le dijo a Janie que se acercara al aparato. Janie movió tímidamente el arma en miniatura y se rió con los balanceos y sacudidas del cañón. Con las mejillas enrojecidas, y ojos que anticipaban con pericia dónde aparecería cada blanco, Hip dijo, ladeando la boca:

—Elevación, cuarenta o más en su cuadrante derecho, cabo, o los fantasmas degaussarán las espoletas de proximidad.

Janie entrecerró los ojos, quizá para poder apuntar mejor. No respondió a las palabras de Hip. Derribo el primer blanco antes que comenzara a recorrer el horizonte artificial, y el segundo, y el tercero. Hip aplaudía y gritaba alegremente el nombre de Janie. Por un instante, Janie pareció dominarse con un gesto raro y brusco, como una persona distraída que vuelve a una conversación. Luego, dejó pasar un blanco y perdió cuatro más. Derribo otros dos—uno bajo, otro alto—, y le falló al último por un kilómetro.

—No muy bien—dijo, con voz temblorosa.

—Bastante bien—respondió Hip galantemente—. En estos días no es necesario dar directamente en el blanco.

—¿No?

—No. Basta acercársele. Las espoletas se encargan del resto. Este es el perro más diabético del mundo.

Janie miró la estatua y rió entrecortadamente.

—Lo guardaré siempre—dijo—. Oh, Hip, ese horrible dorado de la pintura le está ensuciando la chaqueta. ¿Por qué no se lo regalamos a alguien?

Caminaron hacia arriba y hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda, recorriendo todos los quioscos, en busca de un beneficiario adecuado, hasta que al fin encontraron un solemne, granuja de unos siete años, que chupaba metódicamente los últimos restos de una espiga de maíz.

—Toma, para ti—gorjeó Janie.

El niño ignoró la estatua y clavó unos ojos espantosamente adultos en el rostro de Janie. Hip se rió.

—¡No hay cliente!—dijo agachándose junto al niño—. Haré un arreglo contigo. ¿Te lo llevarías por un dólar?

No hubo respuesta. El niño siguió chupando, sin despegar los ojos de Janie.

—Cliente difícil—sonrió Hip.

De pronto, Janie se estremeció.

—Oh, dejémoslo—dijo, ya sin alegría.

—No puede ganarme como comerciante—replicó Hip animadamente. Puso la estatua en el suelo, junto a los toscos y menudos zapatos, y metió un billete de un dólar en el agujero que más se parecía a un bolsillo.—Es un placer hacer negocios con usted, señor —dijo, y siguió a Janie, que ya había empezado a alejarse.

—El típico conversador—rió Hip mientras la alcanzaba. Miró hacia atrás. A media cuadra de distancia, el niño seguía mirando fijamente a Janie—. Parece que le ha causado una verdadera impresión. ¡Janie!

Janie se había detenido bruscamente, con los ojos desorbitados y fijos, y la boca abierta en un triángulo de asombro.

—¡El pequeño demonio!—murmuró—. ¡A su edad!—Se volvió y miró hacia atrás,

Hip no vio bien, evidentemente, pues le pareció que el maíz dejaba las sucias manitas, se elevaba, giraba noventa grados en el aire, golpeaba al niño en la mejilla y caía al suelo. El niño retrocedió cuatro pasos, les dirigió una conjetura poco caballeresca y una sugerencia impublicable, y desapareció en una callejuela.

—¡Uf!—exclamó Hip escandalizado—¡Tenía razón, verdaderamente!—La miró con admiración.—Qué oídos tan finos tienes, abuelita—dijo, sin que su burla consiguiese ocultar totalmente su casi puritano aturdimiento—. Yo no oí nada hasta el segundo insulto.

—¿No oyó?—dijo Janie.

Hip notó, por primera vez, cierto fastidio en su voz, y le pareció, al mismo tiempo, que él no tenía la culpa. La tomó del brazo.

—No se preocupe. Vamos a comer algo.

Janie sonrió y todo volvió a la normalidad.

Pizza suculenta y cerveza fría en un compartimiento privado de un verde demasiado brillante y de bordes descoloridos. Una caminata feliz y cansadora a lo largo de los tristes quioscos, hasta el ómnibus tardío que esperaba jadeando. Una sensación de comunidad, por la forma en que se adaptaba la columna vertebral a la bien calculada curvatura de los asientos del ómnibus. Un dormitar compartido, una noche centelleante, y la estación familiar en la calle familiar, resonante y vacía; pero mi calle, y mi ciudad.

Despertaron a un chofer de taxi y le dieron la dirección de la casa.

—¿Puedo sentirme con más vida, acaso?—murmuró Hip desde su rincón. Advirtió en seguida que Janie lo había oído—. Quiero decir—se corrigió—, que es como si todo mi mundo, todos los lugares en que he vivido, hubiesen ocupado alguna vez sólo un rinconcito de mi cabeza, y tan dentro de ella que yo no los podía ver. Y usted hizo de ese rinconcito algo tan grande como una habitación, y luego tan grande como un pueblo, y esta noche tan grande como... bueno, mucho más grande—terminó débilmente.

Un farol solitario le transmitió la respuesta de Janie: una sonrisa. Hip continuó:

—Me pregunto, ahora, si puede ser todavía más grande.

—Mucho más—respondió ella.

Hip se reclinó contra el respaldo, somnoliento.

—Me siento muy bien—murmuró—. Me siento... Janie—dijo, con una voz extraña—, me siento enfermo.

—Ya sabe por qué—dijo Janie con calma.

Hip sintió una tensión en su interior, una tensión que vino y se fue. Se rió suavemente.

—Otra vez él. Se equivoca. Jamás volverá a hacerme enfermar. ¡Chofer!

Su voz fue como el estallido de una madera. El conductor frenó sorprendido. Hip, casi fuera de su asiento, se echó hacia adelante y tomó al conductor por debajo de los brazos.

—Regrese—dijo, excitado.

—Dios Todopoderoso—murmuró el chofer.

El automóvil comenzó a girar. Hip se volvió hacia Janie con una respuesta en los labios; algo así como una respuesta. Pero Janie, inmóvil, callaba y esperaba. Hip le dijo al conductor:

—En la manzana próxima. Sí, aquí. A la izquierda. Doble a la izquierda.

Volvió a recostarse en el asiento, apretando la cara contra el vidrio de la ventanilla, escudriñando las casas en sombra y los jardines oscuros. Al cabo de un rato exclamó:

—¡Ahí! En esa casa con entrada para autos. Ahí, donde hay un cerco.

—¿Quiere que entre?

—No—respondió Hip—, acérquese a la acera. Un poco más... que pueda ver el interior.

Al detenerse el coche, el chofer se volvió y miró hacia atrás.

—¿Descienden aquí? Es un dólar y...

—¡Chist!

El sonido fue tan explosivo que el chofer se quedó sin habla. Luego, sacudiendo pacientemente la cabeza, se volvió hacia adelante. Se encogió de hombros y esperó.

A través de la entrada para coches, que abría un claro en el cerco, Hip observó fijamente la casa blanca, débilmente iluminada, la majestuosa galería, el portón del garaje, las claras persianas, y la puerta, con un tragaluz en forma de abanico.

—Llévenos a casa—dijo, al cabo de un tiempo.

No hablaron en el coche. Hip se apretaba las sienes con una mano, cubriéndose los ojos. Janie, silenciosa, se hundía en un rincón,

El automóvil se detuvo. Hip salió y con aire ausente extendió una mano hacia Janie. Le dio un billete al chofer, recibió el cambio, separó unas monedas y se las devolvió como propina. El coche desapareció.

Hip se quedó mirando el dinero que tenía en la mano, moviéndolo lentamente entre los dedos.

—¿Janie?

—Sí, Hip.

Hip la miró. Apenas podía verla en la oscuridad.

—Entremos.

Entraron, Hip encendió las luces. Janie se quitó el sombrero, colgó su bolso del pilar de la cama y se sentó con las manos apoyadas sobre la falda. Esperando.

Hip estaba hundido en sí mismo, ausente como un ciego. Despertó poco a poco, con la mirada fija en el dinero que aún tenía en la mano. Durante un instante, fue como si ese dinero no tuviera sentido para él; luego, lentamente, visiblemente, comprendió de qué se trataba y lo introdujo en sus pensamientos, en su expresión. Cerró la mano, sacudió el dinero, y lo desparramó sobre la mesa de luz, delante de Janie. Eran tres billetes arrugados y algunas monedas.

—No es mío—dijo.

—¡Sí que es suyo!

Hip sacudió la cabeza, negando, cansadamente.

—No, no es mío. Nada de lo que he gastado era mío. Ni el dinero de la montaña rusa, ni el de las compras, ni el del café del desayuno, ni... Supongo que aquí se paga alquiler.

Janie no respondió.

—Esa casa—dijo Hip, impersonalmente—. Alguna vez estuve en ella, lo supe en cuanto la vi. Fue poco antes que me arrestaran. No tenía dinero entonces. Lo recuerdo muy bien. Llamé a la puerta; estaba sucio y excitado, y me dijeron que si quería un poco de comida llamara a la puerta de atrás. No tenía dinero; lo recuerdo tan bien, Todo lo que tenia era...

Sacó de su bolsillo el cable de malla. Lo puso bajo la lámpara, lo recogió, lo apretó entre sus dedos. Luego apuntó con él hacia la mesa de luz.

—Desde que vivo en esta casa, siempre tengo dinero Está en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta, todos los días. Nunca pensé en eso; pero es su dinero, Janie, ¿no es cierto.?

—Es suyo; No se preocupe, Hip. No tiene importancia.

—¿Qué quiere decir con eso de mío?—gritó Hip

—¿Mío porque usted me lo da?—Escudriñó el silencio de Janie con una brillante mirada de furia y meneó la cabeza.

—Lo suponía.

—¡Hip!

Hip sacudió otra vez la cabeza, repentina y violentamente: la única expresión que pudo encontrar, en ese instante, para el huracán que le atravesaba y desgarraba el cerebro. Era furia y era humillación; era una sensación de impotencia y un colérico ataque a esos velos que le impedían conocerse a sí mismo. Se dejó caer en el sillón, cubriéndose la cara con las manos.

Sintió la cercanía de Janie. La muchacha le puso una mano en el brazo.

—Hip...—murmuró.

Hip se encogió de hombros, y la mano volvió a su sitio. Se oyó el crujido de los resortes; Janie se sentaba otra vez en la cama. Hip bajó lentamente las manos y mostró un rostro desfigurado y triste.

—Entiéndame, Janie. No estoy enojado con usted, no he olvidado lo que ha hecho. No se trata de eso—dijo abruptamente—. Me siento confundido otra vez—añadió con voz ronca—. Hago cosas y no sé por qué. Son cosas que debo hacer, cosas como...—Se detuvo tratando de clasificar esos papelitos que giraban y bailaban en el viento, dentro de su mente—... como saber que esto está mal, que no debiera estar aquí, gastando su dinero. No sé quién me dijo alguna vez que esto está mal. Y además... ya se lo he dicho: este asunto de tener que buscar y encontrar a alguien y no saber por qué, y no saber tampoco de quién se trata, Esta noche dije..—Hizo una pausa y durante un momento

el siseo del aire entre sus dientes y sus labios crispados llenó la habitación.—Esta noche dije que mi mundo... el lugar en que vivo, es cada vez más grande. Es ya bastante grande como para abarcar la casa que vimos hace un rato. Cruzamos esa esquina y recordé la casa y sentí que tenía que mirarla. Recordé que yo había estado allí, sucio y excitado... Llamé... Me dijeron que llamara a la puerta trasera... Les grité... Acudió alguien más. Les pregunté... Yo quería saber algo sobre...—Silencio y otra vez la respiración sibilante.—... algunos niños que vivían en la casa. Y allí no vivían niños. Y volví a gritar. Se asustaron, y traté de dominarme. Les pedí que me con—testaran, les dije que me marcharía enseguida. No quería asustarlos. Dije: bien, no hay niños, díganme entonces dónde está Alicia Kew, permítanme hablar con Alicia Kew.

Hip se irguió con los ojos iluminados, y apuntó hacia Janie con el trozo de metal.

—¿Ve? Recuerdo, recuerdo el nombre. ¡Alicia Kew! —Volvió a reclinarse en el sillón.—Y ellos dijeron: «Alicia Kew ha muerto». Luego dijeron: «¡Oh, los chicos de Alicia!» Y me indicaron dónde podría encontrarlos. Lo escribieron en alguna parte; lo tengo aquí, en algún lugar...

Empezó a registrarse los bolsillos. Se detuvo de pronto, y miró fijamente a Janie.

—Estaba en las ropas viejas. ¡Usted lo tiene, usted lo ha escondido!

Si Janie le diese una explicación, una respuesta, todo estaría bien, se dijo. Pero ella lo miraba en silencio.

—Bueno dijo Hip con firmeza—. Recordé una cosa, puedo recordar otra, o puedo volver a la casa y preguntar otra vez. No la necesito.

El rostro de Janie no se alteró, aunque era evidente que estaba dominándose. Hip dijo entonces, suavemente:

—La necesité, en efecto. Hubiera muerto sin usted. Ha sido...—No encontró las palabras que expresaran lo que Janie había sido para él y continuó así:—Pero ahora ya no la necesito. Tengo que descubrir algunas cosas, pero debo hacerlo sin su ayuda.

Finalmente, Janie habló:

—Todo lo ha hecho sin mi ayuda, Hip. Todo. Yo sólo lo puse en camino. Desearía... seguir haciéndolo.

—No hay necesidad—aseguró Hip—. He crecido. He andado mucho y estoy mejor que antes. Queda poco por descubrir.

—No es poco—dijo Janie, con tristeza.

Hip sacudió la cabeza, afirmativamente.

—Lo sé, se lo aseguro. Tengo que descubrir algo acerca de esos niños, acerca de esta Alicia Kew, y luego el lugar donde viven ahora. Eso estaba al final. En el lugar donde pude tocar con la punta de los dedos eso... eso que yo buscaba. Sólo eso, la dirección de los niños; no necesito más. Allí estará él.

—¿Él?

—Usted sabe, el que he estado buscando. Se llama...—Hip se puso de pie de un salto.—Se llama...

Descargó el puño sobre la palma de la mano, con todas sus fuerzas.

—Lo he olvidado—murmuró.

Se llevó la mano enrojecida a la nuca; cerró los ojos, concentrándose. Luego dijo, más tranquilo:

—Está bien. Pronto lo descubriré.

—Siéntese—dijo Janie—. Siéntese, Hip, y escúcheme.

Hip se sentó de mala gana. La miraba con resentimiento. Tenía en la cabeza imágenes y frases que no alcanzaba a comprender. Pensaba: ¿No puede dejarme en paz? ¿No puede dejarme pensar un momento? Pero porque se trataba de Janie, esperó.

—Tiene razón, puede hacerlo—dijo Janie. Hablaba lentamente, con mucho cuidado—. Puede ir mañana a esa casa, si quiere, y conseguir la dirección y encontrar lo que ha estado buscando. Y no significará nada, absolutamente nada para usted. ¡Lo sé, Hip!

Hip cruzó la habitación, tomó a Janie de las muñecas, la obligó a levantarse y acercó su cara a la de ella.

—¡Usted sabe!—gritó—. Claro que sabe. Lo sabe todo, todo; ¿no es así? Lo ha sabido siempre; ¡yo loco por saber algo más, y usted ahí sentada, mirándome!

—¡Hip! Hip, mis brazos.

Hip apretó con más fuerza y la sacudió.

—Usted sabe, ¿no es cierto? Lo sabe todo de mi.

—Suélteme. Por favor, suélteme. Oh, Hip, ¡no sabe lo que hace!

Hip la arrojó sobre la cama. Janie encogió las piernas, se volvió apoyándose en un codo, lo miró a través de las lágrimas—lágrimas increíbles que no pertenecían a ninguna de las Janie que él había conocido—y alzó un brazo magullado, abriendo y cerrando los dedos.

—Usted no sabe—dijo Janie, entrecortadamente—lo que...

Y luego calló, jadeante, y lanzó a través de esas lágrimas algún largo mensaje, torturado y confuso, que Hip era incapaz de leer.

Hip se arrodilló lentamente junto a la cama.

—Ah, Janie, Janie.

Los labios de la muchacha temblaron. No era indudablemente una sonrisa, pero quería serlo.

—Está bien—susurró Janie. Dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Hip se sentó sobre la alfombra con las piernas recogidas, apoyando los brazos en la cama y la mejilla en los brazos. Janie continuó, con los ojos cerrados:—Comprendo, Hip; realmente comprendo. Y quiero ayudarlo, quiero seguir ayudándolo.

—No, no quiere—dijo él, sin amargura, pero desde las honduras de una emoción que era de algún modo una pena.

Advirtió, quizá a causa de la respiración de la muchacha, que había vuelto a hacerla llorar.

—Usted conoce todas mis cosas. Usted sabe qué busco—dijo. Parecía que estaba acusándola, y lo lamentó. Sólo deseaba expresar un razonamiento. Pero no había otra forma—. ¿No es así?

Con los ojos todavía cerrados, Janie movió afirmativamente la cabeza.

—¿Entonces?—dijo Hip.

Se levantó pesadamente y volvió a su silla. Cuando quiere algo de mi, pensó con malicia, se sienta y espera. Se dejó caer en la silla y miró a la muchacha. Janie seguía inmóvil Hip trató de arrancar de su pensamiento la amargura y dejar sólo el contenido, la información. Esperó.

Janie lanzó un suspiro y se sentó en la cama. Hip vio el cabello en desorden y las mejillas enrojecidas, y sintió que lo inundaba una ola de ternura. Se contuvo.

—Tiene que creer en mi palabra, Hip—dijo Janie—. Tiene que confiar en mí.

Lentamente, Hip inclinó la cabeza. Janie bajó la vista, juntó las manos, las separó, y se pasó el dorso de una muñeca por los ojos Luego dijo:

—Ese trozo de cable.

El trozo de malla estaba aún en el suelo, donde Hip lo dejara caer.

—¿Que pasa con esto?—dijo Hip, recogiéndolo.

—¿Cuándo recordó por primera vez que lo tenía?... ¿Cuándo recordó que era suyo?

Hip reflexionó.

—En la casa. Cuando fui a la casa, a preguntar.

—No—dijo Janie—, no me refiero a esa vez. Después de su enfermedad.

—Oh.—Hip frunció el ceño, con los ojos cerrados.

—Cuando recordé el escaparate. Recordé eso y entonces. Oh—exclamó bruscamente—. Usted me lo puso en la mano.

—Así fue. Durante ocho días. Lo puse en sus zapatos. Sobre su mesa. En la jabonera. Una vez metí dentro su cepillo de dientes. Todos los días, media docena de veces al día... ¡durante ocho días, Hip!

—No...

—No comprende. Oh, no puedo culparlo.

—No iba a decir eso. Estaba a punto de decir que no lo creo.

Janie abrió los ojos, y Hip comprendió entonces qué raro era vivir sin la mirada de Janie.

—Es verdad—dijo Janie, con vehemencia—. Es verdad, Hip. Así sucedió.

Hip asintió de mala gana.

—Está bien. De modo que así sucedió. ¿qué tiene que ver eso con...?

—Espere—pidió Janie—. Verá.. Ahora bien usted tocaba el trozo de cable, y se negaba a admitir su existencia. Lo tenía en la mano y lo soltaba sin verlo. Lo pisaba al levantarse y ni siquiera lo sentía. Una vez estaba en su plato, Hip. Se lo llevó a la boca con algunos guisantes y luego lo dejó caer. El cable no existía para usted.

—Re...—dijo Hip, haciendo un esfuerzo—represión. Así lo llamó Bromfield.

¿Quién era Bromfield? Pero el pensamiento se desvaneció; Janie hablaba otra vez:

—Escuche ahora, atentamente. La represión desapareció cuando tenía que desaparecer. Usted encontró entonces el trozo de cable en su mano y admitió su existencia como algo real. Pero antes que llegara el momento ¡todo fue inútil!

Hip reflexionó.

—De modo que... ¿Y cómo llegó ese momento?

—Usted volvió atrás.

—¿A la tienda, al escaparate?

—Sí—dijo Janie, y añadió inmediatamente—: No. Lo que quiero decir es esto: usted revivió en esta habitación y... bien, usted mismo lo ha dicho: su mundo se ensanchó, se agrandó hasta abarcar una habitación, luego una calle, luego una ciudad. Pero lo mismo sucedió con su memoria. Su memoria se amplió hasta incluir el ayer, y la semana pasada, y luego la cárcel, y luego lo que lo llevó a la cárcel. En ese momento, el cable fue algo, algo terriblemente importante. Pero hasta ese entonces no había sido nada. No existió hasta el momento en que su memoria pudo retroceder hasta él. Entonces fue otra vez algo verdaderamente real.

—Oh—dijo Hip.

Janie bajó la vista.

—Yo sabía lo del cable. Podía habérselo explicado. Traté muchas veces de que se fijara en él, pero usted no pudo verlo. Bien, sé muchas cosas acerca de usted. ¿Pero no comprende que si se las dijera usted no me oiría?

Hip sacudió asombrado la cabeza.

—¡Pero ya no estoy... enfermo!—El rostro de Janie era toda una respuesta.—¿Estoy enfermo? preguntó Hip débilmente y la cólera se encogió y se agitó en su interior—. No querrá hacerme creer—gruño—que me he vuelto sordo de, repente y que no la oiré si me dice dónde cursé el bachillerato.

—Claro que no—dijo Janie con impaciencia—. Sólo que nada significaría para usted. No podría relacionarlo con las otras cosas.—Se mordió los labios, concentrándose.—Por ejemplo: ha nombrado a Bromfield una media docena de veces.

—¿A quién? ¿Bromfield? No es cierto.

Janie lo miró con los ojos entornados.

—Sí, Hip. No hace más de diez minutos.

—¿Yo?—Hip reflexionó. Trató de pensar y enseguida abrió desmesuradamente los ojos—. ¡Dios mío, es cierto!

—Está bien. ¿Quién es Bromfield? ¿Qué significa ese nombre para usted?

—¿Qué nombre?

—¡Hip!—dijo Janie, secamente.

—Lo siento—dijo Hip—. Me parece que estoy un poco aturdido—y se hundió en sí mismo, tratando de reproducir toda la frase, todas las palabras—. Br... Bromfield—dijo al fin con dificultad.

—No recordará ese nombre mucho tiempo, Hip. Pues bien, se trata de algo muy viejo, y no tendrá ningún sentido para usted mientras no retroceda un poco más.

—¿Retroceder? ¿Retroceder? ¿Cómo?

—¿No ha estado usted retrocediendo, incesantemente? De la enfermedad a la prisión y luego al escaparate, y más aún, hasta que recordó su visita a aquella casa. Piense en eso, Hip. Piense por qué fue a esa casa.

Hip hizo un ademán de impaciencia.

—No necesito. ¿No comprende? Fui a esa casa porque buscaba algo... ¿qué era? Oh, sí, niños; algunos niños que podrían decirme dónde estaba el idiota.—se levantó de un salto, riéndose.—¿Ve? El idiota... lo recordé. Lo recordaré todo, ya verá. Estuve buscando al idiota... durante años, muchos años. Yo... he olvidado por qué, pero—dijo con voz más fuerte—ahora ya no tiene importancia. Sólo quiero decirle que no necesito recorrer nuevamente todo el camino; ya no puedo equivocarme. Mañana iré a esa casa, obtendré esa dirección y luego iré allí, adonde sea, y terminaré lo que comencé... cuando perdí el...—balbuceó, miró a su alrededor con aire pensativo, encontró el trozo de cable sobre el sillón, y lo tomó bruscamente—. Esto—dijo con aire de triunfo—. Es parte del... del... ¡oh, maldita sea!

Janie esperó a que Hip recobrase la calma.

—¿Ve?—dijo entonces.

—¿Veo qué?—preguntó Hip, desconsolado, miserable y débil.

—Si va mañana a esa casa se embarcará en algo que no comprende, por motivos que no recuerda, detrás de alguien a quien no conoce y de algo que no sabe qué es. Pero—reconoció Janie—tiene razón, Hip, puede hacerlo.

—Si lo hiciera, lo recordaría todo.

Janie sacudió tristemente la cabeza. Hip preguntó con brusquedad:

—Usted lo sabe todo, ¿no es así?

—Sí, Hip.

—Bien, no me importa. Lo haré, de todas maneras. Janie respiró hondamente.

—Lo matarán.

—¿Qué?

—Si va a esa casa, lo matarán—dijo Janie con voz clara—. Oh, Hip. ¿No he tenido razón hasta ahora? ¿No la he tenido? ¿No ha recuperado ya una gran parte... de sí mismo? ¿No la ha recuperado de veras, de modo tal que ya no la perderá más?

Hip respondió con una voz atormentada:

—Me dice que mañana puedo salir de aquí y encontrar lo que he estado buscando... ¿Buscando? Lo que ha sido mi vida... Y me dice al mismo tiempo que si lo hago me matarán. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere que haga?

—Simplemente que siga así—suspiró Janie—. Que siga como hasta ahora.

—¿Para qué?—estalló Hip—. ¿Retroceder alejándome cada vez más de lo que quiero? ¿De qué me servirá...?

—¡Basta!—dijo Janie, severamente. Hip sorprendido se calló—. Sólo le falta echarse al suelo y empezar a morder la alfombra—continuó Janie suavemente y con una mirada divertida—, y no le servirá de nada.

Hip luchó contra esa burla; pero era irresistible. Había permitido que lo tocara, y ya no podía librarse de ella.

—¿Quiere usted decir que debo renunciar para siempre a encontrar al idiota... y al... lo que sea?—preguntó casi con calma.

—¡Oh!—dijo Janie, apasionadamente—. ¡Oh, no! Lo encontrará, Hip lo encontrará, sin duda alguna. Pero debe saber de qué se trata; debe saber por qué.

—¿Cuánto tiempo llevará eso?

Janie sacudió la cabeza, muy seria.

—No lo sé.

—No puedo esperar. Mañana...—Señaló hacia los vidrios. El sol se acercaba borrando la oscuridad ya casi de plata—Hoy, ¿ve usted? Podría ir hoy mismo... Debo hacerlo; usted comprende lo que eso significa para mí, cuánto tiempo he pasado...—Su voz se debilitó. De pronto volvió el rostro hacia Janie.—Dice que me matarán; prefiero que me maten allí, y con eso en mis manos. De todos modos, he vivido para eso.

Janie lo miró trágicamente.

—Hip...

—¡No!—replicó Hip—No podrá disuadirme.

Janie comenzó a hablar y se interrumpió. Inclinó la cabeza. Dobló el cuerpo y apoyó el rostro en la cama. Hip caminó furiosamente por la habitación, y al fin se detuvo junto a Janie.

—Janie—dijo con voz suave—, ayúdeme...—La muchacha no se movió, pero Hip sintió que ella estaba escuchándolo.—Si existe algún peligro... si algo tratara de matarme... dígame de qué se trata. Que sepa por lo menos qué puedo esperar.

Janie se volvió hacia la pared, para que Hip no pudiera verle la cara, y habló trabajosamente:

—No dije que algo tratará de matarlo. Dije que lo matarán.

Hip se quedó un rato junto a ella. Luego gruñó:

—Está bien. Lo haré. Gracias por todo, Janie. Será mejor que se vaya a dormir.

Janie se deslizó fuera de la cama, lentamente, débilmente, como si la hubieran azotado. Lo miró y había en esa mirada tanta lástima y tanta pena que Hip sintió como si se le estrujase el corazón. Pero apretó los dientes, se volvió hacia la puerta, y la señaló con la cabeza.

Janie se marchó, sin mirar hacia atrás, arrastrando los pies. Era más de lo que Hip podía soportar, pero dejó que ella se fuera.

La colcha estaba un poco arrugada. Hip cruzó lentamente el cuarto y la miró. Extendió la mano, se echó hacia adelante y hundió el rostro en la colcha. La cama conservaba aún el calor del cuerpo de Janie, y durante un instante muy breve, casi indefinible, sintió algo así como la unión de dos alientos, de dos almas hechizadas, vueltas la una hacia la otra a punto de confundirse en una sola. Pero luego, todo desapareció, y Hip se encontró solo y tendido sobre la cama.

Anda, enférmate. Acurrúcate y muere.

—Está bien—musitó.

Podía hacerlo. ¿Qué diferencia habría? ¿A quién podía importarle si se moría de este o de otro modo?

No a Janie.

Cerró los ojos y vio una boca. La de Janie, pensó; pero el mentón era demasiado puntiagudo. Dijo la boca: «Acuéstate y muere, eso es todo», y sonrió. La sonrisa hizo brillar los gruesos anteojos. Hip veía, pues, toda la cara. Sintió un dolor, tan agudo y penetrante, que levantó bruscamente la cabeza y lanzó un gruñido. La mano, se había cortado la mano. La miró y vio las cicatrices.

—Thompson. Tengo que matar a ese Thompson.

Quién era Thompson, quién era Bromfield, quién era el idiota de la cueva... cueva, dónde estaba la cueva con los niños... niños... no, sino algo que pertenecía a los niños... dónde estaba... la ropa de los niños, ¡eso es! Ropa vieja, desgarrada, harapos; pero así es como él...

Janie... Morirá. Acuéstate y muere.

Puso los ojos en blanco, se le aflojaron los músculos y sintió que la fatiga lo invadía lentamente. No era agradable; pero por lo menos dejaba de sentir. Alguien dijo:

—Elevación, cuarenta o más en el cuadrante derecho, cabo.

¿Quién había dicho eso?

El, Hip Barrows. El lo había dicho.

¿A quién?

A Janie, con sus hábiles manos sobre el prototipo de cañón antiaéreo.

Resopló débilmente. Janie no era un cabo.

—La realidad no es el más agradable de los ambientes. Pero estamos en ella como una obra de ingeniería. Una buena obra, algo que merece la atención de un ingeniero; y la realidad no puede tolerar las obsesiones. Algo tiene que ceder. Si es la realidad, la obra de ingeniería queda sin aplicación. Es decir, no puede aplicarse a nada, se aplica mal. Deseche la obsesión, comience a funcionar según su diseño.

¿Quién dijo eso? Oh... Bromfield. ¡Farsante! Si tuviera más sentido común no le hablaría de ingeniería a un ingeniero.

—Capitán Bromfield—dijo en tono fatigado (cuántas veces se lo había dicho)—, si no fuese un ingeniero, no lo habría descubierto. No lo habría reconocido, no tendría por qué preocuparme.

Bah, no importa.

No importa. Acurrúcate y... mientras Thompson no muestre su cara. Acurrúcate y.

—¡No, por Dios!—rugió Hip. Saltó de la cama y se quedó de pie, temblando, en el centro de la habitación. se llevó las manos a los ojos y se tambaleó como un arbusto en medio de una tormenta. Quizá lo había confundido todo: la voz de Bromfield, la cara de Thompson, una cueva llena de ropas de niños, Janie que deseaba que lo mataran. Pero de algo estaba seguro, había algo que sabía: Thompson no le obligaría a acurrucarse y a morir. Janie lo había librado de eso.

Sollozó mientras se tambaleaba:

¿Janie?

Janie no quería que muriera.

Janie no quería que lo mataran. ¿Qué pasaba entonces?

Janie quería simplemente... que retrocediera. Y eso llevaba tiempo.

Miró la ventana iluminada.

¿Llevaba tiempo? Quizá pudiera conseguir hoy mismo esa dirección, ver a esos niños, y encontrar al idiota... Bueno, encontrarlo de algún modo. Eso es lo que quería, ¿no es así? Hoy. ¡Entonces, por Dios, ya vería Bromfield quién tenía una obsesión!

Pero no. Janie deseaba que tomara otro camino, que retrocediera. ¿Durante cuánto tiempo? Más años hambrientos; nadie te cree, nadie te ayuda, buscas y buscas, te mueres de hambre y de frío; encuentras una pista y empiezas a buscar otra que continúe la anterior: la dirección que te dieron en aquella casa de la puerta cochera, a la que llegaste gracias al papel que estaba en las ropas de los niños que estaban... en la...

—Cueva—dijo. Dejó de tambalearse; se enderezó.

La cueva. Y en la cueva había ropas de niños; y entre esas ropas estaba el sucio pedacito de papel escrito muy deprisa, que lo había traído a la casa de la puerta cochera, en esta misma ciudad.

Otro paso hacia atrás, un gran paso. Estaba seguro de que era un gran paso. Porque el descubrimiento que había hecho en la cueva demostraba definitivamente que había visto lo que según Bromfield no había visto. ¡Y aquí estaba! Lo tomó, lo dobló y lo apretó: plateado, liviano, curiosamente trenzado... el trozo de malla. Por supuesto, ¡por supuesto! También el trozo de malla venía de la cueva. Sintió que la excitación crecía en él. Janie le había dicho «retroceda» y él había dicho no, eso lleva demasiado tiempo. Pero ¿cuánto tiempo había necesitado para dar este paso, para descubrir otra vez la cueva y sus tesoros?

Lanzó una mirada a la ventana. No más de treinta minutos, cuarenta como máximo. Si, y mientras se sentía aturdido, exhausto, irritado, ofendido y culpable. Si intentara retroceder descansado, satisfecho, sereno, y con la ayuda de Janie...

Corrió hacia la puerta, la abrió violentamente, cruzó de un salto el vestíbulo y empujó la otra puerta.

—Janie, escuche—dijo casi a gritos.—Oh, Janie—... la voz se le quebró.

No pudo detenerse, ya estaba dentro del cuarto. Los pies le resbalaron sobre el piso, mientras trataba de retroceder, de volver al vestíbulo, a la puerta.

—Per... perdón—dijo lastimosamente en medio de su asombro.

Se volvió histéricamente. Chocó de espaldas contra la puerta y la cerró. La abrió de un manotón y se precipitó fuera del cuarto.

Dios mío, pensó, ¡cómo no me avisó! Cruzó el vestíbulo tropezando con los muebles. Se sentía como un gong que acaban de golpear. Se metió en su habitación, cerró con llave y se apoyó de espaldas contra la puerta. De algún lugar de su ser surgió un chirriante estallido de risa embarazada. Aliviado, y casi involuntariamente, volvió la cabeza hacia la puerta. Trató de impedir que su imaginación volviera a cruzar el vestíbulo y entrara en el otro cuarto. No pudo hacerlo; volvió a ver aquella imagen y se río otra vez, incómodo, con la cara roja.

—Tenía que haberme avisado.

El trozo de cable atrajo su mirada. Lo recogió, se sentó en el sillón, y olvidó aquel momento. Recordó, otra vez, lo más importante. Tenía que ver a Janie, tenía que hablarle. Quizá fuese un desatino: pero ella lo sabía todo. Juntos retrocederían, quizá, con verdadera rapidez, tan rápidamente que él podría encontrar al idiota antes que pasara otro día. Ah... quizá no fuera posible; pero Janie, sólo Janie lo sabía. Espera entonces. Enseguida estará de vuelta; tiene que volver.

Se reclinó en el sillón, estiró las piernas y echó atrás la cabeza apoyando cómodamente la nuca en el respaldo. La fatiga flotaba y creía en su interior como un humo fragante, nublándole los ojos y llenándole la nariz.

Dejó caer flojamente las manos; cerró los ojos En un momento se rió con una risa tonta; pero la imagen no llegó a formarse en su mente, o no se quedó allí bastante tiempo, y no llegó a impedir aquella agradable y profunda inmersión en el sueño.

(Cincuenta milímetros, pensó, allá lejos, en las colinas. La ambición de todo muchacho de agallas; tomar una ametralladora y usarla como si fuera una manguera de jardín.)

¡Bam. Bam. Bam. Bam!

(¡Oerlikons! ¿De dónde habrán desenterrado esas reliquias? ¿Qué es esto: una estación antiaérea o un museo?)

—¡Hip! ¡Hip Barrows!

(Por el amor del cielo, ¿cuándo aprenderá ese cabo a llamarme «teniente»? No es que me importe, pero uno de estos días hará lo mismo delante de algún coronel adolescente e iremos a parar a la cárcel).

¡Bam! ¡Bam!

—¡Oh... Hip!

Se sentó, llevándose las manos a los ojos y los cañones eran nudillos que golpeaban la puerta y el cabo era Janie, que lo llamaba desde alguna parte. La base antiaérea se deshizo y volvió a la fábrica de los sueños.

—¡Hip!

—Adelante—gruño...—Adelante.—Está cerrado con llave.

Refunfuñó y se puso de pie. Tenía el cuerpo entumecido. La luz atravesaba las cortinas. Fue tambaleándose hacia la puerta y la abrió, No veía bien, y sentía los dientes como una apretada hilera de colillas.

—¡Oh, Hip.!

Por encima del hombro de Janie, vio la otra puerta y recordó. Atrajo a Janie al interior del cuarto y cerró la puerta.

—Escuche, lamento lo que pasó. Me siento muy tonto.

—Oh, Hip—dijo Janie suavemente—. No tiene importancia. ¿Se encuentra bien?

—Algo aturdido—admitió. Volvió a reírse, un poco molesto—, Espere. Voy a lavarme la cara, eso me va a despejar.

Desde el baño, preguntó;

—¿Dónde estuvo?

—Caminando. Tenía que pensar. Luego... Esperé afuera. Temía que usted... ya sabe. Quería seguirlo, acompañarlo. Pensé que podría.. ¿Se siente bien realmente?

—Oh, muy bien. Y no se preocupe, no voy a salir. Antes tengo que decirle algo. Pero, ¿y esa muchacha? ¿No está enojada conmigo? Supongo que ella se sintió peor que yo. Si usted me hubiera dicho que vivía en la casa, no hubiese entrado.

—Pero Hip, ¿qué está diciendo? ¿Qué sucedió?

—Oh—dijo Hip—. Usted viene directamente de la calle. Aún no ha estado en su cuarto.

—No. ¿Qué diablos está...

Hip dijo, con el rostro encendido;

—Hubiera preferido que se lo contara ella. Bueno, sentí de pronto que tenía que verla a usted, urgentemente. Corrí a través del vestíbulo, abrí la puerta, entré en la habitación y... allí estaba esa amiga suya.

—¿Quién? Hip, por favor.

—La mujer. Usted tiene que conocerla, Janie. Los ladrones no andan desnudos,

Janie se llevó lentamente una mano a la boca.

—Una mujer de color. Una muchacha. Joven.

—¿Qué... qué hacía...

—No sé. Apenas pude verla. Fue sólo un relámpago, si eso le sirve a ella de consuelo. Salí corriendo. Oh, Janie, lo siento mucho. Es una situación embarazosa, pero no muy grave. ¡Janie!—exclamó Hip, alarmado.

—Nos ha descubierto... Tenemos que irnos—susurró Janie, con los labios pálidos y el cuerpo tembloroso—. ¡Venga, oh, venga!

—¡Espere! Janie, debo hablar con usted. Yo.

Janie se volvió, como un animal dispuesto a la lucha. Habló con tanta vehemencia que se le confundieron las palabras.

—¡No hable! ¡No me pregunte! No puedo decírselo, no lo entendería. Salgamos de aquí, ¡vamos!

La mano de Janie se cerró sobre el brazo de él con una fuerza asombrosa. Hip dio dos pasos, hacia adelante, tratando de no caer. Janie abrió la puerta con una mano y con la otra lo tomó de la camisa, arrastrándolo fuera del cuarto y empujándolo ante ella por el pasillo, hacia la puerta de calle. Hip se tomó del marco de la puerta. La sorpresa y la cólera se transformaron en obstinación y terquedad. Ni las palabras de Janie ni su fuerza inesperada hubieran podido moverlo. Pero Janie no habló ni lo tocó. Pasó corriendo a su lado, pálida, llorosa y asustada y bajó de prisa los escalones que llevaban a la calle.

Hip se dejó arrastrar ciegamente por los impulsos de su propio cuerpo y se encontró fuera de la casa, corriendo detrás de Janie.

—Janie.

—¡Taxi!—gritó la muchacha.

El coche no se había detenido y ya Janie estaba dentro. Hip subió detrás de ella.

—Siga adelante—le dijo Janie al conductor, y arrodillada sobre el asiento se puso a mirar por la ventanilla de atrás.

—¿Adónde?—preguntó el conductor.

—Siga adelante, eso es todo. Rápido.

Hip miró junto con Janie. No vio más que el frente de la casa, que desaparecía a lo lejos, y uno o dos asombrados peatones.

—¿Qué fue? ¿Qué pasó?

Janie se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Qué pasó?—insistió Hip—. ¿Iba a estallar la casa, o algo parecido?

Janie meneó otra vez la cabeza. Se apartó de la ventanilla y se acurrucó en un rincón, pasándose los dientes por el dorso de la mano. Hip le quitó suavemente la mano de la boca, y le habló dos veces. La muchacha volvió ligeramente la cara, y ésa fue su única respuesta. Hip no insistió; se reclinó en el asiento y se quedó mirándola.

Al salir de la ciudad, donde se bifurcaba la carretera, el conductor preguntó tímidamente:

—¿Hacia qué lado?

—Hacia la izquierda—contestó Hip.

Janie le dirigió una breve mirada agradecida y volvió a esconderse detrás de su propio rostro.

Por fin, y aunque Janie seguía inmóvil y con los ojos clavados en el vacío, Hip advirtió que algo había cambiado.

—¿Se siente mejor?—preguntó suavemente:

Los ojos de Janie se volvieron hacia Hip, y luego, bastante más tarde, llegó su mirada. Una sonrisa melancólica le tironeaba de las comisuras de los labios.

—Por lo menos no peor.

—Asustada—dijo Hip.

Janie asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo también—dijo Hip inexpresivamente.

Janie apoyó una mano en el brazo de Hip.

—Oh, Hip, lo siento, no puedo decirle cómo. No esperaba esto... tan de repente. Y temo que ahora no haya nada que hacer.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo.

—¿No puede decírmelo? ¿O no puede decírmelo todavía?

Janie eligió cuidadosamente sus palabras:

—Ya le dije lo que tenía que hacer: retroceder cada vez más; descubrir los lugares donde estuvo y todo lo que pasó, y así hasta el principio. Podría hacerlo, si tuviese tiempo.—El miedo volvió a su rostro, y se transformó en tristeza.—Pero ya no hay tiempo.

Hip se echó a reír, casi con alegría.

—Hay tiempo.—Le tomó una mano.—Esta mañana encontré la cueva. ¡Y de eso hace dos años, Janie! Sé dónde está, y lo que encontré: ropas viejas, ropas de niños. Una dirección: la casa de la puerta cochera. Y mi pedazo de cable; la prueba de que no me equivocaba al buscar... Bueno—se rió, esa será la próxima etapa. Lo principal es haber encontrado la cueva. Hasta ahora es lo más importante. Y lo hice en treinta minutos, más o menos, y sin siquiera proponérmelo. Ahora, usted dice que no tenemos tiempo. Bueno, quizá no tenemos semanas, ni días; pero ¿tenemos un día, Janie? ¿Medio día?

El rostro de Janie se iluminó débilmente.

—Quizá lo tengamos—dijo—. Quizá... ¡Chofer! Aquí está bien.

Pagó el viaje; Hip no se opuso. Estaban en las afueras de la ciudad. Era un lugar de campos abiertos, donde apenas se veían las huellas del animal urbano. Un puesto de frutas, una estación de gasolina y, del otro lado del camino, algunas casas demasiado nuevas, de madera barnizada y estuco brillante. Janie señaló las lomas verdes.

—Nos encontrarán—dijo desanimada—, pero estaremos solos... y si... algo viene, podremos verlo venir.

En la falda de una loma, en un prado donde el césped no alcanzaba a cubrir los restos amarillentos de la última siega, se sentaron, frente a frente. Cada uno de ellos dominaba una mitad del horizonte.

El sol se levantó y calentó la tierra, y sopló el viento, y una nube vino y se fue.

Hip Barrows trabajaba, trabajaba, retrocediendo. Y Janie oía y esperaba, y sus ojos claros y profundos recorrían los campos.

Atrás, más atrás... Hip, sucio y loco, había tardado dos años en encontrar la casa de la puerta cochera. Pues la dirección era sólo un número y una calle; no indicaba el pueblo, o la ciudad. Tardó tres años en ir del hospicio a la cueva; un año en descubrir el hospicio luego de ver al funcionario del condado; pasaron seis meses desde el día en que lo dieron de baja hasta encontrar la oficina del funcionario. Y otros seis meses desde el día en que nació su obsesión hasta que lo expulsaron de la Fuerza Aérea.

Siete años desde los almidones y el orden, la esperanza y las risas, hasta la sucia y débil luz de un calabozo. Siete años perdidos, siete años de caída en un abismo.

Remontó siete años, y llegó al primer día.

En el campo de tiro de la base antiaérea encontró una respuesta, un sueño, y un desastre.

Joven, capaz, pero inexplicablemente dejado de lado, el teniente Barrows se encontró con demasiado tiempo libre. Y eso no le gustaba.

El campo de tiro era pequeño. En cierto sentido era sólo una curiosidad, un museo. El equipo era anticuado. La misma instalación era anticuada, y los sistemas de defensa habían sido superados muchos años atrás. Pero servía para adiestrar a los artilleros y oficiales, a los hombres del radar y a los técnicos.

El teniente, en uno de esos odiados momentos de ocio, se puso a revolver algunos archivos y a reunir algunos viejos datos sobre la eficiencia de las espoletas de proximidad y la altura mínima a la que esos ingeniosos proyectiles (con sus mecanismos de tiempo y su aparato de radar, todo del tamaño de un puño) debían ser disparados. Se suponía que aquellos eficientes oficiales trataban de derribar un avión a baja altura y no que sus sensibles granadas estallasen prematuramente en las proximidades de un árbol o de algún poste eléctrico.

El ojo del teniente Barrows descubría las discrepancias matemáticas más pequeñas con la misma exactitud con que el oído de Toscanini descubría una nota desafinada. En determinado sector del campo había un cuadrante donde las granadas fallaban más de lo respetablemente permitido por la ley de los promedios. La falla de una salva de granadas, o de dos o tres en un año. Podía atribuirse a la mala calidad de los proyectiles; pero cuando todas las salvas lanzadas a baja altura sobre ese determinado cuadrante no estallaban en el momento adecuado, o simplemente no estallaban, algo, indudablemente, estaba quebrantando la respetada ley.

La mente científica del teniente Barrows puso el grito en el cielo ante tales imperfecciones y decidió perseguir implacablemente el fenómeno culpable, con la misma perseverancia con que la sociedad persigue a sus delincuentes.

Lo que más le gustaba al teniente, era la exclusividad del asunto. No había motivo, en apariencia, para que se hubiesen arrojado tantas granadas a baja altura; menos aún sobre un determinado cuadrante. El teniente se dedicó entonces a estudiar los informes de los últimos doce años. Los resultados justificaban una investigación.

Pero sería su investigación. Si no sacaba nada en limpio, no diría una palabra. Si descubría en cambio alguna cosa importante, se la presentaría con inmensa modestia e impresionante claridad al propio coronel. Y el concepto que éste tenía de los oficiales de reserva cambiaría fundamentalmente. Examinó el campo con todo cuidado y descubrió que su voltímetro de bolsillo no funcionaba en forma correcta. Quizá había algo que reducía el magnetismo. Cuando el proyectil pasaba sobre esta loma, de unos cuarenta metros de altura, los relevadores, y las gruesas (pero sensibles) bobinas parecían completamente inútiles. Los imanes permanentes y los electroimanes eran afectados por igual.

Barrows nunca había visto, en su breve, pero brillante carrera, nada que se pareciese a este inexplicable fenómeno magnético. Su mente, exacta e imaginativa a la vez, se emborrachó de tal modo con su descubrimiento que empezó a delirar: la identificación y el análisis del fenómeno (¿efecto Barrows, quizá?), y luego un invento, y más tarde sus aplicaciones. Un generador que levantaría una invisible barrera. Los aeroplanos y sus sistemas de comunicación e incluso sus

sistemas internos, quedarían inmovilizados al dejar de funcionar los imanes. Dispositivos que pararían en el aire a los proyectiles guiados por radio, dispositivos detonadores y, por supuesto, la supresión de las espoletas de proximidad. La perfecta arma defensiva de la edad electromagnética... ¿Y cuántas otras cosas? Era difícil imaginar un límite. Habría, por supuesto, demostraciones prácticas. El coronel lo presentaría a renombrados hombres de ciencia y a militares famosos:

¡Y he aquí, caballeros, vuestro oficial de reserva!

Pero antes debía descubrir la causa del fenómeno. Construyó un detector, simple, ingenioso, cuidadosamente calibrado. Mientras trabajaba en el detector, su cerebro, de una irreprimible actividad, imaginaba admirativamente todas las consecuencias del «contramagnetismo».

Concibió, como pasatiempo matemático, la posible aplicación de una serie de leyes a estos nuevos fenómenos y envió los resultados al Instituto de Ingenieros de Radio. Allí sabrían apreciarlo. En efecto, fueron publicados en la revista del instituto.

Hasta se divirtió durante las prácticas de tiro advirtiendo: cuidado, o los fantasmas degaussarán (desmagnetizarán) las espoletas de proximidad Y se reía imaginando el momento en que les asegurase a sus hombres que había dicho enteramente la verdad y que si hubiesen tenido por lo menos la inteligencia de un chorlito hasta ellos hubieran podido darse cuenta.

Finalmente terminó su detector. Consistía esencialmente en un conmutador de mercurio, un generador y un solenoide, y era capaz de registrar hasta las alteraciones más pequeñas de su propio imán. Pesaba casi veinte kilos, pero eso no tenía importancia, pues no pensaba llevarlo personalmente. Consiguió los mejores mapas militares de la región, designó como voluntario al recluta más tonto que pudo encontrar, y se pasó todo un día de licencia en el campo de tiro, recorriendo cuidadosamente en zigzag las faldas de la loma, comparando las observaciones de su aparato con las indicaciones del mapa, hasta que descubrió al fin el centro del efecto desmagnetizante.

Era una granja abandonada. En el centro del campo se veía un viejo y herrumbrado camión. La tierra, los vientos, la lluvia y el deshielo ya casi habían sepultado la máquina. Barrows y el paciente soldado se pusieron a excavar frenéticamente. Al cabo de algunas horas de cavar, raspar y cepillar, dejaron los restos del camión completamente limpios y a la vista. Debajo del camión estaba la fuente del increíble campo magnético.

De cada uno de los ángulos del chasis salía un cable, plateado y reluciente. Los cables se unían en el árbol de dirección, y llegaban a una caja pequeña. En la caja asomaba una palanca. No había, en apariencia, una fuente de energía, pero el dispositivo estaba funcionando.

Barrows empujó la palanca hacia adelante y los restos del desgastado camión gruñeron hundiéndose en la tierra removida. Tiró de la palanca y el camión se levantó rechinando y crujiendo, hasta que los viejos elásticos empezaron a ceder, y quiso levantarse aún más.

El teniente Barrows colocó la palanca en punto muerto y retrocedió unos pasos.

Era, verdaderamente, lo que había deseado encontrar: sus sueños más fantásticos llevados a la práctica. El generador desmagnetizante; allí estaba, esperando la disección y el análisis. Pero este generador era, en realidad, un subproducto.

Con la palanca hacia adelante, el camión era más pesado; con la palanca hacia atrás, más liviano.

¡La antigravitación!

Antigravitación: sueño, fantasía. Antigravitación: un mundo nuevo. El vapor, la electricidad, incluso la energía atómica, reducidos a brotes tecnológicos en el huerto creado por el extraño dispositivo. Los edificios se elevaban hacia el cielo, edificios que ningún artista se había atrevido a pintar; los cohetes surcaban el espacio huyendo hacia los planetas, quizá hacia las estrellas; comenzaba una nueva era: para los transportes, la logística, incluso la danza, e incluso la medicina. Y, oh, la investigación... Y todo esto era suyo.

El soldado, el recluta idiota, dio un paso adelante y tiró con todas sus fuerzas de la palanca. Sonrió, y se arrojó contra las piernas de Barrows. Barrows pateó, saltó, se estiró, y tocó con las puntas de los dedos el borde inferior, brillante y frío, de uno de los cables. Fue sólo un décimo de segundo, pero durante años, durante toda su vida, Barrows sintió que algo de su ser había quedado en aquel petrificado momento: las puntas de los dedos tocaron el milagro y el cuerpo se elevó en el aire, desprendido de la Tierra.

Cayó.

Una pesadilla.

Los latidos y la olvidada respiración le desgarraban el pecho. La máquina, vieja y ruinosa, huía rápidamente de la Tierra, hacia el cielo del atardecer: una mancha, un borrón, un punto. Una luz cuando cayeron sobre ella los rayos horizontales del sol. Y luego el entumecimiento y el dolor, y la respiración otra vez

Por un lado, un irreprimible deseo de reír, y por otro, un odio y una furia que luchaban contra esa risa.

Frases desesperadas, palabras desgarradas por los gritos, el cuarto creciente de unos ojos muy vivaces, y una forma escurridiza que huye y se ríe... Fue él... y además me echó una zancadilla

El deseo de matar.

Y nada que matar. Correr, hundirse en las sombras, cada vez más espesas, y no encontrar nada. El ruido de los pasos, el cuerpo devorado por el fuego, y la mente envuelta en llamas. Caídas, golpes, como martillazos sobre la hierba indiferente.

La vuelta solitaria al hoyo vacío, tan vacío, tan enormemente vacío. Métete dentro y alza los ojos hacia los cables plateados que ya nunca volverás a ver.

Un ojo rojo y amarillo que mira atentamente. Un grito y un puntapié. El detector se eleva también, pero muy poco, y rueda por el suelo con el ojo apagado.

El largo camino de regreso a los cuarteles. Arrastras a un hombre invisible, llamado Agonía, cuyas pesadas manos se cierran sobre el pie fracturado.

Cae, descansa, levántate. Cruza ese arroyo; cae, levántate, descansa. Y luego el campamento.

El cuartel general. Los escalones de madera. La puerta oscura. Golpes. Barro y sangre. Golpes. Pasos. Gritos: asombro, preocupación, fastidio, cólera.

Los cascos blancos y los brazaletes: MP. Diles que traigan al coronel. A nadie más. Sólo al coronel.

Cállese, va a despertar al coronel.

¡Él coronel! ¡El antimagnetrón, el viaje a la Luna, el transporte moderno! ¡No más turborreactores!

Cállese, reservista.

Lucha. Y alguien que lanza un grito cuando alguien pisa aquel pie fracturado

La pesadilla se desvaneció. Estaba en un catre blanco en una habitación de paredes blancas, con ventanas de barrotes negros, y un enorme policía militar en la puerta.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital, sala de encausados, mi teniente.

—Dios mío, ¿qué sucedió?

—No lo sé, señor. Según parece usted quería matar a algún soldado. Se lo describía a todo el mundo.

Hip Barrows se llevó un brazo a los ojos.

—El recluta. ¿Lo encontraron?

—No mi teniente Ese hombre no existe; se han examinado todos los archivos. Tranquilícese, mi teniente. Será mejor.

Un golpe. El policía abrió la puerta. Voces.

—Mi teniente, el mayor Thompson desea hablarle. ¿Cómo se encuentra?

—Muy mal, sargento... Hablaré con él, si quiere.

—Está tranquilo ahora, señor.

Otra voz... ¡Esa voz! Barrows apretó el brazo contra los ojos hasta ver las estrellas. No mires; pues si es quien crees, lo mataras.

La puerta. Pasos.

—Buenas noches, teniente. ¿Ha conversado alguna vez con un psiquiatra?

Lentamente, aterrorizado por la próxima e inevitable explosión de su propia furia, Hip Barrows bajó el brazo y abrió los ojos. La chaqueta, correcta y limpia, las insignias de mayor y el distintivo del cuerpo médico carecían totalmente de importancia. Los modales profesionalmente solícitos del hombre y sus frases amables no tenían en verdad ningún significado. Lo único realmente válido era que ese rostro había sido alguna vez el rostro de un recluta, un recluta que, pacientemente, desinteresadamente, había cargado su detector durante toda una tórrida jornada, un recluta que había compartido su descubrimiento y que, de pronto, le había sonreído, y moviendo una palanca había enviado al espacio los últimos restos de un viejo camión, y junto con ellos el sueño de toda una vida.

Hip Barrows rugió y dio un salto.

La pesadilla comenzó otra vez.

Lo ayudaron todo lo posible. Le permitieron examinar personalmente los archivos y comprobar que el tal recluta no existía. ¿En efecto desmagnetizante? No se había observado. El teniente confesó que todos los informes estaban en su habitación, pero no, no estaban allí. Sí, había un hoyo en el suelo, y encontraron lo que él llamaba su «detector»; algo disparatado; registraba solamente su propio campo magnético. En cuanto al mayor Thompson... Varios testigos lo habían visto, a esa hora, en un avión que volaba hacia la base. Si el teniente no acusara al mayor Thompson, todo sería más fácil. El mayor no es el recluta, no puede serlo. Pero bueno, teniente, quizá pueda entenderse con el capitán Bromfield.

Sé lo que hice, sé lo que he visto, encontraré ese dispositivo y a su inventor, quienquiera que sea. ¡Y mataré a ese Thompson!

Bromfield era un buen hombre, y Dios sabe que trató de ayudarlo. Pero el hecho de que el paciente tuviera una gran capacidad de observación, unida a largos años de práctica, no bastaba para destruir la validez del diagnóstico. Cuando se cansaron de pedirle pruebas, y pasó el periodo histérico, y llegó la melancolía, y por fin un aparente equilibrio, trataron de enfrentarlo con el mayor. Hip Barrows volvió a enfurecerse y tuvieron que sujetarlo entre cinco hombres,

Estos muchachos brillantes, usted sabe, se derrumban de pronto.

Lo retuvieron un poco más, contentos de que el único blanco de sus iras fuera el mayor Thompson. Le escribieron a éste unas líneas de advertencia y luego expulsaron a Barrows, Una verdadera lástima.

Los primeros seis meses fueron un mal sueño. Recordaba aún los paternales consejos del capitán Bromfield y obtuvo un empleo y trató de conservarlo mientras esperaba que se produjera ese «ajuste» del que había hablado el capitán. No se produjo.

Como tenía algún dinero ahorrado y contaba aún con la paga de la baja, decidió tomarse algunos meses y terminar de una vez por todas con ese asunto.

Primero, la granja. El dispositivo estaba en el camión, y el camión, evidentemente, pertenecía al granjero. Encuéntralo, y tendrás lo que buscas.

Necesitó seis meses para descubrir los archivos (pues la aldea había sido expropiada cuando el campo de tiro antiaéreo se agregó a la base) y encontrar los nombres de las dos únicas personas que podían hablarle del camión.

A. Prodd, granjero. Un peón idiota; nombre, desconocido; domicilio, desconocido.

Pero encontró a Prodd, casi un año más tarde. Los rumores lo llevaron a Pennsylvania y una corazonada lo llevó al hospicio. Prodd, casi sin habla, y ya en los últimos jadeos de la chochez, le dijo que estaba esperando a su mujer, que su hijo Jack no había nacido nunca, que Lone podía ser un idiota, pero nadie era mejor que él para sacar un camión atascado, y que además era un buen muchacho, que vivía en el bosque con los animales, y que él, Prodd, nunca se había olvidado de ordeñar.

Hip nunca había visto a nadie tan feliz.

Se fue a vivir al bosque con los animales. Y allí pasó tres años y medio. Comió nueces y moras, y lo que caía en las trampas; cobró los cheques de su pensión, hasta que se olvidó de retirarlos. Se

olvidó de la ingeniería y hasta casi de su nombre. Pero todo lo que tenía que recordar era que sólo un idiota podía haber instalado semejante dispositivo en semejante camión. y que este Lone era un idiota.

Encontró la cueva, algunas ropas de niños y un trozo de cable plateado. Una dirección.

Encontró la casa. Supo dónde podía encontrar a los niños. Pero entonces tropezó con Thompson. Y Janie lo encontró a él.

Siete años.

Estaba acostado sobre algo muy fresco, con la cabeza apoyada en un cálido almohadón. Algo suave le rozaba el cabello. Dormía, o había dormido. Se sentía tan cansado, tan agotado, que entre dormir y despertar casi no había ninguna diferencia. No importaba. Nada importaba. Sabía quién era él y lo que él había sido. Sabia lo que quería y dónde podía encontrarlo. Lo encontraría después de dormir.

Se movió; se sentía feliz. Eso tan suave que le rozaba el cuello le golpeó levemente la mejilla. Por la mañana, pensó, buscaré al idiota. Pero creo que antes dedicaré una hora al placer de los recuerdos. Gané una carrera de embolsados en el picnic de una escuela dominical, y me dieron como premio un pañuelo de color caqui. En el campamento de boy-scouts pesqué tres sollos antes del desayuno; sosteniendo la pala de la canoa con las manos y la línea con los dientes. El más grande de los peces se resistió demasiado y el cordel me cortó los labios. No me gusta el budín de arroz. Me gustan Bach y el salchichón de hígado, y las dos últimas semanas de mayo, y los ojos claros y profundos como los de...

—Janie

—Aquí estoy.

Hip sonrió, acomodó la cabeza en la almohada y notó el regazo de Janie. Abrió los ojos. La cabeza de la muchacha era una nube negra en una nube de estrellas, una noche más oscura en la oscuridad de la noche.

—¿Es de noche?

—Sí—susurró Janie—. ¿Durmió bien?

Hip se quedó quieto, sonriendo, pensando en lo bien que había dormido.

—No tuve ningún sueño, porque sabía que podía tenerlo.

—Mejor así.

Hip se sentó. Janie se movió cautelosamente.

—Debe de tener las articulaciones doloridas—dijo Hip.

—No importa—dijo Janie. Me gustó verlo dormir.

—Volvamos a la ciudad.

—No todavía. Ahora me toca a mí. Tengo mucho que contarle.

Hip la tomó de un brazo.

—Está helada. ¿No podemos dejarlo por ahora?

—No... Oh, no. Tiene que saberlo todo antes que él... antes que nos encuentren.

—¿El? ¿Quién es él?

Janie guardó silencio. Hip iba a insistir, pero se contuvo. Después de un rato, la muchacha comenzó a hablar, como si no hubiese oído la pregunta, y Hip tuvo ganas de interrumpirla, pero volvió a contenerse y dejó que Janie contara las cosas a su modo.

—Encontró algo en un campo—dijo Janie—Llegó a comprender qué era eso y todo lo que podía significar, tanto para usted como para el mundo. Y entonces, ese hombre, el soldado, lo despojó de su aparato. ¿Por qué?

—Era un pobre retardado.

Janie no hizo ningún comentario. Continuó:

—El médico que fue a verlo, ese mayor. Tenía la cara del recluta.

—Ellos probaron otra cosa.

Hip vio en la oscuridad cómo Janie asentía moviendo levemente la cabeza.

Pruebas: los hombres que habían estado con él, esa misma tarde, a bordo de un avión. Bueno, pero usted tenía unos informes y ellos mostraban que algo les ocurría a las espoletas en una cierta zona. ¿Qué pasó con esos informes?

—Lo ignoro. Dejé mi habitación cerrada con llave, y así estuvo, creo, hasta que fueron a revisarla.

—¿Nunca pensó que su descrédito nació de esas tres cosas: la desaparición del recluta, la desaparición de los informes, y el parecido del recluta y el mayor?

—Naturalmente. Si yo hubiese resuelto cualquiera de esos problemas, no me habría vuelto loco.

—Está bien. Piense ahora: durante siete años fue de un lado a otro acercándose cada vez más a lo que creía perdido. Estaba ya a punto de descubrir al hombre que había construido el aparato, cuando algo ocurrió.

—Culpa mía. Tropecé con Thompson y me enfurecí. Janie le puso una mano en el hombro.

—Supongamos que el recluta no movió accidentalmente la palanca, que lo hizo a propósito.

Hip echó la cabeza hacia atrás como si Janie hubiera lanzado sobre él el rayo de una linterna. La luz lo encegueció, aturdiéndolo. Al fin se recuperó y dijo:

—¿Cómo no lo pensé nunca?

—No lo dejaban—dijo Janie amargamente.

—¿Qué significa no me dejaban?

—Por favor, todavía no—dijo Janie—. Bueno, supongamos que todos sus males hayan sido obra de alguien. ¿Puede imaginar quién fue, por qué lo hizo, cómo lo hizo?

—No—respondió Hip inmediatamente—. Eliminar un generador de antigravedad, el primero y el único, no tiene ningún sentido, Perseguirme continuamente, y mediante métodos tan complicados, menos aún. Y además, ¡tendría que entrar en las habitaciones cerradas, hipnotizar testigos y adivinar el pensamiento!

—Él hizo todo eso—dijo Janie—. Puede hacerlo.

—¿Quién, Janie?

—¿Quién construyó el generador?

Hip se incorporó de un salto. Su grito bajó rodando por los campos oscuros.

—No se preocupe—dijo Hip—. Acabo de comprender que sólo una persona sería capaz de destruir ese aparato: la que podría, si quisiera, construir uno nuevo. Lo que significa que... ¡Oh, Dios mío!... el soldado y quizá Thompson... sí, Thompson; Thompson me mandó a la cárcel cuando volví a encontrarlo... ¡Son los dos la misma persona! ¡Cómo no se me ocurrió antes!

—Ya se lo he dicho. No lo dejaban.

Hip se sentó otra vez, Hacia el este, la aurora asomaba sobre las lomas como las luces nocturnas de una ciudad. Hip miró y le pareció ver el día, elegido por él mismo, en el que esa búsqueda paciente y obsesiva debía concluir. Y recordó entonces el terror de Janie cuando él quería enfrentar a este... este monstruo... cuando quería enfrentarlo loco, enfermo, sin memoria, ignorante y sin armas.

—Debe contármelo todo, Janie, todo.

Janie se lo contó, todo. Le contó de Lone, de Bonnie y Beanie, y de sí misma; de la señorita Kew y Miriam, muertas las dos, y de Gerry. Le contó cómo después de la muerte de la señorita Kew habían vuelto al bosque, y cómo durante un tiempo vivieron muy juntos. Y luego...

—De pronto Gerry se hizo ambicioso y quiso cursar en alguna universidad. Fue fácil. Todo era fácil, Cuando escondía esos ojos detrás de unos lentes, nadie se fijaba en él. Estudió medicina y psicología.

—¿Entonces es realmente un psiquiatra?

—No. Sólo sabe lo que está en los libros. Hay una gran diferencia. Se ocultaba entre los otros alumnos; falsificaba documentos. Nunca lo sorprendían, pues cuando alguien empezaba a

sospechar, Gerry le lanzaba una de esas miradas y el otro se olvidaba de todo. No fallaba nunca en un examen, mientras hubiera un «caballeros» por ahí cerca.

—¿Qué? ¿Un «caballeros»?

—Así es.—Janie se rió.—En una ocasión hubo un gran escándalo. Gerry tenía la costumbre de encerrarse en los baños y de llamar a Bonnie o a Beanie. Les decía lo que pasaba y ellas volvían a casa y me transmitían el mensaje, y yo le preguntaba al bebé y ellas le llevaban la información. Todo en unos pocos segundos. Pero un día, un estudiante oyó hablar a Gerry en el excusado próximo y asomó la cabeza por encima del tabique. Imagínese la escena. Cuando Bonnie y Beanie se teleportan no pueden llevar consigo ni un alfiler. Y, naturalmente, nada de ropa.

Hip se dio una palmada en la frente.

—¿Y qué pasó?

—Oh, Gerry se encargó del muchacho. Este salió del baño gritando que había visto una mujer desnuda. Los estudiantes acudieron como moscas; pero, por supuesto, Bonnie había desaparecido. Y cuando el muchacho se encontró con Gerry, se olvidó totalmente del asunto y empezó a preguntar qué eran esos gritos. Pasó un momento bastante desagradable.

—Esos eran buenos tiempos—suspiró Janie.—Todo interesaba a Gerry. Leía sin descanso y acosaba incesantemente al bebé haciéndole preguntas sobre gente, libros, máquinas, historia, arte... todas las cosas. Aprendí mucho en esa época. Todas las respuestas pasaban por mí.

»Pero luego Gerry comenzó a... Iba a decir «enfermar», pero no es ésa la palabra.—Janie se mordió pensativamente el labio inferior.—Yo diría que entre los que van adelante, y aprenden y aprovechan lo que aprenden, hay sólo dos clases de personas. Unos pocos tienen un auténtico interés por las cosas mismas, La mayoría trata siempre de demostrar algo. Quieren ser mejores y más ricos, o famosos y respetados. Este segundo modo de vivir atrajo naturalmente a Gerry. Nunca había tenido una verdadera educación, y no se había atrevido a competir con los otros. Su infancia fue verdaderamente triste. A los siete años se escapó de un asilo y vivió desde entonces como un perro vagabundo.

Hasta que Lone lo recogió. Era natural que le gustase obtener las clasificaciones más altas, o ganar cualquier suma de dinero en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, durante un tiempo al menos, tuvo un verdadero interés por ciertos temas: la música y la biología... Y una o dos cosas más.

Pero pronto comprendió que no había nada que demostrar. Era el más hábil, el más fuerte, y el más poderoso de todos. Demostrarlo era aburrido. Nada ni nadie podía resistírsele.

Dejó de estudiar. Dejó de tocar el oboe. Lo fue dejando todo. Al fin, no hacía nada, y así vivió durante un año.

Quién sabe qué pensamientos le cruzaban por la cabeza.

Pasaba semanas enteras acostado, sin hablar.

Nuestra Gestalt—así la llamamos—fue una vez un idiota. Lone era entonces la «cabeza». Pero cuando Gerry sustituyó a Lone, la Gestalt fue algo joven, fuerte, en constante crecimiento. Y cuando Gerry se encerró en sí mismo, la Gestalt, que había sido un idiota, se transformó en un maníaco depresivo.

—Sí—gruñó Hip—. Un maníaco depresivo con poder suficiente como para dominar el mundo.

—Gerry no quería dominar el mundo. Sabía que si quería podía hacerlo. Pero no le interesaba.

Bueno, como en sus textos de psiquiatría, Gerry se encerró en si mismo, y regresó a la infancia. Su infantilismo era particularmente malvado.

Comencé a salir; no aguantaba quedarme en casa. Buscaba cosas que pudieran interesar a Gerry. Una noche, en New York, salí de paseo con un conocido, un dirigente del I.I.R.

—Instituto de Ingenieros de Radio—dijo Hip—. Magnífica institución. Yo fui miembro de ella.

—Lo sé. Ese hombre me habló de usted.

—¿De mí?

—De lo que usted llamaba una «recreación matemática», por lo menos. Una extrapolación de las leyes que gobiernan el flujo magnético de un generador de gravedad, y de los fenómenos producidos por el mismo.

—¡Dios mío!

Janie se rió, con una risa breve y dolorosa.

—Sí, Hip. Yo fui la culpable. Entonces no lo sabía, por supuesto. Sólo deseaba interesar a Gerry. Se interesó, efectivamente. Le preguntó al bebé qué podía ser eso e inmediatamente obtuvo la respuesta. Lone había construido el dispositivo antes que Gerry viniese a vivir con nosotros. Lo habíamos olvidado.

—¡Olvidar! ¿Olvidar algo así?

—Recuerde que no pensamos como los demás,

—No—reflexionó Hip—. ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Lone construyó el aparato para Prodd, el viejo granjero. Así era Lone. Un generador de gravedad, para aumentar o disminuir el peso del vehículo, y para que Prodd pudiera usarlo como si fuese un tractor. Y todo porque Prodd había perdido el caballo y no tenía dinero para comprarse otro.

—¡No!

—Sí. Era de veras un idiota. Bien, Gerry le preguntó al bebé qué pasaría si se divulgaba este invento y el bebé contestó que muchas cosas. Dijo que trastornaría el mundo, más aún que la revolución industrial. Más que todo hasta ahora. Dijo que si las cosas marchaban en un sentido, tendríamos una guerra que no podíamos imaginar. Y que si marchaban en sentido opuesto, la ciencia iría demasiado lejos, demasiado aprisa. Parece que la gravitación es la clave de todas las cosas. Agregaría un ítem más al campo unificado... lo que llamamos ahora energía psíquica o «psiónica».

—Materia, energía, espacio, tiempo y psique—murmuró Hip, aterrado.

—Sí—dijo Janie con naturalidad—, todo es lo mismo, como lo demostraría el aparato. Ya no habría secretos.

—Pero esto es... esto es lo más extraordinario... De modo que... ¿Gerry decidió que nosotros, pobres monos mal desarrollados, no éramos dignos de todo eso?

—No. Gerry no está interesado en ustedes, los monos. Pero el bebé dijo que el dispositivo nos denunciaría, indefectiblemente. Usted mismo logró descubrir una pista. Y el servicio secreto del ejército no hubiese tardado siete años, sino siete semanas.

Y Gerry entonces se sintió molesto. Vivía encerrado en si mismo. Quería cocerse en su propio jugo, en su escondite de los bosques. No quería que las Naciones Unidas insistieran en que abandonase su escondite y demostrase su patriotismo. Oh, claro que llegado el momento podría desembarazarse de todos, pero sólo dedicándose por entero al asunto. Y dedicarse a algo por entero, trabajar intensamente, no estaba en sus planes. Se enfureció. Se enfureció con Lone, ya muerto, y se enfureció especialmente con usted.

—Podría haberme matado, ¿Por qué no lo hizo?

—Tampoco se llevó el dispositivo antes que usted lo viera. Lo repito, era algo perverso, vengativo... infantil. Usted lo había molestado. Y se las iba a pagar.

Bueno, debo confesar que eso no me importaba mucho. Me hacía bien ver a Gerry ocupado otra vez. Fui con él a su base.

Ahora bien, hay algo que usted no recuerda. Gerry entró en el laboratorio mientras usted calibraba el detector. Lo miró a los ojos y volvió a salir, enterado de todo, incluso de que ese detector estaba destinado a ubicar el dispositivo. y de que usted tenía la intención de—¿cómo dijo?—«nombrar un voluntario».

—Yo me creía un personaje en esos días—dijo Hip con pesar.

Janie se rió.

—No sabe hasta qué punto. Bien, usted salió con ese instrumento pesado y grande atado a una correa. Todavía puedo verlo, Hip, con su vistoso uniforme, el sol en el pelo... Yo tenía diecisiete años. Gerry me pidió que le consiguiera una camisa de recluta. Se la traje de los cuarteles.

—No sabía que una muchacha de diecisiete años pudiera entrar en los cuarteles, y menos que pudiera salir con el pellejo sano.

—No entré.

Hip lanzó un grito de sorpresa; la camisa se le retorcía sobre el cuerpo. Los faldones se alzaron y se agitaron furiosamente en el aire tranquilo del alba.

—¡No haga eso!—jadeó Hip.

—Me limito a demostrar lo que pasó—dijo Janie, guiñando los ojos—. Gerry se puso la camisa, se apoyó en una pared, y usted fue hacia él y le dio el detector. «Vamos, soldado», le dijo, «acaba de ofrecerse como voluntario para un picnic. Cargue con el almuerzo.»

—¡Qué antipático era!

—No sé. Yo espiaba desde detrás del cobertizo de la policía y usted me pareció maravilloso.

Hip se rió entre dientes.

—Continúe. Cuénteme el resto.

—Ya lo conoce. Gerry le dijo a Bonnie que buscara los informes. Bonnie los encontró y me los trajo. Los quemé. Lo siento, Hip. Ignoraba los planes de Gerry.

—Continúe.

—Bueno. Gerry trató de desacreditarlo. Mentalmente; tenia que ser así. Usted alegaba la existencia de un recluta a quien nadie conocía. Y afirmaba que el recluta era el psiquiatra. Síntoma peligroso, como lo sabe cualquier médico. Afirmaba poseer unos informes, con hechos y números que probaban sus palabras, pero nadie encontraba esos informes. Podía mostrar que había desenterrado algo, pero no lo que había desenterrado. Y usted tenía una mente clara y científica, y por otra parte cualquiera podía demostrar la falsedad de esos hechos. Algo tenía que ceder.

—Ingenioso—susurró Hip.

—Y para que no hubiese posibilidad de error—dijo Janie con cierta dificultad—, Gerry impidió, mediante una orden hipnótica, que usted lo relacionara, como mayor Thompson, psiquiatra o recluta, con el generador de antigravedad.

Cuando descubrí lo que Gerry había hecho, traté de que, lo ayudara. Sólo un poco. Gerry... se rió de mí. Le pregunté al bebé qué podía hacer. Nada, me dijo. La orden sólo podía anularse mediante una abreacción invertida.

—¿Qué diablos es eso?

—Remontarse mentalmente hasta el incidente mismo. Mediante la abreacción se revive enteramente cualquier episodio. Usted no podía hacerlo porque ahí, en el nacimiento del episodio, estaba esa orden. Sólo había un camino: ir descubriendo, inversamente, todos los hechos, uno por uno, hasta llegar a la orden misma. Esa orden, como todas las de su tipo, decía «de ahora en adelante». Pero no podía detenerlo si usted retrocedía. Lo difícil era encaminarlo a usted, sin decirle nada.

—Cielo santo—exclamó Hip—. Me siento verdaderamente importante. Un hombre como él tomarse todo ese trabajo.

—Por favor, no se enorgullezca—dijo Janie con frialdad—. Lo siento, Hip—añadió enseguida—. No quería lastimarlo. Pero para Gerry todo fue muy fácil. Lo aplastó como a un insecto. Lo hizo a un lado, y lo olvidó.

Hip gruñó.

—Gracias.

—¡Y volvió a hacerlo!—dijo Janie con furia—. Allí estaba usted otra vez, con siete años perdidos, el cerebro anulado, un cuerpo hambriento y sucio y una paralizada obsesión que usted no era capaz de comprender. Y sin embargo, algo... algo que de algún modo lo sostiene, bastó para que se arrastrara, durante siete años, detrás de nuestras huellas. Y llegó hasta el umbral. Cuando Gerry lo vio venir—estaba casualmente en la ciudad—supo en seguida quién era usted y qué buscaba. Y cuando usted se echó sobre él, lo desvió hacia ese escaparate con sólo una mirada de esos malditos... venenosos ojos.

—Eh—dijo Hip suavemente—, tómeselo con calma.

—No puedo—susurró Janie—. Me enfurece.—Se pasó una mano por los ojos y se echó hacia atrás el cabello.—Lo lanzó contra ese escaparate y al mismo tiempo le dio esa orden: «Acuéstate y muere». Yo lo vi, vi cómo lo hacía... esa maldad...—Se dominó y siguió, más tranquila:—Quizá si usted hubiese sido la única víctima, yo me habría olvidado. No quieto decir que aprobaría su

conducta, pero una vez tuve fe en él... Tiene que comprenderme, Hip. Gerry, yo y las muchachas formamos algo real y vivo. Odiarlo sería como odiar parte de uno mismo.

—Se lee en las Escrituras: «Si tu ojo te ofende arráncatelo y arrójalo lejos de ti. Si tu mano derecha... »

—¡Sí, su ojo, su mano!—exclamó Janie—. ¡No su cabeza! Pero—continuó—el suyo no, fue el único caso. ¿Oyó hablar de la fusión del elemento 83?

—Un cuento de hadas. El bismuto no gasta esas bromas.

Recuerdo vagamente.. un chiflado que se llamaba Klackenhorst.

—Un chiflado que se llamaba Klackenheimer—corrigió Janie—. Fue una fanfarronada de Gerry. Dejó escapar una ecuación diferencial que no debía haber mencionado. Klack la pescó al vuelo, Consiguió fundir el bismuto. Y Gerry empezó a preocuparse. Un hecho así daría mucho que hablar, y no quería ser perseguido por toda una multitud. De modo que se desembarazó del pobre Klack.

—¡Pero Klackenheimer murió de cáncer!—refunfuñó Hip.

Janie le dirigió una mirada rara.

—Ya lo sé.

Hip se golpeó las sienes con los puños, suavemente.

—Hubo otros casos—continuó Janie—. No todos tan importantes. Una vez lo desafié a que conquistara una muchacha completamente solo, y sin usar sus poderes. Se la llevó otro, un muchacho extraordinariamente suave que vendía máquinas de lavar de puerta en puerta, y que se desempeñaba muy bien. El muchacho terminó sufriendo de acné rosácea.

—La nariz como una remolacha; conozco la enfermedad.

—La nariz como una remolacha bien hervida, muy hinchada—corrigió Janie—. Perdió el empleo.

—Perdió a la muchacha—aventuró Hip.

Janie sonrió y dijo:

—Ella siguió a su lado. Tienen un pequeño negocio de cerámicas. El no deja la trastienda.

Hip sospechó vagamente de dónde había salido el negocio.

—Janie. Aceptaré su palabra. Hubo muchos casos. Pero, entonces, ¿por qué me eligió a mí?

—Por dos buenos motivos. Ante todo, porque vi aquella escena, Vi cómo usted se abalanzaba sobre el cristal creyendo que era Gerry. Y no quería que eso se repitiera. Luego, bueno... porque era usted.

—No comprendo.

—Escuche—dijo Janie apasionadamente. No somos un grupo de monstruos. Somos el Homo Gestalt, ¿me entiende? Somos una entidad única, una nueva especie de ser humano. No fuimos inventados. Somos producto de la evolución.

Somos una nueva etapa. Estamos solos. No hay seres como nosotros. No vivimos en el mundo en que ustedes viven, no tenemos códigos de moral ni sistemas de ética. ¡Vivimos en una isla desierta, en compañía de cabras!

—Y yo soy una cabra.

—Sí, sí, lo es, ¿no se da cuenta? Y nadie en esta isla en que hemos nacido puede orientar nuestra conducta. Podemos aprender de las cabras todo lo que hace que las cabras sean buenas cabras, pero eso no cambia el hecho que no somos cabras. No se nos pueden aplicar las reglas que a los seres humanos; no somos como ellos.

Hip iba a hablar, pero Janie lo detuvo levantando la mano.

—Escúcheme un momento. ¿Ha visto alguna vez en los museos esas colecciones de esqueletos, de caballos, por ejemplo, que comienzan con el pequeño Eohippus y siguiendo una línea ascendente, de diecinueve o veinte piezas, llegan al percherón? Hay una enorme diferencia entre el número uno y el diecinueve, pero ¿hay verdaderamente una diferencia entre el quince y el dieciséis? ¡Endiabladamente pequeña!

—Comprendo. Pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—¿Con usted? ¿No entiende? El Homo Gestalt es algo nuevo, algo diferente, algo superior. Pero las partes que forman ese ser—los brazos, las entrañas, la memoria, como los huesos de aquellos esqueletos—son las mismas que en un escalón inferior, o poco diferentes. Yo soy yo, soy Janie.

Vi cómo Gerry lo golpeaba. Usted era un conejo aplastado, sucio, envejecido. Pero yo lo reconocí. Lo vi y vi otra vez aquella escena, siete años atrás: usted en el patio con el detector y el sol que le bañaba la cabeza. Usted era alto ancho, y caminaba como un padrillo grande y reluciente. Usted era la razón de los colores del gallo; usted era parte de lo que sacude la floresta cuando el alce en celo embiste su rival; usted era la armadura y el penacho; usted era... era... yo era una niña de diecisiete años, Barrows, además de todo lo otro. Yo era una niña de diecisiete años, en plena primavera, e impulsada por sueños que no alcanzaba a comprender.

Profundamente conmovido, Hip susurró:

—Janie... Janie...

—¡Apártese de mi!—le gritó Janie—. No me ha entendido. No fue amor a primera vista. Eso es infantil. El amor es algo distinto. Algo que nos funde y nos enfría y nos templa, de tal modo que la aleación es al fin más fuerte que al principio. No hablo de amor. Hablo de tener diecisiete años y sentirse... completamente...—Se llevó las manos a los ojos. Hip esperó. Janie puso al fin las manos sobre su falda. Tenía los ojos cerrados, y el cuerpo inmóvil—... completamente... humana...

Hip se levantó y dio unos pasos por la fresca mañana, brillante ahora, intensa como el terror en los sueños de una niña. Y recordó el rostro aterrorizado de Janie al enterarse de que Bonnie había estado en su cuarto, y vio—a través de los ojos de Janie—lo que habría ocurrido si se hubiese lanzado como un ciego, enfermo, indefenso, contra aquellas garras despiadadas.

Y se vio a sí mismo, saliendo del laboratorio, en busca de un esclavo. Arrogante, orgulloso, superficial, en busca de un recluta completamente tonto.

Volvió a pensar en aquel día; no en sus encuentros con Gerry (asunto ya concluido), sino en sí mismo, y cuanto más pensaba en si mismo, más sentía una sofocante y profunda humildad.

Se acercó a Janie. La muchacha seguía sentada, con los ojos clavados en las manos y las manos dormidas sobre la falda, en donde él mismo había dormido. Y pensó que esas manos estaban colmadas de dolores y secretos, y también de felices sorpresas.

Hip se arrodilló junto a ella.

—Janie—dijo con voz temblorosa—. Quiero decirle qué pensaba yo aquel día que usted me vio salir del laboratorio. No deseo estropearle su recuerdo de los diecisiete años.

»Pero quiero que sepa qué clase de ser era yo... no precisamente lo que usted cree.—Respiró profundamente.—Puedo recordarlo mejor que usted, porque para usted son siete años y para mí, en cambio, es sólo algo anterior a un sueño, en que buscaba a un idiota. Acabo de despertar y aún recuerdo claramente todo lo que ocurrió antes... Janie, en mi infancia tuve algunas dificultades. Me enseñaron ante todo que yo era algo bastante inútil, y que las cosas que gustaban carecían invariablemente de significado. Viví sin discutir esas ideas, hasta que descubrí de pronto un mundo nuevo y de valores nuevos. Y en ese mundo se me aceptaba y se me respetaba.

»Y luego ingresé en el ejército, y ya no volví a ser un héroe de fútbol, ni jefe de ninguna sociedad. Fui entonces como un pez fuera del agua, y las gentes que viven en el barro hicieron de mí lo que quisieron. Sentí que allí me moría.

»Sí. Encontré el campo desmagnetizante completamente solo. Pero cuando usted me vio salir del laboratorio yo no era ese gallo, ese alce y todo lo demás. Iba a descubrir algo, y a ofrecérselo al mundo, pero no por amor a la humanidad, sino para que...—Hip tragó saliva—me invitaran a tocar el piano en el club de oficiales, y me palmearan la espalda y... me miraran al entrar. Esos eran mis verdaderos deseos. Cuando descubrí que no se trataba solamente de un fenómeno magnético (lo que me haría famoso) sino de antigravitación (lo que cambiaría la faz de la Tierra) pensé que sería el propio Presidente el que me invitaría a tocar el piano, y los grandes generales los que me palmearían la espalda. Pero en el fondo era lo mismo.

Volvió a sentarse. Durante un rato se quedaron callados. Al fin Janie dijo:

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—No lo de antes—murmuró Hip tomándole las manos—. No lo de antes. Algo distinto.—De pronto se echó a reír.—¿Y sabe, Janie? ¡No sé qué es!

Janie le apretó las manos y luego se las soltó.

—Quizá lo descubra, Hip—dijo, y añadió incorporándose—: Será mejor que nos vayamos.

—Bueno, ¿a dónde?

—A casa. A mi casa.

—¿A lo de Thompson?

Janie asintió con un movimiento. de cabeza.

—¿Por qué, Janie?

—Quisiera que Gerry aprendiese algo. Algo que una máquina de calcular no puede enseñarle. Quisiera que aprendiese a sentir vergüenza.

—¿Vergüenza?

—No sé—dijo Janie apartando la vista—qué es una moral. No sé ni siquiera cómo se la obtiene, Sólo sé que a veces uno se siente avergonzado. Quiero que Gerry comience por ahí.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Venir conmigo, nada más—dijo Janie rápidamente—. Quiero que Gerry lo vea. Quiero que recuerde lo que usted era antes, aquel ser inteligente y lleno de esperanzas, y que vea su propia obra.

—¿Y cree usted que eso servirá de algo?

Janie sonrió, Y su sonrisa fue una amenaza.

—Servirá—dijo con un tono áspero—. Gerry comprenderá al fin que no es todopoderoso y que no puede matar a cualquiera sólo porque es más fuerte.

—¿Quiere que trate de matarme?

No lo hará.—Janie se rió y se volvió rápidamente hacia Hip.—No se preocupe, Hip. Yo soy el lazo que une a Gerry con el bebé. ¿Cree que Gerry se practicará a sí mismo una lobotomía prefrontal? ¿Cree que se atreverá a perder su memoria? Esa memoria no es la del hombre común, Hip. Es la memoria del Homo Gestalt.. Es toda la información ya recogida, más la comparación de todos los hechos entre sí, con todas las combinaciones posibles. Gerry puede prescindir de Beanie y de Bonnie, puede descubrir otros modos de actuar a distancia; pero no puede prescindir del bebé. Y así ha vivido desde que me fui de la casa. Debe de estar como loco. Puede tocar al bebé, levantarlo y hablarle; pero sin mí no puede sacarle nada.

—Iré—dijo Hip serenamente, y añadió:—Janie, usted no morirá.

Fueron primero a la casa que habían ocupado los dos. Janie abrió, desde lejos y riéndose, las dos cerraduras.

—Tenía tantas ganas de hacerlo; pero no me atrevía.

—Se rió y entró bailando en la habitación de Hip.—¡Mire!—anunció. La lámpara se levantó de la mesa de luz, flotó súbitamente en el aire y se posó en el piso del cuarto de baño, el cordón se enroscó como una serpiente y se metió en un enchufe del zócalo. Se oyó el sonido de una llave. La lámpara se encendió.—¡Mire—exclamó la muchacha—. ¡Mire! ¡Mire!—y en el centro de la alfombra apareció un pliegue que corrió de un lado a otro por la habitación. Los cuchillos y tenedores, la navaja de afeitar y el cepillo de dientes, dos corbatas y un cinturón vinieron volando y formaron en el suelo la figura de un corazón atravesado por una flecha. Hip gritaba y se reía. Abrazó a Janie y la hizo girar por el cuarto.

—¿Por qué nunca la he besado, Janie?

La cara y el cuerpo de la muchacha se endurecieron de pronto y en sus ojos apareció una expresión indescriptible. Ternura, diversión, y algo más.

—No pienso decírselo, Es usted encantador, valiente, inteligente y fuerte, pero también bastante puritano.

Janie se apartó, y el aire se llenó de cuchillos, tenedores, corbatas, una lámpara y una cafetera, que volvían a sus lugares de siempre.

—Apresúrese—dijo Janie desde la puerta. y salió del cuarto.

Hip se lanzó detrás de ella y la alcanzó en el vestíbulo. La muchacha se reía.

—Ya sé por qué no la he besado—dijo Hip.

—¿Lo sabe?

—Usted puede echar agua en un recipiente cerrado. O sacarla.—No era una pregunta.

—¿Puedo hacerlo?

—Cuando nosotros, los pobres machos, pateamos el suelo y embestimos las ramas bajas de los árboles, puede ser primavera o idealismo o amor. Pero en todos los casos ciertas presiones hidrostáticas modifican una serie de diminutos depósitos, más pequeños que la uña de mi dedo meñique.

—¿De veras?

—De modo que cuando el contenido de estos depósitos disminuye de pronto, yo... nosotros... este... bueno, la respiración se hace más fácil y la luna pierde sentido.

—¿Sí?

—Y usted ha estado haciéndome eso.

—¿Eso?—Janie se alejó lanzándole una mirada y un breve y rico arpegio de risa.—No me dirá que ha sido algo inmoral.

—Nada propio, por lo menos, de una muchacha decente—dijo Hip, riéndose también.

Janie lo miró, arrugó la nariz y entró en su habitación. Hip se quedó contemplando la puerta cerrada, Luego volvió a su cuarto,

Sonrió y sacudió la cabeza, con deleite y admiración a la vez, sintiendo que una nueva especie de calma envolvía el nudo de terror, pequeño y frío, que aún llevaba adentro. Perplejo, encantado, aterrorizado y pensativo, abrió la ducha y empezó a desvestirse.

Se quedaron en el camino hasta que el taxi se perdió de vista. Luego Janie inició la marcha a través del bosque. No se podía saber ahora si alguien había talado alguna vez aquellos árboles. El sendero corría borrosamente, pero era fácil seguirlo. El follaje alto era muy espeso y había pocas malezas.

Caminaron hacia una roca escarpada, y musgosa, y luego Hip vio que no era una roca, sino una pared de doscientos metros de largo, con una maciza puerta de hierro en el medio. Cuando estaban llegando, se oyó el ruido de una barra de metal. Hip se volvió hacia Janie y comprendió que la muchacha estaba abriendo el portón.

El portón se abrió. Entraron y se volvió a cerrar. El bosque seguía como del otro lado del muro, con árboles tan grandes y tan apretados, pero el sendero era ahora de ladrillos, y sólo describía dos curvas. La primera ocultaba el muro, y la segunda, unos cuatrocientos metros más adelante, permitía ver la casa.

Era demasiado baja y demasiado ancha. El techo sin picos parecía la cresta redonda de una duna. Hip volvió a ver, a los lados de la casa, el muro exterior, gris y verde, y comprendió que el terreno estaba enteramente cercado.

—A mí tampoco me gusta—dijo Janie.

Hip se alegró de que ella estuviera mirándolo.

Se oyó un leve zumbido.

Alguien los espiaba desde detrás de un roble grande y frondoso, que crecía no muy lejos de la casa.

—Espere, Hip.—Janie se acercó rápidamente al árbol.

Oyó que decía:—Tienes que hacerlo. ¿Acaso quieres verme muerta?

La discusión terminó. Janie volvió junto a Hip, y Hip miró hacia el árbol, pero no vio a nadie.

—Era Beanie—dijo Janie—. Luego la conocerá. Vamos.

La puerta de la casa era de pesadas planchas de roble, con marcos de hierro. Mediante unos curiosos goznes totalmente ocultos, se ajustaba en un arco macizo. No había ventanas, salvo unas hendiduras con barrotes, en lo alto del tejado.

La puerta se abrió sola, sin que nadie la tocara, y sin hacer el menor ruido, Se movió en silencio, como una nube, y al cerrarse detrás de ellos emitió algo así como una onda subsónica. Hip la sintió en el vientre.

Los mosaicos del piso, de un color amarillo muy oscuro de un castaño grisáceo, y de hipnóticas formas romboidales, se repetían en el artesonado y en el tapizado de los muebles, empotrados o tan pesados que nunca los movían. El aire era fresco, pero demasiado húmedo, y el cielo raso demasiado bajo. Estoy entrando, pensó Hip, en una enorme boca enferma.

El vestíbulo terminaba en un corredor que parecía inmensamente lago. Las paredes se juntaban, el cielo raso descendía y el piso se elevaba ligeramente. La perspectiva era inquietante y falsa.

—Todo está bien—dijo Janie con una voz muy suave. Hip hizo una mueca, como si quisiera sonreír, y se enjugó el sudor frío que le mojaba el labio superior.

Janie se detuvo, ya casi al final del corredor, y tocó la pared. La pared se abrió revelando una antecámara con otra puerta.

—Espere ahí, Hip, ¿quiere?

Janie parecía muy tranquila. Hip deseó que hubiera un poco más de luz.

—Sí.

La muchacha le tocó un hombro. Era en parte un saludo, en parte una invitación a que pasara a la antecámara.

—Quiero verlo a solas—dijo Janie—. Confíe en mí, Hip.

—Confío en usted, pero ¿estará... está él...?

—No me hará nada. Vaya, Hip.

Hip entró en la antecámara. No llegó a mirar hacia atrás, pues la puerta se cerró enseguida. De este lado de la pared era tan invisible como del otro. Tocó, empujó. Era sólo una pared. No había picaporte, ni cerradura, ni goznes, ni pestillos. La unión de los paneles disimulaba los bordes. La puerta ya no existía como puerta.

Durante un momento se sintió ciego de terror. Luego, más tranquilo, se paró ante la otra puerta, la que llevaba, aparentemente, a la misma habitación en que terminaba el pasillo.

El silencio era total.

Tomó una otomana y la colocó contra la pared. Se sentó rígidamente, con la espalda apoyada en un panel, y con los ojos clavados en la puerta.

Prueba esa puerta, mira si está cerrada.

Pero no se atrevía. Todavía no. Sospechaba vagamente lo que sentiría si la encontraba cerrada. Le bastaba, por ahora, esa terrible suposición.

—Oye—se dijo furiosamente a sí mismo—, será mejor que hagas algo. Imagina algún plan. O piensa, por lo menos. Pero no te quedes así.

Piensa. Piensa en este misterio. En ese rostro de mentón puntiagudo que sonreía diciendo: «Vamos, muere».

¡Piensa en otra cosa! ¡Rápido!

Janie, sola. Ante el rostro de mentón puntiagudo y...

Homo Gestalt: una muchacha, dos negras mudas, un idiota mongoloide y un hombre de mentón puntiagudo y...

¡Prueba otra vez ese pensamiento! Homo Gestalt, la etapa siguiente de la evolución del hombre. Bueno, ¿y por qué no una evolución psíquica y no física? El Homo sapiens surgió de pronto, desnudo, sin otra arma que esa jalea arrugada que llevaba en su cráneo de rey. Era bastante distinto (todo lo posible) de las bestias de donde había nacido.

Y sin embargo era igual a esas bestias. Sentía deseos de engendrar, de poseer; mataba sin escrúpulos; si era fuerte, tomaba; si era débil, huía; si era débil y no podía huir, moría.

El Homo sapiens iba a morir.

Su temor estaba ya justificado. El temor es instinto de supervivencia. El temor es un consuelo, pues sólo se teme cuando aún hay alguna esperanza.

Pensó en la supervivencia.

Janie quiere que el Homo Gestalt tenga una moral, para que los Hip Barrows no mueran aplastados. Pero quiere ante todo que la Gestalt se desarrolle, pues ella es parte de esa Gestalt. Mis manos quieren que ya sobreviva; mi lengua, mi vientre, quieren que yo sobreviva.

Moral, ¡el instinto de supervivencia codificado!

¿No es así? Pero ¿y las sociedades en que es inmoral no comer carne humana? ¿Qué clase de supervivencia es ésa?

Bueno, pero quienes se adhieren a esa moral sobreviven dentro del grupo. Si el grupo come carne humana, tú también la comes.

Debe de haber un nombre para ese código (ese conjunto de reglas) que guía al hombre cuya vida contribuye a la vida de la especie: algo superior a la moral, y por encima de ella,

Llamémosle etos.

Eso necesita el Homo Gestalt: no una moral, sino un etos. ¿Y me quedaré aquí sentado, con el cerebro excitado por el terror, tratando de concebir una ética para uso del superhombre?

Trataré. No puedo hacer otra cosa.

Definamos:

Moral: código de la sociedad para la supervivencia del individuo (es decir, el caníbal virtuoso y la corrección de un hombre desnudo en un campo nudista).

Etica: código del individuo para la supervivencia de la sociedad (o sea el reformador ético: la liberación de los esclavos, la prohibición de comer carne humana, la persecución de los delincuentes).

Definiciones excesivamente cómodas, excesivamente pulidas, pero sigamos por ahora.

Como grupo, el Homo Gestalt puede resolver dentro de sí mismo, todos sus problemas. Pero como individuo No puede tener una moral, pues está solo.

Una ética entonces. «Código del individuo para la supervivencia de la sociedad». El Homo Gestalt no tiene piedad, y sin embargo la tiene. No tiene especie; es su propia especie.

El Homo Gestalt podría... ¿debería elegir un código para toda la humanidad?

Junto con este pensamiento, Hip Barrows tuvo una intuición repentina, ajena, casi totalmente, a lo que estaba pensando, Sin embargo, gracias a esa intuición logró sentirse libre de odios y furias, y se sintió liviano y confiado:

¿Quién soy yo para establecer conclusiones positivas sobre moral, y sobre códigos para uso de toda la humanidad?

Vaya, soy el hijo de un médico, de un hombre que eligió servir a la humanidad, convencido que eso estaba bien. Y él trató que yo hiciera lo mismo, pues era el único bien del que se sentía seguro, y por eso lo odié toda mi vida. ¡Ahora comprendo, papá, ahora comprendo!

Se echó a reír y el peso de la antigua culpa lo dejó para siempre. Se echó a reír con la más pura alegría. Y fue como si la luz brillara con más intensidad en todo el mundo, y como si al volver a considerar el problema, los dedos de su pensamiento pudieran subir fácilmente a lo largo de una superficie inclinada, deslizándose en busca de un punto de apoyo.

La puerta se abrió:

—Hip—dijo Janie.

Hip se incorporó, lentamente. Su pensamiento subía con temor hacia algo: si encontrara por lo menos un punto de apoyo, si sus dedos pudieran aferrarse a ese borde.

—Voy.

Cruzó la puerta y se quedó sin aliento. Era como un gigantesco invernadero de cincuenta metros de ancho y cuarenta de profundidad. Los grandes cristales curvos de la cúpula descendían hasta

apoyarse en un prado, en verdad un parque ya lejos de la casa. Hip, después de tanta pequeñez y oscuridad, se sintió sorprendido y alborozado a la vez.

Se elevaba más y más, y el pensamiento se elevaba él, apoyando las puntas de los dedos un poco más a... venir al hombre. Hip se adelantó rápidamente, no para encontrarse con el hombre, sino para alejarse de Janie, algo terrible iba a pasar. Estaba seguro.

—Bueno, teniente. Me han avisado, pero no por eso deja ser una sorpresa.

—No para mí—dijo Hip—. Supe durante siete años que a encontrarlo—añadió ocultando una sorpresa muy distinta. Siempre había creído que en este momento le fallaría voz.

—Dios mío—dijo Thompson con asombro y deleite.

Deleite no muy bien intencionado. Y por encima del hombro de Hip añadió:—Te presento mis excusas, Janie. Realmente no te había creído.—Y dijo luego, dirigiéndose Hip:—Se ha restablecido usted de un modo verdaderamente notable.

—El Horno sap es duro de pelar.

Thompson se quitó los lentes. Sus ojos eran grandes y redondos, con el color y el brillo de las pantallas de televisión en blanco y negro. Los iris eran unos círculos pequeños y parecían a punto de girar.

Una vez, alguien había dicho: Manténgase alejado de esos ojos y todo andará bien.

—¡Gerry!—dijo Janie con voz dura.

Hip se volvió. Janie se llevó una mano a la boca y se puso entre los labios un pequeño cilindro de vidrio, no más grande que un cigarrillo.

—Te lo he advertido, Gerry—dijo—. Sabes qué es esto. Hazle algo y morderé, y podrás pasarte el resto de tus días con el bebé y las mellizas como un mono en una jaula de ardillas.

Hip pensó, pensó y dijo:

—Me gustaría conocer al bebé.

Thompson, que tenía los ojos clavados en Janie, y el cuerpo inmóvil y rígido, se volvió hacia Hip y describió con el brazo que sostenía los lentes un círculo amplio y brillante.

—No le gustaría.

—Quiero hacerle una pregunta.

—Nadie le hace preguntas. Sólo yo. Supongo que quiere también una respuesta.

—Sí.

Thompson se rió.

—No hay respuestas en estos días.

—Por aquí, Hip—dijo Janie con calma.

Hip se volvió hacia ella. Sintió que algo duro flotaba detrás de su cabeza, en el aire, cerca de su carne. Pensó si los ojos de la Gorgona habrían afectado a los hombres de ese mismo modo, aun a aquellos que no la miraban.

Siguió a Janie hasta un nicho que había en la pared, adonde no llegaban los vidrios. En el nicho se veía una cuna del tamaño de una bañera.

No había imaginado que el bebé fuera tan gordo.

—Adelante—dijo Janie.

El cilindro de cristal se movía hacia arriba y hacia abajo con cada una de las sílabas.

—Sí, adelante.

La voz de Thompson sonó tan cerca que Hip se sobresaltó. No lo había oído venir. Se sintió infantil y tonto. Tragó saliva y le dijo a Janie:

—¿Qué hago?

—Piense su pregunta. Él la recibirá. Creo que recibe todo.

Hip se inclinó sobre la cuna. Unos ojos que brillaban opacamente como la capellada de unos zapatos negros y polvorientos se clavaron en Hip. Hip pensó: Una vez esta Gestalt tuvo otra cabeza, y podría tener otros seres telekinéticos, teleportadores. Bebé, ¿puedes ser reemplazado?

—Dice que sí—dijo Janie—. Aquel sucio telépata de la espiga de maíz. ¿Recuerda?

Thompson dijo amargamente:

—No creí que te atrevieras a eso, Janie. Podría matarte.

—Ya sabes cómo—dijo Janie casi sonriendo.

Hip se volvió lentamente hacia ella. El pensamiento se le acercó, o él, Hip, subió con mayor rapidez que el pensamiento.

Era como si sus dedos se hubiesen aferrado, al fin, a una saliente curva, desnuda.

Si el bebé, el corazón y el núcleo, el yo, el depósito de todo lo que este nuevo ser había sido o hecho o pensado, podía reemplazarse, entonces, ¡el Homo Gestalt era inmortal

Y de pronto comprendió, lo comprendió todo.

—Le pregunté al bebé—dijo con tranquilidad—si puede ser reemplazado. Si sus depósitos de recuerdos y su capacidad de cálculo pueden transferirse.

—¡No le cuente eso!—gritó Janie.

Thompson volvió a adoptar aquella inmovilidad total y forzada.

—Y el bebé respondió que sí—dijo.—Ya lo sé, Janie. Y tú lo sabías desde hace mucho tiempo, ¿no es cierto?

Janie emitió un sonido que parecía un estertor o una tos. Thompson dijo:

—Y nunca me lo dijiste, claro. El bebé no puede hablarme. Pero quizá otro lo haga. El teniente va a decírmelo todo. Sigue representando tu drama, Janie. Ya no te necesito.

—Hip. ¡Corra! ¡Corra!

Los ojos de Thompson se fijaron en los de Hip.

—No—dijo suavemente—. No corra.

Iban a girar; iban a girar como ruedas, como ventiladores, como... como...

Hip oyó los gritos de Janie, y luego un débil crujido. Los ojos desaparecieron.

Se tambaleó, con una mano delante de los ojos. Había una voz chillona en la habitación que hablaba y hablaba, y se quebraba y giraba sobre sí misma. Hip espió entre los dedos.

Thompson retrocedía con la cabeza muy echada hacia atrás, lanzando puntapiés a un lado y a otro y agitando los codos. Bonnie (la responsable de los chillidos) trataba de retener a Thompson poniéndole las manos sobre los ojos y una rodilla en la espalda.

Hip dio tres saltos—sus pies apenas tocaron el suelo—y corrió hacia Thompson. Cerró el puño, hasta que el dolor le subió por el antebrazo y la furia acumulada en siete años obsesivos le inundó el brazo y el hombro, y lo hundió en aquel rígido plexo solar,

Thompson cayó silenciosamente, arrastrando consigo a la negra. Bonnie rodó unos instantes por el piso y enseguida se puso ágilmente de pie. Corrió hacia Hip, con su cara de luna sonriente, le acarició los brazos, le palmeó las mejillas y emitió unos gorjeos.

—Gracias—dijo Hip, y se volvió. Otra muchacha de color, tan musculosa y tan desnuda como la primera, sostenía el cuerpo flojo y débil de Janie—. ¡Janie!—rugió Hip—. Bonnie, Beanie, cualquiera de las dos, ha tomado ella...

La muchacha que atendía a Janie gorjeó confusamente. Janie abrió los ojos y miró asombrada a Hip. Luego se volvió hacia la figura inmóvil de Gerry. Sonrió.

La negra que estaba junto a ella le tironeó a Hip una manga y señaló el suelo. Alguien había pisado el cilindro. Hip alcanzó a ver una ligera mancha de humedad.

—¿Lo he tomado?—repitió Janie—. Creo que perdí la oportunidad cuando esta mariposa se me vino encima.—Se tranquilizó; se puso de pie y se acercó a Hip. Gerry... está...

—Me parece que no lo he matado—dijo Hip, y agregó:—Todavía.

—No puedo pedirle que lo mate—susurró Janie.

—Sí—dijo Hip—. Sí, ya lo sé.

—Las mellizas no lo habían tocado nunca. Fueron muy valientes. Gerry podía haberles quemado el cerebro en un segundo.

—Son maravillosas. ¡Bonnie!

—Jo.

—Consígueme un cuchillo. Afilado, y con una hoja de este largo por lo menos. Y una tira de tela negra, ancha...

Bonnie miró a Janie.

—¿Qué...?—preguntó Janie.

Hip le puso una mano sobre la boca, una boca muy suave:

—Cállese.

—Bonnie, no...—comenzó a decir Janie, asustada.

Bonnie desapareció.

—Déjeme un rato a solas con él—dijo Hip.

Janie abrió la boca, como si fuese a decir algo, y salió corriendo de la habitación. Beanie se desvaneció en el aire.

Hip se acercó al cuerpo tendido en el piso y lo observó lentamente. No pensaba, Ya lo había pensado todo. Pero no tenía que olvidarse.

Bonnie regresó con una tira de terciopelo negro y una daga de más de treinta centímetros de largo. Tenía los ojos muy grandes y la boca muy pequeña.

—Gracias, Bonnie—dijo Hip. La daga era finlandesa, afilada como una navaja y de punta casi invisible—. Vete, Bonnie.

Bonnie se fue—zzz—como una semilla de manzana que se escurre entre los dedos apretados. Hip puso sobre una mesa el terciopelo, y la daga, y arrastró a Thompson a un sofá. Miró alrededor, vio una cuerda de campanilla y la arrancó de un tirón. Quizá, en alguna parte, había sonado una campanilla, pero no importaba. Nadie vendría a molestarlo. Ató los tobillos y los codos de Thompson a las patas y el respaldo del sofá, le echó hacia atrás la cabeza y le vendó los ojos.

Acercó luego una silla y se sentó. Movió suavemente la palma de la mano que sostenía el cuchillo. El equilibrio entre la hoja y el mango era perfecto.

Esperó, y mientras esperaba, tomó su pensamiento, todo su pensamiento, y lo extendió como un cortinado a la entrada de su mente. Lo colgó con cuidado, ordenando, los pliegues, tratando de que llegara hasta bien abajo, desde bien arriba, sin ninguna abertura a la derecha o a la izquierda.

El dibujo estampado en el cortinado decía:

Escúchame, pequeño huérfano, También a mí me odiaron. Te persiguieron. También a mí.

Escúchame, niño de la cueva. Encontraste un lugar donde vivir, aprendiste a ser feliz en él. Yo también.

Escúchame, niño de Alicia. Te extraviaste durante años. Y luego regresaste y aprendiste de nuevo. Yo también.

Escúchame, muchacho Gestalt. Descubriste en ti un poder que no habías soñado, lo utilizaste y te gustó. Yo también.

Escúchame, Gerry. Descubriste que aunque tu poder era inmenso, nadie lo quería. Yo también. Quieres que te quieran. Quieres que te necesiten. Yo también.

Janie dice que necesitas una moral. ¿Sabes qué es una moral? Obedecer las reglas establecidas por ciertos hombres para ayudarte a vivir entre ellos.

No necesitas una moral. No puedes seguir una moral. No puedes obedecer las leyes de tu especie, pues no hay otros de tu especie. Y no eres un hombre común, y la moral de los hombres comunes te serviría de tan poco como a mí la moral de las hormigas.

Nadie te quiere y eres un monstruo.

Nadie me quería cuando yo era un monstruo.

Sin embargo, Gerry, existe para ti otro tipo de código. Un código basado en la sabiduría antes que en la obediencia. Se llama etos.

Con el etos podrás también sobrevivir. Pero será una supervivencia superior a cualquier supervivencia individual, o a la de cualquier especie: la tuya o la mía. Será como reconocer tu origen y tu posteridad. Será como remontar esa corriente madre en la que fuiste creado y en la que crearás algo todavía mejor cuando llegue el momento.

Ayuda a la humanidad, Gerry. La humanidad es ahora, y a la vez, tu padre y tu madre. Y la humanidad te ayudará produciendo más seres como tú. Y ya nunca estarás solo. Ayuda a esos seres mientras crecen; ayúdalos a ayudar a la humanidad y a unirte a otros seres como tú. Pues eres inmortal, Gerry Eres inmortal ahora.

Y cuando haya muchos seres como tú, tu ética será una moral. Y cuando esa moral no convenga a la especie, tú, u otro ser ético crearéis una nueva moral que ascendiendo todavía más, por esa antigua corriente, honrará a tus padres, y a quienes engendraron a tus padres, y así hasta llegar a aquella criatura que se distinguió de sus antecesores porque una vez lo emocionó la luz de una estrella.

Yo fui un monstruo y encontré esta ética. Tú eres un monstruo. Decide.

Gerry se movió.

Hip Barrows paró el movimiento del cuchillo.

Gerry gimió y tosió débilmente. Hip le empujó hacia atrás la floja cabeza, sosteniéndola con la palma de una mano. Luego apoyó la punta del cuchillo en el centro de la laringe de Gerry.

Gerry refunfuñó entre dientes. Hip dijo:

—No te muevas.—Apretó muy suavemente el cuchillo y la punta se hundió, quizá demasiado, en la piel de Gerry.

Era un magnífico cuchillo.—Tengo un cuchillo aplicado a tu garganta—añadió—. Soy Hip Barrows. No te muevas y piénsalo un rato.

Los labios de Gerry se abrieron en una débil sonrisa, pero sólo a causa de la tensión que soportaba su cuello. El aire pasaba silbando a través de esa falsa sonrisa.

—¿Qué va a hacer?

—¿Y tú, qué harías?

—Quíteme esta venda. No veo nada.

—Ves lo necesario.

—Suélteme, Barrows. No le haré nada, se lo prometo. Y puedo ayudarlo. Puedo hacer mucho por usted.

—La moral ordena matar a los monstruos—dijo Hip—. Dime, Gerry, ¿es cierto que puedes apoderarte de todos los pensamientos de un hombre, y con sólo mirarlo a los ojos?

—Suélteme, Barrows. Suélteme—murmuró Gerry.

Con el cuchillo aplicado, a la garganta del monstruo, en este caserón que podía ser suyo, y donde, en alguna parte, esperaba una muchacha cuya angustia flotaba en la habitación como ozono en el aire, Hip Barrows preparó su acto ético.

Cayó la venda, y en aquellos ojos, redondos y raros, una enorme sorpresa reemplazó enteramente al odio. Hip, balanceando el cuchillo en la palma de la mano, extendió cuidadosamente sus pensamientos, de arriba a abajo, de la izquierda a la derecha. Luego arrojó el cuchillo, lejos. El cuchillo tintineó sobre los mosaicos. Los asombrados ojos redondos siguieron el cuchillo y se volvieron luego hacia Hip.

Los iris estaban a punto de girar.

Hip se inclinó acercándose a Gerry.

—Adelante—dijo con voz muy suave.

Pasó mucho tiempo. Al fin Gerry levantó la cabeza y volvió a encontrarse con los ojos de Hip.

—Hola—dijo Hip.

Gerry lo miró débilmente.

—Vete de aquí—graznó—. Podría haberte matado. Puedo hacerlo todavía.

—Pero no lo harás.

Hip se levantó y fue a buscar el cuchillo. Cortó los nudos que sujetaban a Gerry, y volvió a sentarse.

—Nadie... Yo nunca... dijo Gerry. Se sacudió y respiró profundamente. Me siento avergonzado—murmuró—, y nadie, hasta ahora, me había hecho sentir avergonzado.—Miró a Hip y en sus ojos volvió a verse aquel asombro.—Sé mucho.

—De pronto—dijo Hip—. Una ética no se busca. Es un modo de pensar.

—Dios mío—dijo Gerry, mirándose las manos—. Lo que hice... lo que podría...

—Lo que puedes hacer—le recordó Hip suavemente.—Ya has pagado, y muy bien, lo que hiciste.

Los ojos de Gerry recorrieron lentamente la enorme habitación de cristal y todos aquellos objetos, macizos, costosos.

—¿He pagado?

—Los que te rodean, tú mismo—dijo Hip, desde los cicatrizados abismos de la memoria. Luego añadió con una torcida Sonrisa:—¿Un superhombre siente superhambre, Gerry? ¿Siente supersoledad?

Gerry asintió con un movimiento de cabeza lentamente.

—Me sentía mejor cuando era chico.—Se estremeció—. Frío...

Hip ignoraba qué frío era ése, pero no trató de averiguarlo. Se puso de pie.

—Será mejor que vea a Janie. Puede creer que te he matado.

Gerry guardó silencio hasta que Hip llegó a la puerta Y entonces dijo:

—Quizá lo hiciste.

Hip se marchó.

Janie estaba en la pequeña antecámara, con las dos mellizas. Cuando vio entrar a Hip, movió ligeramente la cabeza y las mellizas desaparecieron.

—Podría contárselo también a ellas—dijo Hip.

—Cuéntemelo a mí, y ellas lo sabrán—dijo Janie, y añadió—: No lo mató.

—No, no lo maté.

Janie movió la cabeza, afirmativamente, lentamente:

—No sé qué pasaría si Gerry muriera. No... no quiero ni pensarlo.

Gerry estará bien—dijo Hip, y se encontró con los ojos de Janie—. Está avergonzado—añadió.

Janie se acurrucó, ocultándose, ocultando sus pensamientos, como si esperara algo. Pero esta vez se vigilaba a sí misma.

—Mi trabajo ha terminado—continuó Hip—. Me voy.

—Tomó aliento.—Tengo tantas cosas que hacer. Recuperar los cheques de mi pensión. Conseguir un empleo.

Hip oyó la voz de Janie sólo porque la habitación era tan pequeña, y el silencio tan grande.

—Sí, Janie.

—No se vaya.

—No puedo quedarme aquí.

—¿Por qué?

Hip pensó en silencio un rato, y al, fin dijo:

—Usted es parte de algo. Yo no querría ser parte de alguien que fue... parte de algo.

Janie levantó la cabeza y sonrió. Hip la vio sonreír. No podía creerlo, y se quedó mirándola un rato hasta que tuvo que creerlo.

—La Gestalt tiene, como otros seres, manos, cabeza, órganos, mente—dijo Janie—. Pero lo más humano es en, ella, como en cualquier otro ser, lo que ha aprendido... y merecido. Lo que nadie posee mientras es joven, lo que obtiene (y sólo a veces) tras una larga búsqueda y gracias a una profunda convicción, Y lo que es, desde entonces, parte definitiva de uno mismo.

—No sé a qué se refiere. Yo... quiero decir, no podría ser... parte de la... No, Janie, no.—Pero Janie seguía sonriendo.—¿Qué parte?—preguntó.

—La parte puritana que no olvida las reglas. La parte dotada de esa intuición llamada ética que puede transformarse a sí misma en el hábito llamado moral.

—¡La voz de la conciencia!—gruñó Hip—. Que el diablo me lleve!

Janie lo tocó.

—No será tan grave.

Hip miró la puerta cerrada que daba al gran salón de cristal. Luego se sentó junto a ella. Esperaron.

Todo estaba tranquilo en el salón de cristal.

Durante un tiempo sólo se oyó la dificultosa respiración de Gerry. De pronto, hasta este sonido se interrumpió. Y algo distinto comenzó a oírse, algo que... hablaba.

Una y otra vez.

Bienvenido.

Era una voz silenciosa, Y luego otra: también silenciosa, pero otra. Es el nuevo. Bienvenido, hijo.

Y otra: Bien, bien, bien. Ya pensábamos que no vendrías.

Tenía que venir. No ha habido uno nuevo durante tanto tiempo...

Gerry se llevó las manos a la boca. Los ojos se le salían de las órbitas. Una suave música de bienvenida le atravesó la mente, Alegría, sabiduría, entusiasmo. Y presentaciones: cada voz insinuaba una personalidad, algo que se aparecía como dimensión o tamaño, en un determinado lugar; algo físico y preciso. Sin embargo, y en conjunto, no había diferencia entre las voces. Todas estaban aquí. O por lo menos, todas estaban igualmente cerca.

Era una comunión feliz y despreocupada, una comunión despreocupadamente compartida con Gerry. El humor, el placer, el pensamiento y los actos se entrecruzaban como corrientes. Y continuamente, en todas partes, bienvenido, bienvenido.

Todos esos seres eran jóvenes, todos eran nuevos, aunque no tan jóvenes, ni tan nuevos como Gerry. Un pensamiento imperativo y móvil animaba la juventud de esos seres. Y aunque algunos tenían recuerdos ya viejos para el hombre, todos habían vivido todavía muy poco, pues todos eran inmortales.

Uno de ellos le había silbado una frase a Papá Haydn, y este otro había presentado los Rosetti a William Morris. Casi como si fueran sus propios recuerdos, Gerry vio a Fermi mientras observaba los trazos de la fisión en una placa sensible, a la niña Landowska que escuchaba un clavicordio, a la mente amodorrada de Ford que se iluminaba de pronto con la imagen de una hilera de hombres ante una hilera de máquinas.

Plantear una pregunta era recibir una respuesta. ¿Quién eres?

Homo Gestalt.

Yo soy uno; parte de algo; pertenezco a...

Bienvenido.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

No estabas preparado. No estabas preparado. ¿Qué era Gerry antes de conocer a Lone?

¿Y ahora? ¿La ética ha completado mi ser?

Etica es un concepto demasiado sencillo. Pero sí, la multiplicación es nuestra primera característica; y la unidad, la segunda. Así como tus partes saben que son partes tuyas, así tu debes saber que somos partes de la humanidad.

Gerry comprendió entonces que se sentía avergonzado sólo por acciones humanas, pero no de la humanidad.

—He sido castigado—dijo.

Estuviste en cuarentena.

¿Y sois vosotros... somos nosotros... los autores de todas las conquistas de la humanidad?

¡No! Las compartimos. ¡Somos la humanidad!

La humanidad está tratando de suicidarse. (Un movimiento de diversión, una confianza que era casi alegría) Quizá así lo parezca, hoy, esta semana. Pero si se piensa en la historia de una raza.. ¡oh, la guerra atómica es una ondita en la amplia superficie del Amazonas!

Los recuerdos, los proyectos y los cálculos de estos inundaron a Gerry. Y Gerry conoció al fin la naturaleza y las funciones de todos ellos, y supo por qué su etos era un concepto excesivamente simple. Pues éste era, al fin, el poder que no podía corromperse, ya que un conocimiento semejante, una intuición semejante, no podían utilizarse en beneficio propio, ni contra sí mismos. Este era el mismo y él por qué de la existencia de la humanidad, perturbada y dinámica, santificada por el contacto de su propio y excelso destino. Era la muerte de miles de hombres (para que vivieran millones de hombres). Y era, también, la guía, el faro, cuando la humanidad se encontraba en peligro. Este era el Guardián a quien conocían todos los seres humanos; no como fuerza ajena a los hombres, ni un formidable Vigía en el cielo, sino como algo sonriente; con un corazón humano y el reconocimiento de su origen humano; con olor

Y a sudor y a tierra recién removida, y no iluminado por un pálido olor de santidad.

Se vio a sí mismo como un átomo y vio a su Gestalt como una molécula. Vio a esos otros como una célula, y vio en su conjunto el diseño del ser en que, con alegría, llegaría a transformarse en la humanidad,

Sintió que un raro sentimiento de adoración crecía dentro de él. Era ese sentimiento que la humanidad llamaba respetuosa de sí mismo,

Extendió los brazos y de sus extraños ojos brotaron lágrimas. Gracias, respondió. Gracias; gracias.

Y humildemente, se unió a ellos.

FIN